

NECROMANÍA

HISTORIA DE UNA PASIÓN ARGENTINA

Profanaciones, secuestros de cadáveres,
manipulación de cenizas y funerales mediáticos

CLAUDIO R. NEGRETE



CLAUDIO R. NEGRETE

NECROMANÍA

**HISTORIA DE UNA PASIÓN ARGENTINA.
PROFANACIONES, SECUESTROS DE CADÁVERES,
MANIPULACIÓN DE CENIZAS
Y FUNERALES MEDIÁTICOS**

Sudamericana

AGRADECIMIENTOS

En primer término quiero hacer un especial agradecimiento a la historiadora María Cecilia Alegre, amiga que hace quince años me viene acompañando con su capacidad profesional y su afecto personal en todos mis trabajos de investigación.

A los historiadores Gabriel Di Meglio, Eduardo Lázzari y Hugo Chumbita, al ex soldado Claudio Guida, al arquitecto Julio Cacciatore, al doctor Carlos Francavilla, a Ricardo Salim, a Eduardo Hurrey, a Ricardo Péculo y a la doctora Victoria Villarroel, quienes brindaron valiosa información para este trabajo.

A los aportes dados por los periodistas Cristian Alarcón, Marcel Franco, Gustavo Carabajal, Raúl Kollmann, Fernanda Balatti, Fabio Ladetto, Sergio Rubín, Juan Alonso, Roberto Muñoz, Diego García, y al fotógrafo Pablo Cerolini.

A Jorge Jaunarena, quien supo entender el sentido de este ensayo procesando información y testimonios relacionados con el delicado y sensible tema de los desaparecidos en el país.

A la docente en Teología Maruca Cabrera, al rabino Sergio Bergman, a los psicólogos Germán García y Eduardo Glug, al psiquiatra Eduardo Padilla y al psicólogo social Joaquín Pichon-Rivière, quienes me ofrecieron lo máspreciado de sus conocimientos y reflexiones para procesar el material reunido y entender las claves de la necromanía argentina.

Al amigo de siempre Laurian Iordache, quien entregó mucho tiempo personal para pensar juntos y compartir silencios sobre el sentido de la vida.

Por último, debo reconocer que, sin el impulso inicial y el entusiasmo que me brindó desinteresadamente la doctora Adriana Amado Suárez, este libro nunca se habría realizado.

*A mi hermano Marcelo y a mis sobrinos
Manuel y Francisco*

*Dios no es Dios de muertos,
sino Dios de vivos.*

MARCOS 12, 18-27

PRÓLOGO

Desde los tiempos anteriores a la Revolución de Mayo, la historia argentina registra una sucesión de excesos con la muerte. En el lugar que en la actualidad ocupa la Plaza de Mayo se solían depositar los cuerpos de los muertos que no tenían familia. Hasta 1593 funcionó la primitiva Catedral de Buenos Aires en la manzana donde actualmente se ubica la casa central del Banco de la Nación Argentina, y junto a ella había un camposanto donde se enterraban los cuerpos de los primeros habitantes de estas tierras, muchos de ellos sin identidad, pobres, negros e indios. Ese lugar era conocido como “el hueco de las ánimas” y se dice que quienes eran abandonados allí no merecían el cielo. En el Cabildo también eran dejados los muertos pobres que no tenían dónde ser enterrados; se les colocaba una lata a un costado para que la gente pusiera monedas y así reuniera el dinero para darles sepultura. Después los ataban a la cola de un caballo y los llevaban hasta el cementerio. En el recorrido quedaban destrozados.

Dos años después de la Revolución de Mayo, un esclavo llamado Ventura denunció que los españoles conducidos por Martín de Álzaga, héroe de las Invasiones Inglesas, planeaban apoderarse de Buenos Aires con la complicidad de Montevideo. El Primer Triunvirato llegó a la conclusión de

que la información era cierta y procedió a detener y ejecutar a los implicados. Treinta y tres españoles fueron fusilados y colgados durante tres días en las horcas ubicadas en la Plaza de la Victoria, frente al Cabildo. Y, entre ellos, se encontraba el mismísimo Martín de Álzaga. Fue una ejecución multitudinaria. Dicen los relatos de la época que “su muerte fue tan aplaudida que cuando murió se gritó del público espectador ¡viva la patria! varias veces. Aun en la horca lo apedrearon y le proferían a su cadáver mil insultos, en términos que parecía un Judas de sábado santo”.

En los años posteriores a la Revolución de Mayo era común ver en lugares públicos los cuerpos de los ahorcados o empalados por la autoridad, o las cabezas de los asesinados que iban de un lado al otro como trofeos de guerra. Muchos años después, el famoso perito Moreno llegó a tener miles de cráneos y huesos de indios que habían sido asesinados en las sucesivas campañas del desierto. Para que no cayera en manos de sus enemigos federales, los seguidores del general Juan Lavalle se llevaron su cadáver recorriendo miles de kilómetros con destino a Bolivia hasta que se les pudrió. Dos ministros del presidente Julio Argentino Roca se robaron los dientes del general Manuel Belgrano cuando sus restos fueron levantados de la tumba con motivo de la construcción del monumento que hoy los conserva. Y las cenizas de Lola Mora estuvieron durante años enterradas bajo la vereda de la capital tucumana. Más tarde, en esa misma ciudad, las necesidades políticas hicieron llevar los restos de Juan Bautista Alberdi para que Palito Ortega terminara siendo gobernador de esa provincia. El cuerpo de Evita fue momificado, manoseado, orinado y escondido tras recorrer miles de kilómetros entre continentes y sufrir un exilio de casi dos décadas. En cambio, el del general Juan Perón pudo tener un homenaje póstumo, pero en medio de un tiroteo y sin importar que su cadáver estuviera mutilado en varias partes. Su padre conservaba en la casa familiar la calavera de Juan Moreira, y el llamado Capitán Gandhi de la revolución que derrocó al presidente se paseaba con el cráneo de Juancito Duarte para

atemorizar a peronistas. López Rega quiso repatriar el cadáver de Evita con la intención de salvar el gobierno de Isabelita, pero antes los montoneros secuestraron el féretro con el general Aramburu dentro para forzar un canje de muertos. También Lopecito imaginó un Altar de la Patria donde pondría a todos los muertos ilustres del país, empezando por él, desde ya.

Los músculos del cuello de Alicia Muñoz fueron robados para que no se culpara a Carlos Monzón de haberla asesinado. Las cenizas de Pappo descansan en una plaza del barrio de la Paternal, donde sus fans se juntan a escuchar y tocar su música. Zulema Yoma dice que le robaron la cabeza de su hijo Carlitos Menem, y a quien esté dispuesto le muestra el video de la autopsia. En plena investigación por el asesinato de María Soledad Morales se robaron de la Catedral de Catamarca el corazón momificado de fray Mamerto Esquiú, que luego fue encontrado en un techo, y años después se lo llevó un loco que terminó tirándolo a la basura. Las canchas de fútbol están sembradas con las cenizas de fanáticos; las de Mercedes Sosa fueron repartidas entre Tucumán, Mendoza y Buenos Aires; y las de Tomás Eloy Martínez, despedidas con música de Mozart y Astor Piazzolla, y gin tonic con papas fritas. Los fieles seguidores de la Difunta Correa, Gardel, Gilda, Rodrigo o el Gauchito Gil peregrinan hacia sus tumbas para pedir milagros. Una vez asesinada, se intentó cremar el cadáver de María Marta García Belsunce para que no se supiera la verdad de su crimen. Los rostros de los muertos por los atentados a la embajada de Israel y la AMIA, de Cromañón y de las víctimas de la violencia que nos recuerdan las Madres del Dolor deambulan por las calles de las ciudades encabezando las marchas que reclaman justicia. Los policías de la Bonaerense se meten en ataúdes para protestar porque no les dan los elementos para cumplir con su trabajo. Y los desaparecidos no son otra cosa que muertos castigados con perversión porque se les ha negado el derecho a ser despedidos por sus seres queridos; se los quiso condenar al olvido.

Cuando se realizaron las elecciones de 1983, un equipo de la televisión colombiana llegó a Buenos Aires para hacer la cobertura del retorno de la democracia en la Argentina. Hicieron varias notas sobre las posibilidades de cada partido y de los candidatos, y cuando se contactaron con una de las agrupaciones nuevas preguntaron con algo de desconcierto e ingenuidad: “¿Y éstos a qué muerto siguen?”.

En el momento del anuncio de que Río de Janeiro había sido elegida como la sede de los Juegos Olímpicos de 2016, se vio por televisión al presidente Luiz Inácio *Lula* da Silva y a Pelé abrazarse y llorar de felicidad mientras decenas de miles de brasileños ganaban las calles bailando de alegría. Paralelamente y en los mismos informativos internacionales de televisión la noticia más importante de la Argentina eran los llantos de despedida de los familiares de los soldados muertos en la Guerra de Malvinas, que viajaban a las islas para inaugurar un cenotafio. Cuando un brasileño se juega a fondo con un amigo o tiene un compromiso suele decir: *Pode contar comigo para o que der e vier*, o también: *Pode contar comigo para toda a vida*. Ambas expresiones quieren decir conceptualmente que “podés contar conmigo para siempre”. En cambio, nuestra cultura nos enseñó a decir: “A vos te sigo hasta la muerte”. Y así se sucede una serie de expresiones que muestran esa costumbre a pararnos siempre sobre la muerte: “Si pierdo el trabajo, me mato”. En términos futbolísticos, “sos un muerto hijo de puta”, y a la peor zona del Mundial la llamamos “zona de la muerte”. Si hay mal de amores: “Me muerdo si no me llama”. La amenaza también dice presente: “Andate de aquí porque te mato”. Y los adolescentes tienen incorporada la siguiente frase: “Qué garrón, me muerdo...”. En política es común escuchar: “Se murió la candidatura de...”, y cuando un proyecto no tiene futuro se afirma que “va en camino muerto”.

¿Qué extraña relación hemos desarrollado los argentinos con la muerte? ¿Por qué manipular y venerar a los muertos fue y es una práctica aceptada por

todas las clases sociales, los credos y las ideologías? ¿Por qué los próceres de nuestra historia son homenajeados los días de sus muertes? ¿Qué hace que en la Argentina el destino de un cadáver se transforme en una cuestión de Estado y en violentas luchas políticas? ¿Qué raro gen cultural tenemos que les negamos a nuestros muertos el descanso en paz que merecen? ¿Por qué se los castiga impunemente y se los deshonorá? ¿Cuánto describe y habla de nuestra sociedad esta costumbre de manipular la muerte?

“Manía” proviene del griego, y significaba locura. Se dice que un paciente es maníaco cuando tiene un excesivo grado de excitabilidad psíquica, con euforia y desequilibrios emocionales. El maníaco no necesita dormir, no para de hablar, y si se lo contradice se violenta. Una manía describe una obsesión, y el delirio maníaco se mueve por impulsos y movimientos violentos. Pero, sobre todas las cosas, una manía es una forma de locura dominada por una idea fija. También a las sociedades les pasa lo mismo. ¿Tenemos los argentinos una idea fija con la manipulación de la muerte? Una cuestión es su presencia como algo natural, con sus prácticas y ritos, y otra es el manoseo y el culto exagerado hacia ella. La historia demuestra que los argentinos padecemos de una extraña patología que en este ensayo denomino necromanía, es decir, una manía no reconocida de abusar de la muerte —con todo lo que ello implica— y sus excluyentes protagonistas, los muertos.

En estos doscientos años de existencia hemos desarrollado una cultura necrómana que se expresa en la literatura, en la historia, en la política, en las manifestaciones populares, en el deporte, en los medios de comunicación. Como sociedad, todo indica que estamos empecinados en seguir removiendo las cenizas de los próceres, sustraer cadáveres, usar a los muertos como instrumentos de lucha social y robar sus partes como venganzas inconfesables.

En lugar de conmemorar nacimientos, solemos recordar siempre las muertes. El día del fallecimiento del general Manuel Belgrano es el Día de la Bandera; el de Domingo Faustino Sarmiento, el Día del Maestro; la muerte de

Ricardo Rojas instaló el Día de la Cultura Nacional; el asesinato del reportero gráfico José Luis Cabezas, el Día Nacional del Reportero Gráfico; el Día Nacional de la Danza se debe a la tragedia aérea en la que murieron los bailarines José Neglia y Norma Fontenla; el Día del Conscripto Naval es en homenaje al marinero Anacleto Bernardi, que murió salvando vidas en el hundimiento del transatlántico *Principessa Mafalda*; el Día del Canillita, por la muerte de Florencio Sánchez, y el del Dibujante, por la de Alberto Breccia. Los feriados nacionales, muchos de los cuales se sancionaron para recordar las fechas de las muertes de quienes fundaron el país, se fueron corriendo de día hasta definir una nueva atracción social, los llamados “fines de semana largos”, que buscan promover el negocio turístico. Son una profanación de sus memorias.

Allí donde alguien se mató en una ruta hay una cruz para no olvidar nunca más el exacto lugar donde dejó la vida. Es la tragedia la que instala el recuerdo, y el dolor está ahí con toda su carga emocional, por eso hay que eternizarlo en la cruz. La televisión se transformó en una casa fúnebre virtual donde una catástrofe o la muerte de un artista popular se explotan al máximo para atraer audiencia, y ésta a más anunciantes. Es la necromanía mediática. Hasta el cuerpo intocable de San Martín es acechado recurrentemente con la intención inconsciente de ser violentado.

Dicen los especialistas que al profanar un cuerpo se busca destruir lo que tiene de sagrado y su memoria. El origen de este comportamiento social abrevia en la característica del vínculo que establecen los seres vivos con la muerte, cómo se la acepta y qué se hace con ella. Este enigma nos cruza a todos por igual, pero la forma de resolverlo no siempre es la misma. Explica el antropólogo francés Louis-Vincent Thomas:

Entre las especies animales, la humana es la única para quien la muerte está omnipresente en el transcurso de la vida (aunque no sea más que una

fantasía); la única especie animal que rodea a la muerte de un ritual funerario complejo y cargado de simbolismo; la única especie animal que ha podido creer, y que a menudo cree todavía, en la supervivencia y el renacimiento de los difuntos; en suma, la única para la cual la muerte biológica, hecho natural, se ve constantemente desbordada por la muerte como hecho de cultura.

Aunque nos llene de angustia, la finitud marca como una cuenta regresiva el fin de nuestros días y también el de las sociedades. Es imposible imaginar la vida sin la muerte. Ambas se complementan, se necesitan, se explican, se justifican. Una no existe sin la otra. La vida y la muerte, o la muerte y la vida, son los desafíos sublimes que debe experimentar el ser humano. Es estado de conciencia en su más pura esencia. Todo envuelve a ambos misterios. La vida suele darnos algunas pistas. La muerte, ninguna otra que no sea la fe. La conciencia de sentirse vivo sólo puede ser entendida cuando se la enfrenta a la finitud. Y ésta impone la angustia más profunda que se pueda experimentar porque dice que lo que existe ahora dejará de existir en un instante, desaparecerá, con ausencia de memoria de lo que suceda después.

No hay acción de la vida que no tenga su contracara simétrica con la muerte. El nacimiento es una afrenta a la muerte; el amor, el sexo, los excesos, también. Así, nuestra civilización va por la vida cargando con el karma del propio fin. Por eso no hay explicación racional a tanto abismo y ansiedad. Esta angustia que abraza al ser humano dispara la necesidad de ser ocultada, negada, evadida. En consecuencia, a lo largo de miles de años se han construido complejos, conflictivos y hasta violentos sistemas de vínculos humanos, mecanismos fácticos y psicológicos que permiten atenuar esa sensación desagradable e incómoda. Y la idea que se impone para evadirla es la creencia de una trascendencia más allá de la vida. Poder, religión, dinero, fama, hijos son útiles para apaciguar el vacío.

En la manipulación de la muerte hay una búsqueda de trascendencia, algo así como “soy más que el muerto y por eso hago lo que quiero con él”. Para los manipuladores, el muerto vive, y por eso se lo toma como sujeto de vínculo. Hay otras interpretaciones. Para el psicoanalista Germán García, manipular la muerte puede tener un profundo trasfondo romántico. Recuerda que en la Edad Media a la mujer fallecida se la llamaba la “amada muerta”, era el amor al cadáver bello aunque se descompusiera miserablemente. Era saber que la belleza se iba a destruir y por eso se la adoraba. Para el especialista, la exhibición de una calavera es en sí un símbolo de vanidad humana: se ubica ahí para recordarnos que estamos en el mundo y que un día dejaremos de existir.

El proceso de asimilación de la muerte es común y complejo para todos los seres humanos. El asombro en la niñez al verla por primera vez con ojos propios. Sentir más tarde el dolor y la angustia de la desaparición de los seres queridos. El surgimiento de la conciencia sobre la finitud. Dice Germán García, en relación con la manipulación de cadáveres, que en esos casos lo sagrado y lo profano suelen alimentarse recíprocamente porque todo ritual social tiene como punto de proyección de sí mismo lo negativo. Esto es, la vida con la muerte. Las personas utilizan los cuerpos sin vida como un puente invisible hacia el misterio del “más allá”, que aparece en nuestra cultura desde los principios de la noción del ser individuo.

La tumba en la tierra representa lo individual, y la bóveda, la casita del sujeto muerto que le da entidad social. Por medio de ese básico ritual los vivos se reconocen a sí mismos y suelen tomar derechos sobre los muertos. Un cadáver es una especie de microcosmos del alma del muerto, al que se puede humillar o adorar, denigrar o exaltar.

Las relaciones con la muerte son misteriosas. Por ejemplo, la magia blanca

opera con los muertos por imitación. Se construyen muñecos de cera iguales a la persona fallecida como objeto de representación y se trabaja sobre ellos. En cambio, la magia negra lo hace con algo del cuerpo de los muertos: una uña, un pelo o un fragmento sirven para simbolizar al todo. Entonces se le hace daño, se lo vengá. Esto fue lo que ocurrió con las profanaciones de los cadáveres de Evita y Juan Perón. Así como mucha gente suele guardar cosas de sus muertos, el hecho de haberse llevado las manos del cuerpo de Perón tiene también ese significado cultural de apropiación de la muerte ajena.

Una exaltación de ese culto a los muertos y a la muerte que profesamos los argentinos —este libro contribuye a ello— fue la exhibición pública de cadáveres conocida como “Bodies”, que se realizó en un shopping de Buenos Aires con el auspicio de importantes empresas que aprovecharon el evento para desplegar su marketing corporativo. Más de doscientos mil argentinos pagaron sus entradas para ver un espectáculo único. La morbosa atracción de mujeres, hombres y niños, que desfilaron por los ambientes en penumbras, se centró en clavar los ojos en cadáveres chinos previamente sometidos a un sistema de plastificación de los tejidos, cuerpos humanos tan reales como si recién se hubieran encontrado con la muerte. Cada músculo minuciosamente diseccionado en cuantas partes la naturaleza le dio. Genitales expuestos sin pudor, pulmones ganados por el cáncer, corazones infartados, hígados cirróticos, lenguas de varios tamaños e intestinos puestos como en una carnicería eran el deleite de los visitantes de todas las edades, que, como un juego de semejanzas, se reían de sus propias miserias mortales. Poco importó que detrás de esos cuerpos momificados y descuartizados pudieran existir historias de vida, hombres y mujeres que sufrieron y amaron como cualquiera de sus observadores. Todo un éxito que repitió temporada en el verano de 2010 en Mar del Plata con gran despliegue publicitario.

En el imaginario social el muerto es amenazador, y así lo revelan las fantásticas y populares historias del Conde Drácula o Frankenstein en las que

el muerto siempre vuelve porque es tratado como un vivo, con valores sociales. La cultura occidental que heredamos es fuerte y determinante en este sentido. Desde la fe, las religiones plantean una salida al dilema: hay vida después de la muerte. El mensaje es claro: a no desesperar porque de alguna manera la vida continúa y la muerte es sólo un accidente, aunque nada se sepa de ella. Entonces, humanicemos a la muerte.

El universo judío cree en la resurrección de los muertos, en la trascendencia del alma y en la reencarnación en vidas sucesivas. El cuerpo es el pequeño santuario, lugar donde habita el alma. Es impuro al morir, por eso se lo purifica lavándolo antes de enterrarlo, y se lo viste con mortajas blancas de lino para ir al juicio final con el manto tradicional. Se lo deposita en tierra y en el fondo del ataúd se rompen las maderas para que el cuerpo tenga contacto con esa tierra. El cuerpo tiene que volver a la tierra de donde vino. Polvo eres y polvo serás. Después hay un duelo de siete días, y al año se acostumbra descubrir una placa o un monumento en el cementerio. Los rabinos impusieron a los deudos una oración comunitaria en arameo, que no habla de la muerte sino de la vida y de la exaltación del nombre de Dios. La oración de recordación es una alabanza a la vida. Se respetan los tiempos del duelo y del dolor, pero el recuerdo se sostiene en la vida y no en la muerte.

Para los judíos, la muerte de Jesús fue un escándalo, y para los romanos, una vergüenza. En cambio, para los cristianos representa el triunfo: Cristo vence a la muerte por la resurrección, y a partir de ahí todos los cristianos mantienen la obsesión de la resurrección final. La gran fiesta de Semana Santa les recuerda que la vida gana por sobre la muerte. El culto a los muertos es, en definitiva, el de aquellos que están a la espera de la resurrección.

Pero a pesar de esta creencia aceptada en la vida cotidiana, la cultura católica considera el dolor un elemento central en sus ritos. Basta con entrar en cualquier iglesia para comprobar que su simbología tiene como eje a la muerte. La imagen de Jesús moribundo en la cruz es dominante y excluyente.

Los fieles veneran más al Jesús de la muerte, el Hijo de Dios perseguido, torturado y asesinado tras una penosa agonía, que al de la resurrección y la vida eterna.

Así, el dolor y la injusticia conmueven al alma humana y sirven de antesala para la recompensa de que hay algo después de la muerte. El éxito mundial que tuvo la película *La Pasión de Cristo*, dirigida por Mel Gibson, impactó a millones de espectadores precisamente porque mostró las formas más violentas y descarnadas de un Jesús castigado, torturado, golpeado, deformado su cuerpo hasta la muerte. La sangre fue la principal protagonista del film, con primeros planos de Jesús sufriendo a mares, ganado por el miedo a morir. Las desgarradoras imágenes bastaron para que la Iglesia Romana aprobara su exhibición. Nunca antes su muerte había sido descripta con tantos detalles humanos. Esta cultura heredada por los siglos es determinante en nuestro comportamiento social con relación a la muerte. La cruz nos remite directamente a ella. Y está omnipresente en escuelas, clubes, despachos de funcionarios, cuarteles, comisarías y hogares.

El culto a los muertos es, en el fondo, la curiosidad por la otra vida. Por eso los seres humanos tenemos la costumbre de husmear en ella, espiar ese misterio, algo así como el regodeo sobre la fatalidad ajena o, quizás, una forma de asomarnos al vacío del propio fin.

Nuestros antecedentes y evidencias delatan nuestra condición de necrómanos. Una historia conformada de fúnebres hechos precedidos por torturas; robo de cadáveres o de sus vísceras; mutilaciones varias; disputas por cabezas, manos y corazones; huesos en exilios permanentes, escondites secretos donde un trozo de un muerto puede valer más que el oro mismo. En ningún momento este ensayo tiene la intención de realizar consideraciones políticas, ideológicas o religiosas sobre los hechos que se relatan o las personas vivas o muertas que los protagonizan. Cualquier adjetivación debe ser tomada como una forma de contextualización de la situación necrómana

que se describe. Como toda construcción cultural, el relato está compuesto por historias documentadas, situaciones verídicas, transmisiones orales, versiones nunca probadas, cuentos, relatos mágicos y fábulas. Tampoco se pretende desconocer o desacreditar el valor de los ritos, homenajes póstumos, creencias religiosas y demás costumbres tradicionales relacionadas con la muerte y que bien expresan las distintas culturas que conviven en el país. Todos son respetables y respetados. Como un calidoscopio, aquí se muestra una sección del ADN cultural de los argentinos que explica, en parte, cómo somos y por qué hacemos lo que hacemos. Y como si se tratara de un viaje en un tren fantasma, en las siguientes páginas el lector hará un recorrido por las historias más desopilantes de la necromanía nacional. Seguramente habrá muchos otros casos, quizá más importantes y hasta sorprendentes. Los aquí presentados sólo son una excusa para poder reconocernos en ese espejo.

EL AUTOR

CAPÍTULO 1

Profanar el bronce

*Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro
[por el Chacho Peñaloza] y ponerla a la expectación,
las chusmas no se habrían quietado en seis meses.*

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

*Así como hay colecciones de mariposas y langostas,
aquí se coleccionó gente.*

Del fotógrafo XAVIER KRISCAUTZKY
en relación con las momias y los restos de indios
del Museo de Ciencias Naturales de La Plata

*Devolvamos la identidad a nuestros caídos.
No puede haber NN en este cementerio.*

Leyenda de una bandera argentina desplegada

en el cementerio de Darwin por ex combatientes

La historia argentina está construida de manipulaciones de cadáveres, robos de sus partes, ritos de adoración a la muerte y a sus principales protagonistas, los muertos. Desde el grito revolucionario de 1810, algunas páginas de nuestra historia se han escrito con muerte, haciendo un culto de ella. Las luchas por el poder no siempre fueron por ideologías o intereses económicos y comerciales. Tuvieron una gran impronta de cuestiones personales que se dirimieron a fuerza de bayonetas, balas, bombas y venganzas.

El antecedente más lejano quizá se pueda encontrar en los años de la primera expedición española de Pedro de Mendoza, que daría origen a una pequeña aldea antecesora de Buenos Aires. Después de un viaje extenuante, mil quinientas personas desembarcaron en estas costas, más precisamente en la margen derecha de la antigua desembocadura del Riachuelo. Allí se encontró un sitio que sirvió de puerto y refugio para las naves y los soldados. Pasados los meses, las provisiones empezaron a agotarse y los indios, que habían detectado estos movimientos, comenzaron a hostigarlos. Desde entonces no hubo paz. El hambre se hizo intolerable, sólo se comían pedazos de galletas secas. Por día se hallaban dos o tres muertos por inanición. Algunos escondían los cadáveres para apropiarse de las míseras raciones de galleta que les correspondían a ellos. El 24 de junio de 1536 la población española estaba sitiada, asediada por los nativos y diezmada por la hambruna que alcanzó proporciones pavorosas. Los cronistas de la época relataron estos horrores y describieron episodios espantosos de cómo pudieron sobrevivir.

Un día, tres hombres robaron un caballo para comerlo. Enterado de lo sucedido, Pedro de Mendoza los mandó ahorcar y, durante la noche, algunos de sus compañeros de expedición se acercaron a la horca y cortaron pedazos de los cadáveres para comérselos. Uno devoró la carne de su propio hermano.

Tal era el descontrol que se vivía, que el rey emitió cédulas para perdonar a los que por hambre habían comido carne humana.

Ese antecedente, brutal por cierto, fue la antesala de un sinnúmero de hechos necrómanos que marcaron nuestra historia y describieron una particular relación con la muerte y todo lo que la rodea.

Cuenta el historiador Manuel Gálvez que el fusilamiento de prisioneros constituyó un deporte nacional durante las guerras del siglo XIX. En las luchas por la emancipación americana, los jefes españoles fueron muy crueles con los prisioneros criollos, y después los generales criollos les pagaron con la misma moneda. Simón Bolívar fusiló a ochocientos españoles. Juan José Castelli y Manuel Belgrano, próceres de Mayo, también les metieron bala. Y los detenidos de las montoneras del *Chacho* Peñaloza fueron degollados sin piedad.

Durante casi todo ese siglo, la muerte no pareció ser una consecuencia desagradable e indeseada de los fragores de las luchas entre bandos. No. Se trató de un claro objetivo político premeditado, como ocurrió con la violencia política en la década de los setenta del siglo XX. En ambos casos había un denominador común que llevaba implícito un mensaje para el enemigo, al que se tenía que eliminar lo más brutalmente posible y, si cabía, castigarlo en su cadáver. Primero fue contra los españoles, después entre criollos, luego entre unitarios y federales y entre blancos y aborígenes. A cada acción violenta le correspondía una reacción de igual intensidad. Eran extensos territorios con ciudades y poblados dominados por algún militar que, con la idea de unirse en una sola nación, no tenía piedad de sus adversarios, a quienes colgaba en la plaza pública, los degollaba o decapitaba para exhibir sus cabezas ante un pueblo temeroso de las represalias. Había que destrozar el cadáver del enemigo, robarlo si se podía, y mostrarlo en esa condición denigrante para que los vivos aprendieran la lección del más fuerte. Así se construyó gran parte de la historia argentina, sembrada de muertos y venganzas.

A mediados de 1821, los hombres fieles al gobernador de Santa Fe, Estanislao López, iniciaron la persecución final contra su acérrimo enemigo político, Francisco Ramírez. La cuestión tuvo ribetes de historia de amor que bien podría ser una miniserie televisiva. Consiguieron alcanzarlo el 10 de julio en las inmediaciones de Río Seco. Ramírez pudo escapar acompañado por unos pocos soldados fieles y su amante, la Delfina. El caballo de la mujer empezó a sentir el cansancio de la huida y, finalmente, la patrulla logró cercarla y apresarla. Intentó desnudarla y abusar de ella. Como un héroe de película, Ramírez volvió para defender a su amada cargando con su lanza a toda velocidad, pero en la intentona recibió un balazo en el pecho. Se echó sobre su caballo lanzado a la carrera, cayó al suelo y murió. Ahí nomás le cortaron la cabeza y se la llevaron como un trofeo al gobernador López, quien la envió al Cabildo de Santa Fe con la orden de que fuera colocada en una jaula de hierro. Lo hizo para que la vieran los visitantes y, en especial, la Delfina, quien le había hecho un desplante amoroso que nunca le perdonó. Finalmente, el entonces gobernador de Buenos Aires obtuvo de López el permiso para dar sepultura al cuerpo mutilado de Ramírez y su cabeza en el cementerio de la Merced. La moharra de la lanza de Ramírez se conservó en Santa Fe hasta el año 1866, cuando el gobernador se la envió de regalo a su par de Entre Ríos como un recuerdo valioso de quien fue, para algunos, el primer guerrillero argentino.

Por la provincia de Salta también corrieron los hábitos de manipulación de la muerte. Durante la gobernación de Juan Ignacio Gorriti, en 1827, hubo un levantamiento encabezado por los generales Arenales y Matute, este último suegro del gobernador. Al primero lo mataron y al segundo lo tomaron prisionero y se lo sentenció a muerte. Su ejecución debía realizarse en la plaza principal pero, finalmente y teniendo en cuenta que su esposa estaba embarazada, lo hicieron en un lugar más alejado. Lo asesinaron y, para sacarle los grilletas, le cortaron los pies. Así de mutilado entregaron el cuerpo.

También por aquel año 1827 mataron sin piedad al gobernador de La Rioja, José Patricio del Moral. Era el máximo jefe político de la provincia, y Facundo Quiroga le pidió que se sumara a sus grupos, que luchaban en la guerra civil que vivía el país. Pero el gobernador lo rechazó y fue entonces que Facundo lo condenó a muerte. Del Moral dejó de dormir en su casa y decidió refugiarse en el bosque, cambiando constantemente de lugar para no ser apresado. Después de ser derrotado en La Tablada, en junio de 1829, Facundo regresó por venganza y se propuso matar al gobernador, de quien decía que lo había traicionado. Ordenó a todos los riojanos que se retirasen a los llanos y mandó despedazar vivo a Del Moral, volarlo sobre barriles de pólvora o trozarlo con una sierra. Pero no logró su propósito, aunque sí lo hizo con los dos hijos y algunos amigos de su perseguido. En septiembre de 1831, furioso por un levantamiento en su contra a raíz de las derrotas sufridas, Facundo llegó a la ciudad catamarqueña de Capayán al mando de veinte hombres selectos. En la plaza había un algarrobo. Cansado de alimentar a los presos y para dar a los catamarqueños un espectáculo de terror y venganza, formó con los prisioneros una cadena humana amarrándolos por los brazos. Los hizo arrodillar bajo el algarrobo y los fusiló uno por uno; y lo que no pudo hacer con la pólvora lo hizo con la lanza.

Facundo Quiroga también sufrió la venganza en su propio cuerpo. Sus enemigos le asestaron una emboscada y lo asesinaron con un tiro en el ojo en 1834 en Barranca Yaco, Córdoba. Dicen que una vez que se enteró el brigadier Juan Manuel de Rosas, mandamás en Buenos Aires, hizo traer el cuerpo en la misma diligencia donde había sido ejecutado para depositarlo en el cementerio de la Recoleta. Después se perdió el rastro del cadáver, desapareció la carreta y con el correr de los años se instaló un mito popular que decía que el cuerpo de Facundo no estaba en la bóveda, sino que había sido escondido por miedo a que lo robaran o lo cremaran sus enemigos. Un misterio que duró 175 años. ¿Dónde estaba el cadáver de Facundo Quiroga?

En 2006 un grupo de arqueólogos, historiadores y antropólogos pudieron develarlo. Con la ayuda de los técnicos de la Comisión Nacional de Energía Atómica y con un aparato electrónico se pudo detectar dónde había sido escondido el ataúd. El equipo funciona como un ecógrafo: mide y registra los huecos a través de los muros, y gracias a ese dispositivo se detectó una parte hueca de una pared del subsuelo de la bóveda, detrás de tres catres que estaban completos de féretros. Se sacaron, y con una mecha gruesa se perforó la pared para saber si había algo del otro lado. Efectivamente, se pudo observar un ataúd que estaba puesto de forma vertical, como decía la versión popular que se encontraba el de Facundo. Y tenía una espada para que pudiera enfrentar a la muerte.

Venganza absurda

La cultura de la muerte fue exponencial en los años de luchas entre unitarios y federales en el siglo XIX. A fines de la década de 1820, un asesinato que disparó los odios más reprimidos fue la antesala de una guerra interna con miles de muertes. Se trató del ajusticiamiento del gobernador de la provincia de Buenos Aires, el coronel Manuel Dorrego. Por orden del propio general Juan Lavalle, que antes se había alzado en armas contra el orden legal que representaba Dorrego, fue fusilado sin juicio ni justificación legal. Lo mataron sólo por ser enemigo. Fue el 13 de diciembre de 1828, tras ser detenido después de la derrota en la batalla de Navarro. Al condenado lo llevaron hasta la estancia El Talar, donde estaba instalado el campamento unitario. Dorrego bajó del carruaje que le servía de celda e inmediatamente le comunicaron cuál sería su final. Se dio un fuerte golpe en la frente y gritó: “¡Santo Dios!”. Pidió papel y tinta para escribir varias cartas de despedida, solicitó hablar con el cura Juan José Castañar y también con el coronel Gregorio de Lamadrid. “Mis piernas están tan firmes como mi corazón”, dicen que dijo antes de morir. Pero

un testigo directo de los que no faltan contó que, en realidad, estaba pálido y abatido. Apoyado en el sacerdote y en Lamadrid, fue al patíbulo, donde se escuchó el estruendo seco de los disparos. Lavalle se entregó a un sillón y le dijo a su edecán: “Amigo mío, acabo de hacer un sacrificio doloroso que era indispensable”. Mientras escribía una carta contando el fusilamiento de Dorrego al almirante Brown, a trescientos metros yacía tirado en el suelo el cuerpo de su fusilado. El religioso se hizo cargo del cadáver. Los familiares de Dorrego le habían pedido al ministro Díaz Vélez que los dejara ir hasta Navarro para despedirse del ser querido. Los castigaron. No los dejaron ver al muerto. La parroquia de Navarro abrió de par en par sus puertas para recibir el cadáver de Dorrego, que fue velado toda la noche. Al día siguiente lo enterraron en el cementerio que estaba junto a la iglesia. Ya había sospechas de que no sólo lo habían fusilado sino que se habían tomado también revancha con su cadáver. No bien asumió el gobierno, Juan Manuel de Rosas creó una comisión oficial para saber qué había sucedido con el cuerpo. Con la exhumación se constató que la cabeza había sido cortada, separada del tronco y dividida en varias partes; también que a Dorrego le habían dado un golpe de fusil en el costado izquierdo del pecho. Finalmente, sus restos fueron llevados a Buenos Aires —se rindió homenaje en la Catedral— y depositados en la Recoleta en una urna de plomo. Hoy los tres, Rosas, Dorrego y Lavalle, todos de una u otra manera víctimas de las prácticas necrómanas argentinas, están a escasos metros de distancia, compartiendo el mismo cementerio. Sus tumbas son visitadas por turistas y curiosos de la historia.

Tan lejos, tan cerca al final

En 1839, los unitarios comandados por el general Lavalle encabezaron la rebelión de los Libres del Sud contra el gobierno de Rosas. Fracasaron cerca de Chascomús, y muchos de los revolucionarios fueron tomados prisioneros.

Una vez más la venganza no se hizo esperar. Pedro, hijo de Juan José Castelli, fue decapitado en el acto y su cabeza tomada por el coronel Prudencio Rosas, hermano del Restaurador y juez de paz de Dolores. La exhibieron en la plaza del pueblo durante varios días ante el espanto de la gente que pasaba por el lugar. En el convulsionado país que luchaba por unificarse, otros, tal vez menos conocidos, protagonizaron hechos necrómanos. Según se cuenta, el gobernador de la provincia de Corrientes, Juan Genaro Berón de Astrada, fue muerto el 31 de marzo de 1839 en la batalla de Pago Largo, donde recibió dieciocho lanzazos, se le cortó una oreja y se le sacó una lonja de cuero de su espalda, con la que se confeccionó una manea que se le regaló después a Juan Manuel de Rosas.

En el segundo mandato de Rosas, iniciado en 1835, la muerte sería protagonista excluyente de la lucha por el poder. Se expresaba en consignas tales como “Viva la Santa Federación, mueran los salvajes unitarios” y “Religión o muerte”, una clara definición de que había que dirimir las cuestiones políticas eliminando al adversario. Fueron célebres las acciones de la Sociedad Popular Restauradora, que los unitarios llamaron “la Mazorca” y el lenguaje popular, “la Más Horca”. Era una organización formada por ex soldados y policías, y hasta por serenos y ladrones que se dedicaban a dirigir manifestaciones públicas, perseguir y matar a quienes se les oponían. Cuando Rosas fue derrotado en la batalla de Caseros en 1852, el turno de la venganza les llegó a los unitarios. Los mazorqueros arrestados fueron sometidos a juicio y ahorcados como ejemplo para el pueblo. “Es sabido que el que mata por orden superior no es responsable”, argumentó Manuel Ugarte, abogado defensor de los mazorqueros. Sin duda fue la primera versión de la obediencia debida de los tiempos de la dictadura del general Jorge Rafael Videla.

Nueve jefes mazorqueros fueron condenados a muerte, entre ellos Leandro Antonio Alén (con ene), abuelo de Hipólito Yrigoyen y padre del fundador del radicalismo Leandro N. Alem, quien, con sólo once años, estuvo presente en

el momento de la ejecución. Seguramente, ser testigo del ahorcamiento público de su padre le habrá dejado una marca para toda la vida. Quizá por ello después se cambió el apellido: dejó el Alén para hacerse llamar Alem, y terminó sus días con un tiro en la sien. Todavía hoy se conserva la mesa sobre la que murió en el hall del Club del Progreso, donde fue atendido moribundo.

Bajo una persistente lluvia, balcones y azoteas se habían colmado para presenciar la ceremonia de la muerte y la venganza contra los rosistas. Los cadáveres fueron expuestos públicamente durante horas, de acuerdo con lo que ordenó la sentencia judicial. Nadie se animó después a retirarlos. Una multitud cercana a las diez mil personas seguía apretujándose para ver de cerca esa escena macabra. El fraile Olegario Correa pronunció un sermón por demás violento y a favor de los asesinatos. “Antes de separarnos de este lugar, mostrad con el dedo a vuestros hijos esos cadáveres, compendio abreviado de los errores de una época aciaga, y decidles y repetid unos a otros: éstos son los hijos que produce la tiranía.” Justificó así los asesinatos. Quiso decir que a la muerte practicada por los mazorqueros sólo se la pudo combatir con más muerte. El mismo pensamiento que también justificó la lucha contra la guerrilla en los años setenta del siglo XX.

El propio cadáver de Rosas fue uno de los más famosos y disputados durante más de un siglo. Fallecido durante su exilio en Gran Bretaña en 1874, el muerto fue escenario de las más diversas luchas ideológicas. La repatriación de sus restos dividió a la sociedad argentina entre liberales y nacionalistas. Los primeros negaban cualquier posibilidad de que el ataúd de Rosas se pudiera ver por las calles de Buenos Aires. Para los segundos, su regreso al país representaba un acto de reivindicación de la figura que había rechazado el intento de invasión de franceses e ingleses. Finalmente, Carlos Menem lo hizo. Y no fue por convicción histórica, por más que en el pasado él mismo se proclamara como la encarnación del caudillismo federal. Lo hizo por necesidades de política interna. Su gobierno se había aliado a los sectores

más liberales y antirrosistas del país, y allanó el camino para que se normalizaran los vínculos con Gran Bretaña después de la Guerra de Malvinas. Algo había que otorgarles, aunque simbólicamente, a los sectores nacionalistas argentinos que lo criticaban por su pragmatismo. Qué mejor, entonces, que echar mano de los restos de Rosas y traerlos al país.

Se creó una comisión especial integrada por funcionarios, parientes y militantes que llevó adelante el operativo de retorno del muerto. Había que cruzar el Atlántico para traer lo que quedaba de la osamenta de quien había sido el hombre más poderoso y temido de Buenos Aires. El momento era más que oportuno. Se hacía después de que Menem indultara a los genocidas de la última dictadura militar y a los dirigentes guerrilleros que también habían sido juzgados y detenidos por la Justicia de la democracia. La repatriación de los restos mortales de Rosas se presentaba como una forma de compensación a los sectores peronistas y nacionalistas que se oponían al perdón de los militares. Una vez más, un muerto era usado con fines puramente políticos. Era un instrumento del poder. La comisión de notables se encargó de cumplir el sueño nacionalista. Primero fue a Londres y desde ahí a Southampton, en cuyo cementerio estaba enterrado Rosas junto a su hija Manuelita y su yerno, Máximo Terrero. El viaje tardó una hora y media. Cuando los miembros de la comisión llegaron al lugar, comenzaron los ritos fúnebres con el rezo del rosario. El féretro se encontraba en un nicho de material bajo tierra. Era una pesada caja de plomo de cuatrocientos kilos. Chorreaba líquido, probablemente la humedad que se había juntado en esos largos años, y la madera estaba totalmente podrida. Tuvieron que ponerlo en otro cajón más grande para llevarlo a la casa funeraria que se encargaría de acomodarlo. Luego el cortejo se dirigió al aeropuerto. La idea era sacarlo con rapidez de Inglaterra para evitar cualquier problema con las autoridades británicas. Los ingleses no lo supieron, pero el féretro había sido envuelto con la bandera nacional que fuera arriada de la embajada argentina en Londres el día en que

estalló la guerra por las islas Malvinas en 1982. Sobre el pabellón se colocó un poncho federal con el clásico color rojo punzó. El viaje hasta el aeropuerto duró media hora. Había dos aviones a disposición. Uno para llevar el ataúd y otro para la comisión. Volaron al aeropuerto francés de Orly, donde los restos de Rosas fueron recibidos con honores de jefe de Estado. El féretro se dejó en un depósito, y hasta se había pensado levantar una cripta en la embajada argentina en París para poder homenajearlo.

El momento histórico había llegado. Abrir el ataúd y ver qué había quedado de aquel temido Rosas que tantos odios y pasiones había provocado durante su existencia. Por las mentes de todos los que estaban allí pasaban las imágenes de aquel general de ojos claros que había encabezado la batalla naval de Vuelta de Obligado. El todopoderoso que había sido principal protagonista de una cruenta guerra interna. El militar al que San Martín le había dejado su sable corvo. Todos estaban a minutos de ver, con ojos propios, al prócer de los nacionalistas argentinos. Con paciencia de ebanista lograron sacar la tapa. Un fango pegajoso había ganado el espacio e impregnaba todo de un color marrón oscuro, casi negro. El interior se encontraba revuelto. Entre el lodo que los tapaba aparecieron el cráneo del gran brigadier don Juan Manuel de Rosas y también los huesos de su esqueleto. Un crucifijo de madera que se partió en el momento en que lo tomaron. Un plato de porcelana blanca que pudo haber sido usado con agua bendita durante el velatorio. Y mitad de una dentadura de oro correspondiente al maxilar inferior. Todo eso era lo que había quedado de Rosas. Los escasos huesos fueron prolijamente limpiados uno a uno y puestos en un nuevo féretro. Desde el aeropuerto de Orly, los restos fueron llevados a París para emprender el regreso definitivo a la Argentina. Cuando el piloto anunció que el avión sobrevolaba cielo americano estalló la euforia con gritos y más gritos que buscaron homenajear al muerto. Alguien exultante dijo que finalmente se había ganado la partida histórica a José Mármol, quien había dicho de Rosas que “ni el polvo de sus cenizas

América tendría”. Y otra voz cerró el momento de gloria: “Ya se puede caer el avión”. En la bodega de la nave algo de lo que había sido Rosas estaba bien embalado como una reliquia, mientras arriba los vivos, tomando vino y quizás hablando de banalidades, festejaban con alegría una revancha histórica que había sido alimentada por enemigos y partidarios.

Ya en territorio argentino se realizaron las exequias públicas que el finado nunca pudo tener. El féretro se transportó por el río Paraná a bordo de un barco de la Marina. En el puerto de Buenos Aires fue recibido con honores y llevado en una cureña militar hasta el cementerio de la Recoleta. Decenas de miles de personas escoltaron el cortejo fúnebre luciendo ponchos y atuendos rojo punzó. Finalmente, el ataúd fue depositado en la bóveda de la familia Ortiz de Rosas, cubierto con la bandera argentina y una flor estrella federal encima.

Como ya se comentó, a pocos metros de los huesos de Rosas están los de su archienemigo histórico, el general Juan Lavalle. A él tampoco le fue bien con eso de “que descanse en paz”. Del calvario y la manipulación de su cadáver se escribieron infinidad de historias, unas más fantásticas que otras. Un caso que ejemplifica las atrocidades que pudieron cometerse en el pasado con la manipulación de los muertos. Luego de su derrota militar definitiva en septiembre de 1841, Lavalle se dirigió hacia Salta y después a Jujuy, donde se quedó junto con doscientos hombres fieles. Pasó la noche en la casa del doctor Bedoya, quien se había marchado a Bolivia. Colocó una guardia en el corralón y los demás se acomodaron en las restantes habitaciones. Al día siguiente un grupo que llegó para matar a Bedoya, ignorando que no estaba, atacó el lugar y disparó sobre un hombre que resultó ser el mismo general Lavalle, al que hirieron en la garganta perforándole el esófago, herida que le provocó la muerte. Sus hombres intentaron darle sepultura en la Iglesia del Beneficio de Tumbaya, Jujuy, pero una partida enemiga los persiguió y entonces decidieron huir llevándose al muerto a costas bajo el sol implacable del norte. El

cadáver del jefe era lo último que iban a entregar, representaba el valor simbólico de los unitarios que estaban dispuestos a todo por una cuestión de honor. Y así lo hicieron. Todo. Hasta lo impensado. Para evitar que su cuerpo fuera capturado por manos enemigas decidieron llevarlo a Bolivia. Así comenzó una trágica y lúgubre marcha por aquellas tierras desoladas y calurientas. El cadáver fue envuelto en un poncho y colocado en el lomo de un caballo, para emprender la larga travesía, encabezando el improvisado cortejo fúnebre. Al día siguiente, un olor nauseabundo y envolvente se volvió insoportable. El general Pedernera, que conducía la expedición del muerto, hizo un alto en el paraje Cerro Chico. En ese lugar, el coronel Alejandro Danel tuvo la macabra tarea de sacar las vísceras del cuerpo para terminar con el proceso de putrefacción, y las enterró en el mismo lugar. La cabalgata con el cadáver vaciado siguió durante catorce días más. Estaban exhaustos, sin comida ni agua, no habían dormido y se encontraban casi desnudos. Los músculos y la osamenta de Lavalle se veían en estado lamentable, acompañando como podían los movimientos del lomo del animal. Finalmente llegaron a Potosí y depositaron lo que quedaba del cadáver en la Catedral. Años más tarde, en 1858, otra vez sus restos fueron manipulados, pero para emprender el regreso. Después de vencer en la batalla de Caseros a los federales, los unitarios se acordaron del gran jefe muerto y fueron a buscarlo a Bolivia. Exhumaron lo poco que quedaba de Lavalle, y esos restos emprendieron el camino inverso recorriendo miles de kilómetros, pasaron por el lugar donde habían quedado sus órganos y llegaron a Buenos Aires para ser depositados en la Recoleta.

El pintor Nicanor Blanes se tomó todo el tiempo del mundo para inmortalizar el calvario del cadáver de Lavalle. Un enorme óleo que ocupa el salón principal del Museo Histórico Nacional recuerda el momento de su huida *post mortem* a Bolivia con el nombre bien explícito: “La conducción del cadáver de Lavalle en la Quebrada de Humahuaca”. Imperdible.

La cabeza del Chacho

Tampoco le fue bien al cadáver de Narciso de Laprida. La historia lo recuerda como uno de los colaboradores de San Martín en la organización del Ejército de los Andes y como presidente del Congreso de Tucumán en las sesiones del 9 de julio de 1816. Fue gobernador de San Juan y miembro del Partido Unitario. El martes 22 de septiembre de 1829, a menos de diez kilómetros del pueblo de Mendoza, caía la tarde en un campo de alfalfa rodeado de tapias. Las tropas federales habían cercado a los unitarios y aguardaban a que se terminara de negociar la paz, conversaciones en las que participaban Laprida y Domingo Faustino Sarmiento. No obstante, en medio de los diálogos los federales atacaron con sus cañones y la caballería. Sarmiento, sólo con dieciocho años, fue atrapado pero pudo fugarse a Chile. Laprida, un inexperto en combates y en armas, corrió con su caballo por las callejuelas desconocidas del suburbio mendocino buscando esconderse hasta que fue apresado. Ahí nomás lo atravesaron con una lanza y lo decapitaron. Se dijo, incluso, que junto a otros cuerpos fue expuesto a los curiosos bajo los arcos del Cabildo de Mendoza y que sólo se lo pudo reconocer por un monograma que tenía en su camisa. A pesar del castigo que había recibido, el cadáver de Laprida fue vengado de la peor manera. Lo hicieron desaparecer. Nadie supo decir qué hicieron con él.

La cabeza del caudillo federal Ángel *Chacho* Peñaloza fue colocada en una pica en la plaza pública para deleite de sus enemigos y espanto de sus seguidores. Fue en noviembre de 1863. Dos años antes de su muerte, el gobierno nacional le había mandado poner orden en la tumultuosa La Rioja. Cuenta el historiador Antonio Sánchez Zinny que en esos años el Chacho ejerció su voluntad omnímoda en esa provincia, San Luis, Córdoba, San Juan y Catamarca. Desató odios y amores incondicionales. Su final llegó en el pequeño pueblo de Olta. En un durísimo combate contra las fuerzas

combinadas de Paunero y Sandes fue derrotado. En el llamado Campamento de la Tortura —valga el nombre que le pusieron—, Sandes mató a muchos de los prisioneros tras aplicarles el cepo colombiano. Y remató el festín de odio y muerte con la quema de los cadáveres. Más tarde, el Chacho fue cosido a puñaladas en su propia cama cuando dormía. Su asesino lo degolló en el silencio de la noche y se fue cargando su cabeza como una bolsa de papas. Al día siguiente, la imagen era patética. Su cuerpo en la cama decapitado, totalmente ensangrentado y cruzado de heridas cortantes por todas partes. Después, su cabeza fue colocada en una pica. Le cortaron una oreja y se la enviaron a sus aliados para que estuvieran seguros de que lo habían asesinado sin piedad. La noticia de su crimen fue deliberadamente ocultada al entonces gobernador sanjuanino Domingo Faustino Sarmiento. El hombre estaba en campaña política y no era cuestión de que el brutal asesinato pudiera perjudicarlo. Tiempos de odios, sin duda. A los pocos días y ya en conocimiento de lo que habían hecho con la cabeza y el cuerpo del Chacho, Sarmiento le escribió al general Bartolomé Mitre, con inusitada barbarie intelectual: “He aplaudido la medida precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses”. Todo un ejemplo de piedad y civilización.

La exhibición de los cadáveres ha tenido siempre la intención de amedrentar a los enemigos haciéndoles sentir el poder del ganador. También sirvió para incentivar a los guerreros propios al cebarlos con la muerte de los otros. La decapitación y la exposición de la cabeza del muerto en una pica han sido una costumbre permanente en la historia del país durante el siglo XIX. Hubo más ensañamiento con las cabezas de los desgraciados. Está el caso, por ejemplo, de Marco Avellaneda, padre de Nicolás, detenido y muerto en Metán el 3 de octubre de 1841. Su cabeza fue cortada y colocada en una pica en la Plaza de la Independencia, en Tucumán, de donde después fue rescatada, a la

noche, por Fortunata García de García, dama de una distinguida familia tucumana y madre de dos gobernadores provinciales. Al cuerpo lo trozaron, pero previamente se le quitó parte de su espalda. La cabeza de Avelino, hijo del general Juan José Viamonte, también fue cortada y paseada por las calles al grito de “sandía calada”.

Todavía hoy los diarios argentinos muestran la foto de Sarmiento muerto en su silla mecedora, tapado con una manta y un libro sobre sus piernas. La imagen de un abuelito que se durmió. Impacta la soledad del momento. Entre otras cosas, se lo recuerda por su frase “civilización o barbarie”. La primera remite a la educación y la cultura; la segunda, a la irracionalidad y la violencia que él mismo no se privó de practicar cuando festejó la forma en que habían matado y se habían vengado del Chacho Peñaloza. “Pónganme cerca de la ventana... quiero ver la luz de la aurora.” Eran las últimas horas de su vida. No quiso que hubiera sacerdotes en su lecho de muerte “para que una debilidad no pueda comprometer la integridad de mi vida”. “¿Estoy acaso libre de que me niegue la sepultura el cura del cementerio? Ya tomaré mis precauciones testamentarias para que, si la cremación no se practica, se lleve mi cadáver a Chile, donde no hay hombre ni mujer de 50 años que no haya aprendido a leer... en la Conciencia del Niño y en la Vida de Jesucristo”, definiciones que fueron todo un testamento.

En los últimos años de su vida, a Sarmiento lo obsesionaba la muerte. Visitaba con frecuencia en la Recoleta la tumba de su hijo Dominguito; el recuerdo de su caída desangrado en la batalla de Curupaytí nunca lo había abandonado y lo torturó hasta el final. Habrá sido por eso que aceptó de agrado el regalo de su amigo José Muñoz: un terreno en ese cementerio que estaba cerca de la tumba de su amado hijo. Sarmiento murió en Asunción del Paraguay a las dos y cuarto de la madrugada del 11 de septiembre de 1888. Como en otros tantos casos a lo largo de la historia, de inmediato el muerto comenzó a ser objeto de deseo de los vivos. Rápidamente se puso en marcha

la operación para repatriar su cuerpo a Buenos Aires. Fue un largo viaje en barco desde Paraguay seguido por multitudes. Los diarios se unieron y publicaron una única edición en común de homenaje. El féretro de Sarmiento recorrió las calles porteñas durante dos horas en medio de un clima lluvioso. Pasó por Plaza de Mayo y finalmente los restos del ex presidente fueron sepultados en la Recoleta el 22 de septiembre, el mismo día en que se cumplieron veintidós años de la muerte de Dominguito.

¿Descansó en paz? Desde ya que no. Fueron reiterados los intentos de sacarlo de allí para llevarlo a San Juan. Uno de ellos fue durante el gobierno de Raúl Alfonsín, y hubo otro en la gestión de Carlos Menem. Ambos fracasaron, básicamente, por la negativa de los descendientes y la oposición del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia. Pesó también el antecedente de que el deseo de Sarmiento era ser sepultado en el cementerio de Buenos Aires cerca de la tumba de su hijo, y el hecho de que su sepulcro había sido declarado Monumento Histórico Nacional en 1946, lo que obligaba a otra ley nacional o un decreto presidencial para poder trasladarlo. Aunque, para ser sinceros y de acuerdo con los antecedentes, con Menem la cosa hubiese sido más fácil.

A pesar de esos intentos fracasados, el ejército de necrómanos se rearmó y avanzó de nuevo. Había que llevar los restos de Sarmiento a San Juan, tener al muerto más ilustre que haya dado la provincia, quizá sólo comparable a la Difunta Correa, otro caso emblemático de necromanía argentina.

Fue así como en 2007 quisieron echar nuevamente mano del cuerpo del ex presidente. Detrás de ese proyecto estaba el senador peronista César Gioja, que había trabajado en un proyecto de ley para declarar a San Juan “capital nacional de la educación popular”. También proponía crear un parque temático sarmientino, restituir a la Biblioteca Franklin —tal cual indicaba el testamento del prócer— todos los libros que tenía Sarmiento y armar un polo de desarrollo educativo y turístico para los egresados de la escuela secundaria.

Algo así como que los chicos dejaran de ir a Bariloche en su viaje de egresados para ir a San Juan a ver al muerto y sus recuerdos. Se habló, incluso, de crear una “comisión honoraria” para que asumiera la responsabilidad de cumplir con el “operativo retorno” con el fin de que los restos mortales de Sarmiento descansaran dentro del parque temático en Zonda, donde está la famosa piedra con la inscripción “Las ideas no se matan”. Según explicó el propio senador Gioja, el proyecto era reproducir lo que el gremio de los empleados de comercio había hecho en la Costanera de Buenos Aires con el parque temático Tierra Santa, donde se recrea la vida, pasión y muerte de Jesús. El proyecto basado en el muerto Sarmiento se completaba con una exhibición permanente de “historias vivientes” con la vida del prócer como maestro, subteniente de milicias, escritor, periodista, senador, ministro, director general de escuelas, sociólogo, diplomático, gobernador y presidente. Pero, por las críticas que recibió, la iniciativa se frenó. Por ahora. Los militantes de la necromanía sanjuanina volverán algún día a insistir con llevar lo que queda del cuerpo del prócer a San Juan, así el gran proyecto turístico será una realidad para felicidad de todos.

Indios en los museos

“Es una maniobra del gobierno para atraer turismo.” Estas palabras no son de algún descendiente de Sarmiento. No. Las pronunció Eduardo Moreno, hijo del respetado y querido explorador Francisco Moreno, más conocido como perito Moreno, cuando en 1944 el gobierno del general Pedro Ramírez se acordó de que algo había que hacer con sus restos. A pesar de las expresiones del hijo, la burocracia estatal se movió para emplazar el cadáver del perito en la isla Centinela, del lago Nahuel Huapi, y convertir así al muerto en un “centinela permanente de los parques”, como se dijo entonces. En realidad, la idea necrómata original se remonta a la presidencia del general Agustín P.

Justo, que impulsó el proyecto de honrar a Moreno con un mausoleo en el Parque Nacional Nahuel Huapi.

Lo cierto fue que en aquellos días de enero de 1944 en la estación Constitución estaba todo listo para comenzar un cortejo fúnebre que iría hasta la Patagonia. Un vagón había sido especialmente acondicionado con una capilla ardiente donde se depositaría el féretro adornado con flores y banderas. Una caravana de autos marcó el camino desde la Recoleta hasta la terminal ferroviaria. La muchedumbre se acercó para ver pasar el ataúd escoltado por los Granaderos a Caballo y envuelto por la bandera nacional enlutada. Los acordes de la fanfarria militar le daban al momento el marco ideal. Luego de los discursos de ocasión se interpretó la marcha fúnebre de Chopin, para que no quedaran dudas de qué ceremonia se trataba, y segundos después la locomotora echó humo y comenzó su viaje. Dos días más tarde los restos del perito Moreno llegaron a Bariloche, donde también fueron recibidos por funcionarios. Alumnos de escuelas públicas rodearon el féretro, que fue llevado a la Municipalidad para realizar un nuevo velatorio. Seis días después, esto es, el 22 de enero, justo en un nuevo aniversario de la llegada de Moreno al Nahuel Huapi, el ataúd fue llevado a un altar en el Centro Cívico de la ciudad, donde se rezó, y luego fue conducido al barco *Modesta Victoria*, en el puerto de San Carlos, que lo llevó hasta la isla Centinela. Allí fue cubierto nuevamente con la bandera argentina y los ponchos de los caciques Catriel, Pincén y Saihueque. Por fin quedó solo el perito muerto, custodiando la geografía patagónica. Años después, fueron llevados allí los cuerpos de su esposa y de su hijo Eduardo, quien había dicho que su padre no quería ser enterrado allí como, probablemente, tampoco él.

Otra historia menos gloriosa muestra del perito Moreno su faceta necrómana. Durante su vida fue un experto en manipular restos humanos. En 1887 fundó el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, del que fue director vitalicio. El lugar se convirtió en un depósito de huesos y restos de aborígenes

asesinados en la Campaña del Desierto o sacados de sus cementerios profanados. Y también por muchos años estuvieron allí, rodeados de los huesos de sus antepasados, aborígenes cautivos que fueron presentados al público como si se tratara de un zoológico humano.

Todo empezó (o terminó) cuando murió de tristeza el último cacique araucano, Calfucurá, quien por más de cuarenta años fue el gran jefe de los aborígenes. Cuando las fuerzas militares fusilaron al cacique Toriano de Tandil, Calfucurá bramó y tramó venganza con una emboscada en la que mató a mil guerreros blancos y se llevó cautivas a sus mujeres. Pero después los soldados de Rosas hicieron justicia por su propia mano: mataron uno a uno a los caciques, y fue así como Calfucurá tomó el mando de todas las tribus bajo la Confederación Araucana. Finalmente, durante la presidencia de Sarmiento, fue derrotado en la batalla de San Carlos y dejó de guerrear. Se recluyó en Salinas Grandes, donde murió de pena rodeado de sus mujeres y amigos más fieles. Fue enterrado con los honores de gran cacique, y en la tumba se pusieron sus ponchos, sus armas, su platería y unas veinte botellas de anís y ginebra, bebidas que fueron más tarde robadas cuando se profanó el lugar.

Lo cierto es que los huesos del gran cacique Calfucurá terminaron en el Museo de La Plata que fundara el perito Moreno. Ya en 1890, Moreno se jactaba de haber formado la serie antropológica patagónica más importante que existía hasta ese momento, una colección que iba “desde el hombre testigo de la época glacial hasta el indio últimamente vencido”.

Al perito Moreno se le atribuye haber dicho sin pudor sobre los aborígenes cautivos que tenía en el Museo: “Tenemos ya representantes vivos de las razas más inferiores. Estos indígenas se ocupan de construir su material de caza, pesca y uso doméstico mostrándonos los procedimientos empleados para vencer en la lucha por la existencia en los rudos tiempos del comienzo de la sociabilidad humana”.

Se sabe ya que los indios fueron considerados peligrosos animales salvajes.

El teniente Nicolás Levalle se reconoció como un “cazador de indios”, y por “méritos” propios ascendió a capitán de una cuadrilla de cazadores. Al principio de la persecución de aborígenes se pagaba una libra esterlina por cada par de orejas que entregaran de un indígena asesinado. Pero como entre los cazadores había algunos que no se animaron, hicieron la trampa de cortar las orejas a sus víctimas sin matarlas. Sus jefes se dieron cuenta al ver indios desorejados, y se cambió el sistema. La libra esterlina se pagaba a cambio de la entrega de cabeza, testículos, senos o algún otro órgano vital. Y muchos de esos restos fueron después a parar al Museo.

La seguidilla de muertes de indios ocurridas en 1887 en ese lugar dejó muchas sospechas sobre sus causas. En el término de unos pocos meses fallecieron los principales jefes indígenas que estaban en el Museo, entre ellos el cacique Inacayal y su esposa. Se dijo que los indios pudieron ser envenenados, y la prueba estaría en las expresiones faciales de dolor que muestran las mascarillas mortuorias que todavía se conservan. Las opiniones del fotógrafo del Conicet y estudioso de culturas indígenas, Xavier Kriscautzky, son bien gráficas sobre lo que sucedió allí adentro: “La diferencia entre este museo y la ESMA es que acá quedó todo registrado. Así como hay colecciones de mariposas y langostas, aquí se coleccionó gente”.

Gran parte de los restos que llegaron al Museo se anotó como donaciones. Por ejemplo, trescientas calaveras fueron entregadas por Estanislao Zeballos, uno de los ideólogos de las campañas de exterminio, que dijo: “La barbarie está maldita y no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos”. Los indígenas consideran que esos cráneos fueron tomados como trofeos de guerra. El propio perito Moreno era un coleccionista de cabezas. A los veinte años tenía trescientas en un pequeño museo en su casa, y tres años más tarde llegaron a setecientas. Y cuando inauguró el Museo su colección de cráneos sumaba mil piezas. Los catálogos de la Sección Antropología de principios del siglo XX son una escalofriante confesión de partes. Un número, un nombre,

la forma de muerte:

- Esqueleto 1769, “Petizo”, toba, Resistencia (Chaco), fusilado en 1886 por orden del coronel Obligado, Colección Spegazzini.
- Esqueleto 1786, “Michel”, indio araucano (masculino), Corpen Aiken (territorio de Santa Cruz), muerto en 1888 por expedición del Museo.
- Esqueleto 1837, “Sam Slick”, asesinado en Rawson, Chubut. Desenterrado por el doctor F. P. Moreno, viaje 1876-1877.

Increíblemente, ya entrados los primeros años del siglo XXI, esos huesos y cráneos de aborígenes seguían exhibiéndose como piezas de museo. Se estima que aún quedan cajones de madera arrumbados en los depósitos con restos humanos, incluso de caciques, que son reclamados por sus comunidades. Se calcula que llegó a haber alrededor de diez mil piezas humanas. El inventario publicado en 1910 ya indicaba la existencia de más de 5.500 restos entre esqueletos, cráneos, cueros cabelludos, cerebros, mascarillas mortuorias, huesos sueltos, cadáveres disecados.

Bajo la apariencia de estar trabajando para el desarrollo de la ciencia, el perito Moreno supo mezclar vivos y muertos en el mismo espacio. En el Museo que había fundado recluyó a aborígenes que fueron sometidos, fotografiados, estudiados, utilizados como sirvientes y expuestos a los curiosos, a pesar de que ellos rogaban que los dejaran regresar a sus lugares de origen.

En 1927, cuando aún se exponían en una vidriera central cien esqueletos, el discurso oficial empezó a cambiar. Se comenzó a hablar de “panteón” de “héroe autóctonos” que defendieron el suelo patrio de la pampa. A pesar de que los restos seguían en exhibición se utilizaba la figura del indio para consolidar el sentimiento de patria en oposición al avance de la inmigración extranjera. Quizá por vergüenza, otro cambio institucional importante se

produjo en los años cuarenta. Se dejaron de exhibir públicamente los huesos indígenas para ser escondidos en los sótanos. Los primeros reclamos de restitución de los restos a sus comunidades se hicieron en los años setenta del siglo XX. El primer pedido fue el traslado de los restos de los jefes aborígenes a Trenque Lauquen. Pero no se autorizó. En 1988, el Centro Indio Mapuche Tehuelche de Chubut solicitó a la Universidad de La Plata, de la que depende el Museo, la devolución de los restos del cacique Inacayal y su esposa. También fue rechazado. Recién en abril de 1994 su mujer fue trasladada al valle de Tecka, donde fue recibida con actos protocolares, rituales indígenas y discursos políticos reivindicatorios. Pero su cuero cabelludo quedó en el Museo, y se especuló que otras partes de su cuerpo también. Es que nunca hubo inventario detallado sobre lo que había de él, como tampoco de lo que se restituyó.

En ese mismo año, la reforma constitucional introdujo un gesto significativo al reconocer la “preexistencia étnica y cultural de los pueblos indígenas”, lo que promovió una nueva legislación. A fines de 2001, el Congreso estableció por ley que “los restos mortales de aborígenes, cualquiera fuera su característica étnica, que formen parte de museos y/o colecciones públicas o privadas, deberán ser puestos a disposición de los pueblos indígenas y/o comunidades de pertenencia que los reclamen”. Sin embargo, como ocurre con los desaparecidos de la última dictadura militar, parece que el sistema también ofrece resistencias para devolver lo que queda de los muertos. El reclamo de restitución sólo tuvo éxito con el cacique mapuche Inacayal y el cacique ranquel Paghitrutz Gnor. Junto a los restos de Calfucurá fueron solicitados por sus descendientes los cráneos del cacique mapuche Cherenal, los del “machi” (hechicero) Indio Brujo y los de un legendario y bravo capitanejo llamado Ghipitrutz.

A fines de 2006 se decidió cerrar la Sala de Antropología Biológica donde se exponían momias de los pueblos originarios de la Argentina, Bolivia y

Chile. Se retiraron de la vista del público los cuerpos y después los cráneos y las extremidades egipcias que aún permanecían allí. Las momias se pusieron en una sala especial del subsuelo a la que sólo acceden los técnicos para realizar estudios y trabajos de conservación.

Profanar tumbas de seres humanos, en este caso los indios, y violar sus tradiciones mortuorias son una constante en la historia y las costumbres argentinas. En 1999, descendientes de comunidades del Altiplano protestaron frente al edificio del Museo Arqueológico de Alta Montaña porque allí se iban a exhibir tres momias de niños que habían sido sacadas de la cima del volcán Llullaillaco, a 6.739 metros, en Salta, lugar donde estuvieron por más de quinientos años. El Museo fue especialmente construido para albergar a “la Doncella”, “la Niña del Rayo” y “el Niño”. El hallazgo de los niños, en perfecto estado de conservación, no sólo es una atracción científica sino que se presentó como una oportunidad turística. Es la utilización de los cadáveres como bienes de consumo cultural. Y el espectáculo que constituyó la exhumación de los cuerpos en la alta montaña fue documentado y difundido por el canal internacional National Geographic Television, que promocionó el film anunciando a “las momias mejor conservadas del mundo”.

La comunidad kolla envió una carta al entonces presidente Carlos Menem para exigir “que no se profanen más nuestras huacas y que los niños sean restituidos a su sagrado panteón originario porque ni judíos ni árabes, ni ningún pueblo de la tierra permite el manoseo de sus cementerios”. Hubo oídos sordos.

Con sus ajuares funerarios, los cuerpos de los niños resistieron nevadas, vientos, tormentas y hasta erupciones volcánicas, ya que el Llullaillaco se apagó hacia finales de 1800. No hubo intervención humana en el proceso de momificación: se mantuvieron naturalmente intactos gracias a un clima de 15 grados bajo cero que impidió su descomposición. El grado de conservación es asombroso. Los cuerpos tienen sus órganos íntegros, sus atuendos y

ornamentos, y hasta el aire retenido en los pulmones al momento de la muerte. Incluso los alimentos de su última comida. Los estudios indicaron que, en vida, tuvieron buena salud y alimentación, y que no fueron golpeados ni envenenados. Los vestigios de consumo de hojas de coca, especialmente alto en “la Doncella”, hicieron suponer a los investigadores que fueron enterrados vivos, adormecidos con hierbas y chicha. En un documento presentado públicamente, los indígenas protestaron porque los antropólogos decían que habían sido víctimas de un “sacrificio inca”. Ellos niegan el infanticidio como práctica ritual de sus ancestros.

“¿Cómo reaccionaría un hombre blanco al ver en la vitrina de un museo a su tatarabuelo?”, se explica desde las comunidades indígenas, que denunciaron directamente que se ha tratado de la profanación de un santuario.

En realidad, en la exhibición inconsulta de los aborígenes muertos subyace un supuesto derecho victorioso que se tomó el hombre blanco sobre el indígena. Hay una idea muy arraigada en el imaginario social de que el vencedor tiene derechos sobre el vencido, incluso sobre sus muertos. La exposición pública de restos mortales de los indios es, de hecho, la exhibición del botín, la preeminencia de Europa sobre las otras culturas. Una muestra de ello fue el caso de la joven inca momificada por congelamiento y desenterrada clandestinamente del cerro Chusca en 1927. Fue llevada a Buenos Aires y en 1935 su cuerpo fue canjeado por una instalación domiciliaria de gas. Estuvo medio siglo en un sótano y finalmente fue rematada por 45 dólares.

¡Devolvé los dientes!

Como se explicó, el perito Moreno ha sido un importante protagonista de la necromanía argentina. Pero otros huesos, y no de aborígenes, fueron a parar a los bolsillos de dos destacadísimos ministros del presidente, el general Roca. Fue cuando se sacaron los restos mortales del general Manuel Belgrano para

depositarlos en el mausoleomonumento que se construyó en la iglesia de Santo Domingo. El 4 de septiembre de 1902 los ministros del Interior, Joaquín V. González, y de Guerra, Pablo Richieri, estiraron sus brazos para robarse los dientes de la calavera del creador de la bandera. Y fueron descubiertos. Richieri se justificó diciendo que lo hizo para mostrárselos al general Bartolomé Mitre. Y Joaquín V. González no tuvo nada de vergüenza al decir que se los había llevado para que los vieran sus amigos. Por el escándalo y la polémica pública que se desató, tuvieron que devolver las piezas dentales a su dueño.

El 9 de enero de 1919 fuerzas militares y policiales atacaron a balazos el cortejo fúnebre de aproximadamente veinte mil manifestantes que acompañaban los restos de los cinco trabajadores de los Talleres Metalúrgicos Vasena, asesinados por las fuerzas represivas. El conflicto sindical había comenzado el año anterior, cuando los obreros protestaron reclamando un aumento salarial, la jornada laboral de ocho horas, el pago suplementario de la jornada dominical, el fin del trabajo infantil y la libertad de los presos sindicales. Ante el fracaso de las negociaciones, los obreros ocuparon los talleres ubicados en el barrio de Pompeya. La lucha de los huelguistas se extendió a las principales ciudades argentinas, y el temor a que se instalara el comunismo en la Argentina hizo sumar a los nacionalistas de derecha a los grupos policiales para contrarrestar la insurgencia. Todo se precipitó. Gran parte de los dos mil quinientos obreros asaltó e incendió los talleres, dando comienzo a lo que la historia recuerda con el nombre de Semana Trágica.

Los carros de asalto recorrían las calles de Buenos Aires mientras que aquellos primeros muertos eran velados en la sede del Comité de Huelga de la avenida Amancio Alcorta. Los piquetes de huelga, a su vez, iban a las fábricas y al Congreso Nacional en busca de solidaridad para continuar la lucha. En esos días de enfrentamientos hubo una gran cantidad de muertos; algunos

estimaron que pudieron llegar a los tres mil. Aquel 9 de enero fue el día del entierro en Chacarita de los huelguistas caídos. Alrededor de ciento cincuenta hombres armados pertenecientes al Comité de Huelga custodiaban la columna de manifestantes, a cuya cabeza iban los féretros. Ya antes había sido baleada por la policía en la intersección de avenida Corrientes y Yatay. Finalmente, al cementerio llegaron sólo trescientas personas que fueron también reprimidas, provocando un desbande generalizado. Allí, en la calle, quedaron abandonados los ataúdes con los cuerpos de los obreros asesinados, que fueron secuestrados por las fuerzas represivas como si se tratara de un botín de guerra.

Ataúdes con ruedas

El festival de traslados de muertos de una punta a otra del país y la realización de homenajes necrómanos con cadáveres famosos fueron una constante durante los once años que estuvo Carlos Menem en el poder. El cuerpo de Juan Bautista Alberdi, creador de nuestra Constitución Nacional, fue exhumado después de más de un siglo durante aquellos años menemistas. Si Alberdi hubiese resucitado por un instante, se habría sorprendido de sólo observar las caras morbosas de asombro de aquellos que lo miraban violentando así la paz de su sepulcro. Y, lo peor, manipular su cadáver se hizo como parte de una estrategia política a favor de un candidato a gobernador.

Alberdi también murió en el exilio. Fue en París el 19 de junio de 1884. Cinco años después fue traído a Buenos Aires y colocado en la Recoleta, en un mausoleo levantado en su honor. En 1991, el interventor federal de Tucumán, Julio César Aráoz, impulsó la formación de una comisión nacional para concretar el traslado del féretro a la provincia. Como ocurrió con otros casos, aquí también se dijo que ése había sido su deseo póstumo. El 27 de agosto el cuerpo de Alberdi fue invadido por la luz. Luego del horario de

atención al público, se sacó el ataúd de la tumba y se lo llevó a la capilla de entrada del cementerio. Una escribana procedió a su apertura para comprobar que allí estaba, efectivamente, el padre de la Constitución. Un puñado de personas tuvo el extraño privilegio de conocer su rostro anguloso. Increíblemente, después de más de un siglo de haber fallecido, el cadáver de Alberdi estaba intacto, momificado. Cholulos, todos se preocuparon por que sus nombres figuraran en el acta testimonial, y hasta hubo fotos de recuerdo. En voz baja y con complicidad, un inhumador le mostró a uno de los testigos la prótesis dental del prócer.

“¿Quiere llevársela?”, se animó a proponer con impunidad, como si se tratara de un souvenir cualquiera. Se podía suponer que la pieza representaba algún valor histórico para justificar el hurto, cosa que con gusto habrían hecho los ministros cleptómanos de Roca. No fue el caso. Una persona, con saludable asco, agradeció el convite.

Desde la Recoleta los restos de Alberdi fueron llevados rápidamente hasta el Aeroparque. Había prisa. La operación de “repatriación” a su Tucumán natal debía realizarse lo más pronto posible porque en poco tiempo habría comicios para elegir a un nuevo gobernador. La ceremonia fue imponente. Soldados del Regimiento de Patricios custodiaban el ataúd envuelto con una bandera argentina y ramos de flores sobre ella. La comitiva fúnebre ocupaba dos cuadras. Al acto asistieron el presidente Menem, ministros, funcionarios de la gobernación, intendentes. Un Jeep del Ejército llevó el ataúd. La banda militar tocó la marcha fúnebre. La gente, que se había agolpado en la plaza principal, aplaudía al paso del féretro. Y como era de prever, gracias al éxito político de entregar el cuerpo de Alberdi a los tucumanos por la acción del gobierno nacional, finalmente, las elecciones fueron ganadas por el candidato oficialista Palito Ortega, inventado a último momento para evitar que el ex interventor militar, Antonio Bussi, se quedara con el poder mediante el voto. El propio dictador advirtió la maniobra política y se negó a ir al acto,

acusando a la intervención de haber montado una operación electoral. “Argentina vive a través de estas reivindicaciones la fiesta de la unidad en la diversidad que es la clave de la democracia”, dijo entonces el presidente Menem, confirmando aquello de que homenajear a un prócer muerto siempre tiene buen rédito político. Y para que no quedaran dudas agregó: “Es una acción de justicia histórica y de federalismo, como se hizo con Juan Manuel de Rosas y Ricardo López Jordán, y próximamente se hará lo propio con Domingo Faustino Sarmiento”. Por lo visto, la manía de manipular muertos con fines políticos era más que ambiciosa.

Fue tanto el apuro por llevar a Alberdi antes de las elecciones que luego no se supo qué hacer con él. Al principio depositaron el féretro en el hall central de la Casa de Gobierno. Cualquier tucumano que debiera hacer un trámite o asistir a una entrevista se cruzaba con Alberdi como si fuera un elemento decorativo más. Seis años después, el féretro fue trasladado a otro lugar de la planta baja del edificio. Se lo depositó dentro de un mausoleo de mármol tan pesado que incluso se teme que el piso no aguante y todo termine cayendo al sótano. Desde entonces, cuando se ingresa por la entrada principal del precioso edificio de principios del siglo XX, se puede ver en el medio del ancho pasillo, con pisos de venecianas, el enorme sepulcro iluminado como si fuera un cuadro.

Pero la disputa por el cuerpo de Alberdi no tardó en aparecer. Un prócer del derecho como él no podía quedar en propiedad de la política, y entonces terció la Corte Suprema, que reivindicó la propiedad sobre el cuerpo del jurista planteando que sus restos debían estar en el Palacio de Tribunales, más precisamente en el hall de distribución del segundo piso bajo la cúpula central. Hasta 2009, la discusión se mantenía vigente. Mientras tanto, la bóveda en la Recoleta se transformó en un cenotafio. La gente pasa frente a ella y cree, engañada, que allí siguen estando sus restos. Todavía se pueden leer las placas de bronce que lo homenajean y recuerdan. Pero sólo quedan la

bella construcción y la escultura que reproduce su figura. Algo así como que Alberdi está, pero no está.

Cómo iba a suponer la artista Lola Mora que después de cuarenta años de fallecida sus restos seguirían el mismo camino que los de Alberdi, aunque con mucha menos suerte ya que sus cenizas fueron puestas en una vereda de la capital tucumana. Un caso de necromanía que empezó en 1937 cuando se lanzó el plan para llevar su cadáver a la provincia. Al principio fue depositado en un nicho de Chacarita e inmediatamente se formó una comisión especial para realizar las gestiones del traslado. Incluso una empresa prometió poner a disposición una carroza de lujo para transportar su cuerpo a la provincia, pero la familia se opuso. En 1941 fue la Municipalidad de Buenos Aires la que volvió a la carga. Por cuenta propia construyó un mausoleo y pretendió depositar allí a Lola, y otra vez la familia lo impidió.

Finalmente, la vieja ambición tucumana fue cumplida por un dictador militar. En 1977 el general Antonio Domingo Bussi, interventor de la provincia y hombre habituado a manipular muerte y cadáveres, cumplió con el sueño de muchos tucumanos. El mismo que años más tarde se negara a participar de los honores póstumos a Alberdi. ¿Quién se podría oponer a la orden militar? Las cenizas de la pobre Lola Mora y las de sus hermanas fueron colocadas en una urna de bronce y viajaron a Tucumán en tren. Un coche militar escoltado por motocicletas y soldados custodiaba el cofre y se abrió paso desde el aeropuerto hasta el centro de la ciudad, en un recorrido marcado por un cordón de alumnos con guardapolvos blancos. Bussi no tuvo mejor idea que construir un cantero frente a la Casa de la Cultura y poner allí la urna, que fue tapada con una placa de mármol. El día del acto el sobrino de la artista, que habló en nombre de la familia, expresó un deseo para siempre: “Que alguien ponga una flor...”. Y así fue. Misteriosamente, todos los días una flor fue depositada sobre la lápida mientras las cenizas estuvieron allí. Esta tumba en plena vía pública empezó a formar parte de la vida cotidiana, como el

semáforo o el banco de la plaza. Al principio la gente pasaba con morbosa curiosidad, pero después los chicos se sentaban allí sin remordimientos, y otros dejaban apoyada la bicicleta.

En 2001, otra movida política rescató a Lola de su abandono callejero. Con una intención más digna —llevarla al cementerio—, se desenterró el cofre y se sacaron las cenizas para reacondicionarlo. ¿Qué hicieron con ellas? Fueron colocadas en un envase plástico que se guardó en las oficinas de la Secretaría de Cultura hasta que se terminaran todos los trámites para encontrar una bóveda a la cual llevarlas. Se comentó, incluso, que durante un tiempo deambularon sin destino por las calles de la ciudad en el baúl de un auto, entre la rueda de auxilio y el matafuego. Finalmente, urna y cenizas fueron llevadas y depositadas en un panteón. Ese día se montó otra vez el aparato oficial funerario. Una caravana de autos partió de la oficina pública. En el cementerio se hicieron los honores oficiales con la presencia del gobernador, el intendente y demás funcionarios. No faltó la banda de música; tampoco las blancas palomitas de las escuelas, alumnos que ignoraban quién había sido la gran artista Lola Mora, Y menos aún sabían que en sus últimos años había vivido en la pobreza y desconocida por los tucumanos. Pero, como se sabe, muerta las cosas son distintas y, sobre todo, redime a los vivos.

La ola de “repatriaciones” de muertos históricos y famosos de los años noventa del siglo XX continuó en el nuevo siglo. En 2006, el turno fue para la escritora salteña Juana Manuela Gorriti. Coincidió con otro hecho necrómano argentino: en ese mes de octubre fueron trasladados los restos del ex presidente Juan Perón al museo y mausoleo de San Vicente en medio de botellazos, palazos y tiros. En el caso de la Gorriti, sus restos llegaron más pacíficamente al aeropuerto de Salta. Fueron depositados en una cureña con guardia de honor. Al acto asistieron autoridades, invitados especiales y familiares que la acompañaron hasta su morada final en el Panteón de las Glorias del Norte.

Con mucha alegría

Los hermanos Rodríguez Saá tampoco escaparon a la tentación necrómana. Y así como Menem y Aráoz lograron llevar el cadáver de Alberdi a Tucumán, ellos también tenían su propio muerto ilustre para reivindicar. Después de 183 años lograron repatriar desde Chile los restos del prócer puntano Juan Lafinur. Fue un líder social de avanzada para su época y una de las figuras más notables de San Luis. Había nacido el 27 de noviembre de 1797, y murió en Santiago de Chile el 13 de agosto de 1824. Tenía sólo veintiséis años cuando falleció, pero llevó una vida intensa y polémica que le alcanzó para instalarse como un ícono de los puntanos. Cuentan sus biógrafos que fue el primero en enseñar filosofía como una materia separada de religión. Se recibió de bachiller, licenciado y maestro de Artes. Sin embargo, por su carácter fuerte y pensamiento liberal fue expulsado de la universidad en 1814. Viajó a Tucumán, donde conoció al general Belgrano, que lo incorporó al Ejército del Norte. Se retiró en 1817 para radicarse en Buenos Aires. Durante el gobierno del director supremo Juan Martín de Pueyrredón, en 1819, con apenas veintidós años, accedió a la cátedra de Filosofía en el Colegio de la Unión. Por primera vez, el curso de Filosofía no se dictaría en latín ni tendría un sesgo notoriamente religioso. Lafinur incluso daba clases vestido de traje, cuando los profesores tradicionales lo hacían con sotana. De esas clases nació el único texto de carácter filosófico que se le reconoce: el *Curso filosófico*. Enseguida fue criticado y se desató una fuerte polémica. Los enojos se transformaron en violentas protestas y entonces tuvo que renunciar. Marchó a San Luis y a Mendoza. Allí encabezó las luchas por la reforma de la enseñanza, ganándose enemigos de toda clase, a tal punto que el Cabildo lo exoneró en 1822. Lafinur protestó y la decisión fue revisada, pero fue tal el alboroto que se había producido que la Legislatura amenazó con autodisolverse si Lafinur no era retirado del colegio donde daba clases.

Finalmente, no pudo aguantar la embestida y se radicó en Chile, donde murió el último día de agosto de 1824, al rodar el caballo que montaba.

En su condición de muerto desató otra polémica: dónde debía estar enterrado. ¿En Chile o en San Luis? Con el tiempo, el reclamo de los puntanos se convirtió en una obsesión y en un objetivo político. Su cuerpo no podía seguir en el exilio, expatriado por haber sido un rebelde. Debía volver sí o sí. Con el convocante nombre de “Palpitando la repatriación de los restos de Juan Crisóstomo Lafinur”, en mayo de 2007 los hermanos Rodríguez Saá movilizaron al pueblo para recibir lo que quedaba del prócer después de casi dos siglos de muerto. La primera ceremonia se hizo en el cementerio de la Recoleta de Santiago de Chile. Con honores de Estado, los chilenos les entregaron a los Rodríguez Saá una urna que en principio estaba envuelta con la bandera chilena y luego fue cubierta con la argentina. La gobernación de San Luis montó un impresionante operativo de propaganda que, incluso, llegó hasta los canales de televisión de Buenos Aires. En un spot televisivo se exaltó durante varios días la figura de Lafinur como poeta, pensador, filósofo e introductor de las ciencias, y terminaba con la imagen del gobernador Alberto Rodríguez Saá anunciando que, finalmente, se hacía realidad el deseo de los puntanos. Una interminable cabalgata de gauchos con estandartes de San Luis, Córdoba, Tucumán y Salta paseó los huesos de Lafinur por los pueblos de la provincia, donde se reiteraron ceremonias con la entonación del Himno Nacional y las marchas de San Lorenzo y de Malvinas. Funcionarios, legisladores, políticos, militares, policías, fuerzas vivas de la ciudad y las escuelas recibieron la urna en la Casa de Gobierno. El punto culminante de la ceremonia fue cuando, después de las seis de la tarde y con la escolta de la Escuela de Cadetes de Policía, el ánfora con los huesitos se entronizó en el centro del escenario. Otra vez las estrofas del Himno, placas recordatorias y flores en honor al muerto. El cierre estuvo a cargo de Rodríguez Saá, que dijo: “Es nuestro anhelo que sea recordado por los tiempos, cuando se diga el año

2007, que se diga el año de la repatriación de los restos de Juan Crisóstomo Lafinur. Y le vamos a rendir homenaje, doctor Lafinur, todos los días aquí, en esta plaza, en este lugar, en esta Casa de Gobierno, hasta el día 13 de agosto, que es el día en que falleció el doctor Lafinur y ese día, con alegría, vamos a llevar los restos al lugar donde debe descansar el hijo de La Carolina para depositar sus restos en su pueblo”. Y con la “alegría” de recordar el día que murió por culpa del caballo, finalmente los restos de Lafinur llegaron a su tierra natal tras ser paseados por toda la provincia, recorriendo enormes distancias y escuchando discursos, relinchar de caballos y bandas musicales.

Corazones errantes

¡Pobre fraile! Seguro nunca pensó que su corazón, dedicado con tanto amor a Dios, terminaría en la basura revolcándose entre restos de comida, papeles, bolsas de nailon, papel higiénico y hasta algún profiláctico. Y que con ello, también, se acabaría para sus fieles el mito de su condición de milagroso. El fin del venerado corazón de fray Mamerto Esquiú comenzó y terminó el 22 de enero de 2008, a las seis y media de la tarde, cuando un hombre con barba tupida, que vestía jeans gastados y campera negra, rompió el vidrio de la urna guardada en la Catedral de Catamarca. Salió corriendo sin saber bien por qué. Un par de semanas después el sujeto, que se llamaba Gemián Jasani, fue detenido por la policía y confesó el sacrilegio que había cometido con el órgano. Luego de robar el corazón del fraile lo arrojó a un cesto de basura que estaba a dos cuadras de la iglesia. De allí, derecho, fue a parar a la planta de tratamiento de residuos ubicada a diez kilómetros de la ciudad. Chau reliquia santificada.

Sin embargo, la manipulación del cadáver del fraile comenzó mucho, pero mucho, tiempo atrás. Desde que murió en 1883 su cuerpo fue deseado por distintas provincias que terminaron repartiéndoselo. Lo que queda de sus

huesos está en Córdoba y se ofrece a los fieles para venerarlo, y su corazón momificado, en Catamarca... hasta que fue a parar a la basura.

El fraile pasó a la historia por su oratoria el día de la jura de la Constitución Nacional en 1853. Fue el segundo de seis hijos. Lo llamaron Mamerto de la Ascensión porque el día en que nació, el 11 de mayo de 1826, era el de San Mamerto, obispo de Francia. Tuvo serios problemas de salud. Fue por eso que su madre hizo la promesa a San Francisco de Asís de vestirlo con su hábito si se sanaba. Y así ocurrió. El pobre Mamerto vistió desde muy chico el sayal franciscano, ropaje que lo marcó hasta su muerte. Era corpulento, alto, de ancha espalda, pelo castaño, tez morena, ojos rasgados y pardos. El 16 de enero de 1881 se hizo cargo del obispado de Córdoba. Un litigio con el gobernador riojano por la jurisdicción del cementerio lo obligó a abandonar la provincia, a la que volvió dos años después con los honores de santo fallecido.

Los hechos ocurrieron de esta manera. Una vez arreglado el problema por el cementerio, Esquiú decidió viajar a La Rioja para bendecir la necrópolis de la que había sido nombrado padrino. A fines de 1882 partió desde el Recreo y pasó la noche del 29 de diciembre en Medanito. Celebró misa en Santo Domingo, San Francisco y la Merced. El 4 de enero de 1883 procedió a bendecir el cementerio y luego emprendió su regreso a Córdoba. Pero el fraile se indispuso. El martes 9 de enero, antes de que cayera el sol, volvió a sentirse mal. Uno de los viajeros, que llevaba un botiquín, le dio unas píldoras homeopáticas que lograron una leve mejoría. Al otro día reanudaron el viaje hasta la posta del Suncho, ya en territorio catamarqueño. Cuando estaban por llegar, el obispo tuvo otra descompostura y al detenerse en la mensajería tuvieron que ayudarlo a bajar de la diligencia. Sufrió un ataque más violento. Lo trasladaron a una habitación y le dieron algunos medicamentos que no surtieron efecto. Ya estaba inconsciente. Murió a las tres de la tarde del 10 de enero de 1883. Siempre quedó la sospecha de que había sido asesinado. La

noticia causó gran impacto en todo el país. La sensación generalizada era la de que se había muerto un santo.

Primero su cadáver fue llevado hasta la estación Recreo, acompañado por una gran cantidad de campesinos con antorchas y faroles. Un tren lo condujo hasta Córdoba, donde miembros del clero lo esperaron en la estación con un lujoso ataúd. Pero como el cuerpo había entrado en proceso de descomposición y se había hinchado, posiblemente a causa del fuerte calor, hubo que guardarlo de manera provisoria en la capilla del lugar. El sábado 13 de enero a las cinco de la mañana el cadáver del fraile santo fue llevado al hospital San Roque, de Córdoba, para hacerle una autopsia que había ordenado el gobierno nacional. Revolvieron sus tripas para saber si, como era *vox populi*, había sido envenenado. La autopsia no pudo confirmar la sospecha. A esa altura de los hechos, el cuerpo del fraile estaba todo desarmado y se había transformado para el pueblo en un santo. Entonces el gobierno nacional decidió embalsamarlo. Y así fueron pasando los días. Veinte en total. Mientras su cuerpo seguía circulando de un lado al otro del territorio argentino, cada vez se hinchaba más. Las exequias recién empezaban. Se calculó que más de veinte mil personas se congregaron en las calles céntricas de Córdoba bajo el agobiante calor de la tarde. Varias cuerdas de procesión hasta la iglesia San Roque, y de ahí a la Catedral. Las autoridades tuvieron que levantar el ataúd sobre la multitud que quería tocarlo. A pesar del tumulto, el féretro fue depositado frente al crucero de la Catedral, donde se destapó para dejar visible tras un vidrio el cadáver del famoso fraile. Estaba vestido con el hábito franciscano y llevaba sobre éste una casulla blanca. En la cabeza, el bonete morado. Calzaba zapatillas de raso. Las manos reposaban sobre su pecho, y tenía colocado el anillo episcopal. Su fisonomía era apacible; los rasgos fundamentales habían sido conservados pese a la demora en su embalsamamiento. El cuerpo estuvo expuesto durante una semana. Veintisiete días después de su fallecimiento, fue depositado en

una de las naves laterales de la iglesia.

Ahí permaneció durante décadas. Un día se abrió el féretro y asomaron sus huesos secos. Ya no quedaba nada de él, excepto su corazón intacto. ¡Milagro!, creyeron. Y lo llevaron a Catamarca, donde desde entonces fue venerado en una capilla lateral del templo de San Francisco. Lo hicieron durante ciento siete años hasta que en octubre de 1990 fue robado, por primera vez, poco después del asesinato de la adolescente María Soledad Morales, cuyo crimen sacudió a la sociedad catamarqueña e involucró a muchos hombres del poder político. El robo del corazón del “representante de Dios entre los políticos de Catamarca”, como suele llamarse al fraile, se hizo en medio del escándalo político y judicial con el objetivo de desviar la atención de la investigación del crimen. El corazón terminó siendo una prenda de canje. Se dijo que había sido hurtado por el hijo del dueño de la clínica donde la joven asesinada estuvo poco antes de morir. Devolvieron el órgano petrificado del religioso a cambio de dejar salir del país al involucrado de la clínica y cerrar esa línea de investigación. Lo cierto fue que, misteriosamente, el corazón apareció en un techo. Tenía una pequeña herida cortante y se había dañado el proceso de conservación al que había sido sometido. Igual estaba entero, y volvió a ser puesto en la urna para continuar siendo adorado hasta que el amigo Jasani lo tiró como un pedazo de bofe viejo a la basura.

Así como ocurrió con fray Mamerto Esquiú, el corazón de Don Orión también abrevó de la cultura necrómana argentina. Nacido en Italia el 23 de junio de 1872, de niño ingresó en el convento franciscano del que salió al año siguiente por causa de una grave enfermedad. El 4 de octubre de 1886 ingresó en el colegio salesiano de Turín, que había sido creado por su gran maestro Don Bosco. Don Orión llegó a la Argentina en 1921 con el fin de difundir su obra y fundar su primera casa para la comunidad. Su segundo viaje fue en 1934 con motivo del Congreso Eucarístico que se hizo en Buenos Aires, y se quedó hasta 1937, para regresar definitivamente a Italia, donde murió tres

años más tarde. Antes de irse del país dejó lo que para muchos de sus seguidores fue todo un legado: “Vivo o muerto regresaré a la Argentina”. Y su predicción se cumplió sesenta y tres años después. Claro, no fue su cuerpo sino el órgano más querido. El 29 de agosto de 2000 su corazón momificado fue traído al país después de una impresionante movida pública de sus devotos y también de muchos medios de comunicación. Desde la congregación salesiana, docentes, padres y sacerdotes convocaron a dos acciones simultáneas: un grupo viajó a Italia para traer el corazón, y otro puso en marcha una vigilia que tuvo epicentro en el Cottolengo que fundara Orione en Claypole, al sur de Buenos Aires. Allí se instaló una pantalla gigante para que sus seguidores pudieran asistir a las escenas del cortejo fúnebre soportando la fría noche del 28 al 29 de agosto. El corazón fue traído por cuatrocientos jóvenes que habían participado del Jubileo de la Juventud, y más de nueve mil personas, con banderas, gorros, cámaras de fotos y filmadoras, se dieron cita para registrar ese histórico momento y estar lo más cerca posible de la reliquia, que se podía ver dentro de una urna vidriada de forma hexagonal. El corazón de Don Orione descansa en Claypole, y el lugar es un sitio de peregrinación de los devotos que van a pedirle que interceda con sus milagros ante los vivos.

De la Recoleta a la villa

El 11 de mayo de 1974 otro sacerdote sería víctima de la violencia de aquellos intolerantes años. Fue el padre Carlos Mugica, quien se había hecho popular por sus acciones y prédicas a favor de los pobres. Se identificaba con el mensaje de un Jesús dedicado a los más necesitados y dolientes de la sociedad. En aquel contexto de alto voltaje ideológico enseguida se lo encasilló entre los curas de izquierda, a pesar de que venía de una familia conservadora y aristocrática. El espacio de fe y adoración lo había

conquistado en la Villa 31 de Retiro. Su último día de vida permaneció en su domicilio de Gelly y Obes hasta después del almuerzo. A las dos y media de la tarde se despidió de su familia para dirigirse a la villa, donde se había comprometido a jugar un partido de fútbol en el equipo La Bomba. Se subió a su Renault 4L azul y fue hasta la parroquia de San Francisco Solano para coordinar una reunión de parejas que se preparaban para el matrimonio. Llegó tarde. Al escuchar que algunos novios ya se encontraban conversando, se atrevió a preguntar:

—¿De qué hablaban?

—De la muerte —respondió uno de ellos.

—¿De la muerte? —preguntó Mugica sorprendido—. La muerte no existe; sólo existe la vida. Ahora estamos viviendo la vida intrauterina. Luego viene el parto, que es a lo que usualmente llamamos muerte natural. Y finalmente pasamos a la plenitud de la vida, que es algo magnífico que resulta imposible de imaginar para nosotros —explicó.

Lejos estaba de imaginar que se encontraba muy cerca su parto hacia la muerte. El sacerdote caminó unos pocos pasos para ir al templo, donde tenía previsto ofrecer la misa de las siete de la tarde. Un hombre desconocido de fuerte contextura física, bigotes y cabello negro, con campera y pantalón oscuros, se había ubicado en el fondo de la iglesia. Casi al mismo tiempo sonó el teléfono de la parroquia para alertar de que el padre Mugica no saliera del lugar. Era tarde.

—¡Padre Carlos!

—Sí —respondió él, girando hacia su derecha, y enseguida el hombre le disparó, con una ametralladora 9 milímetros, una ráfaga de proyectiles que lo mató. Tiempo después se supo que ese hombre desconocido había sido el subcomisario Rodolfo Eduardo Almirón Sena, uno de los jefes operativos de la Triple A.

El cadáver de Mugica fue llevado hasta la capilla de Cristo Obrero de la

Villa 31, donde, sin parar, doblaron las campanas toda la noche como señal de dolor. El lugar quedó totalmente colmado. Para ver su cadáver había que hacer una cola que se extendía por varias cuadras.

Su funeral se realizó, como tantos otros populares, en una mañana gris y nublada. El cortejo salió de las calles embarradas de la villa hacia el aristocrático cementerio de la Recoleta. Sus ancianos padres se abrazaron desconsolados. La trágica muerte transformó al padre Mugica en ícono de la iglesia progresista y en santo de los pobres, que aún hoy lo siguen adorando. Tuvieron que pasar veinticinco años para que el deseo de tener su cuerpo se cumpliera. La movida social terminó en 1999, cuando el féretro volvió para siempre a la Villa 31. Con fervor popular el ataúd fue llevado a pulso desde la iglesia del Pilar de Recoleta hasta la parroquia Cristo Obrero. La caravana fúnebre era liderada por los habitantes de la villa al compás de ritmos murgueros, bajo las consignas pan, techo y trabajo, con las imágenes de las vírgenes de Copacabana y de Caacupé, y banderas de Paraguay y Bolivia. El cuerpo del “cura villero” fue depositado en un nicho grande, construido en la entrada de la humilde iglesia. La Villa 31 tiene así su propio Jesucristo, su cura mártir, que intercede por ellos ante Dios, concediendo milagros, protegiéndolos.

En aquellos años setenta otro sacerdote de los pobres se convirtió después de muerto en santo y en símbolo político. Se trató del obispo de La Rioja, monseñor Angelelli, quien el 4 agosto de 1976 apareció muerto en medio de la ruta cuando se dirigía desde la localidad de Chamental hacia la capital provincial. Había ido hasta allí para investigar los asesinatos de los sacerdotes Carlos de Dios Murias y Gabriel Longueville, y de un laico, ocurridos pocos días antes. Para la dictadura militar, Angelelli también era un obispo que mantenía relaciones con los montoneros y grupos de izquierda, suficiente motivo por entonces para matarlo. Estaba amenazado desde tiempo atrás. La versión oficial sostuvo que la camioneta Fiat 125 que manejaba

volcó y que su fallecimiento se produjo como consecuencia de haber sido despedido del vehículo, golpeando su cabeza en el asfalto. Fue encontrado con los brazos en cruz a más de veinte metros del auto. La autopsia despedazó su cuerpo y cerró el caso como accidente. Pero hubo denuncias que desmintieron esa interpretación. La versión indica que, en realidad, al auto del obispo se le cruzó en el camino un Peugeot 404 blanco provocando deliberadamente el accidente, y que luego alejaron su cuerpo del vehículo arrastrándolo por el asfalto para ultimarle a golpes en la cabeza.

Con el regreso de la democracia en 1983 el caso se reabrió y empezaron a aparecer nombres que habrían estado relacionados con el asesinato, básicamente, miembros vinculados con el Tercer Cuerpo de Ejército de Córdoba, que tiene jurisdicción en La Rioja. En 1986 la Justicia caratuló el caso como accidente provocado; es decir, homicidio. Pero con la sanción de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y, más tarde, con los indultos de Menem se volvió a cerrar la investigación. La derogación de aquellas leyes habilitó nuevamente la reapertura del expediente, y en abril de 2009 se ordenó la exhumación del cadáver de Angelelli para hacer nuevos estudios. Habían transcurrido casi treinta y tres años de su muerte, y pocos secretos debía de guardar lo que quedaba de su cuerpo. Inesperadamente, a cuarenta y ocho horas de concretarse la exhumación, el ex capitán del ejército Alfredo Marcó, acusado de ser un cruel interrogador durante la represión ilegal en La Rioja y que había quedado involucrado en la causa, se disparó un tiro en la sien. Los testigos contaron que en tiempos de la dictadura el militar les había comentado a los detenidos que iban a matar a Angelelli. Sin embargo, nunca fue enjuiciado a pesar de que su nombre figurara en las causas De Dios Murias y Longueville, y principalmente en la de Angelelli.

Todo estaba dispuesto para ver nuevamente el cadáver del religioso. Después de terminada la misa de las nueve de la noche del 22 de abril, y en medio de especiales medidas de seguridad, un equipo de Defensa Civil picó la

pared donde se encontraba el ataúd, en la llamada “cripta de los obispos” de la Catedral riojana. La misma pared que los fieles suelen ir a tocar para ser bendecidos por el espíritu de Angelelli. Primero se quitó una piedra laja que lleva su nombre. Tras un trabajo delicado y paciente, a punta de formón y golpes de martillo, quedó a la vista el féretro, que mostraba un importante deterioro. Se lo sacó, quedó en custodia de la Gendarmería y fue llevado a la morgue judicial, donde los médicos forenses, peritos de la provincia, de la Corte Suprema de la Nación y de la Iglesia tenían que analizar el ADN para determinar que eran en efecto los restos del obispo, y además intentar saber si la causa de su muerte fue por un golpe intencional o por una bala. En principio, los especialistas no encontraron impactos en los huesos, ni golpes que los hubieran fracturado. También se analizaron una camisa, un saco, el poncho y la sotana que llevaba Angelelli al momento de morir y que habían sido guardados por las autoridades religiosas. Gracias al proceso de exhumación, la sociedad riojana quedó impregnada nuevamente por la cultura necrómana. El obispo regresaba a los titulares de los diarios como si el tiempo no hubiese pasado, desde las profundidades de su asesinato. La gente volvió a hablar del tema y hasta regresó el miedo a aquellas personas que podían ser consultadas por los investigadores. La prensa no se privó del espectáculo. Montaron la noticia sobre el muerto y cubrieron la exhumación con lujo de detalles y fotografías. Cuando los restos de Angelelli fueron reintegrados a la cripta, allí estaban los fotógrafos para mostrar el nuevo ataúd adornado con el gorro de obispo. Una vez más un muerto volvía a ser el principal atractivo de la curiosidad pública y la morbosidad argentina.

Otro obispo tuvo la misma suerte en vida y *post mortem* que la del monseñor Angelelli. Fue el monseñor Carlos Ponce de León, obispo de San Nicolás, que falleció en 1977, en un accidente en la ruta casi calcado al que tuvo su colega. El 11 de julio de aquel año, Ponce de León tomó la ruta 9 con su Renault 4L conducido por el chofer. Se dirigía a Buenos Aires para visitar a

un seminarista que se había accidentado. Pero también llevaba documentación sobre el accionar de la dictadura en la zona donde se desempeñaba. Como le habría sucedido a Angelelli, en el camino se les cruzó de frente un vehículo, en este caso una camioneta Ford F100, que los chocó violentamente, dejando a los dos malheridos. No se supo quiénes los llevaron al hospital municipal de Ramallo, donde fueron internados en terapia intensiva. Después fallecieron. Algunos testigos recordaron que ese día el nosocomio había quedado bajo custodia de fuerzas militares.

La investigación judicial se cerró con la carátula de accidente. Pero enseguida la necromanía criolla tomó cartas en el asunto. En los años noventa, después de una misa celebrada en honor del obispo muerto, alguien se llevó su cadáver, que luego fue devuelto sin que hubiera testigos. Un fiscal logró, treinta y dos años después, la reapertura del expediente. Fue así como en mayo de 2009 el juez federal Carlos Villafuerte Russo, el mismo que antes había intervenido en la misteriosa muerte de Carlos Menem hijo —caso que aportó un capítulo importante a la necromanía nacional—, ordenó exhumar el cadáver que estaba en la Catedral de San Nicolás. Se tuvo que correr la Virgen del Rosario para abrir la bóveda de mármol que está bajo sus pies y sacar el cuerpo del obispo, con el fin de determinar si efectivamente era el de él. Se trabajó cinco horas para retirarlo. Después sus despojos fueron entregados al Equipo Argentino de Antropología Forense y a peritos de la Corte Suprema.

Soberanía de la muerte

El sinónimo de guerra es siempre muerte. Y los recuerdos de ella remiten inexorablemente a los fallecidos en el campo de batalla. Los héroes de las guerras son fantasmas que conviven con la sociedad. Como ya se ha relatado, la necromanía argentina se alimenta de los abusos y las manipulaciones realizadas a lo largo de nuestra historia, pero siempre en nuestro territorio. La

guerra por las islas Malvinas introdujo un nuevo elemento a las manías conocidas. Se ha desarrollado un capítulo distinto de esta cultura que cruza el Atlántico Sur y se inserta en aquellas islas frías e inhóspitas. Para muchos argentinos los muertos que quedaron allá, a los que sin duda se les debe respeto y homenaje permanente, son la garantía del reclamo por la soberanía de esos territorios. Ahora no sólo las islas son argentinas por historia y derecho, sino que lo son más porque hay argentinos enterrados allí.

Cuando se produjo la rendición el 14 de junio de 1982 los ingleses ofrecieron trasladar los cuerpos de los muertos argentinos al continente. Los familiares se negaron porque “no se puede repatriar lo que ya descansa en su patria”. Entendible argumentación desde lo sentimental, aunque cabe una pregunta: ¿existe una soberanía ejercida desde la muerte? Primero, los británicos dejaron los cadáveres de los soldados argentinos en el lugar donde fueron hallados, es decir, en los campos de batalla, y después construyeron un cementerio en la isla Soledad. El lugar pasó a llamarse Cementerio Argentino de Darwin. Hundido en un valle ventoso y descampado, el lugar ofrece poco. Apenas 237 cruces de madera pintadas de blanco y unas placas que se resisten a mantener su sitio. Dicen que los ingleses nunca permitieron poner placas identificatorias de los muertos donde constara la nacionalidad. Pero en abril de 2009 miembros del Centro de Ex Combatientes de Malvinas de La Plata fueron hasta Darwin y desplegaron una bandera argentina con la leyenda: “Devolvamos la identidad a nuestros caídos. No puede haber NN en este cementerio”. Los ex soldados reclamaron que el Estado argentino identificara los restos que están allí sin nombre. Porque de las 237 tumbas sólo 114 figuran con nombres y apellidos, y las restantes 123 son de cuerpos que no están identificados.

Con sus manos, el presbítero José Fernández construyó una réplica del cementerio de Darwin en la ruta provincial N° 28, a sólo seis kilómetros de la localidad de Pilar, provincia de Buenos Aires. Es igual al que se construyó en

Malvinas. El mismo espacio y la misma distribución de las cruces blancas. Este cenotafio de seis hectáreas fue inaugurado al cumplirse diez años del desembarco argentino en las islas. Se pueden ver 649 cruces identificadas con nombre, apellido, arma y grado de los fallecidos. En el mismo predio se ubica la réplica exacta de la capilla católica Santa María de Puerto Argentino. Allí no hay cadáveres, a excepción del cuerpo del propio sacerdote, que fue enterrado en abril de 2008, cumpliendo así su deseo póstumo.

En 2003, los británicos aceptaron la propuesta argentina de construir un monumento que llevara el nombre de los 649 caídos en la guerra. El proyecto argentino pretendía modificar sustancialmente el cementerio. Hasta ese momento las tumbas estaban contenidas por una cerca baja que nada podía hacer contra el clima de las islas. Una cruz de aproximadamente dos metros se elevaba y servía como lugar para rezar y realizar actos religiosos. La propuesta argentina era reemplazar todas las cruces por nuevas e instalar otra cruz, pero de 12 metros de altura. Los kelpers se opusieron y, finalmente, los familiares aceptaron reducir en un tercio su altura, quedando en 4,5 metros.

Fue así como en octubre de 2009 se cumplió con el objetivo de honrar a los argentinos caídos en el conflicto armado. Un grupo de 170 familiares llegó a las islas tras un largo viaje que fue cubierto por la prensa argentina. Allí estuvieron arrodillados y derramaron lágrimas frente a las cruces adornadas con flores artificiales. Fue una procesión de familiares para encontrar la tumba de su ser querido. Tocaban con sus manos las cruces blancas, se detenían en una lápida y en las de soldados desconocidos. Estuvieron siete horas en las islas. Al hablar, el presidente de la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas, Héctor Cisneros, remarcó que el gobierno del Reino Unido y el de las islas se “oponen a discutir de soberanía”. La ceremonia religiosa duró una hora; un cuerpo militar tocaba la diana y los familiares comenzaron a dispersarse para el regreso. Muchos depositaron flores, rosarios y fotos de sus seres queridos. Las crónicas periodísticas recogieron testimonios por demás

sentidos. Vilma, cuyo hermano menor murió en la guerra, dijo que “cualquiera que pierde a un ser querido tiene que tener dónde llorarlo”. La Comisión recibió desde distintos puntos del país rosarios, cruces y demás objetos que se depositaron en una urna bajo la imponente cruz que custodia el cementerio. Después de concretada la visita a las islas, el canal de noticias C5N hizo un documental especial que tituló “Malvinas: el gran homenaje”, con los testimonios y las imágenes más emotivos de lo vivido en esas horas en Darwin. Se mostraron los lugares donde murieron los soldados argentinos y la larga hilera que hicieron sus familiares para retirar una porción de tierra malvinera. Dalalabo Massad contó que la puso alrededor de un árbol que tiene en su casa y que lleva el nombre de su hijo héroe; en cambio, Julián Sandoval relató que la esparció en el jardín en medio de plantas de colores.

Un cenotafio es una tumba vacía, un monumento funerario, una edificación simbólica que remite a los muertos. De alguna manera, el cenotafio argentino de Darwin replica el levantado en Plaza San Martín con los nombres de todos los caídos en el conflicto y una llama permanente que los recuerda junto a la bandera argentina y custodia militar. Los nombres de los muertos no fueron puestos en cualquier lugar. Están en Retiro, frente a la Torre de los Ingleses, monumento donado por la Corona británica para el centenario de la independencia nacional. El testimonio es para recordarle al imperio que esos muertos representarán para siempre la soberanía argentina sobre las islas.

En 2009 se realizó en el Centro Cultural Julián Centeya una muestra con objetos y recuerdos de la guerra y de los muertos. Fue visitada por más de dos mil quinientas personas. Uno de los lugares más impactantes fue donde estaban colgadas 230 cruces originales del cementerio de Darwin de Malvinas junto a placas recordatorias llevadas por los familiares. Objetos encontrados en los campos de batalla: un gorro de abrigo, vainas de balas, un cargador de FAL, un trozo de manta, una campera, dos rosarios, chapitas identificatorias, medias, zapatillas, una pala de metal y un pedazo de suela de zapato

recordaban a los que ya no están. La mayoría de los familiares tiene algún rinconcito en sus casas donde depositan la foto y los recuerdos de sus seres queridos fallecidos. Entonces, la idea fue hacer en la exhibición un altar colectivo que se llamó Mesa de Altares. También se instalaron parlantes por medio de los cuales los familiares contaban la historia de esos objetos o del soldado al que perteneció cada uno. Un testimonio: “Señor, ayúdame a vivir y, si fuera necesario, a morir como un soldado”, escribió el sargento Mario Cisneros en la primera página de su libreta personal de comando, que fue encontrada entre sus objetos personales. Un televisor mostraba los campos de batalla tal cual están hoy, y en otro se veía la tragedia del crucero *General Belgrano*.

A mediados de octubre de ese año la misma muestra cultural se hizo en Plaza de Mayo. Frente al Cabildo se colgaron las cruces y se pusieron los rosarios y las flores. La exposición de la muerte de Malvinas fue auspiciada por la Secretaría de Cultura de la Nación, el Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur. También se exhibieron más de trescientos objetos, donados o prestados por los familiares y veteranos. Las piezas presentadas, que habían estado guardadas durante décadas, fueron vistas por más de cincuenta mil personas en todo el país.

Los restos de los muertos argentinos en la guerra son permanente motivo de controversias diplomáticas y políticas. En febrero de 1986, los ingleses encontraron los restos de un piloto argentino. En realidad se trataba de un hueso de una pierna hallado en las playas de la isla Soledad, donde se sabía que habían caído tres aviones argentinos durante la guerra. Fue llevado a la oficina de la policía y permaneció allí durante veintidós años en una caja vidriada guardada en un armario. Pero alguien lo descubrió en abril de 2008 y entonces se notificó formalmente a la Cancillería argentina. Este simple hecho se transformó en una discusión pública entre ambos gobiernos. El argentino

pidió explicaciones de por qué el hueso del piloto estuvo guardado en un armario y por qué se tardó tanto en informar del hecho. Al publicar la noticia, el diario *Clarín* afirmó que los restos habían sido “repatriados” desde las Malvinas, un error que corrigió inmediatamente al día siguiente por aquello de que no hay repatriación de la propia patria. Hubo reuniones de funcionarios y diplomáticos de ambos países para tratar de descomprimir la situación. Se reclamó el envío del hueso a Buenos Aires para realizarle un examen de ADN. Finalmente, se determinó que pertenecía al mayor Fernando Casado, el último aviador argentino en morir en la guerra. En una ceremonia oficial con guardia de honor de la Fuerza Aérea y representantes del gobierno nacional, se entregó el hueso a la familia del aviador.

Lo mismo ocurrió con los restos de otro aviador que fueron hallados en Malvinas. Se trató del teniente Jorge Casco, cuyo avión, después de volar a ras del agua con muy malas condiciones climáticas, se estrelló contra los acantilados de las islas Salvajes, al nordeste de la isla Gran Malvina. Los ingleses encontraron el avión accidentado y en 2008 remitieron los restos a Buenos Aires, donde fueron identificados. Pero sus familiares decidieron que debían regresar a las Malvinas, y hacia allí viajaron para sepultarlos en el cementerio de Darwin.

Las islas Malvinas son una especie de camposanto en el que confluyen familiares, curiosos y turistas que recorren los lugares donde murieron los soldados argentinos. Se suelen hacer ceremonias fúnebres en donde alguno de ellos cayó abatido por fuego enemigo o se desangró. Se visitan los pozos de zorro en los que los jóvenes soldados pasaron días y noches haciendo guardia o combatiendo hasta que la muerte les ganó la partida. Otros encuentran todavía pertenencias personales de alguno de los muertos o entierran un rosario en el preciso lugar donde falleció. Es que debido al clima frío y ventoso de las islas todo está igual que en 1982. Y por eso la muerte sigue estando tan presente.

Casi todos los recuerdos y las movilizaciones sociales que se hacen en la Argentina se centran más en los muertos que en las reivindicaciones históricas y políticas de los derechos del país sobre las islas. Poco o nada se conoce de qué fueron en vida esos héroes, qué dejaron durante su paso. Cientos de monumentos se construyeron para recordar a los fallecidos. Cientos de asociaciones de ex combatientes se crearon, y hasta se superponen en lugares para reclamar derechos y mantener viva la memoria de sus compañeros. De la frustración de Malvinas lo que duele en el cuerpo social es la muerte que dejó y que se emparenta con la derrota que en aquellos años tuvimos como país. Y todo hace creer que la necromanía se encarga de mantener viva la memoria de los muertos y del fracaso también.

CAPÍTULO 2

Medios morbos

*Loco, vení. Tirate al piso, ahí junto al auto, ponete
en el lugar del muerto. Te tapamos con el plástico
y hacemos una toma para la nota.*

De un movilero de televisión a un asistente

El que mata tiene que morir.

De la conductora televisiva SUSANA GIMÉNEZ

*No quiero que me lloren cuando me vaya a la eternidad,
quiero que me recuerden como a la misma felicidad.*

SANDRO, de la canción “Una muchacha y una guitarra”

La imagen se aproximaba lentamente a esa caja de madera oscura que la cámara iba acercando a un primer plano. Con su particular voz, el periodista Chiche Gelblung realizó la presentación del caso. En esa caja estaban las

cenizas de Malena, la madre del actor Fernando Peña, quien inmediatamente hizo su aparición en escena explicando las bondades de tenerlas con él en su casa. Contó que por mucho tiempo las había guardado en un placard de su casa hasta que una noche el periodista Jorge Lanata fue a cenar y se enteró del curioso secreto. Poco tiempo después volvió a visitarlo y le hizo un regalo poco común: le entregó la urna para las cenizas de su madre. “Fue muy importante tener cerca a mamá. Y fue una experiencia increíble cuando por primera vez enterré mis dos manos en sus cenizas. Nunca la sentí tan cerca”, explicó el artista su particular vivencia en el programa de cable del canal Magazine. Ese programa no resultó uno más. Ya había sido emitido, pero se repitió especialmente porque ahora eran dos los muertos que atraían a la audiencia: ese día había fallecido Fernando, víctima de un cáncer. Se trataba del programa cuyo entrevistado, que había muerto recién, causando un gran impacto en la opinión pública, mostraba lo que había quedado de su madre también muerta. Necrofilia al cuadrado y por televisión.

En esas horas también habían fallecido otros dos personajes públicos: el cineasta Alejandro Doria y el escritor José Ignacio García Hamilton. Y era de esperar que el show mediático se centrara en el artista excéntrico. Peña había pedido que cuando muriera se hiciera una gran fiesta; sin embargo, la necromanía se impuso y todo terminó siendo un velatorio mediático. El domingo siguiente un columnista de espectáculos del diario *La Nación* escribió, reconociendo los excesos mediáticos en relación con la muerte:

La muerte de conocidos, sean famosos o no, provoca un fenómeno curioso entre los que (todavía) quedamos vivos: tendemos a exculpar y a endiosar al que se acaba de ir, pero lo cierto es que la muerte no mejora a nadie. En este sentido, y aun a riesgo de que resulte antipático y políticamente incorrecto hacerlo en estos momentos de tan exagerada y persistente glorificación mediática de Fernando Peña, es necesario

señalar que la gran repercusión que su fallecimiento produjo tal vez no se debió tanto a sus señalados méritos como artista, sino a su perfil de personaje escandaloso y provocador, siempre dispuesto a chapotear en los peores barroes chimeteriles, casi como un patético mediático más, siendo que era mucho más que eso. Esa autoimpuesta obligación adolescente de querer transgredirlo todo, ese afán recurrente de apelar obsesivamente a lo escatológico, ciertas execrables pulsiones autoritarias, sexistas y hasta racistas que solía poner de manifiesto, y no siempre escudándose tras la fachada impune de alguno de sus personajes, hicieron de Peña un personaje dual, oscuro y luminoso, muy apetecible para la TV, tan ávida de escándalos, muchas veces por lo peor que podía ofrecer y no por lo mejor.

Fernando Peña murió el miércoles 17 de junio de 2009, y horas después la productora televisiva Endemol se movilizaba para darle difusión a la última entrevista que se le había realizado, cuando aún estaba convaleciente en el hospital, para el programa *Un tiempo después* que emitiría Telefé. La tentación de ponerla al aire fue inmediata, impulsada por la convicción de que tendría un alto impacto público y de rating, que es lo que en la televisión importa. Las imágenes grabadas mostraban a un Peña en mal estado, hinchado, caminando con dificultad evidente para llegar al baño. Pero el canal, finalmente, no autorizó la emisión, y entonces se produjo una fuerte polémica entre los partidarios de mostrar al moribundo Peña y los que quisieron preservar su imagen después de muerto. Incluso estuvo la posibilidad de adelantar fragmentos de la nota en *Noticias* como anticipo de una emisión especial prevista para el día 22, propuesta revelada por la misma revista en una nota que después publicó sobre el episodio, en la que se mostró una foto del actor que reproduce una parte de la imagen de la entrevista a Peña postrado en la cama.

Noticias con sangre

Antes era aceptado que el espacio de la muerte estuviera reservado a la intimidad familiar o social. Se trataba de un acto de consternación cargado de una fuerte simbología religiosa, con sus ritos y costumbres. Llegar a las páginas de los diarios estaba reservado sólo para alguien muy importante o para el escándalo policial. Desde siempre existió la prensa gráfica sensacionalista que supo explotar la curiosidad morbosa que despierta la muerte de los demás. Pero antes eran noticias calificadas de mal gusto, restringidas en espacios indecentes, populacheros o de gente de bajo fondo, que era la protagonista excluyente de los hechos más escabrosos que pudieran ocurrir y que se mostraban.

En cambio hoy la muerte, lejos de ser algo descalificado, se ha transformado en un gran negocio mediático que abarca todas las clases sociales, un producto más de la gran oferta informativa que sirve para vender ejemplares o tener asegurada una buena audiencia. La globalización de las comunicaciones y la explosión de los medios audiovisuales han brindado un escenario inigualable para el desarrollo de la cultura necrómana nacional. En medio de una película o de una telenovela puede aparecer la imagen de un cuerpo muerto, víctima de un asalto o de un choque en una ruta. Ya es un ritual que los canales de televisión hagan un seguimiento de la cantidad de muertos que se registran por el desplazamiento del turismo durante cada fin de semana largo; y ya quedaron incorporadas al léxico comunicacional palabras tales como morguera, óbito y bolsa de plástico para transportar cadáveres. Muchos medios cuentan siempre con el policía amigo, que espera la llegada de la prensa con el fin de exhibir al muerto y destaparle si es necesario para que se puedan tomar buenas fotos e imágenes televisivas. Un truco común es tapar el cadáver con un nailon fino, de modo que el viento lo destape y le permita a la prensa tomar imágenes. Incluso es normal que en muchas coberturas de un

hecho policial los medios lleguen tarde a registrar al muerto. “Loco, vení. Tirate al piso, ahí junto al auto, ponete en el lugar del muerto. Te tapamos con el plástico y hacemos unas tomas para la nota. ¡Dale! Apurate que la poli nos hace la gamba. No te das cuenta de que sin muerto no hay nota, y si no llevamos nada en el canal nos van a cagar a puteadas”, confesó para este libro un movilero de un canal de noticias.

La tendencia a manipular la cifra de los muertos es una cultura aceptada. La información de un terremoto en Japón no puede tener sólo cinco muertos. No es creíble, se suele decir en muchas redacciones. Entonces empieza la escalada de números no verificables pero de alto impacto: cien, doscientos, mil, cinco mil, siete mil... y así hasta que la profecía se cumpla en la realidad. La creencia popular todavía repite que si se retuerce el diario *Crónica* lo que se logra es que chorree sangre. Sin el más mínimo pudor, a lo largo de su existencia ha mostrado en sus portadas cadáveres sin cabezas ni brazos, pedazos de muertos en bolsas de basura, cuerpos hinchados flotando en el Riachuelo. “El tronco de la joven apareció en una bolsa abandonada a un costado del ferrocarril Roca. El 20 de octubre la policía había localizado el pie izquierdo de una joven con signos de congelamiento en un descampado en Burzaco”, fue una de las noticias con foto publicadas en su portada. En el mismo diario se puede ver, también en la tapa, una cabeza tirada en el piso con el título “Descuartizan a 2 hombres y les prenden fuego”, y otra con una mujer desnuda boca abajo con el título “Asesinada de 10 puñaladas”. Tras varios días de la noticia de una remisera que había desaparecido, el mismo diario puso en su portada: “Hallaron muerta a la remisera de Mardel”, con la foto de la mujer tirada boca arriba sobre las rocas que están al borde del mar, sus pechos al aire y su cabeza morada.

Históricamente, la prensa gráfica ha cubierto los grandes funerales que conmovieron a la sociedad argentina: los de Hipólito Yrigoyen, Carlos Gardel, Eva Perón, Juan Perón, Ringo Bonavena, Alberto Olmedo y Carlos

Monzón, entre otros. Algunos medios se han especializado en las notas necrológicas y otros, como el diario *Página/12*, han tomado como tema propio la tragedia de los crímenes de la dictadura militar y los desaparecidos. El 25 de agosto de 1987, *Página/12* empezó a publicar fotos de desaparecidos con mensajes de sus seres queridos con motivo del aniversario de su desaparición. Se difundía la imagen de la víctima con un pequeño texto escrito por un familiar en el que se contaba quién era y cuándo había sido secuestrada, o se le dedicaba un poema. Estos recordatorios fueron utilizados después por otras víctimas de la represión, tales como los familiares de Maximiliano Kosteki, Miguel Bru y Sebastián Bordón, asesinados por la policía. Al cumplirse veinte años de la creación de esta sección dedicada a los muertos, el diario publicó una nota especial de casi una página, evocando este espacio necrológico y su vigencia, e hizo referencia a una docena de tesis que se escribieron y a los artistas plásticos que discutían acerca de si estos recordatorios representaban una obra de arte conceptual. Otros asesinados por cuestiones políticas mantienen vigencia en los diarios; tales los casos del líder de la Confederación General del Trabajo (CGT), José Rucci, y del titular del Sindicato de Luz y Fuerza, Oscar Smith, cuyos avisos con fotos y dedicatorias especiales aparecen en cada aniversario de sus crímenes.

No caben dudas de que los medios con la marca *Crónica* han dejado huella en el género sensacionalista durante las últimas décadas. Desplegó una cultura periodística efectista y de alto impacto sin pensar en el qué dirán. Y con el tiempo esa cultura fue adoptada sin reparos por los otros medios, que descubrieron los beneficios del llamado periodismo amarillo. Hasta el formal y respetuoso diario *La Nación* se vio obligado a incorporar en sus portadas, o con importante cobertura en su interior, noticias de alto impacto vinculadas con la muerte de alguien o un asalto trágico con varios muertos. Incluso ha publicado notas sobre el negocio de los sepelios y el cambio de las culturas fúnebres. De hecho, como ya se explicó en este libro, fue el diario que más

despliegue le otorgó a la llegada del corazón momificado de Don Orión, noticia que publicó en su tapa y con foto.

En los últimos tiempos, la tradicional prensa amarilla incorporó colores, movimientos y sonidos. Así, la muerte y su cultura morbosa tomaron la escena y se instalaron en la pantalla televisiva. Desde allí, por aquello de que la realidad es lo que la tele muestra, se proyectaron a los medios gráficos, que tuvieron la oportunidad de sincerar algo que se insinuaba con fuerza como tendencia y deseo encubierto.

La explosión necrómana mediática sobrevino con el desarrollo de la televisión por cable e internet y se extendió a la televisión abierta, que no pudo escapar a la tentación de exhibir sin tapujos la muerte humana y todas sus manifestaciones. La necromanía argentina encontró en este medio el camino de la masificación de tal manera que ya no se advierten diferencias entre lo que solía mostrar en el pasado el diario *Crónica* y lo que hoy exhibe la televisión. La muerte como espectáculo. “A la tele la muerte le sienta bien porque atrae al televidente el hecho de ver reflejada la muerte en otra persona. La gente quiere ver cómo es y, además, está convencida de que a ella no le va a pasar”, suele repetir un experimentado movilero.

Las noticias de muertos como principales protagonistas pasaron a competir de igual a igual con el fútbol, las informaciones más escandalosas del espectáculo y hasta la vida cambiante y llena de sorpresas de Diego Maradona. Sólo modifican el ropaje de acuerdo con el mercado de televidentes, lectores y auspiciantes al que se dirigen. Es común ver en todos los medios gente asesinada, cadáveres destrozados, primeros planos de féretros o del rostro de un finado en el ataúd. Apenas se supo la gravedad de los estados de salud del ex presidente Raúl Alfonsín y de Mercedes Sosa, por poner sólo dos ejemplos, los medios, como si fuera un velatorio anticipado, instalaron guardias, y la televisión se puso en cadena para transmitir desde el lugar la noticia deseada y esperada... como lo fue, finalmente, la muerte de

ambos. Sus velatorios multitudinarios también fueron transmitidos en cadena televisiva. Los medios pusieron el sepelio de la popular cantante en el tope de la agenda informativa, y la televisión lo difundió en cadena durante tres días. “Parecía que algunos canales estaban esperando que la Negra falleciera, porque era obvio que tenían toda la cobertura especial preparada de antemano. Nosotros no tenemos un especial listo, no tenemos canciones de ella, no previmos nada”, dijo sobre la actitud de la prensa el conductor Mario Pergolini, quien además criticó el hecho de que varios noticieros decidieran instalar móviles en la puerta de la clínica durante la agonía de la cantante, a la espera de que se muriera. Después el traslado del féretro fue seguido con el mismo entusiasmo por las cámaras desde un helicóptero, y los portales de internet se presentaron como altares cibernéticos que la gente utilizó para hablarles a los muertos. “Negra adorada, que Dios te reciba con los brazos abiertos. Vos lo merecés”, escribió en uno de ellos Samara Martínez, que vive en Brasil. José Luis Tribug agregó su deseo: “La Negra salió de gira, ¡viva la Negra!”. Y Alejandro escribió desde Ginebra a la difunta: “Siento muchísimo tu ausencia... me emociono junto a miles de argentinos que te amamos... Extrañaré tu ausencia física pero estarás en mi corazón...”. Al mes, muchos medios hacían informes especiales recordando su muerte. Y seguramente vendrán otros informes al segundo mes, al tercero, al cuarto...

Asesinatos mediáticos

Tres meses después de la muerte de Mercedes Sosa, los argentinos tuvieron otra oportunidad para manifestar su necromanía. Tras una prolongada enfermedad pulmonar y luego de un trasplante de pulmones y corazón, el 4 de enero falleció Sandro, un mito del cancionero popular romántico. Durante muchos meses estuvo en lista de espera para realizarle el doble trasplante. Los medios se esforzaron en mantener viva la posibilidad de su cura y... también

de su muerte. Obviamente, se especulaba con que tendría un gran impacto social. Se hicieron entrevistas, se difundieron informes especiales y películas sobre su vida durante esos días de padecimiento. Una necrológica anticipada que hasta el propio Sandro pudo ver desde su lecho de enfermo.

Bastó que se pusiera en marcha el operativo de trasplante para que la prensa pusiera en funcionamiento un impresionante operativo de cobertura de la delicada intervención quirúrgica y su posible fracaso. Antes de su muerte, ya habían matado al pobre Sandro. El diario *Clarín* se adelantó más que ninguno. Preparó una edición especial de su suplemento de Espectáculos. “El fuego inolvidable (1945-2009)”, decía en la tapa con una foto del cantante. “Ídolo de tres generaciones, escandalizó con el rock and roll, triunfó en el cine y terminó como un artista total. El misterio fue el gran aliado de su impecable trayectoria. El Gitano murió ayer. Será recordado para siempre”, se explicaba en la portada. El número homenaje había sido terminado el viernes 20 de noviembre, el mismo día en que Sandro ingresaba en el quirófano, y tenía fecha del sábado 21 de noviembre, el día en que todos los medios del país informaron sobre el éxito del trasplante. La previsora redacción del diario, que apostó sin querer queriendo al fallecimiento del ídolo por eso de que hay que ganarle a la competencia y liderar las ventas, no pudo evitar que se supiera sobre el asesinato mediático. La edición especial se filtró y recorrió internet a través de las redes sociales. Fue como mandar una corona de flores antes de que alguien se muriera.

Enseguida la respuesta a este absurdo, que difícilmente se daría con algún personaje importante relacionado con el medio, se dio con los esperados reflejos necrómanos argentinos. Y fue el semanario de humor *Barcelona* el que redobló la apuesta. En su portada publicó el título “Adelanto exclusivo: el emotivo adiós a Ernestina Herrera de Noble (1925-2009)”, y con sorna publicó una nota necrológica cargada de ironías y críticas políticas hacia la dueña del matutino en cuestión.

Finalmente, la noticia tan deseada ocurrió: a las 20:40 del lunes 4 de enero de 2010 Sandro murió. Crónica TV puso de inmediato en su pantalla la clásica placa negra con la gran noticia. Y *Clarín*, con algunos toques de edición, publicó su visionario suplemento. Habían pasado cuarenta y cinco días durante los cuales los medios de comunicación explotaron al máximo lo que inconscientemente venían esperando, cuando no deseando. Habituada a sacar utilidad del morbo de la muerte de los ídolos populares, que reporta audiencia y ventas, hacía muchos días que la televisión emitía documentales con la vida y los mejores recitales del cantante.

Una vez conocido el deceso de Sandro, los enviados especiales que estaban en la puerta del sanatorio de Mendoza donde lo habían operado empezaron a transmitir el llanto desconsolado de los fans y las primeras expresiones de la necromanía criolla, tales como las discusiones sobre dónde debía velarse el cadáver. Los mendocinos querían que fuera velado en esa provincia, y en caso de no poder hacerse pedían al gobierno que enviara ómnibus para ir a Buenos Aires. Así lo declaró frente a las cámaras un hombre que se presentó, con una fotografía de Sandro, como su imitador oficial, y desde ese lugar reclamó con una autoridad divina por el cuerpo del ídolo. Por teléfono, Mirtha Legrand adelantaba que el sepelio iba a ser como el de Gardel. Otros querían que el velatorio se hiciera en la casona histórica del cantante en Banfield, que se transformó rápidamente en un santuario: allí se dejaban flores y fotos junto a imágenes de Jesús y de la Virgen María. Y hasta se propuso que el masivo velatorio debía realizarse en el estadio Luna Park. Finalmente, el cadáver se expuso en el Congreso, en el mismo lugar donde se veló a Mercedes Sosa. Como era de esperar, los medios se pusieron a la caza de alguna imagen que pudiera ambientar al Sandro muerto: el lugar donde falleció en la clínica, su cuerpo en la camilla, el ataúd que lo llevaría. La prensa se abalanzó sobre la ambulancia que lo llevaba hasta el aeropuerto, intentó perforar con sus cámaras los vidrios del vehículo al tiempo que los camarógrafos corrían a su

lado como en un maratón de la muerte, mezclados entre gente que tiraba flores y también corría, pero llorando sin consuelo.

Mientras los medios iban detrás de su cadáver, la televisión ya estaba transmitiendo en cadena el gran funeral que recién empezaba, e internet comenzó a ser copada por argentinos que le mandaban emails al muerto. En Buenos Aires, caravanas de autos salieron por las calles tocando bocina como si fuera un mundial de fútbol. El faro del Palacio Barolo fue encendido por su restaurador y orientado hacia el Congreso en honor a Sandro. El canal C5N mostraba cómo en Mar del Plata la gente visitaba el lugar donde está la baldosa en la que Sandro grabó sus manos frente al hotel Hermitage. Sus admiradoras armaron una página que llamaron *www.tubombachaparasandro.com*, en la que le dejaban flores y bombachas en su honor.

Después de largas horas de espera, entre aplausos y lágrimas, miles de personas recibieron los restos de Sandro —trasladados en un avión privado— en el Congreso. Las primeras en ingresar para despedirse fueron sus fans o “las nenas”, como él las llamaba, quienes pasaron toda la noche haciendo la fila en las puertas del edificio. Muchas se desmayaron al ver los restos del Gitano. “No es cierto”, “Qué voy a hacer”, exclamaban entre sollozos al caminar alrededor del ataúd.

El cuerpo estaba cubierto con una manta de seda beige, y era notorio el deterioro de sus facciones después de los meses de enfermedad y agonía. En vida, Sandro fue un caso excepcional por la forma en que preservó su intimidad de los medios. Fiel a esa historia, su familia quiso que su muerte también mantuviera esa intimidad y prohibió que el velatorio fuera filmado o fotografiado. A pesar de este pedido expreso el morbo pudo más que cualquier deseo, y C5N puso al aire la única imagen que se pudo capturar de él. Un tal Julián tomó con su celular las impactantes y “exclusivas” imágenes que del canal de noticias saltaron a internet y de allí al mundo. Asimismo C5N

difundía en todo momento un mensaje que decía: “El cortejo fúnebre con los restos de Sandro avanza hacia Banfield. Seguí las imágenes de nuestro helicóptero en vivo y en directo por C5N o en *www.c5n.com*”. Muchos televidentes mandaron agradecimientos al canal por la cobertura, mensajes que fueron difundidos al aire para promocionar la señal. Por ejemplo, María Gabriela Aita escribió que para ella la cobertura de C5N fue magnífica: “Hay que felicitar a C5N porque las tomas fueron ¡¡¡excelentes!!!”. Y de paso hizo catarsis de la realidad argentina.

¡Hasta en el interior del cementerio!, es digno de destacar. Mientras otros canales se ocupan de los culos y las tetas del verano, C5N captó en esencia el sentir de una generación de mujeres, por cierto muy solas (por hombres desaparecidos, exiliados, de mi generación muertos por drogas, emigrados y algunos casos llevados al envejecimiento por no tener trabajo....), tal vez algún sociólogo algún día se encargue de informar y dialogar de este tema que para mi es muy delicado como se merece. Sandro captó desde muy joven la pobreza, el dolor de muchos hombres y mujeres, y lo romántico por supuesto. Más allá de esto a través de lo que vi en estos dos días, me gustaron algunos gestos y otros definitivamente no. Me parecieron de una desconsideración y falsedad total, como por ejemplo lo correcta y condescendiente que estuvo Susana Gimenez al asistir al velatorio, (ni Tinelli, ni Mirta Legrand lo hicieron), para referirme a los personajes mas mediáticos del momento, la actitud de Mirta Legrand me pareció de una excusativa falsedad, al decir que ella prefiere no asistir para recordarlo como era, ¡Hum!, ¡que comodidad!, no es razón y además volvió a cometer el mismo error que con Mercedes Sosa, habló de Sandro pero solo en relación pura y exclusivamente de ella. ¡Por Dios que cansadora!. Y le agradezco al joven que emitió a través e un YouTube la imagen del interior del Congreso, porque como

bien dije ayer no me gusto la dedición de su mujer al no permitir entrar al periodismo y lo sostengo ¿Usted cree señora que en estas circunstancias finales Sandro se hubiera enojado?, ¡por favor!, yo espero que después del largo recorrido que hizo el ataúd hasta Longshamp, sobran las palabras para darse cuenta que usted no se caso con un hombre común. A mi me molesta que ella no halla tomado suficiente conciencia de esto, porque además eso de abalanzarse al cajón me pareció teatrero e infantil. Sandro no fue y no será propiedad exclusiva de esta señora. (*sic*)

Los argentinos enviaron durante esos días toda clase de emails que tenían como destinatario al propio muerto. Eliana Bardi escribió: “Siempre te vamos a recordar querido Sandro. Gracias por tu música y como todos dicen sólo te has ido de gira”. Soledad López mandó un mensaje con beso incluido: “Sandro querido, no va a existir otro que llegue a lo más profundo del corazón como llegaste vos con tus canciones. Ojalá allá arriba puedan disfrutarte. Difícil que se te olvide, porque diste todo con el alma y con sinceridad. Un beso enorme”; y María Laura Monachesi: “50 000 personas, nooo. Se quedaron cortos, muchos miles más estuvimos entre ayer y hoy!!! Te amamos gitanoooooooooooooooooo!!!!!!!!!!”.

Durante el tiempo que el Gitano estuvo internado en Mendoza se había prohibido ingresar en el sanatorio con celulares y cámaras fotográficas o filmadoras. Después de la operación de trasplante, alguien recorrió varias redacciones intentando vender lo que estaba prohibido. Eran las imágenes de la intervención quirúrgica. Se podía ver con nitidez cuando los médicos trabajaban sobre el cuerpo de Sandro. Una imagen en particular fue la más desgarradora y morbosa: se observaba el corazón, después de haber sido extraído, en una bandeja de aluminio y aún latiendo. Por suerte ningún medio se animó a tanto, pero bien cabe la duda a la luz de la necromanía argentina: ¿habrán tirado sus pulmones y su corazón al tacho de los desechos

patológicos? ¿Puede que alguien, quizás el mismo que filmó la cirugía —es decir, un integrante del equipo que lo operó—, haya robado y escondido los órganos del ídolo? ¡El corazón, ni más ni menos, un símbolo de millones de enamoramientos que inspiró con sus canciones! Una reliquia que con el tiempo valdrá millones.

Como en los otros grandes funerales, la caravana con el coche fúnebre partió del Congreso y recorrió el centro de la ciudad. Fue despacio por la avenida 9 de Julio mientras un camión de bomberos le abría el paso. La gente tocaba el auto, tiraba rosas, mostraba viejos pósteres, aplaudía y cantaba. Un enjambre de periodistas lo rodeaba y corría junto a los autos. Los camarógrafos en moto conseguían hacer los primeros planos del ataúd. Y un helicóptero mostró el espectáculo y el dolor de más de cincuenta mil personas desde las alturas. “A metros podemos ver el féretro de Sandro y hasta a su mujer Olga”, decía el cronista de C5N. La caravana fúnebre hizo una parada simbólica en la puerta de la casa del cantante fallecido. La gente gritó: “¡Y Sandro no se va... y Sandro no se va...!” y el clásico “¡Olé, olé, olé, olé... Sandro... Sandro!”. El canal Telefé hizo un primer plano del féretro cuando precisamente a las tres de la tarde se detenía en la puerta de la casa. “Sandro no quería irse, pero tuvo que seguir viaje. Era como Gardel. El país llora su ausencia. El adiós desde el cielo”, decía el presentador mientras se veían imágenes tomadas desde el helicóptero. Y no faltó el medio que remarcó la casualidad del número ganador de la Lotería de Córdoba en el momento que se vivía. Había ganado el 4764, es decir, el muerto (por el 47) y la edad de Sandro (por el 64).

Mientras transcurrían los funerales de Sandro, Crónica TV emitía el eterno documental “El nombre de la rosa”. Todas las revistas de actualidad imprimieron números especiales con la imagen del ídolo muerto en sus portadas, y llegaron a duplicar las ventas. Durante semanas se lanzaron al mercado DVD, libros, CD con todos sus éxitos. La muerte de Sandro reactivó

el negocio de los medios como ningún otro hecho lo había podido lograr en los últimos tiempos. Se produjeron programas especiales con entrevistados que daban sus testimonios. Se siguieron emitiendo programas televisivos que aludían al ídolo muerto, y al mes de su fallecimiento, a las ocho de la mañana, las cámaras llegaron al cementerio privado para captar el preciso momento en que su mujer rezaba en la tumba de Roberto Sánchez, el que siempre quiso ser... un hombre común. Descansa en uno de los tres jardines exclusivos, en un sector llamado “De las Flores”, donde árboles tupidos con hortensias, flores de azúcar y rosas forman una herradura, una alfombra de piedritas y un banco de madera, en el que colocarán una placa de bronce con el apellido de la familia. Allí nació para siempre un nuevo santuario popular argentino.

Además de Sandro, los medios intentaron hacer morir antes de tiempo a otro artista popular. El martes 26 de enero de 2010 el cantante Rodolfo Zapata llamó a Crónica TV para informar que había muerto Carlos Torres Vila, un folklorista romántico de gran éxito en la década de los setenta. Inmediatamente, el canal puso al aire su clásica placa negra con el título: “Murió Torres Vila”. Asombrado en su lecho de recién operado, el cantante miraba la pantalla del televisor y no podía creer que el título se refiriera a su propia muerte. Empezó a sonar su celular con llamadas desesperadas de amigos y familiares. Alcanzó con la placa negra de Crónica TV para que el resto de los medios repitieran en forma automática la desgraciada noticia. El suplemento de Espectáculos de *Clarín* reservó en su portada un lugar especial donde publicó la foto de Torres Vila, dando cuenta de su fallecimiento. En el Festival Folklórico de Cosquín, donde había sido revelación en 1970 y que se desarrollaba por esos días, hicieron un minuto de silencio y un sentido homenaje. El cantante tuvo que salir a desmentir su propia muerte. “Estuve con algunos problemas en el riñón, pero los estoy superando de a poco. Ya me voy para casa. Esto sinceramente ha puesto muy mal a mi familia, mis hijos, todos... Lo que sí, me alargaron la vida. Llamé al dueño del canal y me dijo

que la información se la habían pasado”, contó.

La noticia que mató a Torres Vila estuvo vigente dos días en todos los medios, y nadie la había chequeado. Es que la muerte vende... y si es de un artista popular, más.

Placa rojo sangre

Quizá determinado por esa historia nunca comprobada de que el edificio donde funciona Crónica TV está sobre un antiguo cementerio indio, lo cierto es que la cultura necrómana argentina ha encontrado en este canal a uno de sus mejores aliados y exponentes. Sus sorprendentes y originales placas rojas y las coberturas informativas son todo un clásico de la televisión a la hora de informar sobre muerte y dolor. Al principio, los medios exorcizaron este estilo señalando a Crónica TV el abuso de lo morboso, pero, ante el éxito de público que tenía, rápidamente su competencia se adaptó y comenzó a hacer lo mismo, aunque con un formato más disimulado, con colores de tonalidades más suaves y música sin tantas estridencias.

Como pocos medios, este canal informativo tiene incorporada naturalmente la cultura de la muerte. No en el clásico recordatorio, por ejemplo, de aniversarios patrios tales como las muertes de San Martín o Belgrano, sino desde la más cruda realidad cotidiana. Basta con sentarse un rato frente a la pantalla para comprobar que la muerte es parte inseparable de su propuesta informativa, que complementa con informes especiales o documentales sobre los temas necrómanos más variados. Ya son clásicos los documentales con los detalles de la profanación de los cadáveres de Perón y Evita. Y también son recurrentes los informes especiales sobre las tragedias de los personajes públicos más famosos del mundo del espectáculo y del deporte. También uno de sus documentales clásicos es el llamado “Los crímenes de López Rega”, una secuencia de atentados y asesinatos cometidos por la Triple A en los años

setenta. Allí se presentan con lujo de detalles las muertes de Silvio Frondizi, Rodolfo Ortega Peña y Julio Troxler, entre otros.

Tuve la oportunidad de integrar el equipo de periodistas que vio nacer a Crónica TV. Días antes de iniciar el servicio de veinticuatro horas de noticias salimos a realizar notas de parrilla para tener material que permitiera sostener la programación continua. La primera que hice fue premonitoria de lo que vendría. El domingo 1º de enero de 1994 me tocó hacer la cobertura del velatorio de Oscar Hermes Villordo, periodista y escritor que había muerto de SIDA. Apenas se encendió la cámara, los personajes del mundo del espectáculo fueron atraídos como un imán para hablar del muerto. Las imágenes de dolor, la caravana de autos hasta la Chacarita y el entierro en una tumba sencilla demandaron una mañana de producción, y el informe fue emitido durante varios días. Pasados ya más de quince años, probablemente esa nota haya sido el inicio de un raid de noticias fúnebres de toda clase que nunca abandonaron la pantalla.

La tarde del 8 de enero de 1995, el Renault 19 que conducía Carlos Monzón perdió el control en la ruta 11. El auto volcó y despidió al múltiple campeón de boxeo. El hecho ocurrió en la localidad santafesina de Los Cerrillos cuando el púgil volvía a la cárcel después de una salida con autorización. Moría así un personaje polémico pero de una popularidad inigualable. Tenía cincuenta y dos años y estaba preso por asesinar a su mujer, Alicia Muñiz. A la mañana siguiente del accidente, un camarógrafo aficionado se presentó en el canal para tratar de vender las únicas imágenes del ídolo tirado en la banquina, boca arriba, con el torso desnudo, vestido apenas con un pantalón corto. Era la imagen más fuerte y descarnada que jamás se había mostrado de él hasta ese momento. Mientras en una sala de edición el hombre mostraba su video a la producción, en la isla contigua, sólo separada por un vidrio, un operador copiaba las imágenes exclusivas. El objetivo era entretenerlo lo más posible para poder grabar la mayor cantidad de tiempo. Concretada la

maniobra, se le respondió que en realidad el canal no estaba dispuesto a pagar por el video. De forma inmediata, Crónica TV puso, como primicia, los primeros planos de un Monzón abatido por la muerte, tirado entre los pastos, derrotado como nunca lo había estado antes. Resultó un éxito de audiencia que permitió consolidar el liderazgo de la señal en aquellos primeros años. Esas imágenes fueron repetidas sin parar durante muchos días. Los móviles de todos los canales transmitieron en directo el velatorio del ídolo y el multitudinario entierro popular con miles de personas que no cesaban de vivarlo y aplaudirlo.

Informes especiales recorrieron su vida de deportista, actor, golpeador y asesino de Alicia Muñiz, su última mujer, a quien había asesinado en 1988 tirándola desde el balcón de una casa en Mar del Plata. Las imágenes de ella desnuda y boca abajo en el patio fueron repetidas innumerables veces y se potenciaban con las de Monzón tirado en la ruta sin vida. Es que la necromanía argentina siempre estuvo rondando a la pareja. En plena investigación judicial, los médicos forenses que efectuaron la segunda autopsia del cadáver denunciaron que faltaban músculos del cuello de la mujer. Eran de vital importancia para conocer la verdad de su muerte. También se habían robado “la carótida primitiva y la yugular interna”, según informó un perito. En esas piezas anatómicas faltantes estaban las huellas y evidencias de que Monzón habría estrangulado a su esposa antes de arrojarla por el balcón de su casa. La operación de sacar pruebas del cadáver de la joven asesinada la habrían hecho expertos durante el traslado del cajón desde la ciudad balnearia de Mar del Plata hasta Buenos Aires, un trayecto de cuatrocientos kilómetros. Nunca más aparecieron, a pesar de los detalles que se difundieron por la prensa.

Era la una y media del mediodía del 15 de marzo de 1995 cuando el director periodístico de Crónica TV me llamó urgente. En un rincón me dijo que no me fuera, que algo grave había sucedido que cambiaba todos los planes

del aire del canal: se había caído un helicóptero cerca de la autopista que iba a Rosario y había muerto el corredor Silvio Oltra.

“Pero lo más grave —me confesó— es que parece que Carlitos estaba con él. Lo estamos chequeando. Por ahora damos una placa roja con la caída del helicóptero y el accidente de Oltra, y sostené la noticia hasta que tengamos más información o material propio”, ordenó.

Carlitos o Junior, como le decían, era el hijo del presidente Carlos Menem. A los pocos minutos se confirmó la noticia. Zulema Yoma, su madre, se enteró del accidente por la placa roja de Crónica TV. Durante aproximadamente dos horas fuimos reconstruyendo la historia de lo que había sucedido y generando una gran expectativa. Las primeras imágenes al aire mostraron la máquina despedazada en el campo y cómo los bomberos sacaban en camilla a un Carlitos con el típico ronquido en su respiración como señal de que estaba en sus últimos minutos. Ese testimonio fue repetido una y otra vez por televisión como prueba de que no iba a poder sobrevivir. El dolor de la tragedia no tardó en instalarse en los medios y la opinión pública. El hijo del presidente de la Nación había fallecido. Quedaron grabadas las imágenes de Menem llevando una manija del féretro de su hijo y el posterior entierro en el cementerio islámico de San Justo.

Desde entonces los medios han seguido el caso de la extraña muerte de Junior y el destino de su cuerpo. Ante las denuncias judiciales de que la causa del accidente había sido, en realidad, un atentado efectuado por una supuesta venganza contra Menem, la madrugada del 12 de julio de 1996 se exhumó el cadáver y fue llevado hasta la morgue judicial con la esperada presencia de los medios periodísticos. Fueron seis horas para realizar todos los estudios, cuyo informe final determinó que el fallecimiento ocurrió por fracturas múltiples de cráneo. También se constataron fracturas de tórax, del brazo izquierdo y miembros inferiores. No se encontraron rastros de proyectiles de armas de fuego, como se había denunciado, ni restos tóxicos. En la necropsia

trabajaron cerca de treinta médicos, incluidos los designados por las partes querellantes. El acto fue filmado y fotografiado. Pero después Zulema Yoma impugnó el resultado, y el juez constituyó una nueva junta médica para revisar la autopsia y los informes.

Desde el primer momento, la madre desconfió de la investigación e instaló en los medios la teoría del asesinato, que se convirtió en el tema central de los principales noticieros y programas de investigación periodística. El cadáver de Junior se transformó en el centro de una disputa judicial que todavía continúa y los medios mantienen vigente. Defensores y detractores hablaban en todos lados de la situación del cadáver. Con lujo de detalles explicaban cómo de los estudios odontológicos se certificó que los restos eran del muerto por el tercer molar inferior izquierdo, una corona realizada en el segundo molar inferior izquierdo, tratamientos de conducto, obturación del segundo premolar inferior derecho y obturación del segundo molar derecho inferior. También se dijo que en las radiografías aparecía un clavo en la pierna, y que el cráneo correspondía al resto del cuerpo por los tejidos en putrefacción que había entre el cráneo y el cadáver, que se desprendieron al apoyar el cuerpo sobre la mesa de examen. Es decir, el muerto había sido diseccionado en público. Sin embargo, Zulema fue por más a los medios que se regodeaban con la historia negra: reclamó otra exhumación para chequear su identidad mediante un análisis de ADN y contó a la prensa con minuciosidad el estado en que se había encontrado el féretro de su hijo. También sostuvo que se habían detectado restos de tierra colorada, lo que la hizo sospechar que habían llevado el cadáver a la provincia de La Rioja, la tierra natal de la familia Menem. Así, Zulema puso en duda ante el periodismo, que la tenía como una de las figuras mediáticas de entonces, la autenticidad del cadáver de su hijo por el avanzado estado de descomposición que tenía como consecuencia del derrame de alguna clase de ácido para borrar eventuales evidencias de un atentado, según denunció. Y explicó que el cráneo había quedado en la morgue

judicial después de realizada la autopsia y que habían colocado la cabeza de otra persona junto al cuerpo de su hijo. Todo se habló y se mostró desde la televisión. Una polémica que duró años y logró instalar en la opinión pública la idea de que a Junior lo habían asesinado y que existía un complot para tapar todo. Ella misma fue protagonista excluyente del acto macabro: mostró y compartió con cuanto periodista quiso el video con las imágenes más desgarradoras de la autopsia de su hijo, al tiempo que explicaba por qué estaba convencida de que le habían cambiado el cadáver. Todavía hoy sus denuncias siguen teniendo espacio en la prensa.

Que se mate en cámara

También la televisión fue protagonista de un hecho increíble. El 21 de agosto de 2008 el comisario Mario *Malevo* Ferreyra se suicidó frente a la cámara de Crónica TV. El canal había ido hasta su casa en Tucumán con el fin de cubrir el momento en que llegarían las fuerzas de Gendarmería Nacional para llevárselo acusado de violación de los derechos humanos. Cuando estaba haciendo la nota en lo alto de un mangrullo, donde estaba el tanque de agua, el Malevo dijo que no se entregaría, sacó el revólver y se disparó en la sien. La cámara siguió grabando en todo momento. Mostró cómo se desangraba y cómo la muerte se le iba metiendo en el cuerpo. Su familia subía desesperadamente por ese estrecho lugar para bajarlo en un intento fracasado por salvarle la vida. Las imágenes continuaron registrando la tragedia que vivían los familiares, que clamaban venganza, y las manchas de sangre que habían salpicado todo. El momento del Malevo descerrajándose el tiro fue repetido a toda hora, hasta que intervino la Justicia y prohibió su difusión. El suicidio y la muerte en el mismo instante habían sido una primicia imbatible que superó en impacto al día en que una persona ingresó en el hall del canal y se puso el cañón de un arma en la boca en situación desesperada. En ese momento el

canal empezó a transmitir en vivo la antesala del suicidio, que duró varias horas hasta que el sujeto fue disuadido y se entregó. En el control central de la emisora habían esperado durante toda esa tarde y con cierta euforia que finalmente se disparara un tiro.

También la televisión argentina mostró por horas y sin tapujos el cadáver del cantante Rodrigo tirado en la ruta, su velatorio multitudinario y el monumento a su muerte: el santuario que se construyó en el lugar donde se produjo el accidente con su camioneta. Otra vez la primicia fue de Crónica TV. Su cámara llegó antes que todos a la madrugada, a los pocos minutos del vuelco, y registró las imágenes más crueles de su cuerpo muerto tendido en el pavimento, lejos del vehículo, bajo las sombras de la noche, sólo reconocible por las botas tejanas que tenía puestas. Esa imagen, la del muerto, se repitió tantas veces como fue necesario para mantener la atención del público y de los otros medios informativos que se habían perdido la primicia. Como Monzón, allí estaba abatido en medio de la nada de asfalto el carismático y divertido cantante del que decenas de miles de mujeres se habían enamorado por su figura y el colorido de sus cabellos. Su funeral comenzó en el mismo instante en que la tragedia fue puesta al aire, y la televisión se transformó así en una casa mortuoria para millones de ojos que veían cómo el ídolo era un cuerpo golpeado, sin vida.

Tiempo después, el periodista Ricardo Ragendorfer describió con lujo de detalles en la revista *Caras y Caretas* la exhumación del cadáver de Rodrigo para la realización de un ADN por la afiliación de su hijo. Esta vez el móvil de Crónica TV debió quedarse afuera. Es que el abogado de la familia del muerto, Miguel Ángel Pierri, había logrado introducir al periodista como si fuera un perito más. Contó en la nota que había barretas, martillos, serruchos y barbijos empapados en vinagre aromático. Los presentes constataron que el

ataúd era usado y no nuevo, como se suponía. “Como las válvulas estaban obstruidas, al separarse la tapa se disiparon de golpe los gases cadavéricos, ahuyentando a la concurrencia. Minutos después el Gordo Pierri me extendió una pequeña cámara, diciendo: ‘¿Sacarías unas fotos para el peritaje?’”, relató Ragendorfer en el artículo. Éste se acercó al féretro, contuvo la respiración y disparó las fotos. “A pocos centímetros del cuerpo, abrí los ojos para oprimir tres veces el disparador. La expresión facial del finado, atiborrada de formol, conservaba sus rasgos, aunque tenía un color entre azulado y verdoso. Y estaba encogido por la deshidratación. Por último, vi que le faltaba un ojo. Entonces aparté la mirada y corrí hacia la salida”, describió en la nota publicada por la revista.

Otra muerte trágica expresada por la necromanía de la televisión argentina fue la de quien se dijo que era el sucesor de Rodrigo. Con sólo veinte años y en pleno ascenso de su carrera, Walter Olmos se pegó un tiro en la cabeza mientras jugaba a la ruleta rusa en un hotel de Constitución. Las cámaras siguieron los sucesivos velatorios que se hicieron en el boliche Mundo Bailable, en Ingeniero Budge, y en la Casa de Catamarca. Ya en su provincia natal, la multitudinaria caravana acompañó el féretro hasta la Catedral. Con nostalgia, los medios recordaban que Olmos había encontrado la muerte el mismo día en que la bailantera Gilda falleció en un accidente en la ruta y se convirtió en santa popular.

Las mismas secuencias de la tragedia se vivieron por televisión con la muerte del músico rockero Norberto *Pappo* Napolitano. Como Rodrigo y Gilda, Pappo también murió en la ruta. En este caso se trató de un accidente de moto en la madrugada del 25 de febrero de 2005, y fue uno de los grandes funerales mediáticos. El músico se cayó mientras andaba en paralelo con la moto de su hijo, y un auto que venía de frente lo atropelló. Las luces de los automóviles que pararon dieron soporte a las cámaras, que enseguida llegaron para captar lo peor: Pappo ensangrentado, ya sin vida, era subido a la camilla

de la ambulancia.

El día del entierro, una multitud llegó hasta la Chacarita. Mientras el féretro era llevado en andas por la gente, grupos de motoqueros lo despedían haciendo rugir sus motores y tocando bocina. Otras personas, en autos, ponían a todo volumen sus temas más famosos. Aplausos continuos, llantos, marihuana, birra, sus fanáticos le dieron el último adiós. Todo se pudo ver en vivo y en directo por televisión. Enseguida empezó a gestarse una movida con el objeto de homenajearlo para la eternidad. Incluía a famosos tales como Guillermo Vilas, Andrés Calamaro y los grupos musicales La Renga, Ataque 77, Los Piojos y Ratonés Paranoicos, entre otros. Esa movida consistía en sacar los restos de Pappo de la Chacarita y llevarlos a su barrio, La Paternal. Dos años después, el 10 de marzo de 2007, justo el día en que cumpliría cincuenta y siete años, las cenizas de Pappo fueron depositadas debajo del monumento en la plazoleta Roque Sáenz Peña, que está entre las calles Juan B. Justo, Remedios de Escalada de San Martín, Andrés Lamas y Boyacá. También pusieron allí las cenizas de su padre. Esa moderna bóveda en la calle es hoy el lugar de reunión de sus seguidores, un espacio para la nostalgia y el recuerdo.

Con todas estas muertes trágicas, Crónica TV hizo un documental que llamó “Las tragedias de los famosos”, con bloques separados por una cruz de fondo y música para la ocasión. Entre esas tragedias se encuentra también la del futbolista *Garrafa* Sánchez, un jugador muy habilidoso que se metió en el corazón de las hinchadas de los equipos para los que jugó, en especial Banfield. Murió en un accidente de moto: se le descontroló y al caer pegó con la cabeza en el piso; murió en el acto. Más de dos mil personas se concentraron en la cancha de Laferrère y dieron la vuelta olímpica llevando el féretro. Los hinchas iniciaron una colecta para levantarle un monumento.

También el informe de Crónica TV daba detalles del suicidio de la actriz Telma Stefani, de la caída al vacío de Alberto Olmedo, de los suicidios del actor Julio De Grazia y del periodista Daniel Mendoza, de la muerte por

sobredosis de Luca Prodan, del accidente donde perdió la vida el actor Adrián Ghio y, lógicamente, de las ya clásicas muertes de Carlitos Menem, Carlos Monzón, Rodrigo, Gilda, y la lista continúa.

Uno de los secretos de Crónica TV para estar donde la muerte convoca es su vínculo directo con la policía y los bomberos. Siempre se caracterizó por el hecho de que sus cámaras llegaran al lugar antes que ningún otro para cubrir esta clase de noticias. Cuando en la radio de emergencias de la policía se escucha “morguera” y adónde hay que enviarla, allá salen una cámara y un cronista para cubrir lo que sea. En realidad se sabe que hay un muerto asegurado. “Lo peor que nos podía ocurrir era que la persona hubiera muerto de forma natural, porque entonces no había nota, ni siquiera podíamos inventarla”, confesó un productor. Un día la radio dio la alarma y rápidamente un equipo del canal salió a cubrir la nota. Había sido el suicidio de un hombre que se había arrojado al vacío desde su departamento. Tal como se presentaba la noticia, no tenía mayor encanto mediático. Entonces, como a la producción le pareció de poco impacto, pusieron al aire una primera placa que decía: “Un hombre amaga con suicidarse”. La idea era crear clima hasta llegar a la muerte. Al rato una segunda placa dijo: “Se está por tirar de un balcón”. Y una tercera anunció: “¡Se tiró!”, para poner de inmediato en el aire la imagen de la persona que estaba muerta en el suelo desde hacía casi media hora. En esos minutos en que estuvieron las placas rojas en el aire, los teléfonos se bloquearon de llamados que pedían por favor que la persona no se suicidara, al tiempo que en la redacción del canal se festejaba por cómo se había logrado atraer la atención del televidente.

Enterada del secreto estratégico de Crónica TV —su vínculo con la policía—, la competencia empezó a tejer una relación fluida con esta vital fuente de información. El que mejor lo hizo fue Canal 13, que con su programa *Policías en acción*, que presenta los operativos “exitosos” de la Bonaerense, consiguió consolidar una estrecha relación con la policía más importante y grande del

país, y una de las principales fuentes de los hechos más impactantes. Como se dijo anteriormente, en esta era de la globalización de las comunicaciones la cultura necrómana argentina encontró en los medios de comunicación el desarrollo de su masividad.

Para Canal 13 y TN, los repentinos fallecimientos del locutor Mario Mazzone y más tarde del humorista Jorge Guinzburg, profesionales de esos canales, tuvieron un alto impacto público, y las señales hicieron de ambos hechos fúnebres el eje de su programación. Se utilizó un crespón negro en la pantalla en señal de luto, acompañado por música alusiva junto a la difusión de informes especiales y testimonios dolidos de amigos y familiares. En el caso del cómico se emitieron programas recordatorios, y la gente dejó miles de mensajes en el sitio web del canal dirigidos al muerto. A los pocos días se instaló en los medios una polémica acerca de por qué se ocultó que tenía cáncer. Y esta situación llevó a hablar de cómo fueron los últimos días de la víctima. Algunos argumentaron que fue para cuidar su imagen en los afectos familiares y otros creyeron ver en la negación pública una estrategia para no espantar a los anunciantes de *Mañanas informales*, el programa que conducía Guinzburg. Entonces apareció la cultura del marketing con el muerto. El verano siguiente, el intendente de Carlos Paz, Carlos Felpeto, decidió galardonar *post mortem* a Jorge Guinzburg con el Premio Carlos de Oro. Pero todo terminó con un gran escándalo. En nombre del humorista fallecido iba a recibir el galardón Marcos *Bicho* Gómez, quien había sido parte de su elenco como el Payaso Malaonda. Sin embargo, después de un emotivo video que recordó a Guinzburg y de un discurso político del intendente con papelitos de colores que cayeron de una piñata, Bicho subió al escenario y acusó al jefe comunal de haber propinado un golpe bajo a la memoria del cómico. “Soy payaso, pero no como vidrio: a Guinzburg lo usaron”, disparó en medio de la ceremonia, y se armó la batahola cuando comenzó a insultar en voz alta al intendente local. Quisieron calmarlo, pero igual arremetió contra él, y en la

alocada carrera el premio terminó destruido y en la basura.

La figuración mediática no parecería ser sólo propiedad de los muertos famosos. También existe otra protagonista llamada la Mary o “la señora de los velorios”. Cada vez que algún famoso muere es la primera que aparece en la puerta de los cementerios y roba protagonismo en los medios, en especial en televisión. Se la detectó en marzo de 2004 cuando fue al entierro del conductor televisivo Juan Castro, y después para despedir a Adolfo Castelo y también a Mario Mazzone. Una mujer anónima a quien en realidad pocos conocen, pero cuya cara le resulta familiar a cualquiera y que, con participar en la muerte de celebridades, gana sus minutos de fama. Y esta argentina especialista en ser una especie de “Figuretti fúnebre” es también conocida internacionalmente. El periodista Leandro Zanoni, autor de *eBlog*, durante un viaje por Manhattan descubrió a la Mary con un letrero dando sus condolencias por la muerte de tres mil víctimas por los atentados a las Torres Gemelas.

Otro caso de alta conmoción mediática que tuvo a un muerto como principal protagonista fue el asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas, ocurrido en enero de 1997. Había conseguido sacar la foto del empresario Alfredo Yabrán, que movía sus turbios negocios desde el anonimato. Cuando su rostro se hizo público empezó a ser investigado y salió a la luz su pasado oscuro con la dictadura militar y los vínculos que había consolidado con el poder menemista. Como una venganza nunca declarada, Cabezas fue secuestrado, ajusticiado y quemado en una cava cerca de Pinamar. Su cadáver también fue instrumento de mensajes mafiosos hacia el poder de entonces. El cuerpo calcinado fue colocado en la vera de la ruta por la cual el poderoso gobernador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde, pasaría esa madrugada para ir a pescar.

El crimen de Cabezas es otra muestra de la utilización de la muerte con fines políticos en las luchas del poder. El violento asesinato fue profusamente

difundido por la prensa. Los principales diarios publicaron la imagen del auto incinerado con el cuerpo del fotógrafo en su interior. Aquí también los medios pusieron toda su creatividad para realizar la reconstrucción del asesinato con los detalles de cómo rociaron su cuerpo con nafta para prenderlo fuego. Nunca hubo tanta reacción mediática sobre un asesinato. Esta vez habían matado a uno de los propios, en tiempo de democracia pero remitiendo a los peores momentos de la dictadura. En este caso la movilización mediática llevó presión para que la Justicia y el poder político actuaran y se llegara a una sentencia judicial. De todas maneras, como un fantasma que siempre regresa, la cultura necrómana desplegó todos sus vicios ingresando en la vida privada de la víctima, regodeándose en el dolor, instalando la sospecha de que el fotógrafo extorsionaba a Yabrán, es decir, que el muerto tenía responsabilidad sobre su propia muerte. Incluso hubo un intento fallido de llevar el auto calcinado, probablemente con partes del cuerpo también calcinado de Cabezas en su interior, hasta el hall del edificio de la editorial donde trabajaba, para exhibirlo.

El 20 de mayo de 1998 se suicidó, en su estancia de Entre Ríos y en total soledad, Alfredo Yabrán. Antes, la Justicia sospechaba con fundamentos que había sido una orden de él la que indujo a los sicarios al asesinato del fotógrafo. Desde el primer momento se instaló la sospecha de que el suicidio había sido una escena armada *ex profeso*, que el cuerpo era de otro hombre al que se había inducido a dispararse un escopetazo en la boca quedando el rostro desfigurado y que Yabrán, con ese suicidio fingido, habría logrado escapar del escándalo político de ser detenido por el asesinato de Cabezas. Esta versión fue sostenida por la mayoría de los medios, que ya habían identificado al empresario como el principal responsable intelectual del crimen. Así, el misterio sobre su cuerpo se instaló como parte de una trama que mucho tenía que ver con las prácticas y la cultura de los grupos mafiosos. Una ambulancia de los bomberos llevó el cadáver hasta Gualeguaychú, donde,

a las nueve de la noche, entró en la clínica Cometra. La prensa contó los detalles de lo que se hizo con el muerto: se le practicó una tomografía computada; los bomberos habían maltratado el cadáver golpeándolo e incluso lo habían dejado caer al suelo; a las tres de la mañana fue llevado hasta la casa funeraria. También se informó que la tomografía de su cabeza destrozada mostró que la masa encefálica estaba destruida por más de treinta perdigones y que, por eso, la muerte fue instantánea; que tenía múltiples fracturas de cráneo con hundimiento facial; que todos los huesos del cráneo estaban fracturados y que no había orificios de salida. El estudio de las impresiones digitales que se tomaron determinó que el muerto era Yabrán, y la autopsia reveló que el cuerpo presentaba una cicatriz en el abdomen, producto de una operación que había tenido el empresario, y un puente de oro en su dentadura, igual al que tuvo en vida. Los estudios de ADN también dieron positivo. Para hacerlos se tomaron siete muestras del cadáver: trozos de pulmón, de músculo, del bazo, del hígado, del riñón izquierdo, de sangre y de cabello.

En realidad, la sospecha pública sobre la identidad del cadáver creció como lo hacen las leyendas sociales. Excepto las personas más íntimas de su entorno, nadie había podido comprobar que el muerto fuera efectivamente Yabrán. El primero en asegurar que ése era el cuerpo del empresario fue su propio hermano, Miguel Oscar Yabrán, alias Negrín. Pero la prensa insistió en tener la prueba más directa de la muerte violando, incluso, la privacidad que ésta impone. Unos pocos periodistas lograron entrar en la habitación de la casa velatoria donde se iban a realizar los trabajos de acondicionamiento del cadáver de Yabrán. Uno de ellos fue Hernán Brienza, del diario *Perfil*, precisamente de la editorial donde había trabajado Cabezas.

Rodeada de periodistas, la ambulancia consiguió ingresar en la casa fúnebre. Todos se abalanzaron para tener las primeras imágenes del cuerpo de Yabrán. Estaba cubierto con una especie de manta roja de plástico. Una vez que la ambulancia se retiró del garaje, Brienza prefirió quedarse en el lugar,

sospechando que se trataba de una maniobra de distracción. El periodista relató tiempo después que le había dicho al policía que estaba en el lugar:

—Che, van a dar la vuelta, ¿no?

—Sí, quedate por acá.

La ambulancia volvió a salir y todos los periodistas fueron corriendo detrás de ella hasta que dio la vuelta y volvió a ingresar en el garaje. Brienza se quedó en la puerta y se metió justo antes de que un policía la cerrara. Adentro habían quedado tres cronistas sin que la custodia se diera cuenta. El cuerpo de Yabrán fue llevado a una habitación especial para limpiarlo. Brienza quedó a sólo cinco metros del cadáver, junto al dueño de la casa de sepelios, dos empleados y un policía. Contó el periodista en una nota publicada más tarde que con unas tijeras se cortaron los plásticos y que durante veinte minutos limpiaron el cuerpo. Entonces subieron el ataúd a una camilla de hierro y les dijeron a los reporteros que habían podido burlar a la seguridad: “Muchachos, ¿quieren ver a Alfredo?”.

Los tres se acercaron para mirar el cadáver. La sala tenía azulejos blancos y paredes amarillas. No había mucha luz, y se podían ver dos mesas con herramientas y una puerta. Brienza contó que a Facundo Pastor, uno de los periodistas que estaban con él, le dio mucha impresión ver al muerto, que lo observó un rato y después se retiró, pero que más tarde se acercó nuevamente para quedarse a unos tres metros. Manuel Lazo, el tercero, estaba más lejos. El que vio el cadáver bien de cerca fue Brienza. Relató en una nota periodística:

Cuando le vi la cara me dio la sensación de que era él. No estaba destrozada y se le notaban los rasgos. Estaba como hinchada, como inflada, y los ojos no se podían ver porque estaban cerrados, con un poquito de sangre. La expresión era normal, seria. Me pareció que el pelo era un poco más oscuro, pero no estaba seguro porque no lo había visto antes personalmente. El color de la piel era pálido como el de

cualquier muerto. Los brazos estaban sobre el abdomen, con las manos cruzadas. Me pareció que tenía más pelo en la panza, pero después de muerto el pelo sigue creciendo, eso no lo podés saber. Además tenía una costura desde acá arriba hasta la panza, por la autopsia.

Sin embargo, Facundo Pastor no estaba de acuerdo. “¡Che, no es, no es!”, decía, mientras Lazo aseguraba: “¡Es Alfredo, es Alfredo!”. Estaba completamente convencido de que era él, porque aseguraba que había visto esos ojos celestes y en reiteradas oportunidades lo había observado en traje de baño, ya que tenía un campo junto al de Yabrán. Brienza contó que se dieron cuenta al final de la expedición de que el cuerpo tenía las dos cicatrices en el vientre que habían aparecido en una foto que Cabezas le había sacado.

No las habíamos visto antes por los brazos que estaban sobre el abdomen y porque estábamos del lado izquierdo del cadáver y las cicatrices estaban del lado derecho. Cuando estábamos terminando de verlo, Facundo dijo: “Che, no vimos las cicatrices”. Entonces cuando nos volvimos a acercarnos dijeron: “Bueno, muchachos, ya está...”.

De repente los periodistas oyeron ruidos que provenían de uno de los salones contiguos y entonces los empleados les dijeron: “¡Uy, escóndanse que viene Yabrán!”, por el hermano, Negrín. Se ocultaron detrás de los coches fúnebres. Negrín entró con el abogado Pablo Argibay Molina, miró el cadáver, puteó en voz baja y les dijo en voz alta a las personas que estaban ahí: “Si llego a encontrar a un periodista acá, le pego un tiro en la cabeza, así que no me rompan las bolas”. “Che, Yabrán está enojadísimo, escóndanse”, les dijo a los periodistas uno de los hombres que sabían que estaban allí. “Pero ¿adónde vamos?”, preguntaron ellos. “Suban la escalera”, les respondió.

Entonces se escondieron en un cuarto oscuro: un depósito de féretros.

Cuando bajaron a los quince minutos el ataúd con el cuerpo de Yabrán ya estaba cerrado para llevarlo al cementerio. “Che, muchachos, ¿no nos dan una manito?”, les preguntaron a los periodistas. Y entonces tomaron el ataúd y entre cinco lo subieron a la ambulancia.

Canilla maldita

Los detalles del asesinato de María Marta García Belsunce también fueron campo fértil para que los medios explotaran su afición necrómana, al igual que la familia de la víctima, que intentó ocultar el crimen e incluso hacer desaparecer su cadáver. El caso presentó todos los elementos ideales de un policial: un country de ricos, un apellido tradicional involucrado en el encubrimiento de un crimen, sospechas de manejo de dineros espurios, posibles romances cruzados entre familiares. María Marta tenía entonces cincuenta años y era vicepresidenta de la agrupación Missing Children. Fue asesinada el 27 de octubre de 2002 en su casa del country Carmel, de Pilar. Una nota en *El Diario de Pilar*, que en principio pasó inadvertida, decía que el fiscal reabría el caso de la dudosa muerte de esta mujer de la alta sociedad que tenía un especial reconocimiento en la zona. A partir de ese momento, los medios comenzaron a prestarle atención, y el crimen se instaló con una fuerza inusitada en la opinión pública. Los familiares sostuvieron que la mujer había sufrido un accidente en la bañera y se había golpeado la cabeza contra una canilla; con ello eludieron a la policía y hasta se labró un certificado de defunción que declaraba que había sufrido un paro cardiorrespiratorio. Pero después otro médico que había acudido al lugar planteó las sospechas iniciales y, con una autopsia, se descubrió que la mujer tenía cinco balazos en la cabeza. El asesinato habría sido perfecto si se hubiera cumplido el plan que había elaborado el entorno familiar de la víctima para cremar el cuerpo y depositar sus cenizas en la bóveda de la Recoleta. El crimen de María Marta

fue uno de los más mediáticos de los últimos largos años, y la muerta, actriz principal de la puesta en escena. Por los diarios y por cuanto programa de televisión había, desfilaron familiares, abogados, peritos, policías, jueces y fiscales, que pasaron por el firmamento de la popularidad mediática hablando del caso: la muerta y la manipulación que sufrió su cuerpo. La televisión llegó a exhibir las fotos de la autopsia, en las que se podían ver con claridad la cabeza totalmente afeitada y los agujeros de los tiros recibidos.

Algo similar sucedió años después con un caso casi idéntico al de María Marta. Se trató del asesinato de Nora Dalmasso, también en un country, pero de Córdoba. El cuerpo estaba desnudo en la cama de su hija y, de acuerdo con las pericias, la mujer había sido estrangulada con el cinturón de la bata y había tenido sexo consentido poco antes de morir. Todos los medios se orientaron hacia las versiones más morbosas del asesinato; publicaron infografías y realizaron animaciones computarizadas mediante las cuales se intentaba, encubiertamente, transmitir una supuesta vida lisonjera que llegó a involucrar incluso a su propio hijo. Pero fue el noticiero de América TV el que le dio la cuota más morbosa cuando presentó con primeros planos las fotografías de la investigación judicial tomadas en el momento mismo del hallazgo del cadáver. Allí se podía ver a la pobre Nora golpeada, muerta, impúdicamente desnuda, con sus zonas más íntimas al descubierto, apenas disimuladas. Cientos de miles de televidentes vieron esas imágenes a la hora de la cena, un espectáculo sin duda indigno para la víctima y su familia.

El héroe caído

La televisión mostró en cadena cómo la cámara de seguridad de un local de ropa había grabado el preciso momento en que el policía Aldo Roberto Garrido forcejeaba con un asaltante y recibía un tiro por la espalda que lo mató en el acto. Era la secuencia que faltaba exhibir después de dos días de

haber transformado el crimen del policía en una novela con perfiles románticos. El hecho ocurrió a las nueve y media de la mañana del 17 de febrero de 2009 en un negocio que está a pocos metros de los Tribunales de San Isidro.

El suceso conmocionó al vecindario, que tenía un gran aprecio por el policía. Llevaba treinta años custodiando las mismas calles, y todos le reconocían su honestidad. Estaba en edad de jubilarse, pero ante un pedido suyo fue autorizado a continuar prestando servicio. Enseguida las calles se convirtieron en un velatorio a cielo abierto, una vez más, transmitido en vivo por los móviles televisivos que destacaban el llanto de los vecinos y los comerciantes, que no podían creer lo que había sucedido. Miraban a las cámaras para hablarle al policía muerto y agradecerle todo lo que había hecho por el barrio. No había pasado una hora que la gente ya depositaba flores en el lugar donde lo habían ultimado. La historia del oficial ejemplar empezó a armarse en los medios y a conmover a la opinión pública, convencida de que la policía bonaerense es una organización corrupta. Al día siguiente el coche fúnebre recorrió esas calles llenas de flores en medio de una multitud que lo despedía al grito de “¡Garrido, presente!”, “¡Justicia, justicia!”. Su cuerpo muerto tenía que pasar y ser llorado por los precisos lugares en que durante décadas se había transformado en un personaje. Las cámaras hacían primeros planos de la gente llorando y del féretro cubierto de flores, mientras los asistentes aplaudían al paso del cortejo fúnebre. Con sus manos saludaban al muerto apoyándolas en la tapa del ataúd. “Garrido es un gran orgullo para nosotros. Ojalá que lo esté viendo”, dijo su esposa ante las cámaras que transmitían en directo. El coche fúnebre se detuvo en el mismo lugar donde el policía había sido asesinado, quizá con el propósito de recordar el último sitio donde estuvo vivo, pero se puede decir que, en realidad, se detuvo donde la muerte decía presente.

Otros policías usaron a la muerte para llamar la atención de los medios.

Sucedió en La Plata, cuando se realizó una manifestación para protestar por la falta de apoyo del gobierno. La hicieron los policías bonaerenses retirados y en actividad, familiares y víctimas de la delincuencia. “Basta de chalecos vencidos, pesados y obsoletos, basta de equipos de comunicaciones que no sirven, basta de armamentos caducos y cartuchos sin pólvora, y basta que la vida de un policía valga 6,80 pesos”, por el precio que cobraban por hora de servicios. Pero lo más curioso de la movilización fue cuando un policía se metió en un ataúd que se había colocado en las escalinatas del Ministerio de Seguridad bonaerense. El efectivo, desde allí adentro y como si fuera un cadáver, se encargaba de responder las preguntas de los periodistas.

Matar al que mata

El miércoles 18 de marzo de 2008 se realizaron marchas y concentraciones en todo el país en protesta por la creciente inseguridad y los hechos de violencia perpetrados por los delincuentes. Más de diez mil personas llegaron hasta la Plaza de Mayo y, otra vez, las fotos con los rostros de los muertos se exhibían como estandartes de la multitud. La diferencia de otras marchas fue que en ésta participaron importantes personajes del espectáculo y la farándula, que salieron a las calles cansados de ser asaltados y víctimas de la violencia. Por esos días bastó que Susana Giménez dijera “El que mata tiene que morir” para que en los medios estallara nuevamente la eterna polémica sobre la pena de muerte. Su deseo de aplicar muerte a quien mata fue a raíz del asesinato de Gustavo Lanzavecchia, uno de sus principales colaboradores. “Cuando me enteré, creí que me moría. Hacía veinte años que Gustavo vivía para mí. Lo conocí porque me mandaba cartas todos los días, como un admirador más. Y me escribía tanto que un día lo llamé. Jamás hubiera imaginado de él que eso se transformaría en su tumba”, dijo la diva. Con anteojos negros y rodeada de medios de comunicación, la Giménez se despachó como nunca lo había hecho

antes: “La verdad que esto no da para más. Todos los días mueren cuatro o cinco personas y gente trabajadora como Gustavo. Acá siempre se juzga a la víctima. Murió porque era un chico que no conocía la maldad. Se quería sacar de encima el auto, puso el aviso y fue letal”. Susana reclamó, exaltada y a los gritos: “Basta con los menores. Y el que mata tiene que morir. Un tipo que mata tiene que morir. Acá no hay respeto para nadie. Y los menores salen mañana, no hay cárceles, no hay nada. Termínenla con los derechos humanos y las estupideces. Basta con la droga. La policía, los jueces y todo el mundo saben dónde venden el paco. Y todo eso es el detonante de esta reacción juvenil”. Lejos de impulsar un debate profundo sobre el tema de la violencia, la inseguridad, las drogas y las distintas experiencias mundiales sobre la eficacia de la pena de muerte, la prensa impulsó la polémica de quién estaba por el sí y quién por el no de su aplicación, como si fuera uno de esos tantos concursos de “cero ochocientos” o “llame ya”. Durante días, el tema dominante fue, una vez más, la muerte y no la vida, y se generó una competencia local sobre quién tenía las declaraciones más extremas para mantener la polémica.

La muerte tiene su lugar indiscutido en los medios y cualquier noticia que la contenga ganará enseguida un espacio de protagonismo incluso desde lo absurdo. En agosto de 2009, el Poder Ejecutivo presentó al Congreso el proyecto de Ley de Medios Audiovisuales, luego sancionada, para reemplazar la antigua Ley de Radiodifusión de la dictadura. Sus opositores entendieron que la iniciativa tenía como objetivo quitarle poder al Grupo Clarín por su posición dominante en el mercado. El semanario *Barcelona* sentenció el problema. Tituló en su tapa: “Murió”, con la imagen de una lápida con el logo del diario. El fotomontaje de la nota en su interior fue hecho con el mismo logo de *Clarín* dentro de un féretro rodeado de los personajes más antikirchneristas que se pudiera imaginar quienes estuvieran a favor del Grupo. Así, una ley se intentó explicar con la metáfora de la muerte aplicada a

quienes se oponían a la iniciativa del Gobierno.

Más tarde, en los primeros días de octubre, los medios vendieron con especial despliegue la muerte de Margarita Di Tulio, conocida como *Pepita la Pistolera* en el submundo de la delincuencia y la prostitución. Cobró notoriedad pública cuando quedó relacionada con el crimen del fotógrafo José Luis Cabezas, ocurrido en 1997. El día de su entierro los noticieros televisivos le dieron tanto o más espacio que a las principales informaciones políticas. Y destacaron con guiños cinematográficos la ceremonia de su funeral ambientada con música de Sandro, al tiempo que el féretro era rociado con champán. Una despedida con la simbología de su ambiente marginal acompañada desde los medios con las peores imágenes del aberrante crimen del fotógrafo. Muerte sobre muerte.

Fantástica fiesta

Lo más original y auténtico de la necromanía argentina en la televisión es el programa *De aquí a la eternidad* que conduce el empresario fúnebre Ricardo Péculo. Se emite por el canal de cable Utilísima Satelital y está dedicado al marketing funerario, a brindar un servicio sobre velatorios y entierros. Con prolijo traje, Péculo se pasea por jardines al tiempo que va explicando las bondades de donar órganos, la conveniencia de planificar el propio velatorio y entierro y las ventajas de los cementerios virtuales en internet. En este sentido da todo tipo de consejos: ataúdes y destinos finales, cortejo fúnebre y homenajes, cremación y arreglos florales o tanatopraxia y diseño de tumbas. Dice que lo mejor es hacer del fin de la vida una verdadera fiesta. “Una muerte bella honra toda la vida”, repite a quien quiera escucharlo.

En los distintos capítulos explica cómo organizar el propio funeral y recomienda hacerlo de la misma manera en que se organiza un cumpleaños, una fiesta de quince o un casamiento. “Si hay algo de lo que tenemos certeza es

de que nos vamos a morir, y no se entiende por qué no lo organizamos”, comenta con una voz levemente grave frente a la pantalla.

En uno de sus programas dio detalles de cómo se realiza una cremación, desde que el ataúd entra en el crematorio hasta que se entregan las cenizas. De forma didáctica habla del modo en que se hacen los velatorios por internet: con una cámara web por medio de la cual se pueden mandar condolencias y hasta flores.

A través de una ventana ovalada que aparece en pantalla difunde testimonios de personas que hablan de las maravillas del merchandising fúnebre. “Siempre he soñado con un ataúd con forma de zapato. Y he podido cumplir mi sueño”, dice una mujer con acento colombiano.

En el primer programa, Péculo mostró hasta dónde ha llegado la incontenible imaginación funeraria y explicó que en África se fabrican ataúdes con formas de zapatillas, zanahorias y hasta de cápsulas espaciales. Para él, la elección del ataúd es una forma de honrar a la persona fallecida. Expresa sin pudor en la pantalla que la muerte “está pasando por el mismo proceso que pasó el sexo. En mi época hablar de sexo era tabú, y hoy todos los chicos hablan de sexo. Por eso la idea de mi programa es darle información a la gente. Hay que conocer cuáles son las opciones y planificar qué queremos hacer el día que nos muramos, cuál es el destino para las cenizas. Si no, los deudos no saben qué hacer y las cenizas de los pobres viejos andan molestando en los placares”. Se mueve como una celebridad de la televisión; en su programa presenta todo lo que rodea a la muerte como algo positivo. La cortina musical es el *Himno a la alegría* de Beethoven.

Parafraseando, en su sentido contrario, la frase que dijo el actor Héctor Alterio en la película *Caballos salvajes*, casi dan ganas de gritar: “La pucha que vale la pena estar muerto”.

CAPÍTULO 3

Cadáveres políticos

*Lo despedazaron, le dieron a serrucho limpio.
Me pareció una brutalidad. Ya le faltaban las manos,
así que imagínate ahora: lo tocás y se deshace todo.*

Del abogado HUMBERTO LINARES FONTAINE
acerca de la extracción de muestras del cadáver de Perón
para realizar el examen de ADN

*Lamento que se ponga sobre la mesa la muerte de Alfonsín.
Espeular electoralmente con algo que tocó a todos los
argentinos me parece un espanto.*

De la entonces candidata a diputada nacional
MARGARITA STOLBIZER

Estaba por iniciar la obra más importante que había imaginado en su vida. El destino lo había puesto allí, en la soledad del lugar, como un designio

celestial, como un truco mágico que hacía perder la dimensión de lo real y lo divino. Entonces, estiró los brazos hacia adelante y con suavidad los apoyó sobre el cuerpo desnudo que flotaba en 150 litros de reactivos, alcohol, acetato y nitrato. Con delicadeza lo presionó hacia abajo para comprobar cuánta resistencia ofrecía a pesar de que le había quitado el aire que aún tenía en los pulmones y bronquios. Tapó los dedos con vendas impregnadas en tricloroetileno. Todo el trabajo de preparación duró aproximadamente cinco horas, y para impedir la flotación del cuerpo puso la tapa de hierro del ataúd, apoyada sobre unas almohadillas, lo que aportó el peso exacto para que el cadáver quedara sumergido en el líquido.

Al día siguiente, el médico se acercó a la batea para comprobar que todo siguiera en el mismo lugar, que la cabeza y las manos permanecieran hundidas y que la nariz no tocara el cristal de la tapa. Acomodó los reactivos y los instrumentos y procedió a repasar, con paciencia, el féretro de lujo que todavía estaba allí. Así se fueron sucediendo los días durante ese primer año de inmersiones e inyecciones a las que fue sometido el cadáver de Evita. Se impregnaba el cuerpo con esas sustancias químicas, lo que hacía innecesario extraerle las vísceras, que son lo primero en corromperse. Con este trabajo el doctor Pedro Ara se transformaría en el embalsamador más famoso del mundo contemporáneo y acompañaría el cadáver de Evita durante más de tres años, hasta que fuera secuestrado y desaparecido por dieciséis años.

El plan de conservar para siempre el cuerpo de la “abanderada de los humildes” comenzó a idearse cuando el cáncer todavía devoraba su humanidad, y la necromanía argentina se asomaba como los buitres rodean la agonía. La idea era exponer su cuerpo momificado ante el pueblo para luego depositarlo en un monumento que se construiría especialmente. Allí Evita sería acompañada por “las cenizas de un descamisado auténtico”, según su deseo. Hasta se ideó realizar una travesía del cadáver por todo el país, que duraría meses, para que las multitudes pudieran llorar a Evita de cuerpo

presente.

El doctor Ara fue contactado ocho días antes de que la segunda esposa de Juan Perón falleciera. Pero un ex militar ruso se le había adelantado, ofreciendo a la propia enferma su oficio de embalsamador: “Excelentísima señora. Como admirador de la magna obra de la Fundación Eva Perón y por años al país en el que encontré abrigo y paz, y esperanza, desearía ofrecerle el fruto de largos años de trabajo y sacrificios, que me han permitido descubrir el secreto milenario de la momificación que practicaban los mismos egipcios”. Y pedía que le facilitaran los medios para preparar “la momia del siglo XX”. No pasó de ahí. Pareció un delirio, sobre todo porque la propuesta había sido dirigida a la propia futura embalsamada. Pero, en los hechos, Ara hizo lo mismo, convirtió un cuerpo muerto en la momia más famosa de su tiempo. El médico español era por entonces una eminencia mundial en las artes de momificar cadáveres. Ya había realizado algunos trabajos en el país, tales como el proceso de conservación, en 1932, del cuerpo de la hija de un senador cordobés a la que se llamó *La Bella Durmiente*.

El 18 de julio de 1952 a las once y media de la noche recibió un llamado de la Presidencia. Le anunciaban el inminente final y le informaban que tenía que estar preparado para comenzar a actuar rápidamente. Evita había entrado en coma, su respiración se apagaba. Pero a la madrugada del día siguiente abrió los ojos, ordenó enérgicamente que le quitaran los inhaladores de oxígeno, pidió café, comenzó a conversar y a dar órdenes. Después pasó al estado de moribunda y quedó inconsciente. Mientras sufría los últimos estertores, la gente empezó a santificarla, a montar altares en las calles con sus imágenes, crucifijos, vírgenes y demás santos populares que sirvieran para evitar lo inevitable. Evita murió con los ojos abiertos. La hora que la inmortalizó pasó a ser parte central del calendario necrómano nacional: fue a las 20:25 de aquel lluvioso sábado 26 de julio de 1952. Estaban junto a ella Perón, el doctor Enrique Finochietto, el padre Hernán Benítez, su madre y unos pocos amigos

íntimos. Luego entraron en la habitación la modista y el peluquero para completar la tarea. Juan Duarte le hizo cortar un mechón del pelo para su madre, y una de las colaboradoras pidió despintarle las uñas para dejárselas con brillo natural, tal cual ella misma lo había pedido. Enseguida el embalsamador ingresó en el cuarto para comenzar su obra. Quedó solo con el cadáver y empezó a realizar los primeros movimientos de conservación para que pudiera soportar un velatorio que sería interminable. Era el principal enemigo para su trabajo. Previo a que se soldara la caja de metal de dentro del féretro, Ara metió en los rincones y entre la mortaja una gran cantidad de pastillas que había preparado especialmente para eliminar el aire del interior e impedir que sobreviviera cualquier clase de microbio. Esos primeros tratamientos aseguraban que el cuerpo no se descompondría durante los días siguientes. No más. Pero, sin consultarlo, durante el velatorio que duró dos semanas, abrieron la tapa dos veces con la excusa del vidrio empañado, y alguien no tuvo mejor idea que introducir aire en su interior para evitar la condensación de humedad, maniobra que puso en serio riesgo la integridad del cadáver. Así, lo que habían logrado era destruir la atmósfera aséptica creada.

Curiosidad morbosa

En un día lluvioso y en una Buenos Aires ganada por el luto, decenas de miles de personas cumplieron con el ritual de dar la vuelta alrededor del ataúd y besarlo, que era como besarla a ella misma, que todavía mostraba las huellas de la cruel enfermedad. Casi un millón de personas ganó las calles para ver pasar la pompa fúnebre con el féretro en una cureña, ejércitos de personas custodiaban a la muerta, toneladas de flores daban un marco colorido espectacular, con un silencio sepulcral, y más y más llantos. Primero el cuerpo fue velado en la Secretaría de Trabajo y Previsión, donde hoy está la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. Allí estuvo durante catorce días.

Después en el Congreso y, por último, fue llevado a la casa de los trabajadores, la CGT, que se transformaría en una enorme bóveda para albergar a la muerta más querida de los obreros.

Una ley creó la Comisión del Monumento Eva Perón, que se encargó de proveer todo lo necesario para la momificación del cadáver y la construcción del mausoleo. El 12 de agosto, el cuerpo de Evita ya estaba en el segundo piso de la CGT, donde se habían construido una capilla y un laboratorio. En el vestíbulo, Ara hizo colocar una serie de fotografías de Evita viva para reconocer sus rasgos y recordar sus mejores facciones y expresiones. Empleados de la funeraria, dirigentes sindicales, políticos, oficiales de la Gendarmería Nacional y empleados de la CGT fueron testigos de cuando abrió el féretro y quedó al descubierto la figura de Evita. Impresionante. Habían pasado diecisiete días desde su muerte. El cadáver fue puesto en una plataforma especial. Todavía estaba vestido, con el rosario que le había regalado el Papa y el broche de piedras preciosas con el escudo peronista. Del lujoso ataúd se encargó la casa fúnebre, y el vestido-mortaja junto a la bandera argentina fueron guardados aparte. Mientras Ara comenzaba su trabajo, en la entrada de la CGT un grupo de jóvenes obreras montaba guardia y recibía flores de forma permanente. Hasta el último día que estuvo allí, tanto quienes la admiraban como aquellos que la odiaban visceralmente no pudieron resistir la tentación de verla, examinarla, descubrir cada detalle de la muerta más importante que la Argentina haya tenido. Era el regocijo morboso de la vista.

Las hermanas de Evita y su madre pidieron ir todos los días para rezar y dejar flores. Lo hacían siempre en la puerta del laboratorio. Se arrodillaban frente a la entrada, lloraban y oraban un largo rato. Al tercer mes de la muerte de Evita, les permitieron ver el cuerpo momificado. Ara quería poner una cúpula de cristal para protegerlo, por miedo a que en su ausencia atentaran contra el cuerpo. Finalmente, al año siguiente quedó construida una pirámide

de gruesos cristales que se podía cerrar con llave.

La muerte de Evita empezó a ser recordada como un hito fundamental de la necromanía nacional. En cada aniversario, la CGT se transformaba en el centro de peregrinación de todas las demostraciones de amor popular que pudieran existir. Había que rendirle homenaje, tributo, a la muerta que estaba allí adentro, durmiendo para la eternidad, custodiada como una reina egipcia. El 24 de junio de 1953, cerca de las doce del mediodía, Perón y Ara se dirigieron desde la Casa Rosada hasta la CGT para ver el cadáver momificado. Era el reencuentro demorado, la primera vez que Perón volvería a ver a la mujer que había amado, que lo había marcado a fuego, y de quien guardaba todavía aquella imagen de dolor y muerte. El General permaneció al lado del cadáver durante una hora sin decir palabra alguna, conmovido por lo que estaba frente a sus ojos. El trabajo de momificación había quedado perfecto. Evita estaba en paz, como durmiendo, con los rasgos de sus mejores épocas. Santificada.

Cuando Ara terminó su trabajo, elevó a la Comisión del Monumento Eva Perón el siguiente informe con detalles asombrosos de lo que había hecho con el cuerpo de Evita:

Tengo el honor de comunicar a esa Comisión que el trabajo que me fue encomendado, en las condiciones establecidas por el convenio fechado el 26 de julio de 1952, ha sido terminado. De acuerdo a la cláusula séptima el cadáver de la Excelentísima Señora Eva Duarte de Perón, impregnado de sustancias solidificables, puede estar permanentemente en contacto del aire, sin más precauciones que las de protegerlo contra los agentes perturbadores mecánicos, químicos o térmicos, tanto artificiales como de origen atmosférico. No fue abierta ninguna cavidad del cuerpo. Conserva, por tanto, todos sus órganos internos, sanos o enfermos, excepto los que le fueran extirpados en vida por actos quirúrgicos. De todos ellos podría

hacerse en cualquier tiempo un análisis microscópico, con técnica adecuada al caso. No le ha sido extirpada ni la menor partícula de piel ni de ningún otro tejido orgánico: todo se hizo sin más mutilación que dos pequeñas incisiones superficiales ahora ocultas por las sustancias de impregnación. Para dar cumplimiento a la cláusula novena del Convenio, ruego a la honorable Comisión que, si lo tiene a bien, solicite el correspondiente dictamen de la junta de profesores en ella mencionada. Los elementales cuidados que en lo sucesivo deben prodigarse son, entre otros obvios, los siguientes: Primero, evitar que en el local donde sea depositado suba la temperatura a más de 25°C. Segundo, mantener fuera de la acción de los rayos solares la vitrina que contiene el cuerpo. Tercero, no permitir que, bajo ningún motivo ni pretexto alguno, sea abierta la vitrina ni tocado el cadáver en ausencia nuestra. A ese fin, me permito proponer que la llave quede en mi poder, si he de continuar la observación de los resultados durante algunos meses o permanentemente, según se acuerde como de mayor conveniencia.

Ara había cobrado por su trabajo cien mil dólares. La momia quedó bajo llave en el segundo piso de la CGT, custodiada por la Guardia de Infantería y el Cuerpo de Bomberos. Con ritual religioso, madre y hermanas de Evita siguieron visitando el lugar y cumpliendo con la ceremonia de rezar y depositar flores en el umbral. El médico quedó como custodio de todo lo que había allí dentro hasta que se terminara el monumento. Realizaba dos visitas diarias, una a la mañana y otra a la tarde. Revisaba cómo estaba todo, controlaba la seguridad, cambiaba el agua de las flores y estudiaba el estado de la momia. Quiso que su obra maestra fuera también artística, y convocó a un escultor catalán amigo para que hiciera un busto que reprodujera el torso de Evita acostado en su lecho mortuario. El artista realizó su trabajo sin tocar el cuerpo santo, modeló la obra en arcilla a escasa distancia de la muerta. Su

instrumento fue la observación persistente.

Mientras el cadáver yacía en el mausoleo improvisado de la CGT, el luto y el dolor continuaban impregnados en la vida cotidiana de los argentinos, en tanto que el gobierno de Perón ingresaba en una pendiente que ni la santa de Evita podría detener. Comenzaban a precipitarse los hechos políticos que acabarían con el derrocamiento de Perón. En medio del ruido de las balas y las bombas de la revolución militar, el médico intuyó que el cadáver de Evita empezaba a estar en peligro, y entonces fue a la CGT, le quitó el escudo peronista de brillantes, rubíes, zafiros, esmeraldas, oro y platino, y lo puso bajo custodia de la embajada de España. Los fantasmas, los rumores, los corrillos y los miedos inconfesables sobre la suerte que tendría el cadáver de Evita, de producirse el golpe antiperonista, no tardaron en instalarse. Se comenzó a decir que en la CGT no estaba el verdadero cuerpo, que en realidad nunca había estado allí, que había sido escondido y hasta reemplazado por una escultura.

Producido el golpe de Estado, el 22 de septiembre de 1955 la CGT había quedado rodeada por las tropas del nuevo gobierno con el argumento de que el presidente de facto, general Eduardo Lonardi, había dado la orden de proteger el lugar para impedir una posible profanación. Le propusieron a Ara que se llevara el cadáver y lo escondiera para evitar una “catástrofe”. Había planes de prenderlo fuego.

Mientras todo ello ocurría, el cuerpo momificado de Evita se iba convirtiendo en el centro de todas las conversaciones, las suspicacias y los planes desopilantes. No tardó en aparecer la morbosa curiosidad de conocer cómo era la momia del peronismo. Dirigentes gremiales colaboracionistas, políticos y militares golpistas pugnaban por ingresar en la capilla ardiente para verla. Quienes podían llegar al lugar se quedaban extasiados por lo que veían, rezaban, felicitaban y hasta abrazaban al momificador, agradeciéndole el milagro que había hecho.

Ara tenía otra preocupación que se sumaba a la incertidumbre del destino del cadáver. El cuerpo todavía estaba vestido de forma muy precaria, sólo cubierto con la bandera argentina y la del Partido Justicialista. Su ropa íntima era la misma que se había usado durante el velatorio. El busto y los brazos estaban tapados por un tul con las mangas descosidas, apenas prendidas con alfileres. El médico creyó que en ese estado de precariedad iba a quedar el cadáver de Evita si, finalmente y como se preveía, los militares se apoderaban del lugar y de ella. Entonces propuso a las hermanas confeccionar una túnica larga que pudiera tapar, incluso, sus pies desnudos, ajustada a la cintura y a la base del cuello, con mangas plegadas y abiertas. Una española llamada Thana de Goiechea, que tenía una boutique en Madrid, se encargó de hacer la nueva mortaja. Luego de un par de días, la modista, un bombero y un soldado se encargaron de manipular el cadáver de Evita para vestirla otra vez.

Tras la “operación mortaja” continuó el desfile de dirigentes gremiales y políticos, militantes y curiosos de toda clase, a pesar de que las fuerzas militares seguían rodeando el edificio de la CGT. Habían pasado dieciséis días desde el golpe y todavía el nuevo gobierno militar no sabía qué hacer con el cuerpo momificado de Evita. Sin anuncio, un día se retiró la custodia de la capilla. Asustado, Ara le dijo al gobierno que el destino del cadáver era un grave problema político y que había que buscarle una solución antes de que se instalara el mal humor popular. El negociador de los militares que tomó contacto con el médico fue Manuel Villada Achával, cuñado del general Lonardi. El gobierno estaba convencido de que el cadáver de Evita no estaba y que lo habían escondido. Verdad o mentira, el hecho es que Villada Achával también cumplió con su ritual morboso, por el cual todo aquel que se encargara del problema de qué hacer con el cuerpo momificado debía de antemano comprobar su existencia, verlo y examinarlo con sus propios ojos. Entonces le pidió a Ara que lo llevara a la CGT para comprobar si lo que allí estaba era el cuerpo muerto de ella.

—Es una obra de arte y es lamentable que, forzosamente, tenga que desaparecer —anticipó Villada lo que luego sería una realidad deplorable.

En esta historia de confusiones y tentaciones, de posibles venganzas contra la muerta más famosa del país, Ara tomó contacto con un personaje que resultó clave en el proceso del robo y la desaparición del cadáver. Era el teniente coronel Carlos Eugenio de Moori Koenig, jefe del Servicio de Inteligencia de la dictadura, que se encargó de terminar con la incertidumbre. Estaba al tanto de todo lo que se había hecho con el cuerpo y reiteradas veces le había dicho a la familia Duarte que se quedara tranquila, que Evita estaría a salvo. En realidad, la familia Duarte, después del golpe, fue perseguida y tuvo que exiliarse en Chile. Antes intentó infructuosamente recuperar el cuerpo con la idea de darle cristiana sepultura. Ya era muy tarde. El cadáver entraba en un sombrío túnel de manipulaciones y vejaciones.

Moori Koenig no había visto a la momia, así que un día fue hasta la CGT para saciar su curiosidad necrómana. Quedó impresionado. Leyó una por una las cintas colgadas de la pared y hasta se animó a decir que el cuerpo no debía ser enterrado sino puesto en un museo como una obra de arte. Ambos, el militar y el embalsamador, acordaron buscar una solución definitiva basada en los siguientes puntos, que pusieron por escrito:

- 1) Recuperar el féretro original.
- 2) Ante testigos calificados, colocar el cadáver en el ataúd con sus recuerdos de homenajes, cerrarlo herméticamente y levantar un acta que certificara lo realizado.
- 3) Conducirlo a un lugar sagrado en depósito provisional o definitivo, con el respeto debido y sin previo aviso.
- 4) Después del traslado del cadáver, dar un comunicado oficial de tono piadoso sobre lo actuado.
- 5) Entregar los efectos personales a la familia Duarte.

- 6) Garantizar el destino del rosario pontificio y del prendedor — aparentemente de piedras preciosas— que había sobre el cuerpo de Eva Perón.

El cadáver de Evita ya se había transformado en un grave problema para los militares. Peor que lo que pudiera hacer Perón desde el exilio en su intento de desestabilizar el gobierno de facto. Se temía que una pueblada en la CGT para defender a la momia pudiera enfrentarse con las fuerzas militares. El mito de “Santa Evita” crecía día a día con las demostraciones que, en la clandestinidad, hacía el pueblo. Seguían rezando por ella. En cada casa humilde su figura había reemplazado, incluso, a la de la Virgen de Luján. La residencia presidencial que había ocupado el matrimonio Perón quedaba todas las noches iluminada en su contorno por la luz que irradiaban los cientos de velas encendidas que se dejaban, recordando que allí había muerto. Tantas fueron esas demostraciones místicas y devotas que los militares, presionados por la fe popular que imaginaban como un poder político irrefrenable, decidieron derribar la casona —de estilo francés y propiedad del Estado— que habían habitado el General y Evita Perón.

Los rumores se multiplicaban, y también las fantasías que crecían al amparo del misterioso destino del cadáver momificado. Sus enemigos no resistían la tentación de ver a esa bella y odiada mujer en su lecho mortuario. El 9 de octubre de 1955, antes de viajar a los Estados Unidos, el director y fundador del diario *Clarín*, Roberto Noble, llegó hasta el lugar para corroborar que el cuerpo existía, que no era una leyenda popular. Anteriormente intentó convencer al doctor Ara de que su obstinación por conservarla había sido un fracaso. La mejor respuesta del médico fue mostrar su obra. Noble quedó shockeado por lo que tenía ante sus ojos. El silencio fue el mejor testigo. Ambos acordaron que el diario no iba a publicar información o foto alguna sobre lo que Noble había presenciado. Se quería evitar que la difusión

provocara movilizaciones peronistas hacia la central obrera.

Las versiones inconfesables sobre la suerte de Evita embalsamada no paraban de circular. Una, por ejemplo, decía que de ella sólo había quedado la cabeza y que no se había podido reconstruir el cuerpo. Otra, que después del velatorio el cadáver se había puesto negro y que hubo que quemarlo y reemplazarlo por una estatua. El propio embalsamador no podía dormir pensando que iba a ser robado o saqueada la cripta y que, como consecuencia de ello, le echarían la culpa de haber inventado una gran mentira nacional. Su preocupación tenía justificativo. Toda la documentación de la enfermedad de Evita había desaparecido. Entonces para cubrirse decidió, sin que lo supiera el gobierno, registrar por su cuenta el trabajo de momificación para que no quedaran dudas de él. Tomó radiografías escalonadas de todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies. Y escribió:

A la vista de los contornos y las sombras de los órganos internos ya no podían decir que el cadáver es artificial. Las respectivas zonas viscerales se ofrecían tan indudables como ante la persecución semiológica. Con notable claridad se apreciaban algunas de las metástasis del cáncer y hasta una metástasis ósea no comprendida en la historia clínica de la paciente, todo ello a tres años largos de fallecimiento de la señora y de haber permanecido al aire la mayor parte de ese tiempo.

Ara consultó a uno de los odontólogos de Evita para que corroborara lo que había aparecido en las placas. El profesional reconoció las operaciones y las reparaciones realizadas en la boca. Se hicieron copias de las radiografías, y pocos días después representantes del gobierno compararon esa información con la que ellos habían obtenido.

Con todas las comprobaciones sobre la mesa, volvía a las mentes de los

militares el dilema de qué hacer con este cadáver que a medida que pasaban los días iba tomando un poder especial. Una delegación oficial planteó directamente su cremación con el argumento de que un clásico entierro cristiano podría dar lugar al fanatismo. No era una sinrazón. Los peronistas tenían una red de información que les permitía conocer los posibles movimientos del cadáver. Obviamente, cada militar, funcionario del gobierno o amigo del poder inventaba cualquier excusa para conocer a la misteriosa momia. Y así desfilaron por la capilla de la CGT los embajadores de Brasil y de Suiza, integrantes del cuerpo diplomático argentino, funcionarios, más militares, amigos de los militares, artistas. Ninguno quería perderse semejante espectáculo: ver el cadáver de esa joven mujer que había tenido en vilo a todo el país con su carisma, belleza y fanatismo. Evita momificada se había convertido en un extraño objeto de deseo morboso.

Intervino en el problema el Ministerio de Salud de la dictadura. ¿Qué pudo haber hecho? Creó una comisión especial que tendría como misión determinar si realmente existía la momia. Se propuso hacer un examen médico y legal, y hasta una autopsia. Sus integrantes decían que no existía documento alguno que certificara que el cadáver había estado allí durante los últimos tres años y que eran demasiadas las versiones y las leyendas acerca de que todo se trataba de una gran maniobra de ocultamiento. ¿Cuál era la única forma de certificar si era ella? Evidente... Había que ir hasta la cámara mortuoria para comprobar que estaba allí. Y así lo hicieron los tres médicos de la comisión, acompañados por el propio embalsamador. Al día siguiente, el turno de visita fue de los integrantes de la comisión que investigaba el gobierno peronista derrocado. Una numerosa comitiva formada por médicos, militares, policías, abogados, ingenieros y más funcionarios del gobierno desfiló frente al cadáver. Los unía un profundo odio a Perón y a Evita y, motivados por ese sentimiento y una necrómana curiosidad, se enfrentaron a esa muerta a la que habían detestado en vida. Allí, para satisfacción de ellos, se la veía bien

muerta y momificada, es decir, reconocible y posiblemente eterna. Enmudecieron. Estuvieron así un largo tiempo sin tocar el cadáver. Observaron una a una las radiografías, una forma de conocer las entrañas de Evita, sus órganos conservados y hasta sus zonas íntimas, que se podían observar intactas a simple vista.

Mientras se desarrollaban las procesiones al santuario peronista, los días del gobierno del general Lonardi entraban en tiempo de descuento. Una contrarrevolución, impulsada desde los sectores más antiperonistas del Ejército y la Marina, se disponía a tomar el poder, y el lugar donde estaba el cuerpo de “la Perona” era uno de sus objetivos estratégicos. El 4 de noviembre de 1955, el teniente coronel Manuel Raimundes asumió el control de la CGT. ¿Qué fue lo primero que hizo? Apoderarse del cadáver de Evita. Prohibió el acceso a toda persona que no fuera llevada por él mismo, incluso al propio embalsamador. El médico ya percibía que sus días junto a su obra más trascendente estaban contados. Antes de que esta historia llegara a su fin, Ara tampoco resistió la tentación de mostrarles a su mujer e hijas la obra de arte que había hecho con un cuerpo humano muerto.

Esa muerta es mía

A los pocos días se produjo el golpe contra Lonardi y asumió un nuevo gobierno encabezado por el general Pedro Eugenio Aramburu, quien sería más tarde otra víctima de la necromanía argentina. El antiperonismo más furioso se puso en marcha, y el cadáver de Evita fue una de sus metas más imperiosas. En la madrugada del 17 de noviembre, un comando de marinos entró por la fuerza en la CGT, derribó el pedestal y el busto de Evita, y se dirigió hasta el segundo piso, sacó a punta de pistola a quienes estaban allí y abrió a empujones la puerta de la capilla. Los marinos estuvieron un largo rato frente al cuerpo embalsamado, tomaron fotografías y terminaron el acto de

copamiento del lugar orinándolo sin pudor. El sitio había perdido la relativa paz de los últimos años. La puerta estaba forzada, las banderas que cubrían el cuerpo quedaron revueltas y las ropas del cadáver fueron desordenadas deliberadamente. Ante la inminencia del traslado del cuerpo, los empleados de la central obrera y hasta los nuevos custodios militares del edificio pidieron ver el cadáver por última vez. Fue a la una de la madrugada del 24 de noviembre cuando más de veinte personas ingresaron en el lugar, montando una especie de nuevo velatorio. Permanecieron en silencio. En presencia de Moori Koenig, el médico alzó el cadáver de Evita con dos personas más. Lo tomaron por los hombros y los tobillos y lo pusieron en el pesado sarcófago original que había sido rescatado de la funeraria Lázaro Costa. Lo llevaron al garaje y lo cargaron en un camión militar. Desde ese momento desapareció, e innumerables versiones corrieron tras el misterio de su destino. Se volvió a hablar de que había sido quemado, arrojado al mar o enviado al extranjero para dárselo a su familia. La reconstrucción histórica estableció que, tras ser retirado de la CGT, el camión militar que llevaba el cuerpo pasó la noche estacionado en una calle cercana a la cancha de River. Después estuvo tres días dando vueltas por Buenos Aires con un letrero que decía “equipos de radio”. Más tarde fue transportado al cuarto piso del cuartel general del Servicio de Inteligencia del Ejército, ubicado en la esquina de Callao y Viamonte. Allí estuvo un mes. En cada estación de su peregrinación, misteriosamente aparecían velas encendidas y flores. Nunca pudieron encontrar a quienes las ponían. Los militares sentían que eso era una especie de castigo divino por manipular la muerte. Un extraño miedo persecutorio fue en aumento. En enero de 1956, el féretro con la momia dentro peregrinó por media docena de depósitos y despachos oficiales, y terminó escondido en el elegante departamento del mayor Eduardo Arandía, ayudante de Moori Koenig. Allí empezó lo que se conoció luego como la maldición de Evita, una serie de hechos trágicos y tenebrosos que golpearon a quienes manosearon su

cadáver. Para el caso, una noche Arandía —ganado por el miedo, dormía con una pistola debajo de la almohada por si algún grupo peronista asaltaba su casa para rescatar a Evita— oyó pasos y se sobresaltó. Cuando la puerta se abrió y vio una sombra que se acercaba, disparó dos veces. Su esposa Elvira Herrero, embarazada de dos meses, cayó muerta sobre la alfombra. Otra versión indicó que Arandía tenía el féretro de Evita en la buhardilla de su casa bajo llave y que nadie lo sabía. Al escuchar ruidos fue hasta allí y disparó a ciegas matando a su esposa. Cuando la Justicia lo interrogó por lo que había sucedido, dijo que al dispararle a su mujer vio que tiraba contra un fantasma con el rostro de Eva Perón.

Finalmente, en junio de 1956, Aramburu ordenó echar a Moori Koenig, que quedó bajo arresto en Comodoro Rivadavia. Se dijo con insistencia que el militar había enloquecido, que se había enamorado de Evita, que la manoseaba y se la mostraba a sus visitantes, y hasta que había tenido relaciones con el cadáver.

La momia ya era un fantasma errante que perseguía la conciencia de todos los que la escondían. Se decidió que había que hacerla desaparecer definitivamente. Y con ese fin se montó un operativo para sacarla del país y llevarla a Europa. Se armaron varios féretros idénticos con piedras en su interior para despistar a quienes, hipotéticamente, intentaran seguir el destino final del cadáver. Incluso, para distraer a los supuestos perseguidores, algunos de esos ataúdes habrían sido sepultados como si fueran el original.

En abril de 1957 el féretro con el cadáver de Evita, relleno de polvo de ladrillo para que pesara más, fue embarcado en la nave *Conte Biancamano* con destino a Génova, y de allí lo llevaron al cementerio Musocco de Milán, donde Evita fue enterrada en la parcela 86 con el nombre falso de María Maggi de Magistris, una mujer que, supuestamente, había fallecido en Rosario. En Milán, entonces, estuvo escondido el cuerpo durante quince años. Unos pocos conocían el lugar exacto donde estaba enterrado. El misterio del

cadáver de Evita terminó por santificarla y transformarla en una bandera de lucha política con rituales necrómanos incluidos. La suerte de la enigmática momia pasó a ser parte de los grandes misterios argentinos y también un tema inevitable de la agenda política del país. En los años sesenta, el entonces presidente Arturo Frondizi se animó a decir públicamente que el cadáver estaba en Italia, que las autoridades del Vaticano sabían qué había ocurrido y que la operación había contado con la colaboración de la Orden de Franciscanos de Roma. Incluso se especuló con que había hablado sobre el tema con el papa Juan XXIII el día en que lo vio en Roma. Cuando los montoneros secuestraron a Aramburu el 29 de mayo de 1970, lo primero que le preguntaron fue dónde estaba el cadáver. “Evita está en Italia, pero no sé dónde, y si lo supiera no se los diría.” El coronel Héctor Cabanillas, que había reemplazado a Moori Koenig al frente de la SIDE y conocía el secreto de dónde estaba el cadáver, intentó una operación para devolverlo a cambio de la liberación de Aramburu, pero llegó tarde. Ya lo habían asesinado.

Con los años, Evita momificada y desaparecida se convirtió en un símbolo místico de la resistencia peronista y en estandarte de las luchas políticas de los sectores populares del país. Una izquierda en ascenso tomó como símbolo político la injusticia del régimen militar para con el cadáver de Evita. Y la ortodoxia peronista se indignaba al ver cómo las nuevas generaciones reinterpretaban su figura histórica. Se trataba de la antesala de un enfrentamiento ideológico que traería más muerte.

Una primera aproximación sobre la suerte del cuerpo desaparecido se tuvo a través de la literatura. En 1965, el periodista y escritor Rodolfo Walsh escribió un cuento que llamó “Esa mujer”, basado en un diálogo privado mantenido con “un militar de apellido alemán” que había sido una pieza clave en el secuestro del cadáver. Más tarde se supo que había sido el coronel Moori Koenig. Ni el militar ni Evita son nombrados en el relato, pero queda claro que éste trata sobre qué hicieron los militares con el cadáver de Evita.

La charla fue ambientada en el departamento del militar. Mientras éste buscaba unos papeles, Walsh se sinceró y escribió: “Yo busco una muerta”.

Lo que contó el “militar alemán” —gracias a la confianza generada en ese momento y a unas copas de whisky— confirmó muchas de las horribles versiones que habían circulado. Por ejemplo, que se propuso tirar el cadáver al río, arrojarlo desde un avión, quemarlo, diluirlo en ácido y hasta hacerlo desaparecer por el inodoro. “Este país está cubierto de basura... pero estamos todos hasta el cogote”, puso el escritor en boca del entrevistado. En otra parte del cuento, el militar dice que orinaron el cadáver, que Evita estaba desnuda en el ataúd y que parecía una virgen. “La piel se le había vuelto transparente. Se veía la metástasis del cáncer. Como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada.” Y refiriéndose supuestamente al embalsamador, le contó a Walsh que “se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire (el coronel se mira los nudillos), que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni a la muerte”.

En otro fragmento del relato, Walsh describe en qué estado habían encontrado a Evita cuando entraron en la CGT. Eran cuatro o cinco personas que no se querían mirar. “Pero esa mujer estaba desnuda. Tuve que taponarle el monte de Venus, le puse una mortaja y un cinturón franciscano”, le dijo el coronel a Walsh, y más adelante le contó que tuvo que pedir ayuda a unos obreros para cambiarla de ataúd y que, al ver a Evita muerta y desnuda, uno de ellos se desmayó. “Para ellos era una diosa. Le dije: ‘Maricón, ¿esto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina?’.”

Moori Koenig le explicó que le cortaron la yema de un dedo con el fin de identificarla y que, después de hidratarlo para sacar las huellas digitales, se lo volvieron a pegar. “La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiéndola, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tapé con una lona, estaba en mi despacho sobre

un armario, muy alto. Cuando repreguntaban qué era eso que tenía allí, les decía que era el transmisor de Córdoba, la Voz de la Libertad.”

Escribió Walsh que el coronel, cuando explicaba cómo estaba el ataúd en su despacho, en un momento gritó desafortadamente: “¡Está parada! ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!”. Moori Koenig se negó a decir dónde la habían ocultado. Walsh le propuso en el cuento que si le revelaba el misterio se transformaría en una estrella mundial y hasta quedaría bien parado ante la historia. Pero era evidente que el militar ya estaba poseído por su obsesión con la muerta: “Es mía, esa mujer es mía”, decía.

Veinticuatro años después otro periodista, Tomás Eloy Martínez, consiguió tener tres largas conversaciones con el coronel Héctor Cabanillas, quien le contó con lujo de detalles su actuación en el ocultamiento y la entrega del cadáver a Perón. Esa información fue el eje sobre el cual escribió *Santa Evita*, en la que reconstruyó en forma de novela el periplo del cadáver, inventando situaciones que potenciaron aun más la increíble historia. Por siempre, y hasta su muerte en 1998, Cabanillas no le perdonó a Tomás Eloy Martínez haber logrado un éxito editorial, con millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, por medio de una libre interpretación personal de los hechos históricos que él le había contado y documentado. Lo cierto es que en su novela el escritor no hizo más que realizar una inestimable contribución a la historia necrómana argentina.

También se reconoce esta cultura literaria en el cuento “Evita vive” del escritor Néstor Perlongher, fallecido en 1982. El texto había sido escrito en 1975, y se lo considera uno de los más blasfemos. Toma como personaje a Evita muerta y la hace regresar a la Tierra para ser una prostituta fiestera y drogadicta. En la primera parte, el autor escribió que la conoció en la pieza de un negro africano con quien él era pareja, y Evita resucitada le estaba practicando sexo oral. “Soy tan puta, pero de él no voy a hablar hoy, lo único que diré es que el negro ese día estaba tan gozoso que me hizo gritar como una

puerca”, escribió. En la segunda parte, Evita asistía a una reunión de droga y sexo hasta que llegó la policía para detenerlos. En ese momento ella se interpuso: “No, que oigan —dijo la yegua—, ahora me querés meter en cana cuando hace 22 años, sí, o 23, yo misma te llevé la bicicleta a tu casa para el pibe, y vos eras el pobre conscripto de la cana, pelotudo”, y después Evita comenzó a practicarle sexo oral. “Ahora debo irme, debo volver al cielo.” Y en el último texto Perlongher recreó una fiesta sexual en la que ella participaba. “En la pieza había un olor a muerta que no me gustó nada. Cuando se descuidó abrí un estuche y le afané un collar. Para mí que el puto de Francis se dio cuenta, pero no dijo nada. Cuando me lo terminé de garchar me dijo, con la boca chorreando de leche: ‘Todos los machos del país te envidiarían, chiquito, te acabás de coger a Eva’.” Como era de esperar, la publicación del cuento completo desató una polémica fenomenal en torno de la muerta. Eran tiempos en que el peronismo volvía al poder con sus figuras míticas desde el marketing político. Perlongher se había metido insolentemente con la figura más santificada. Había escrito un cuento maldito. Y la muerte fue la materia prima elegida.

De gira por Europa

Volviendo a los acontecimientos históricos, a fines de los sesenta el secreto de dónde había sido escondido el cadáver de Evita no podía durar mucho tiempo más. Presionado por la situación política, en 1971 el presidente de facto, el teniente general Alejandro Agustín Lanusse, llegó a un pacto político con Perón, quien todavía permanecía en el exilio. Ese pacto permitió descomprimir el clima violento que vivía el país y quitar presión al gobierno militar. Y como concesión le devolverían el cadáver de su esposa. Así se hizo. El 2 de septiembre de 1971, un hombre que se presentó como Carlos Maggi exhumó el cajón de su “hermana” para sacarlo de Italia. En realidad era el

famoso coronel Héctor Cabanillas. El militar había llegado a Milán el 3 de agosto, seguido poco después por su hombre de confianza, el suboficial mayor Manuel Sorolla, quien tenía la autorización consular para exhumar el cuerpo. Sorolla había sido quien preparó, por orden de Cabanillas, el fallido atentado contra Perón en Caracas, en el que hizo estallar su auto.

Cuando ambos llegaron al cementerio de Milán se enteraron de que decenas de tumbas habían sido profanadas. Temieron lo peor. Al abrir la tapa del ataúd, una nube de polvo rojo aletargó la ansiedad por saber si allí estaba Evita. Sí, era ella. Los obreros del cementerio que colaboraban con la operación se arrodillaron y comenzaron a rezar el avemaría, al tiempo que gritaban: *Miracolo! Miracolo!* Claro, ellos veían a un muerto intacto después de veinte años de su entierro sin saber que se trataba de una momia. Otros salieron corriendo. En el lugar, una monja desnudó el cadáver y lo limpió. Nuevamente sus zonas más impúdicas quedaron al descubierto. Sorprendió a los presentes que su cuerpo fuera tan chico, casi como una muñeca, comentaron. Le desenredaron el pelo, le quitaron unos broches oxidados y la volvieron a peinar. Había que devolverla a Perón en buen estado a pesar de los años pasados. Finalmente, la pusieron en un nuevo féretro y estuvo unos días en el depósito del cementerio, adonde acudían unas monjas para rezarle.

A la operación de entrega del cuerpo de Evita se la llamó “Valija”, y la consigna era que el embajador argentino en España, Jorge Rojas Silveyra, lo esperaría en la frontera con Francia para llevárselo a Perón.

El coche fúnebre pasó una noche en un garaje de Perpignan, Francia, hasta que al otro día pudo cruzar la frontera con España. Ya el jueves 2 de septiembre Perón y Franco sabían que Eva estaba en viaje. El féretro llegó a Madrid en una camioneta con la inscripción “Chocolates”. Cabanillas contó al final de su vida que se habían dado cuenta de que el cuerpo sería entregado precisamente a las 20:25, la hora en que murió Evita y pasó a la inmortalidad para el peronismo. Con el fin de evitar ese simbolismo mágico, ordenó

retrasar la entrega, y fue así como el cadáver entró en la casa madrileña de Puerta de Hierro a las nueve menos cuarto. Era el viernes 3 de septiembre de 1971. Bajaron de un Jeep un cajón negro y lo dejaron en el jardín de la casa. Perón, de setenta y cuatro años, lo abrió para constatar que dentro estaba realmente el cuerpo de su mujer. Fuera de sí, forzó la caja metálica y sin darse cuenta se cortó la mano y comenzó a sangrar, pero siguió manipulando el metal como si nada le hubiera ocurrido. Verla de nuevo le produjo un shock emocional y psíquico que, para algunos médicos, le significó la muerte de células cerebrales. Cuando la vio otra vez, el anciano militar no aguantó y lloró. Puso el féretro sobre una mesa que estaba al fondo de un largo salón de la casa. Allí el doctor Ara, que entonces vivía en España, reconoció que ese cuerpo era el de Evita. El informe del doctor Isidoro Ventura Mayoral indicó que el cadáver

[...] presentaba un corte que seccionaba parcialmente el cuello del tronco del cuerpo, hundimiento y fractura del tabique nasal, una cicatriz que iba de la mejilla al pómulo izquierdo abriendo un colgajo de carne, cuatro cortes en ambos senos de 16 milímetros cada, otro en el brazo izquierdo a la altura del húmero, fractura de ambas piernas producida por presión o por un cuerpo pesado colocado sobre ellas, y los dedos de los pies aplastados y encimados. Los daños que se habían producido en el cadáver no habían dañado la momificación a pesar de que los líquidos utilizados por Ara se habían desplazado hacia los miembros inferiores por las posiciones verticales en las que había estado. Por suerte no estaba en proceso de descomposición amoniacal, lo que hubiese provocado daños irreparables.

Isabel Perón la lavó y la peinó. Las hermanas de Evita hicieron una nueva mortaja para cubrirla. Reacondicionado, el cuerpo momificado quedó

guardado por tres años en uno de los ambientes de la casa hasta que en noviembre de 1974 fue repatriado a la Argentina. Un rumor que se instaló con la fuerza de la verdad relató que, antes del regreso definitivo de Perón al país, López Rega practicaba pases mágicos y espiritistas sobre el cadáver para pasar el alma de Evita a Isabelita, con la disparatada idea de que así la energía y la historia de la abanderada de los humildes continuaría en el diminuto cuerpo de la última esposa del líder. Un verdadero delirio místico propio de un miserable.

Canjeando muertos

Una vez muerto Perón en 1974, Isabel asumió la presidencia del país y se puso al frente de un gobierno que comenzaba a transitar el principio del fin de su agonía. El reclamo por el regreso del cuerpo de Evita ocupó el centro de la lucha política entre los militantes de la Juventud Peronista, para quienes era el símbolo de la revolución, y un gobierno dominado por la derecha del movimiento que se creía el custodio de la identidad partidaria y la eternidad de Evita. Como las promesas de repatriarla para exhibirla ante el pueblo no se cumplían, se instaló la sospecha de que, en realidad, se trataba de una maniobra política para no hacerlo. Fue entonces cuando los montoneros alimentaron aun más la necromanía criolla con una macabra extorsión para forzar y garantizar el regreso del cadáver. En un operativo comando robaron del cementerio de la Recoleta el féretro de Aramburu, catalogado como máximo responsable político de la desaparición de Evita. Lo sacaron de la bóveda por una abertura lateral y lo llevaron a una casa de Capital Federal. Allí los guerrilleros urbanos habían acondicionado especialmente un cuarto para que el féretro tuviera custodia todo el tiempo. Según la organización, había que vengar en el militar lo que éste había hecho con el cadáver de Evita. Es decir, usar la muerte como instrumento político.

El objetivo de Montoneros había sido presionar a Isabel y a López Rega para que trajeran el cadáver de Evita de España. Se proponía así un bochornoso canje de cadáveres que, de hecho, estaban secuestrados y escondidos. Si regresaba al país “la compañera Evita”, devolverían al “dictador Aramburu”. Y así fue. Horas antes de que aterrizara en el aeropuerto de Ezeiza el avión con la momia, el grupo guerrillero abandonó en la calle Salguero, a escasos metros de la avenida Las Heras, el féretro con Aramburu en una camioneta Ford Ranchera blanca. Sucedió por la mañana muy temprano. Primero aparecieron los periodistas, después llegó la policía y, finalmente, empezaron a llegar los curiosos de siempre. Se temía que hubiera una bomba. Con un cortaplumas, un oficial de civil rasgó la lona que cubría el sucio ataúd. “Es el cajón de Aramburu”, dijo un uniformado. Y lo cargaron en una ambulancia para llevarlo a la morgue, donde quedó al descubierto para la curiosidad de los testigos. Esa misma tarde fue devuelto a su mausoleo en la Recoleta.

El operativo de repatriación del cadáver de Evita desde España se realizó en el más absoluto de los secretos. Se creía, y con fundamento, que el cadáver podía ser secuestrado otra vez y utilizado políticamente. Fue así que el sábado 16 de noviembre a las siete de la tarde el canciller español entregó a López Rega y al embajador argentino en Madrid, José Campano, el texto que formalizaba la ceremonia y el permiso de salida del cadáver del país. El avión de Aerolíneas Argentinas despegó del aeropuerto de Barajas hacia la Argentina llevando el testimonio de uno de los grandes misterios del siglo XX. Todos detrás del muerto. Era el acontecimiento político más esperado y deseado. Un nuevo velatorio para las generaciones que no habían podido verlo en 1952. “En estos momentos vienen en viaje de retorno a su patria los sagrados restos mortales de la señora María Eva Duarte de Perón, jefa espiritual de la Nación”, anunció a las nueve de la noche en cadena nacional la presidenta de la Nación. La CGT ya había declarado un paro nacional de

veinticuatro horas para ese domingo, que llamó “Día del Recogimiento Nacional”, al tiempo que las distintas organizaciones y agrupaciones peronistas se movilizaban para rendirle homenaje a su paso.

A las seis de la mañana el avión tocó suelo argentino, y el ataúd con el cadáver de Evita volvía así al país tras diecinueve años de manoseos y exilio forzado. Llegó a la base aérea de Morón, donde un Fokker TC-76 de la Fuerza Aérea lo llevaría, cuatro horas después, a la zona militar del Aeroparque. El día era soleado, apacible y primaveral; contrastaba con la jornada de recogimiento. El ataúd, cubierto con la bandera argentina cruzada por una banda negra, fue colocado en la parte trasera de un auto fúnebre portacoronas, un Rambler 660 Classic negro, que se ubicó frente al palco oficial, donde aguardaban la presidenta Isabel Perón, de impecable trajecito claro, junto a Erminda y Blanca, las hermanas de Evita, que pusieron flores sobre el féretro, y los ministros del gabinete nacional. Sobre la Costanera, la gente se agolpaba en silencio para presenciar la partida del cortejo fúnebre hacia la Quinta Presidencial de Olivos. Una vez realizado el responso, el ataúd, fuertemente custodiado y rodeado de matones armados que respondían a López Rega, fue sacado con lentitud de Aeroparque. Una caravana de autos emprendió el camino. Motocicletas de la Policía Federal con uniformados de gala custodiaron el cortejo. La gente, que había esperado muchas horas, vio pasar rápidamente el auto con el ataúd de Evita. Nacionalismo y necromanía. “Argentina, Argentina...”, “Perón y Evita viven”, “Se siente, se siente, Evita está presente”, gritaban. Desde los balcones agitaban banderas argentinas al paso del auto; hubo desmayos, y en las calles y avenidas se formaron alfombras multicolores por la cantidad de flores arrojadas. Miles de personas se concentraban en la calle con banderas, fotos, letreros de bienvenida. “Su memoria eternamente venerada es la síntesis de un pueblo que transita su camino victorioso hacia la revolución en paz”, expresó la CGT. Y las 62 Organizaciones gremiales peronistas afirmaron en un comunicado que “hoy es

un día de gloria para la argentinidad porque los restos sagrados de Evita vuelven al suelo patrio, del que fue arrancado por las tiranías apátridas”.

Tras dieciocho minutos de viaje, el cuerpo embalsamado ingresó en la Quinta por la puerta 5 de la calle Malaver. Eran las 10:45. Se dirigió directamente a la capilla de Nuestra Señora de Luján para unirse con los restos mortales del general Perón. Una hora después, miles de personas todavía permanecían en las adyacencias del lugar, esperaban el milagro de ver a Evita aunque más no fuera un instante. La necromanía argentina recobraba su formidable esplendor.

Para la restauración de la momia Evita se convocó al tanatólogo Domingo Tellechea, quien constató los daños que tenía el cadáver: “Una profunda incisión en el cuello donde había insectos y microorganismos, el tabique nasal estaba destrozado, una oreja dañada, había deterioro en los brazos y en las rodillas, y le faltaba una falange en la mano derecha y el dedo medio de un pie”. De las presuntas quemaduras que tenía en una muñeca dijo que, en realidad, eran las marcas del rosario que entró en descomposición. El especialista aseguró que “esos daños no se produjeron por el movimiento del cuerpo, sino por haberse ejercido mucha fuerza en su contra. Un cadáver momificado es resistente como la madera”.

Y debía resistir aun más, ya que el proyecto oficial era crear un monumento gigante para exhibirla junto a su esposo muerto. “Descansará provisoriamente al lado del general Perón hasta tanto se dé cumplimiento a lo dispuesto por la ley del Altar de la Patria”, había expresado Isabelita. Ése era un proyecto faraónico impulsado por López Rega: construir un gigantesco mausoleo para guardar los restos mortales de los grandes próceres y héroes de la historia del país, empezando, obviamente, por Perón y Evita. No era muy original. En realidad se encuentra un antecedente más remoto en la creación del Museo Histórico Nacional. Éste nació como una “propuesta política y cultural con el objetivo de crear un sentimiento patriótico para las futuras generaciones de

pertenencia a un nuevo país”. De esta manera, el museo fue concebido como el “Panteón de la Patria” donde se pensaba resguardar y venerar las reliquias de los próceres de la Revolución de Mayo y de las guerras de la independencia. Sin pensarlo, Lopecito pareció recrear aquella idea que, de concretarse, habría producido una insólita mudanza de muertos: caravanas de ataúdes sacados de bóvedas y criptas de cementerios de todo el país convergiendo en este centro energético nacional donde estarían los cadáveres momificados de Evita y Perón, junto a San Martín, Rosas, Yrigoyen, Quiroga y quizá Gardel. Y, aunque no lo dijera, habrá imaginado para sí mismo un espacio entre los grandes muertos nacionales.

En aquellos años 74 y 75, quien transitaba por la avenida Figueroa Alcorta —antes de la Facultad de Derecho— se topaba con un enorme y entusiasta cartel de la Secretaría de Vivienda y Urbanismo que anunciaba la construcción de ese supercementerio nacional con forma de monumento y mausoleo al mismo tiempo. Pero los trabajos tuvieron muchos problemas, hasta que se paralizaron. Bajo tierra había una gran cantidad de cables de alta y media tensión, de teléfonos, viejas colectoras cloacales y la base de hormigón del primitivo Monumento a Eva Perón que nunca se hizo. Después del golpe de 1976, el proyecto se anuló, se extendió la avenida y parte del espacio de ese parque se usó para construir el nuevo Canal 7, que se llamaría Argentina Televisora Color (ATC). En los últimos estertores de la dictadura, la necromanía volvió al mismo lugar bajo el proyecto de construir un monumento a los caídos en la Guerra de las Malvinas. Finalmente, sólo germinó una llamativa y gigante flor de metal plateado que se abre todas las mañanas, cada vez que sale el sol, y se cierra con la luna.

Como quedó dicho, el regreso del cadáver de Evita al país fue un segundo velatorio público transmitido en vivo por cadena nacional. La prensa gráfica desplegó al día siguiente una gran cobertura del acontecimiento y, de paso, volvió a publicar las imágenes de aquella Evita moribunda, de Evita muerta y

de Evita momificada.

El extenso calvario que padeció el cadáver cerró su etapa en 1976 cuando la dictadura del general Jorge Videla decidió retirarlo de la Quinta de Olivos y llevarlo a la bóveda de la familia Duarte en la Recoleta, en el otro extremo del cementerio donde yace el cuerpo de Aramburu. Esta vez, los militares habían aprendido la lección de lo riesgoso que era volver a esconder su cuerpo, maltratarlo o manipularlo, hacerlo desaparecer o intentar destruirlo. El operativo de traslado se hizo con estrictas medidas de seguridad. Para acondicionar la bóveda se convocó a Luis Pedro Montesano, que la había construido en los años cincuenta. Se la refaccionó y se adoptaron medidas especiales de máxima seguridad. A más de cuatro metros de profundidad se construyó un nicho en la pared para ubicar el féretro. Por la claraboya del techo, y con la ayuda de una roldana, se bajaron hasta el segundo subsuelo tres placas de acero de ocho milímetros que, como una caja fuerte, contendrían el féretro debajo del altar. Las placas se soldaron en el mismo lugar y, una vez introducido el ataúd, se cerró el frente con llaves de combinación especial. Fue una ceremonia de la que participaron muy pocos. Antes de cerrar para siempre (¿siempre?) el féretro con el cadáver momificado de Evita, sus hermanas la peinaron con nostalgia, acomodaron su mortaja con paciencia y, para terminar, dejaron que los obreros del cementerio que habían preparado el lugar pudieran verla como una santa inmaculada. Para ellos, que habían vivido aquellos años gloriosos de la Evita amada por los más humildes del país, fue un impacto que nunca olvidarían.

Desde ese momento miles y miles de personas de todo el mundo se acercan a la Recoleta para estar cerca de ella. Todos los años, el peronismo recuerda el día y la hora en que murió. Cada 26 de julio, las antorchas se vuelven a encender para recordar su “paso a la inmortalidad”, y los manifestantes recorren las calles de la ciudad reeditando un duelo permanente que alimenta la cultura necrómana. La historia del periplo del cadáver de Evita inspiró,

incluso, al dramaturgo venezolano Gustavo Ott, que estrenó en 2009 una obra musical en el teatro Gala de Washington con el nombre *Momia en el closet*. Según el autor, hay muchos musicales sobre Evita viva y por eso “decidimos utilizar la historia de su muerte, el periplo de su cadáver y su entierro con la idea de que se estrene en Caracas y Buenos Aires”.

Perón y Evita fueron vidas paralelas que juntas se potenciaron y marcaron a fuego la historia argentina. Los dos nacieron y se criaron en medio de necesidades. Los dos ambicionaron ser alguien en la vida. Los dos se amaron y lucharon juntos. Los dos funcionaron como una sociedad política imbatible. Sus dos muertes envolvieron al país en el dolor público más profundo que se recuerde, con funerales irrepetibles. Y como castigo, sus dos cuerpos fueron profanados sin piedad alguna.

El turno del General

Desde los años cincuenta hasta el presente, el apellido Perón parece haberse enredado en los destinos fatales de la muerte y de la cultura necrómata de los argentinos. Luego de ser asesinado el gaucho Juan Moreira, su cuerpo fue exhumado y desde entonces se dijo que su cabeza fue guardada en la casa de campo del padre del General y que, siendo niño, Juan Domingo jugaba con ella. Hoy, el cráneo se exhibe en el Museo Perón de la ciudad de Lobos.

Otro cráneo ligado a Perón tuvo una suerte similar. César Fernández Albariño, conocido como el Capitán Gandhi, era miembro del aparato represivo de la Revolución Libertadora. Un día apareció en el panteón de la familia Duarte, hizo abrir el ataúd de Juan Duarte por un especialista que perforó la envoltura de plomo y él mismo, con un cortafierro y un martillo, seccionó la cabeza del hermano de Evita, la envolvió en un papel de diario y se la llevó a su despacho con la excusa de hacer una pericia balística. A quien quisiera verlo, el propio Capitán Gandhi le mostraba el agujero de bala que

tenía el cráneo para demostrar que había sido asesinato y no suicidio. Un antiguo amigo de Juancito, de apellido Müller, dijo que cuando el peluquero de Junín fue a declarar en la investigación de su muerte confirmó que había visto la calavera en el escritorio del Capitán Gandhi y que solía pasearse con ella bajo el brazo por su despacho. Antonio Cafiero recordó, años más tarde, una versión según la cual después del golpe de Estado de 1955 varios amigos de Duarte que estaban presos fueron llevados a los despachos oficiales para mostrarles el cadáver. Fue por esto que la madre de Evita y Juancito hizo gestiones ante el papa Juan XXIII para que intercediera por los casos de las profanaciones que habían sufrido los cadáveres de sus hijos.

Otro pariente de Perón fue alcanzado por las prácticas necrómanas. En junio de 1996, cuando se reabría la investigación por el robo de sus manos, fue violentada la tumba de Agustín Perón, primo hermano de Juan Domingo, que había muerto el 26 de junio de 1971. Una noche entraron en el cementerio chaqueño de General Vedia, rompieron el ataúd, desparramaron las maderas por todas partes y lo mismo hicieron con la ropa del finado. Del esqueleto no quedó nada. Desapareció. Nunca más se supo de él.

La muerte del general Perón ocurrida el 1º de julio de 1974 volvió a transformar a la Argentina en una gigantesca casa mortuoria. Su cuerpo estaba aún tibio cuando los distintos grupos internos del peronismo ya se habían lanzado a ocupar los espacios del poder que había dejado el líder, al tiempo que el antiperonismo y los militares golpistas también se atrincheraban formando un círculo enfermo de violencia y más muerte.

Colas infinitas de gente compungida, llena de dolor, que aguardó horas la oportunidad de pasar junto a su féretro y, si era posible, tocar al muerto vestido con el uniforme de teniente general, la banda presidencial cruzada en su pecho, un rosario entre sus manos y un anillo en su dedo anular. Pero el

cadáver de Perón fue también manipulado desde el mismo instante de su exhalación. A pesar de su deseo de no ser embalsamado como Evita, se vio sometido a un tratamiento especial de conservación para que no se pudriera durante los días del funeral. Se le inyectaron más de tres litros de formol en el sistema venoso antes de exponerlo al público en el Congreso.

Terminada la ceremonia fúnebre, la cultura necrómana consumó el matrimonio *post mortem*: unió los féretros de Perón y Evita para que el velatorio continuase. Así como Evita fue llevada a la bóveda familiar de la Recoleta, la dictadura militar de 1976 hizo lo propio con el cadáver de Perón y lo depositó en la bóveda familiar, pero de la Chacarita. En el segundo subsuelo se hizo un nicho en la pared y a diferencia de Evita, para quien se hizo un altar recubierto con láminas de acero, el de Perón fue cerrado con un vidrio blindado del tipo Blindex con seis llaves Trabex combinadas, es decir, se abrían y cerraban de forma alternada y en cruz. El féretro quedaba a la vista con la bandera argentina que lo cubría, y sobre la tapa, el sable y la gorra militar.

Como si fuera un destino maldito, el cuerpo de Perón tampoco tuvo paz y fue profanado como el de su esposa. Ocurrió el mismo día de su fallecimiento, pero de 1987. La sociedad quedó shockeada cuando se enteró de que habían violado su cadáver y robado sus manos. Con precisos bisturís y sierras habían cortado prolijamente sus extremidades luego de violentar la bóveda, el nicho con el Blindex y el féretro. Hasta ese momento, el cuerpo del ex presidente se había mantenido intacto. La profanación tuvo lugar en un escenario reducido a dos manzanas de la Chacarita. Cuarenta pasos separan la bóveda de los Perón de las oficinas donde funciona la administración del cementerio, del acceso principal por donde transitan miles de personas todos los días, y donde trabajan los cuidadores de bóvedas y nichos. En la operación participaron no menos de cinco personas que debieron estar trabajando por varios días. Los profanadores entraron por la claraboya del techo de la bóveda y bajaron a su

interior con una escalerilla de hierro portátil. Los vidrios del techo estaban rotos. Floreros, candelabros y ornamentos, desparramados por todas partes. Tres urnas estaban colocadas sobre una estantería al lado de la escalera; las viejas fotos familiares y las distintas placas recordatorias aparentemente no habían sido tocadas.

Todo se calculó con una absoluta frialdad. Los profanadores tenían un juego de las llaves del Blindex y con ellas pudieron sacar del nicho el ataúd presidencial, cortar con total precisión las manos de Perón y después armar un escenario para despistar la posterior investigación judicial. Hicieron un agujero de 25 centímetros con sus bordes oscuros que, a primera vista, parecían haber sido marcados con fuego. Escondieron la bandera nacional de ceremonia y se llevaron la gorra y el sable. También un poema manuscrito de Isabel Perón.

Policías, familiares y el juez entraron en la bóveda para comprobar qué había sucedido. Sólo se oía de fondo el ruido de los grupos electrógenos que contrastaban con el silencio penetrante del lugar. Se quitó el Blindex con las llaves que estaban en la Escribanía General de la Nación y se sacó el féretro, que debió ser apoyado en dos caballetes. Se abrió la tapa y se constató que el cajón de metal de su interior estaba abierto en la zona de la cerradura como si fuera una lata de sardinas. Cuando el cuerpo de Perón quedó al descubierto, sobresalían a primera vista sus muñones. Se trataba de la confirmación de que no estaban las manos. Las muñecas de Perón eran el punto extremo de sus brazos; el polvillo de los huesos serruchados había quedado entre el cuerpo y la pared interna del ataúd. El brazo izquierdo estaba cortado en el límite inferior de su muñeca, mientras que al derecho lo habían seccionado en la parte superior. La cara y el cuerpo de Perón se veían increíblemente inalterados, estaban como momificados. La piel tenía un color marrón verdoso, el pelo negro pegado al cráneo, su característica nariz aguileña. Dentro del ataúd aparecieron la gorra y la bandera; no así el sable. Sobre su

pecho se descubrió el rosario de piedras color jade que antes recorría sus dedos entrelazados. El juez Jaime Far Suau no pudo contener su llanto. Prefirió no manosear el cadáver, darlo vuelta o sacarlo de su lugar. Evitó moverlo para comprobar si había sido violado en otras partes. Sólo se animó a desabrochar el pantalón y bajarlo con sumo cuidado hasta donde pudieran comprobar que sus genitales estuvieran completos y que no hubiesen sido mutilados, como se suele hacer en ciertas prácticas esotéricas y mafiosas. Finalmente, se acomodó como estaba antes y se puso la bandera a los pies de Perón. El juez hizo soldar la caja de metal y se guardaron partículas de piel que servirían para determinar la fecha exacta del corte. También las muestras serían útiles para realizar una pericia tanatológica que permitiría saber el estado de momificación de los tejidos, en especial en la zona de la amputación. Se podría verificar el estado de los muñones: si estaban arcillosos, porosos o húmedos ya fuera por el tiempo transcurrido, la momificación o su posible descomposición natural. Como al de Evita, al cadáver de Perón le sacaron radiografías para establecer cómo estaban sus huesos en cuanto al tamaño y la conservación. Fueron más de cinco horas de intensos trabajos dentro de la bóveda. También se tomaron fotos y se filmó todo lo que se hizo. Poco después la revista *Gente* obtuvo una copia de esas fotografías y las publicó, exhibiendo por primera vez las imágenes de Perón mutilado.

El peronismo se mostraba así nuevamente relacionado con la muerte. Eran tiempos de elecciones de gobernadores, y el partido fundado por Perón estuvo convencido de que la profanación había sido una operación política para desacreditarlo. Es decir, alguien pensó que profanando el cadáver de Perón iba a conseguir un impacto político que definiría los comicios. Una vez más quedaba claro que los argentinos usaban a los muertos como instrumentos políticos en la lucha por el poder. Y otra vez el peronismo lloraba a su líder violado, se movilizaba en las calles en una mezcla de protesta y velatorio

compungido, los medios reproducían las imágenes del Perón muerto en 1974, de su tumba violada y de la manipulación que había sufrido el cadáver de Evita.

Las prácticas necrómanas se colaron en la investigación judicial. A los dieciocho meses de la profanación, el juez de la causa fue asesinado. La investigación se paralizó y más tarde se cerró. Pero en 1996 un hecho fortuito la reactivó. Fue cuando aparecieron en la Comisaría 29, y en forma misteriosa, las llaves que pertenecían al Blindex de seguridad del nicho donde aún descansaba el cuerpo mutilado de Perón. El nuevo juez, Alberto Baños, temió otro ataque contra el cadáver. Dispuso entonces una nueva inspección a la bóveda. La macabra escena se repitió: la tumba de granito y mármol negro de la Chacarita, la oscuridad de su interior y el olor a encierro que debieron soportar, esta vez durante más de diez horas, entre la apertura del vidrio de seguridad, el corrimiento del cajón y la nueva inspección del cuerpo de Perón. Seguía con sus brazos mochos, sus muñecas al aire, ahora observadas por otro grupo de personas que se mostraban tan asombradas como aquellas de 1987. Una vez más sorprendió el perfecto estado de conservación. La tez, amarronada y pálida, era vigilada por una colonia de hongos que desde el lado derecho de la cara se extendía en forma de espuma blanca hacia el uniforme militar. Para evitar alguna reacción química, los peritos prefirieron limpiar a mano esa espuma irreverente. Con delicadeza fueron sacándola del rostro momificado, a veces ayudados por pequeños pinceles que complementaban el trabajo. Lo hicieron como si fueran experimentados arqueólogos. El susto había pasado. El juez constató que no había habido otra profanación. Se cerró el féretro, se cambiaron otra vez las cuatro cerraduras del nicho blindado, se destruyeron las llaves existentes y se depositaron las nuevas en la Escribanía General de Gobierno.

La gorda Virginia

En esos tiempos apareció en escena un personaje que durante más de diez años estuvo detrás del cuerpo de Perón y que por su obsesión se llegaría a una nueva profanación. Era Martha Susana Holgado o, como ella se definía, Virginia Lucía Perón, una supuesta hija desconocida que el ex presidente habría tenido en los años treinta y que estuvo oculta durante décadas. En poco tiempo el personaje se convirtió en una de las caras más conocidas gracias al espacio que le dieron en los medios. Supo explotar bien las similitudes faciales que tenía con Perón. Su persistencia se centró en conseguir judicialmente la realización de un test de ADN para probar que era hija del fundador del peronismo. Otra vez el cadáver de Perón era el principal actor de una historia oscura. Tenía que demostrar que, a pesar de que se había comprobado que no podía tener hijos, no era el padre de la *Gorda* Holgado, como le decían. Eugenio Holgado, el padre histórico de Martha Susana, había fallecido y sus restos habían sido cremados. Es decir, no se le podía hacer un ADN para corroborar si ella, antes que nada, era su hija. Y, casualmente, su reclamo comenzó años después de que sus padres históricos hubieran sido cremados y, por lo tanto, no se pudiera realizar el análisis genético. Entonces, el cadáver de Perón se presentó como la llave maestra para reclamar su herencia y hasta supuestos fondos que el muerto, en vida, había dejado en Suiza. Para ello había que sacarle un pedazo de su cuerpo con el fin de llevar a cabo la prueba de ADN que terminaría con el supuesto misterio.

La *Gorda* Holgado venía con una historia que la vinculaba con la necromanía argentina. Había participado en los años cincuenta del operativo militar que secuestró el cadáver de Evita. Así lo reconoció ante la Justicia cuando fue indagada por la profanación de Perón a raíz de declaraciones públicas suyas en las que explicó en detalle cómo era el cuerpo de Perón. La señora batalló sin cesar por el estudio de ADN y para ello escribió un libro,

fue estrella de la televisión, se rodeó de los abogados más conocidos en los medios y lanzó una corriente política peronista como hija del fundador del justicialismo.

En medio de la crisis de 2002, el entonces presidente de la transición, Eduardo Duhalde, se acordó de Perón. No fue precisamente para estimular la investigación sobre la profanación de su cadáver. Quizás inspirado en aquella vieja idea del peronismo de construir un gran mausoleo para sus ilustres muertos, impulsó un proyecto de creación de un museo y monumento en la quinta que supieron tener Perón y Evita en la localidad bonaerense de San Vicente. El motivo convocante era llevar allí los cadáveres de ambos. Se acondicionó el lugar y se obtuvo financiamiento para la obra. Lo más difícil fue conseguir las autorizaciones de los traslados de los muertos, esto es, de la familia Duarte, por el cuerpo de Evita, de Isabel Perón, por el cadáver del ex presidente, y de Alejandro Rodríguez Perón, quien atesoraba las llaves que abrían la bóveda familiar. Mientras la comisión de homenaje tramitaba los permisos para esos traslados, Martha Holgado aprovechó la oportunidad y volvió a la carga para reclamar la realización del estudio genético. El cadáver del ex presidente estaba lejos de conseguir la paz que supuestamente otorga el fin de la vida. Por intervención directa del secretario de Derechos Humanos, Eduardo Luis Duhalde, la Justicia ordenó hacer el estudio con el fin de develar la verdad de la paternidad. La ocasión de extraer la muestra del cadáver era el preciso momento en que el cuerpo de Perón fuera sacado de la bóveda para ser trasladado a su nueva morada. Fue así como el viernes 13 de octubre de 2006 la jueza Mirta Ilundain autorizó la extracción de esas muestras para satisfacer el reclamo de la supuesta e inesperada hija. La escena fue un calco de las vividas en 1987 y 1995. Luego de horas de trabajo para remover el Blindex y abrir el ataúd, el cadáver mutilado de Perón quedó nuevamente expuesto a la curiosidad de los vivos. Ya no impresionó ver su cara. Sólo podían reconocerlo aquellos que tenían en su memoria la imagen de

sus facciones. La degradación se había profundizado; el color marrón pétreo de sus escasos tejidos disecados lo decía todo. Como un carnicero, alguien sacó una sierra eléctrica y tras abrir con un cortante el uniforme militar serruchó sin contemplación el húmero y el fémur del lado derecho. Luego seccionó cada una de las partes en cuatro para guardarlas en recipientes separados. Con el cadáver aun más despedazado se cerró el féretro y comenzaron las maniobras para sacarlo del subsuelo mediante un aparejo especialmente instalado. Humberto Linares Fontaine —uno de los abogados de Isabel Perón—, que estuvo presente, graficó de manera cruda la escena vivida: “¿Viste un puchero, la parte del caracú? Bueno, con eso me encontré. Yo había imaginado que sacarían una muestra pequeña, pero me di cuenta de que habían serruchado los huesos. Lo despedazaron, le dieron a serrucho limpio. Me pareció una brutalidad. Ya le faltaban las manos, así que imagínate ahora: lo tocás y se deshace todo”.

Había comenzado el traslado. En realidad, y como ocurrió con Evita, se dio inicio a un melancólico cortejo fúnebre y un nuevo entierro versión siglo XXI, tras diecinueve años de su muerte.

Bien temprano en la mañana del martes 17 de octubre, mediante un operativo secreto, el féretro de Perón fue puesto dentro de otro y sacado de la bóveda de la familia para llevarlo hasta el edificio de la CGT. Al mediodía empezó la ceremonia oficial de traslado del cadáver hasta San Vicente, que sería transmitida en directo por los canales de televisión. Otra vez la muerte y el peronismo se presentaban ante la opinión pública como una unidad inseparable. El ataúd con el cuerpo de Perón despedazado esperaba en el garaje de la CGT para salir a la calle, donde miles de peronistas aguardaban al viejo líder que regresaba de su exilio celestial. Como si hubiese sido un capítulo de la famosa serie *El túnel del tiempo*, el reloj pareció volver más de veinte años atrás y ubicarse en aquel 1º de julio de 1974, cuando murió Perón. La situación era la misma: emotivos discursos junto al féretro, alusiones al

gran General, manos que tocaban el ataúd creyendo que llegaban también al muerto. La cureña militar salió del garaje portando el féretro, y miles de gargantas compungidas clamaron al líder ahora mutilado. El cuerpo de Perón iniciaba un recorrido de aproximadamente sesenta kilómetros, no sin sobresaltos. Más de veinte mil personas se habían reunido en la calle para manifestar su emocionada devoción a esos pocos huesos dañados por el tiempo o por la mano humana. Pasado el mediodía comenzó el acto con un Eduardo Duhalde curiosamente efusivo. Era una clásica fiesta peronista a pleno sol... con un cadáver como protagonista.

La caravana debía llegar a San Vicente alrededor de las tres de la tarde. Sin embargo, a mitad de camino se detuvo por las noticias que llegaban desde la quinta sobre violentos enfrentamientos entre militantes peronistas. El lugar había sido copado por organizaciones gremiales y políticas que se disputaban espacios de poder fúnebre. Manifestantes de la Unión Obrera de la Construcción (UOCRA) de La Plata se tomaron a trompadas y palazos con los del Sindicato de Camioneros de Hugo Moyano, líder de la CGT. Con el muerto más ilustre del peronismo en plena travesía y con destino a recibir homenajes y honores, una trifulca descomunal transformó los jardines de la quinta en un campo de batalla donde se luchaba por el espacio privilegiado de estar lo más cerca posible del líder. Las imágenes eran surrealistas, escapadas de una clásica comedia de enredos italiana con muertos. El ataúd rodeado de escoltas civiles seguía su derrotero.

Mientras tanto, en el predio, volaban piedras y palos y se oían disparos. Era una suerte de segunda versión —superdevaluada, por supuesto— de los enfrentamientos en Ezeiza, cuando Perón regresó definitivamente al país en 1973. La pantalla del canal Todo Noticias (TN) mostraba al mundo una imagen escalofriante: un joven retacón, con una pistola en su mano, apuntaba y disparaba a mansalva contra otro grupo de peronistas. Después sería identificado: se trataba de Emilio Quiroz, alias Madonna, chofer de Pablo

Moyano, hijo del líder cegetista. En medio del caos, el padre, confundido y nervioso, atinó a decir desde el palco que los agresores eran “idiotas útiles”, mientras esquivaba palos y piedras. Sus enemigos creyeron ver su inminente final al frente de la CGT. No fue así. El gobierno no le soltaría la mano, convencido, como ocurrió, de que domesticaría aun más la conducción de la central obrera. En la quinta, como telón de fondo seguían los gritos, los insultos, las corridas y las escenas de pánico. Los numerosos simpatizantes peronistas observaban azorados la falta de presencia policial y la saña con la que los bandos se atacaban. Ni siquiera el costoso mausoleo salió indemne de la “batalla”, como tampoco el museo, la finca de los caseros y hasta un histórico Fiat 130 que había pertenecido a Perón y cuyos cristales fueron reducidos a astillas. Se habló de que San Vicente había sido una “zona liberada” para las distintas barras del peronismo bonaerense. Como dijimos, la comitiva que llevaba el cadáver de Perón por la autopista, al enterarse de la batahola, se detuvo. Eran las 15:45. Se discutió la conveniencia de seguir con el viaje. Nadie sabía cómo terminaría todo. Se pensó, incluso, en esconder a Perón para que no fuera robado. Pero se impuso el criterio de continuar con la caravana y cumplir con el plan original pese a los riesgos que se corrían. Millones de personas vieron por televisión, aún azoradas, la patética situación que se vivía. El ataúd de Perón en la cureña militar parado en medio de la ruta mientras otras tomas mostraban cómo los bandos seguían trenzados en una lucha sin cuartel que poco tenía que ver con homenajear a un ex presidente fallecido.

Pasadas las seis de la tarde, y en medio de un gran desorden, el féretro con los restos de Perón entró finalmente en el corazón de la quinta para ser depositado en el mausoleo. El caos era de tal magnitud que ni las estrofas del Himno Nacional y de la marcha peronista, ni las apelaciones del gremialista Gerónimo Venegas a “la unidad del movimiento obrero”, ni las señales desesperadas de muchos de los dirigentes peronistas que estaban en el

escenario consiguieron pacificar los ánimos. Un momento de precario armisticio fue aprovechado por el obispo de Lomas de Zamora, Agustín Radrizzani, para bendecir el ataúd antes de que un grupo de jóvenes disidentes del gremio de la construcción se acercara con cánticos hostiles. Oficialmente se reportaron más de sesenta heridos. Antes de que las sombras de la noche cayeran sobre San Vicente, el cadáver de Perón fue depositado en la anunciada morada final. Así terminó el “homenaje” y “reconocimiento histórico” a un mutilado general Perón. A pesar de las barbaridades de lo ocurrido, todos estuvieron satisfechos de haber cumplido con un viejo sueño peronista.

No obstante, en los días siguientes, la necromanía peronista regresó por más. Un rumor impensable corrió con la fuerza de una conspiración política; de él se hizo eco el periodista Joaquín Morales Solá en su columna de *La Nación*.

Viva el show

La versión ponía en duda que el cadáver que habían depositado en San Vicente fuera el de Perón. Se decía que lo habían escondido cuando lo sacaron de la Chacarita. Las sospechas crecieron cuando se supo que la casa funeraria había llevado a la CGT dos féretros, y se especuló con que en ese momento se hubiera producido la maniobra de ocultamiento.

¿Cuál fue la mejor manera de averiguar qué había sucedido?

¡Hay que abrir el ataúd para comprobar si el que está allí es Perón!, bramó alguien. Otra vez el escarnio del muerto. Se sacó la tapa de madera del féretro y a través del vidrio, que ahora se había colocado para ver su interior, se observó la cara deteriorada del General. Se tomaron fotos y el escribano general de la provincia de Buenos Aires firmó el acta correspondiente. Todos quedaron tranquilos. Fueron testigos el abogado de Isabel, Linares Fontaine, el sobrino nieto del ex presidente, Alejandro Rodríguez Perón, y los dirigentes

peronistas Dante Gullo y Alfredo Péculo. Era la cuarta vez desde su muerte que se había abierto el féretro para ver el cadáver mutilado de Perón. Los hechos dejaron en claro que, una vez más, su cuerpo había sido manipulado con fines políticos. El peronismo pareció enarbolar el cadáver de Perón como símbolo de una identidad que aparentemente ha perdido hace tiempo. Era el pasado glorioso que volvía con formato de muerte, que resucitaba a pesar de tener su cuerpo cortado en partes, profanado y olvidado. Un Perón como estandarte de la vigencia de un movimiento político que fundó o, quizá, la confirmación del parte de defunción como fuerza popular y revolucionaria que fue en el pasado. La historia reconoce el 17 de octubre de 1945 como el día en que nació el peronismo. Y un 17 de octubre, pero de 2006, quedará en el recuerdo como el día en que el cadáver de Perón salió de la ultratumba y paseó por la ciudad como el símbolo de un pasado que ya fue.

La necromanía peronista también da lugar al sarcasmo y al humor. Con motivo del escándalo de San Vicente, la revista *Barcelona* publicó un número especial anunciando en su tapa que estaba lista una máquina para hacer resucitar a Perón, desarrollada por un inexistente Instituto de Altos Estudios Tecnológicos Peronistas. ¿Cómo resucitaría ese aparato a Perón? Según la publicación, el General sería resucitado de la siguiente manera:

- 1) Un “fiambrológico” amigo de Péculo retira al general Perón del ataúd.
- 2) El General ingresa al limpiador de cuerpos sin vida llamado “17 de Octubre” para quitar cualquier resto de gorilismo que pudo haber infectado el féretro durante el traslado hacia San Vicente.
- 3) En el escáner “Evita Capitana” se comprueba que el cuerpo sin vida es realmente el del general Perón y no el de algún gorila infiltrado en el movimiento.
- 4) El General ingresa en el habitáculo “Los Muchachos Peronistas”, donde un grupo de militantes del gremio de camioneros le dan unos

cuantos golpes para comprobar que no hay vestigios de vida en el cuerpo del líder.

- 5) El cuerpo pasa al erguidor de cuerpos sin vida “Las 20 Verdades”, que se encarga de poner de pie al General.
- 6) El General es sometido a breves descargas eléctricas en el reactivador “La Comunidad Organizada”.
- 7) Se comprueba que el cuerpo haya respondido a los estímulos en el consultorio “Los Descamisados”. Si el cuerpo no se mueve, se repite el paso 6 hasta que reaccione. Y si es necesaria una reacción algo más violenta, se repite también el paso 5.
- 8) Se inicia el proceso de resucitación definitiva con aplicación de rayos láser en el vitalizador justicialista “La Vida por Perón”.
- 9) El General sale con vida de la máquina; inmediatamente se lo ducha en las cabinas “Ni Yanquis ni Marxistas”. La tecnología justicialista es todo un éxito.
- 10) El General se reencuentra con sus caniches en el canódromo “Los Únicos Privilegiados son los Niños”. Por allí lo pasa a buscar una “pochoneta” que lo traslada inmediatamente al balcón de la Casa Rosada, donde da un discurso para todos los argentinos. El país comienza a gozar de los beneficios de la Argentina grande con que San Martín soñó, que es la realidad efectiva que debemos a Perón.

Al mismo tiempo que se hacía el vergonzoso traslado del cadáver de Perón a San Vicente, se iniciaba el trámite del examen de ADN con sus huesos seccionados. Los peritos oficiales confiaron el estudio al Primer Centro Argentino de Inmunogenética (Pricai), perteneciente a la Fundación Favaloro. Los representantes de Isabel Perón mandaron su muestra al Instituto Ceproc de la provincia de Córdoba. Martha Holgado dejó el hueso que le tocaba en manos del doctor Gustavo Adolfo Penacino, director de Análisis de ADN del

Colegio de Farmacéuticos de la Capital Federal. En medio de aquellas febriles jornadas, Penacino confirmó lo que ya se sabía como rumor: “Cada una de las partes alcanza a su vez para hacer tres o cuatro estudios. Yo envié una parte a un laboratorio europeo para que también haga el estudio. Lo hice por seguridad”. El médico calló el nombre del lugar y el país. Una cuarta muestra ósea del cuerpo de Perón quedó bajo custodia en la morgue judicial.

Aquietado el maremágnum de especulaciones, la espera fue acompañada por algunas viejas historias que muchos vinculan más con la fábula que con la verdad. Se habló de que la esterilidad de Perón se había debido a un accidente en un gimnasio, y también a haberse caído de un caballo. Con igual ligereza y falta de sustento, se deslizó que la supuesta fertilidad del General no solamente derivó en el nacimiento de la *Gorda* Holgado sino también en el de otra hija, esta vez en Italia. Hay quienes fueron más osados y aseguraron que Evita había perdido un embarazo en 1950, y que lo mismo había ocurrido con Isabel.

Más allá de las especulaciones, lo cierto es que el martes 14 de noviembre de 2006 el Instituto Ceprocór de Córdoba informó que el resultado había sido negativo para Holgado. Al día siguiente, el director general de la Fundación Favaloro, Eduardo Raimondi, sepultó toda esperanza. Anunció categóricamente que los estudios realizados arrojaban “un ciento por ciento de certeza” de que Martha no era la hija de Perón. Ella salió a replicar la contundencia de los dos exámenes. “Es un chiste mediático”, sintetizó, aduciendo que no aceptaría fácilmente los resultados. En febrero de 2007 la última muestra que tenía Holgado fue enviada al Forensic Science Service, que trabaja para la británica Scotland Yard. Según se informó, no se pudo realizar el estudio por la presencia de formol en las muestras genéticas. Su reticencia a aceptar los resultados científicos contrastaba con otra verdad irrefutable: años antes otro ADN ordenado por la Justicia con su hermano Holgado había confirmado que tenía la misma composición genética, es decir,

era descendiente del matrimonio Holgado. Habían pasado trece años para que se confirmara lo que era obvio, ante la ausencia de pruebas documentales: que Martha Holgado nunca había sido hija de Perón. Pero fue el cadáver del ex presidente el que tuvo que demostrarlo. Para ello debió ser profanado y mutilado. Quiso el destino que, cuatro meses después de conocer la verdad, el nombre real de Martha Susana Holgado figurara en su partida de defunción tras fallecer como consecuencia de un cáncer. El ADN terminó con una mentira de la que la prensa se hizo eco por más de una década. Holgado había viajado varias veces a Suiza para averiguar dónde estaba la fortuna de Perón. En España, Isabelita lloró. Probablemente sintió culpa por haber autorizado una nueva violación del cadáver de su esposo. No sería alocado pensar que algunos de esos trozos de la osamenta de Perón terminen con el tiempo como los dientes de Belgrano, en el bolsillo de alguien, o pasen a manos de coleccionistas privados.

La bóveda de los Perón en la Chacarita quedó abandonada, ya no tiene las placas de bronce que recordaban al ex presidente. Su familia había entregado el cadáver profanado al peronismo y, de hecho, se quedó sin ejercer ese poder intangible de tener el cuerpo de Perón. Aunque ya no esté allí, la gente sigue dejando flores y pega mensajes escritos en papel dirigidos al General.

En 2008, la necromanía en torno de Perón regresó. Días antes de cumplirse un nuevo aniversario de su muerte y profanación, el canal de noticias Crónica TV anunció la difusión de un documento inédito sobre el robo de las manos. “Una primicia mundial”, decía la clásica placa roja. Eran los días previos a la discusión en la Cámara de Diputados sobre la polémica Ley de Retenciones Móviles a las exportaciones agropecuarias. El día llegó. El documental anunciado fue emitido el domingo 29 de junio a la noche. Más de una hora fue dedicada a la historia de Evita y Perón reflejada en sus tiempos más combativos, desde que llegaron al poder en los años cuarenta hasta sus muertes. Al final estaba la proclamada “primicia mundial”. Eran ni más ni

menos que las patéticas imágenes que había tomado la Justicia en 1996 cuando inspeccionó por segunda vez el cadáver. En la pantalla se podía ver con nitidez la apertura de la tapa de madera del féretro, cómo se desoldaba la caja de metal interior, la figura de Perón con sus manos cortadas y la espesa espuma de hongos blancos sobre su cara. Como si fuera un maniquí encontrado en un sótano, en primer plano se podía observar cómo la mano del asistente del juez comenzaba a limpiar la suciedad del rostro con absoluta desaprensión al tiempo que apretaba hacia adentro los ojos del cadáver, todavía con signos de momificación, a modo de comprobar algo. La misma mano con guantes de látex fue pasada sobre la boca del ex presidente, le abrió los labios que no ofrecieron resistencia y dejó los dientes superiores al descubierto. Nunca antes la televisión había mostrado así el cadáver profanado de Perón, a pesar de que *Crónica* tenía una historia que la identificaba con el campo popular y peronista. Pero parece que el rating de la obscenidad necrómana pudo más.

Días después otro hecho volvió a poner en primera plana la profanación de Perón. Fue cuando el domingo 6 de julio se supo que un grupo comando había robado de la casa del juez Baños las últimas carpetas del expediente. En forma automática, los medios volvieron a actualizar la historia de la profanación y se instaló una nueva polémica necrómana. Que había sido una operación de inteligencia, que el hecho tenía que ver con la interna del peronismo, que había sido inspirado en sectores antikirchneristas que estaban criticando al gobierno. Otra vez Lorenzo Pepe salió a defender al muerto. Alertó que estaba en riesgo el cadáver, que podía ser robado, y solicitó que la Gendarmería Nacional se hiciera cargo de su custodia en lugar de la Policía Bonaerense. De esta manera, el cadáver de Perón volvió a la escena pública con una fuerza inimaginable, recordando el silencio que aún hoy envuelve el misterioso robo de sus manos.

Todos los años ocurre lo mismo. Cada aniversario de la muerte de Perón los diarios se llenan de avisos que recuerdan al General, alaban su obra,

resaltan sus mensajes y definiciones políticas, y añoran al padre ausente. Nada se dice de su profanación. Ni del reiterado uso del muerto y su recuerdo para hacer política partidaria.

El santo sudario peronista

La necromanía peronista no se expresa sólo en las muertes físicas y la manipulación de cadáveres, lo hace con sus ritos y también por medio de los objetos que fueron de los muertos y que, muchas veces, toman la condición de milagrosos. Después de las desapariciones de Evita y Perón, todo lo que ellos tocaron pasó a integrar un mundo mágico y santificado que realimenta indefinidamente los mitos necrómanos.

A principios de la década de 1990, Isabel Perón decidió, cumpliendo con la voluntad de su marido, que el “pueblo argentino fuera el destinatario de sus bienes”. Con el apoyo del Vaticano creó la Fundación por la Paz y la Amistad de los Pueblos (FundPaz), que ella presidió secundada por Mario Rotundo. Éste era un personaje peronista que había conocido al General en España siendo muy joven y que tomó notoriedad pública cuando demandó a Menem, en el inicio de su primer gobierno, por ocho millones de dólares tras haber pedido aportes para la campaña presidencial que nunca le devolvieron. Rotundo, también de muy buenos vínculos con la Iglesia, era el responsable de administrar la fundación, pero Isabel, cuando se enteró de que él protagonizaba un escándalo público contra el ya presidente Carlos Menem, le quitó el apoyo, renunció a la entidad y le inició un juicio para que le devolviera los más de dos mil objetos que habían pertenecido a Perón, entre libros, ropa, discos, su máquina de afeitar, la placa de la tumba de la perrita de Perón y hasta un supuesto sudario que había envuelto el cadáver de Evita.

Sin embargo, Rotundo se quedó con la fundación y con las cosas, que intentó vender en varias oportunidades hasta que lo logró. En esos años del

conflicto judicial, las pertenencias del difunto Perón fueron escondidas en distintos lugares. Entre 1995 y 1996 se guardaron en los sótanos del Comité Central del Partido Comunista. El abogado Eduardo Barcesat, ex dirigente comunista y ex patrocinante de la supuesta hija de Perón, confirmó que las cosas estuvieron allí. El dirigente de los jubilados Carlos Imizcoz, amigo de ambos, le había pedido a Barcesat que ayudara a Rotundo a guardarlas porque tenía miedo de que Menem se las quitara. “Entonces consulté a Patricio Echegaray y a otros miembros del Partido y se decidió, por solidaridad, guardarlas en los sótanos cercanos al garaje de la sede del Comité Central del Partido, avenida Entre Ríos al 1000.” Tiempo después, Rotundo creó una filial de la fundación en Italia con el nombre de Fundación por la Paz y la Amistad de los Pueblos ONLUS y se llevó las cosas del país, entre ellas el sacón del último discurso en Plaza de Mayo, que estaba en el Museo de la Casa Rosada. Violó así las leyes nacionales e internacionales referidas a la preservación del patrimonio histórico. Los elementos salieron del país en un contenedor como efectos personales bajo la denominación de “enseres, artículos del hogar y material de trabajo”, y entraron en Europa por la aduana de Madrid como “contenido cerrado”.

Entre las cosas en su poder estaba la caja fuerte que Perón tenía en su casa de Madrid. Las llaves no se encontraron. En conversaciones que el autor de este libro tuvo con Rotundo, éste reconoció que no sabía qué había allí adentro y que para conocerlo debía violentarla. Y así lo hizo tiempo después. Encontró unas telas que, según él, habían envuelto el cadáver de Eva Perón. Inmediatamente, dijo que había encontrado el sudario de Evita. De acuerdo con la historia que armó, ese sudario no había viajado con el cuerpo de Evita al ser repatriado. Los paños quedaron en manos de José López Rega e Isabel Perón, quienes los habrían guardado en la caja fuerte. Otra versión indicó que poco después de la entrega del cadáver, Perón e Isabel encargaron a las monjas del convento de la Merced de Madrid la confección del famoso

sudario, que inicialmente tenía dos paños y no tres. Isabel pidió hacer un tercero. Rotundo llegó a Puerta de Hierro unas horas después de la entrega del cuerpo. “Perón estaba muy emocionado. El padre mercedario Elías Gómez, que había casado al General e Isabelita en la casa del doctor Flores Tascón en la Sierra de Guadarrama, estaba allí y tomó la iniciativa de confeccionar el sudario.” Según la versión, las monjas confeccionaron los paños. Uno blanco y otro celeste. La señora Pilar García Rubio, una laica colaboradora del padre Gómez, agregó otro velo de seda cruda, blanco-crema, para cubrir el cuerpo embalsamado, que permaneció en Madrid tres años más. Pero Evita no viajó envuelta en ese sudario.

Ya radicado en Italia, Rotundo logró lo que había deseado durante muchos años: que la afamada casa de remates Christie’s hiciera una subasta pública para vender los bienes históricos del muerto. Eran 56 lotes con cuyos remates recaudó 500.000 dólares, de los cuales 100.000 quedaron para la casa subastadora. El ex diputado nacional Lorenzo Pepe, en su calidad de secretario general del Instituto Juan Domingo Perón de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, contó que cuando se enteró del remate se comunicó con Christie’s y solicitó la suspensión de la subasta por “razones jurídicas”; pidió que antes averiguaran el origen de las cosas a vender. “Hemos aportado todas las pruebas a la Justicia de que ese sudario es falso, nunca estuvo en el cuerpo de Evita. Y muchos de los elementos que se remataron en Italia no eran de Perón”, explicó el ex legislador.

Luego, Christie’s dijo que había certificado la autenticidad del sudario mediante una carta presentada por la fundación de Rotundo y firmada por el sacerdote mercedario español Elías Gómez, quien dijo haberlo bendecido el 10 de septiembre de 1971 en la quinta madrileña “17 de Octubre”. Pero no hay testigos de ese momento y ni siquiera la propia Isabel Perón, consultada especialmente por este tema, recordó al religioso. A Pepe le llamó la atención que una casa como Christie’s pudiera otorgarle seriedad documental a la carta

del religioso, sin membrete de su congregación, escrita en la clínica La Milagrosa y fechada en Madrid el 31 de diciembre de 2000, es decir, treinta años después del supuesto cambio de sudario del cadáver de Evita. De todas maneras, la Justicia argentina desistió de seguir investigando; estimó que los elementos salidos del país y que pertenecieron a Perón no podían ser considerados de valor histórico-cultural.

El entonces presidente de Aerolíneas Argentinas, Antonio Matta, pagó 160.000 dólares por el “santo sudario” que envolvió supuestamente el cuerpo embalsamado de Evita y cumplió con su promesa de donarlo al Estado argentino. La fecha elegida para hacerlo en el Congreso Nacional era el 26 de julio de 2005, el aniversario de su muerte. Pero la denuncia judicial y una nota publicada en el diario *La Nación*, dando cuenta de la anormalidad de la situación, llevaron a que los organizadores pospusieran la ceremonia que iba a contar con la custodia de Granaderos, la presencia de los presidentes de las cámaras de Diputados y de Senadores, de legisladores, de funcionarios, de políticos y de invitados especiales. Finalmente, el “manto sagrado” de Evita se entregó unos meses después en un acto con bajo perfil y pocos funcionarios presentes.

El Tío también

Otro ex presidente peronista fue protagonista excluyente de un capítulo de la necromanía criolla. Se trató del cadáver de Héctor J. Cámpora, quien falleció en México en diciembre de 1980. Cuando regresó la democracia en 1983 se formó un movimiento para repatriar sus restos, pero fue recién durante el gobierno de Carlos Menem, en medio de los operativos de reivindicaciones de muertos y de traslados de cuerpos de próceres, cuando el Tío volvió a la patria. El lunes 9 de diciembre de 1991 a las diez de la mañana, sus restos fueron recibidos con todos los honores de jefe de Estado y sometidos

nuevamente a velatorio y sepultura. El ataúd, rodeado de coronas y velas, tenía la bandera argentina cruzada por una cinta negra y fue exhibido en una capilla ardiente instalada en el Salón Azul del Congreso de la Nación. Eran los tiempos de los indultos a militares condenados por violaciones a los derechos humanos y a dirigentes guerrilleros de los años pasados. Como había ocurrido con Evita y Perón, el desfile de dirigentes, funcionarios, militantes nostálgicos y curiosos no se hizo esperar. Estuvieron presentes el ex presidente Raúl Alfonsín, el líder de la CGT, Saúl Ubaldini, y el dirigente montonero Mario Firmenich, entre otros. Más de quinientas personas se concentraron en las afueras del Congreso para vivar al muerto. Y como si el *Tío Cámpora* tuviera algo que ver con las desavenencias y ambiciones políticas de los vivos, el entonces ministro Erman González salió a decir que su repatriación era “un símbolo para terminar con las antinomias y los enfrentamientos”. Lo usaron como una argumentación más para justificar los indultos. El cortejo fúnebre escoltado por una Guardia de Honor de Granaderos lo llevó a la morada final en su ciudad natal de San Andrés de Giles.

Los cazafantasmas

El cine también se encargó de señalar la necromanía peronista. El film *La vida por Perón*, basado en la novela del escritor Daniel Guebel, cuenta la historia de un intento de canje del cadáver de Perón, el día de su fallecimiento, por uno de un dirigente sindical de la ortodoxia peronista. Ese día el soldado de la ficción, Alfredo Álvarez, se entera sorpresivamente de que había muerto su padre, un histórico dirigente sindical. Pero su familia es víctima de la maniobra de un grupo guerrillero de la izquierda peronista, que ha planificado robar el cadáver de Perón y cambiarlo por este último. En realidad la supuesta muerte natural del sindicalista no ha sido más que un asesinato encubierto para

hacer el canje de muertos. “Los milicos quieren secuestrar el cadáver de Perón”, justifican así la operación. Llegan a vestir al dirigente muerto con uniforme de militar y la banda presidencial, situación que presentan como un homenaje. “Nosotros lo vamos a secuestrar a Perón, lo vamos a traer nosotros”, discuten entre ellos. Pero el hijo del gremialista se da cuenta de la maniobra después de tener sexo en el baño con una mujer del grupo. Desesperada por el miedo de perder a su muerto, la familia intenta llevarse de la casa el ataúd. El cadáver se les cae al piso y es tironeado por todos. Alfredo escapa hacia el gallinero y dispara a sus compañeros militantes que lo persiguen. “Cuando llega el momento somos pocos los que damos la vida por Perón y la patria”, dice uno de los que quieren matar a Alfredo. Se siguen disparando en la oscuridad de la noche hasta que llega la policía para detenerlos, y ahí termina la película, con fondo musical de la marcha de San Lorenzo. Toda una parodia de los delirios y la violencia de los años setenta.

Pareció una película de terror pero no lo fue. En julio de 2009 se descubrió que un fantasma merodeaba la bóveda de Perón en la Chacarita. Aparentemente era el de una joven mujer cuya imagen fue captada por la cámara del celular de uno de los productores del programa televisivo *Un tiempo después*, que emitía Telefé. Dos años antes un equipo de producción había ido hasta el cementerio con motivo de un informe periodístico acerca de la misteriosa profanación. En el momento en que se entrevistaba a Alejandro Rodríguez Perón en el subsuelo de la bóveda, el productor Agustín Anduela comenzó a grabar con su teléfono imágenes del backstage del documental que luego guardó en su computadora. La filmación comenzó una hora y media más tarde de lo previsto. Eran las ocho de la noche. Antes habían ocurrido hechos extraños y sin explicación; por ejemplo, se habían quemado sin motivo alguno dos focos de iluminación.

Tiempo después, al revisar las tomas, Anduela descubrió para su asombro que en la pantalla aparecía una figura que sugería ser una mujer. El supuesto

fantasma apareció cuando el camarógrafo se encontraba sobre uno de los respiraderos de la bóveda registrando el testimonio de Rodríguez Perón, que indicaba el lugar donde descansaban los restos del General al momento de ser profanados. El productor explicó que al salir del plano enfocó hacia uno de los pasillos y al fondo apareció el fantasma que, a simple vista, tenía la fisonomía de una mujer, pero les llamó la atención porque ese día ninguna mujer los acompañaba.

La necromanía peronista no tiene límites. Se la quiere aplicar incluso a sus enemigos. Con el respaldo de las principales autoridades peronistas del Congreso de la Nación, en febrero de 2009 la diputada María Beatriz Lenz elaboró un proyecto de ley para repatriar los restos de Jorge Luis Borges, que descansan en Ginebra, para llevarlos a la bóveda familiar de la Recoleta. “La repatriación de los restos de Borges es algo que nos debemos y que le debemos”, dijeron desde la Sociedad Argentina de Escritores. Y se argumentó una vez más que la voluntad del muerto había sido que sus restos descansaran en la bóveda de su familia. Se citó como antecedente de ese deseo su primer libro de poemas, de 1923, en el que Borges recordaba una tarde cuando recorrió ensimismado las “veredas que apartan los panteones enfilados” y observó qué “hermosa es la serena decisión de las tumbas, su arquitectura sin rodeos y las plazuelas donde hay frescura de patios”. Y se recordó cuando escribió: “Lo anterior: escuchado, leído, meditado, lo realicé en la Recoleta, junto al propio lugar donde han de enterrarme”. Después, en su *Antología personal*, el escritor expresó: “No paso ante la Recoleta sin recordar que están sepultados ahí mi padre, mis abuelos y tatarabuelos, como yo lo estaré”. Y Roberto Alifano, amigo y colaborador de Borges durante más de diez años, recordó que en reiteradas oportunidades él le había expresado su voluntad de que sus restos descansaran junto a sus antepasados en la bóveda familiar del cementerio de la Recoleta. Como era de esperar, empezó otra polémica en torno del muerto. Muchos sostuvieron que su viuda María Kodama se iba a

oponer porque si los restos del escritor volvían a Buenos Aires perdería el control sobre ellos, ya que la bóveda la administran los sobrinos de Borges. Poco importó que el gran escritor hubiera resuelto quedarse definitivamente en Ginebra. “Me siento extrañamente feliz. Eso nada tiene que ver con el culto de mis mayores y con el esencial amor a la patria”, escribió Borges poco antes de morir.

Radicales y necrómanos

Como los peronistas, los radicales también tienen su tradición necrómana. Los comienzos fundacionales de la Unión Cívica Radical (UCR) se relacionan con tres revoluciones armadas, es decir, la muerte fue un elemento vinculante de sus conquistas políticas, legitimando la construcción de un nuevo poder en el país. Su creador, Leandro Nicéforo Alem, se suicidó dándose un tiro en la cabeza, y en 1933 la muerte de Hipólito Yrigoyen, primer presidente de la Nación con elecciones libres, inauguró una seguidilla de multitudinarios funerales que resultaron hechos políticos de gran trascendencia en cada época. Tres años antes de su fallecimiento, Yrigoyen había sido desalojado del poder por el primer golpe de Estado que tuvo el país en su vida constitucional. El viejo don Hipólito se marchó a la fuerza de la presidencia, sin apoyo popular y hasta menospreciado por gran parte de los radicales y de la población, que incluso expresó su desilusión saqueando su vivienda. Estuvo preso más de un año en la isla Martín García. Con un cáncer de laringe, entró en coma el 3 de julio.

—¿Ha muerto?

El doctor Meabe, que le tomaba el pulso, asintió.

—Doctor Alvear, ¿qué hora tiene? —preguntó el médico.

—Las siete y veintiuno.

—Bien, doctor, a esa hora se ha extinguido la vida de nuestro jefe y

presidente constitucional de la Nación. Queda en sus manos, doctor Alvear, el partido... ¡que no se doble nunca, como no lo permitió él! —Éstas fueron las palabras de Fernando Bentancour, el leal amigo de Hipólito Yrigoyen que estuvo hasta el final.

Era el destemplado 3 de junio de 1933 cuando la noticia de que el líder radical agonizaba ganó la tapa de los vespertinos y la calle. La inminente muerte del ex presidente movilizó a miles de simpatizantes que llegaron hasta su casa, un sencillo departamento ubicado en Sarmiento 944. En el primer piso el cuerpo muerto de Yrigoyen yacía en la cama. La gente se apretujaba en la escalera y los pasillos para alcanzar la habitación y ver a don Hipólito muerto. José Tamborini llegó, vio el cadáver, le besó las manos, salió al balcón y le gritó a la muchedumbre: “¡Ciudadanos, descúbranse!”. Alguien exclamó: “¡En este momento, acaba de morir el defensor más grande de la democracia de América!”. Y Tamborini contestó: “¡Pero no ha muerto! ¡Vive, ciudadanos! ¡Vivirá por siempre! ¡Viva el doctor Hipólito Yrigoyen!”. Emocionados, todos comenzaron a cantar el Himno.

El cadáver de Yrigoyen había quedado recostado sobre su izquierda. Entre los dedos sostenía un rosario. Los médicos realizaron rápidamente un proceso de conservación del cuerpo, inyectando reactivos. Se habló de que fue embalsamado, pero el rumor no resultó cierto. El velatorio debía ser imponente. Se quiso dirigir una carta al Papa para que permitiera hacerlo en el atrio de la Catedral. Y el radicalismo no anduvo con vueltas: propuso directamente que había que velarlo en Plaza de Mayo para que lo pudiera ver todo el pueblo. No obstante, la familia decidió dejarlo en la misma casa, en la misma habitación. El cuerpo conservado fue vestido con un hábito de la orden de Santo Domingo. Cuando llegó el servicio fúnebre, se armó otra discusión. Los empleados pujaban por instalar las luces eléctricas para iluminar el ambiente, pero los radicales se opusieron. Es que, antes de morir, don Hipólito había pedido que se pusieran velas de estearina. Hubo empate. Se

pusieron las velas y se usaron las luces para ambientar rincones y pasillos. Cuando se abrieron las puertas del edificio, una multitud incontrolable pugnó por llegar al muerto. Tal era el gentío que varias veces los cirios se apagaron por falta de aire. Por miedo a una pueblada y disturbios, el gobierno no autorizó a velarlo en Plaza de Mayo.

“¡Plaza! ¡Plaza!”, gritaba la muchedumbre en la calle.

Un grupo de jóvenes radicales, los antepasados de la Coordinadora, irrumpió donde estaba el muerto para forzar su desplazamiento a la histórica plaza. Otros radicales amenazaron con robar el cadáver para llevarlo allí. Pero se impuso la idea de no hacerlo, y los rebeldes protestaron encabezando una columna que recorrió las calles del centro con consignas yrigoyenistas y fuertes críticas al gobierno. Llegaron hasta la misma Casa Rosada y fueron ganados por la furia cuando notaron que, a pesar del duelo nacional, las banderas oficiales no estaban a media asta. “¡Plaza! ¡Plaza!”, seguían gritando mientras tiraban piedras contra los edificios públicos y trepaban a los mástiles para bajar las banderas.

El velatorio se prolongó por tres días para permitir que las delegaciones del interior pudieran llegar. Los comités radicales de todo el país se encargaron de armar las representaciones para estar en el gran entierro. En Córdoba, el millonario Barón Biza, otro excéntrico protagonista de la historia necrómana argentina, fletó un tren especial para traer radicales de la provincia. En el frente de la locomotora puso el escudo radical y la foto de Yrigoyen.

A las once de la noche una columna de setenta mil personas encabezó una procesión que arrancó por Diagonal Norte. Antorchas y cirios prendidos iluminaban las cuadras al grito de “¡Yrigoyen! ¡Yrigoyen!”. A esa altura, todas las manifestaciones populares se habían transformado en actos políticos a favor del radicalismo y en contra del gobierno conservador.

Al sexto día el coche fúnebre y los carros de la ceremonia se estacionaron

frente a la casa en medio del gentío. Ya estaban dispuestos los Granaderos a Caballo para rendir honores. Pero el féretro de Yrigoyen nunca llegó al coche. Alvear encabezó el traslado cuando la gente empezó a pedir: “¡A pulso! ¡A pulso!”. Y en un santiamén se lo sacaron y empezó a flotar en un mar de manos. Un correligionario conmovido hasta el límite le hablaba al caudillo muerto: “¡Mirá, viejo... Y decían que te queríamos por interés, por puestos públicos!”.

Al pasar por el Congreso varios legisladores salieron para ver el espectáculo. Algunos conservadores se dejaron a propósito puestos sus sombreros, y la multitud, ya a esa altura fanatizada, reaccionó insultándolos y amagó con trompearlos.

Cuatro horas tardó el ataúd en recorrer algo más de veinte cuadras hasta llegar al cementerio de la Recoleta. Se cayó al suelo dos veces. Una vez en el cementerio, un clarín militar puso orden a la ceremonia. Pero la gente entendió que se venían a la carga las fuerzas de seguridad y entonces corrió alocadamente, por lo que por tercera vez se cayó el féretro, y hasta se desprendió la tapa.

En el Panteón de los Revolucionarios, por la escalinata del costado, depositaron en el subsuelo el féretro con los restos mortales de Yrigoyen. Ya era muy tarde y la luz se había ido. Los oradores tuvieron que leer sus discursos póstumos subidos a un camión. “Éstos son funerales de epopeya... Yrigoyen entra en la inmortalidad. Sus enemigos han estado estos tres años mordiendo con saña para deshacerlo, y aún no saben que mordían bronce... Ahora, con más razón que nunca, él no podrá ser olvidado por la patria que amó”, dijo Honorio Pueyrredón. Cuando le tocó el turno a Marcelo T. de Alvear, éste afirmó: “No puedo callar la emoción, la profunda melancolía personal, al ver partir al amigo que aprendí a querer y a admirar durante cuarenta años, noblemente vividos al servicio de la patria... Tu ejemplo y tu recuerdo, Hipólito Yrigoyen, nos fortalecerán en las graves luchas que se

aproximan”.

Se trató del primer gran duelo nacional del siglo XX. Una multitud, calculada entre doscientas mil y quinientas mil personas, asistió a su funeral, que se transformó en una protesta política de desagravio a su persona frente a un gobierno ilegítimo. Su entierro no fue sólo un acto dolido y sentimental. Antes que nada fue un hecho político que buscó su reparación histórica y, con ella, la de muchos radicales. Es que la muerte siempre redime. Ignorado en sus últimos años por una sociedad que nada había hecho para impedir el golpe de Estado que lo derrocó, Yrigoyen fue rescatado en su condición de muerto y permitió lavar culpas colectivas. Los radicales entendieron que ése era el momento de estar junto al muerto, al prócer fallecido, para volver a empezar.

Otro sepelio radical terminó siendo un hecho político contra otra dictadura y posibilitó la conquista de espacios en la interna del partido. Fue el del caudillo platense Ricardo Balbín, quien mantuvo durante décadas la hegemonía de la conducción de la UCR y despidió los restos mortales de Juan Perón en el Congreso Nacional. Falleció el 9 de septiembre de 1981; su muerte cerró una etapa del partido y fue antesala de la llegada del alfonsinismo. Precisamente, los seguidores del abogado de Chascomús aprovecharon el fallecimiento del viejo caudillo radical para posicionarse dentro de la nueva estructura de poder del partido. Balbín había sido el principal escollo para que los jóvenes de la Junta Coordinadora Nacional pudieran dominar el radicalismo. Entonces, el dirigente de la Juventud Radical, Enrique *Coti* Nosiglia, llamó a copar el entierro para capitalizar políticamente la muerte de Balbín. Según el periodista Darío Gallo, cuando a Nosiglia se le recriminó esa actitud especuladora, se defendió diciendo: “Yo no me hice balbinista. Fui porque ahí enterramos un estilo”. En la iglesia de la Piedad había un solo cartel que se destacaba: Juventud Radical-Comité Nacional.

Con las nuevas generaciones que copaban el partido, la muerte de otro ex

presidente radical fue aprovechada políticamente para polarizar con la última dictadura militar que tuvo el país. Arturo Illia falleció el 18 de enero de 1983 y su entierro fue un acto político multipartidario contra el gobierno militar que se estaba retirando del poder. Su muerte y toda la ceremonia funeraria fueron un escenario ideal para que la dirigencia política del país expresara sus críticas contra la dictadura, que caía a pedazos después del fracaso de la Guerra de Malvinas. Como había ocurrido con Yrigoyen, el gobierno especuló con que el dolor de la sociedad podría aliviar de alguna manera el creciente rechazo hacia los militares. El gobierno del general Reynaldo Bignone envió flores y las condolencias del caso, y como era de esperar fueron rechazadas. Radicales, peronistas, socialistas y ciudadanos comunes confluyeron en las exequias de Illia, en una suerte de unidad nacional *sui generis*. El muerto, también desalojado del poder por un golpe de Estado, se había convertido en un símbolo de resistencia a la dictadura y del regreso a la democracia. En octubre de ese año se realizarían las elecciones que serían ganadas, finalmente, por Raúl Alfonsín, gracias a la cultura necrómana del peronismo. Fue decisiva la imagen del candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias, levantando, en el palco central, un ataúd con los colores radicales rojo y blanco, junto a una corona de flores, y prendiéndolo fuego ante una multitud que asistía al cierre del acto de campaña del justicialismo. El mensaje fue: los radicales están muertos. Los peronistas perdieron las elecciones y Raúl Alfonsín asumió el gobierno. Su propia muerte hizo que la sociedad lo entronizara como el padre de la democracia.

Las prácticas y la cultura necrómanas argentinas aparecieron con toda su fuerza durante aquellos primeros años de la democracia recuperada. Las distintas fuerzas políticas compitieron en una carrera morbosa sobre quién tenía más muertos y desaparecidos —y por lo tanto mérito— para condenar a los dictadores y, ya que estaban, pasarse facturas dentro de los propios grupos políticos, en especial del peronismo. La sociedad conoció con espanto, y otra

parte con cierta perversión, los detalles más atroces de los asesinatos y desapariciones cometidos por los miembros de la dictadura cívico-militar que había manejado el país hasta poco tiempo atrás. Los juicios a las juntas militares revelaron con documentos, radiografías, películas y fotos las inhumanidades realizadas por los represores contra sus víctimas y los cadáveres de sus víctimas.

A pocos días de la primera renovación de gobernadores, el estupor se instaló en la opinión pública con la profanación del cadáver de Perón. Casualmente, *Coti* Nosiglia estuvo sospechado de cierta relación con el operativo del robo de las manos del ex presidente, como también con otro hecho donde la muerte fue la protagonista principal: el copamiento del regimiento militar de La Tablada por parte de un grupo de guerrilleros pertenecientes al Movimiento Todos por la Patria. Se argumentó que la violencia y la muerte fueron para evitar que se realizara un supuesto golpe de Estado. Y los militares, vapuleados a raíz de los juicios por los derechos humanos, se encargaron de la represión al cuartel y también de mostrar cómo habían destruido los cuerpos de los insurgentes. El mensaje fue: seguimos activos y dispuestos a matar más subversivos si hace falta.

Diputado gracias al finado

Quiso el destino que el primer acto político necrómano de la sociedad argentina del siglo XXI tuviera al radicalismo como principal protagonista. Fue gracias a las exequias del ex presidente Raúl Alfonsín —fallecido el 31 de marzo de 2009—, que movilizaron a la sociedad y sorprendieron hasta al propio partido radical.

Una vez más, el instrumento político para conseguir el poder había sido la muerte o un muerto ilustre. Era, cuanto menos, curioso comprobar cómo enseguida las especulaciones más terrenales copaban el sepelio de un líder

político. “La muerte de Alfonsín nos conviene porque pone otra vez al radicalismo como alternativa, como posible oposición, y debilita a nuestros principales enemigos como es el peronismo disidente de De Narváez y Solá, y la Gorda Carrió”, se sinceró un operador del gobernante kirchnerismo. Se refería a las elecciones legislativas que se habían adelantado para el 28 de junio de ese año. Todavía se estaba llorando su deceso cuando gran parte de la dirigencia política se puso a especular sobre el impacto electoral que iba a tener el multitudinario funeral, comparable con el de la muerte de Perón. Así, alumbró el primer acto necrómano del milenio.

Inesperadamente se movilizaron en las calles decenas de miles de personas que, al tiempo que lloraban el fallecimiento de Alfonsín, aprovechaban la oportunidad para hacer reclamos a la dirigencia política del país para mejorar la calidad de la democracia y sus instituciones. Una larga fila de almas compungidas, angustiadas, esperaba bajo la lluvia para ver su cadáver expuesto dentro del Congreso Nacional. Así se rendía culto a la muerte y al nuevo muerto-prócer al que inmediatamente llamaron “el padre de la democracia”. En este último gran funeral de una figura pública argentina renació nuestra cultura necrómana. Como había sucedido con Hipólito Yrigoyen, Eva Perón, Ricardo Balbín, Arturo Umberto Illia y Juan Perón, las exequias de Raúl Alfonsín ya integran el ranking de los más grandes sepelios de la historia contemporánea.

Moribundo aún por un cáncer que no lo perdonó, la prensa había montado guardia en la puerta de su departamento de la avenida Santa Fe al 1600 y esperaba la infausta noticia. Con los reflejos de los que saben oler la muerte y la atracción que ella produce, el periodismo ya tenía listas las necrológicas del futuro muerto. El posible fallecimiento del ex presidente rápidamente desplazó otras noticias que dominaban la agenda de los medios, tales como la ola de asaltos, la inseguridad, el fútbol, las promociones de películas o las polémicas por las elecciones legislativas. Como en 1952, cuando se escuchó

al locutor oficial decir por radio: “A las veinte y veinticinco ha fallecido la señora Eva Perón”, esta vez fue el médico personal de Alfonsín, Alberto Sadler, quien se acercó a los micrófonos de la televisión que transmitía en vivo para declarar: “Lamentablemente a las ocho y treinta de la noche el doctor Raúl Alfonsín ha fallecido”. Fueron sólo cinco minutos de diferencia que, de producirse esa coincidencia temporal, habría transformado a ambos personajes en una pareja de santos milagrosos.

A los pocos minutos de conocida la muerte, empezó a reunirse gente en la puerta de su domicilio. Se prendieron velas en la calle, se dejaron flores, se desplegaron carteles, se gritó su nombre, se lloró y se expresó el dolor ante las cámaras de televisión. Se realizó una cadena de oraciones por su alma. A la mañana siguiente comenzó el velatorio en el Congreso. Más de cien mil personas pasaron frente al cadáver durante algo más de veinticuatro horas. Los canales transmitieron en cadena cada detalle de la ceremonia fúnebre. Todos los políticos desfilaron primero frente a los medios y después ante el ataúd, que estaba en la capilla ardiente del Salón Azul. La escena estaba dominada por los tradicionales ritos católicos, justo con un presidente que había tenido fuertes peleas públicas con la jerarquía eclesiástica: una cruz con Jesús, artesanales candelabros de pie con velas encendidas que, junto a coronas de flores, daban el marco religioso adecuado a la tradición. Alfonsín estaba vestido de traje negro con la banda presidencial, y en sus manos, el bastón de jefe de Estado. A sus pies, la bandera argentina. Los diarios y la televisión se concentraron en la imagen del muerto en el ataúd, demacrado, inmóvil, tocado y besado por la gente.

A medida que fueron pasando las horas su funeral fue creciendo en magnitud, y la conmoción social ganó el espacio público. Como ningún otro, era alabado por propios, extraños y adversarios. Gracias a su muerte los radicales renacieron de las cenizas y recuperaron, casi milagrosamente, un protagonismo público y político que habían perdido hacía muchos años. En

todos los medios, Alfonsín tenía un protagonismo excluyente. Se lo podía ver en sus inicios políticos, en las campañas electorales, como presidente recorriendo el mundo, el personaje íntimo con su familia, polemizando en las tribunas. Las boinas blancas y las banderas radicales, rojas y blancas, invadieron las calles llenas de nostalgia. Se volvió a escuchar la marcha partidaria y los vítores “¡Alfonsín! ¡Alfonsín! ¡Alfonsín!”, además de los cánticos “Volveremos, volveremos, volveremos otra vez, volveremos a ser gobierno como en el 83” y “Se siente, se siente, Raúl está presente”. Todo como si una máquina del tiempo hubiese ubicado a los argentinos en 1983. En su pueblo natal, Chascomús, se suspendieron las clases y las oficinas de la Municipalidad estuvieron cerradas, el Concejo Deliberante canceló la apertura de sesiones y hasta el Club Social cerró sus puertas. En el sillón del Comité Radical donde Alfonsín solía esperar los resultados electorales, se puso su foto con un crespón negro cruzado. Frente a su casa de estilo colonial la gente dejó flores, mensajes, fotos y velas, al tiempo que reclamaba que el velatorio se realizara allí. Se cantó el Himno Nacional y se guardó un minuto de silencio. Decenas de ómnibus partieron desde allí hacia el Congreso formando la caravana del dolor, como se la llamó, en lugar de homenaje y reconocimiento, definiciones que estarían en las antípodas de nuestra cultura necrómana nacional y nostálgica.

Paradoja argentina. Como le ocurrió a Yrigoyen, sólo unos pocos días antes, Alfonsín era para la sociedad un lejano recuerdo, tenía nula presencia en la memoria colectiva. Pero la muerte dignifica, saca del olvido y reivindica. Bastó que pasara a la categoría de muerto para que volviera a vivir, ahora como prócer político de una democracia llena de carencias. De repente, el muerto cobró un poder inimaginable y motorizó un hecho político impensado. Como si fuera un médium entre el espíritu de Alfonsín y la sociedad, la gente hizo revivir los mensajes políticos que repetía el ex presidente. Empezó a hablar compulsivamente de unidad nacional, de la

necesidad de diálogo entre los políticos, de democracia, de república, de honestidad, de un país más justo, de ideologías y utopías. El muerto hizo en los otros el milagro de despertar una conciencia ciudadana adormecida y ausente.

La imagen parecía calcada de los funerales de Perón treinta y cinco años antes. El ataúd en el mismo Salón Azul del Congreso, una multitud por la avenida Callao rodeaba la cureña militar que llevaba el féretro con la bandera argentina, los Granaderos lo escoltaban, las flores arrojadas por el público y, en lugar del líder radical Ricardo Balbín “despidiendo a un amigo” en 1974, se escuchó la chillona voz del peronista Antonio Cafiero que reconocía en el muerto a uno de sus maestros políticos. Si hasta el ex soldado Roberto Vassie, que pasó a la historia por saludar llorando el paso del féretro del General, reapareció en el velatorio de Alfonsín con el mismo sentimiento.

Pasaron los días y la cultura necrómana invadió todo. Por su parte, las especulaciones políticas se multiplicaron. Desde el gobierno vieron que la masiva concurrencia al velatorio de Alfonsín y su protagonismo excluyente en los medios de comunicación —como también la del vicepresidente Julio Cobos— eran un hecho político con fuerte impacto en la opinión pública; eso tendría impacto en las elecciones a favor de sus opositores. Imaginaron que la exaltación de la figura de Alfonsín como un dirigente republicano, pacifista y honesto intentaba en el fondo contraponerse con la creciente imagen negativa que tenía el gobierno en la sociedad. Y se quejaron porque se omitieron los errores y defectos del muerto. “Todos vieron a un Alfonsín bueno y generador de consensos”, protestaba un funcionario en Casa Rosada. Mientras tanto, el oficialista Canal 7 pasaba las imágenes de un Alfonsín que se peleaba públicamente en 1988 con la dirigencia agropecuaria, con motivo de la inauguración de la Exposición Rural. Así, el pasado del muerto era funcional al gobierno en su pelea contra los productores agropecuarios.

Lo cierto es que el cadáver de Alfonsín se había convertido en el principal protagonista de la política nacional. A los ex presidentes Carlos Menem,

Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner se les planteó un dilema del que bien pudo zafar el radical Fernando de la Rúa: cómo ir al velatorio, participar del funeral y darle el último adiós al colega fallecido sin tener que compartir el mismo espacio. Algunos ilusos hasta imaginaron una versión criolla de lo que había sucedido en los Estados Unidos, cuando todos los ex presidentes vivos encabezaron la ceremonia del funeral de Richard Nixon. Pero no, en la Argentina la muerte de un ex presidente alimenta más especulaciones políticas que renunciamentos. Los presidentes de la democracia argentina supieron coordinar horarios para evitarse mutuamente. El muerto ni siquiera los pudo unir. Néstor Kirchner entró por el acceso a la Cámara de Diputados, al otro extremo de donde se realizaba el velatorio, para evitar encontrarse con Julio Cobos, de quien estaba distanciado desde que el vicepresidente hiciera caer con su voto la ya famosa Resolución 125 de retenciones al campo. Acompañado por gran parte del gabinete nacional, estuvo unos minutos frente al cadáver de Alfonsín mientras la televisión llevaba esas imágenes al país. Después fue a saludar a la familia del difunto... y allí se topó con Cobos. No tuvo otra alternativa que saludarlo y escuchar el zumbido de los flashes.

En total fueron tres días de funerales y luto. A las cinco y media de la tarde del 2 de abril, el féretro con los restos de Alfonsín ingresaba en el Panteón de los Caídos en la Revolución del 90 para unirse a los de Alem, Yrigoyen e Illia. La fecha coincidía con un nuevo aniversario de la Guerra de Malvinas, y el gobierno publicó en todos los diarios una solicitada conmemorativa con la lista de todos los muertos. Cero homenaje a los héroes vivos.

Dos horas se necesitaron para que la cureña con el féretro del líder radical recorriera las diecisiete cuadras que van desde el Congreso hasta la Recoleta, el escenario más necrómano de la Argentina. “Raúl, te queremos, gracias por todo lo que nos diste”, “Doctor Alfonsín, fuiste para mí un padre político, el padre de la democracia. Te agradezco todo lo que nos diste”, “Recordarte, Raúl, en tu humildad y decencia, y la lucha por los valores de la sociedad”,

“Raúl, te damos gracias por todo lo que hiciste por el país. No habrá otro”. Así le hablaban al muerto frente a las cámaras de televisión o le escribían en la Web. La página de internet de la UCR colapsó debido a la cantidad de gente que intentaba afiliarse al partido. En *Facebook* se podían leer mensajes, y la gente quería estar junto a la imagen del muerto, por lo tanto “colgaba” fotos personales que tenía con el ex presidente. También se formaron grupos que propusieron que la avenida Santa Fe y el Comité Capital de la UCR llevaran el nombre de Alfonsín y que el 31 de marzo se declarara oficialmente el Día de la Democracia. En *YouTube* ya se habían “colgado” los videos con sus mejores discursos. Hubo homenajes en las escuelas con la participación de funcionarios del área ejecutiva. Un concejal de Lomas de Zamora propuso que una plaza llevara su nombre.

Al tiempo que el cadáver era depositado en la Recoleta con el dolor de una sociedad consternada, los políticos ya habían comenzado a hacer cálculos de cómo se podía capitalizar el fenómeno social y político que había producido el fallecimiento de Alfonsín para las próximas elecciones, y en el gobierno analizaban la manera de retomar la iniciativa pública. Se hablaba del “efecto Alfonsín”, de que Julio Cobos volvía a la UCR y se ponía al frente de la unidad partidaria tal cual se lo había pedido Alfonsín antes de morir. Y empezó a sonar fuerte la idea de que Ricardo Alfonsín sería el hombre clave para capitalizar el resurgimiento partidario y encabezar las listas de candidatos a diputados por la provincia de Buenos Aires. El apellido del muerto se había convertido en un símbolo político que había que aprovechar. El diario *Crítica de la Argentina* lo sintetizó en una imagen en su portada: publicó la foto del hijo de Alfonsín con la misma pose de su padre durante la campaña de 1983, esto es, saludando con sus manos unidas sobre el hombro izquierdo. El parecido físico entre hijo y padre creaba una suerte de reencarnación mediática, y los diarios tendieron un puente imaginario entre los dos cuando un Granadero le entregó a Ricardo en el cementerio el bastón

presidencial de su padre, como lo había hecho en 1983 el general Bignone. Con una cuota de sinceridad, la candidata Margarita Stolbizer pegó el grito: “Lamento que se ponga sobre la mesa la muerte de Alfonsín. Especular electoralmente con algo que tocó a todos los argentinos me parece un espanto”.

A pesar de la congoja general y el clima pro Raúl que habían invadido el país, llegó el baldazo de agua fría ante tanta emoción colectiva. La presidenta de Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini, cargó contra el muerto, ahora como nuevo prócer santificado, y dijo que Alfonsín había perdonado a los genocidas, que su gobierno había intentado echar a las Madres de la Plaza, que las había acusado de antiargentinas, y que para él eran madres de terroristas. Bonafini acusó a los que lloraban su muerte de ser hipócritas. Como si se tratara de una pelea de vedetes, inmediatamente los radicales salieron a contestarle. Le dijeron que era una intolerante, que cerrara la boca y que explicara en qué usaba los fondos que el Estado le daba.

Después de las exequias la gente comenzó a peregrinar al santuario radical de la Recoleta. Iba para ver el féretro, sacarse fotos, chusmear sobre lo que se había vivido en los últimos días, dejar más flores, rezar y seguir exaltando la figura del ex presidente. Hubo una incipiente movida para construir un mausoleo en Chascomús con el fin de albergar el féretro del ilustre vecino y con la intención de que con cadáver de Alfonsín allí se incrementara el turismo histórico, esa nueva modalidad de usar a los muertos ilustres como atractivo de la curiosidad social y comercial. Sin embargo la idea no prosperó, y a unos cincuenta metros del mausoleo radical de la Recoleta se terminó de acondicionar la bóveda que lo albergará para siempre, con busto y el Preámbulo de la Constitución puesto en la pared. Su inauguración formal tuvo lugar el 30 de octubre de 2009, con un acto político en el que se destacaron las palabras de Julio Cobos, a cuya alta imagen positiva en la opinión pública los radicales de hecho le condonaron su expulsión de por vida

de la UCR por aliarse al peronismo y le pusieron a disposición el templo donde yacen los restos de Alfonsín. Una vez más los intereses políticos se depositaron en una tumba. Y allí estuvo todo el periodismo para hablar del muerto, de que los radicales se unieran y del deseo de muchos de sus seguidores vivos de que Cobos volviera a las filas partidarias para ser candidato a presidente. Luego se descubrió una placa en la puerta del edificio donde vivió y, para los necrómanos, donde murió. ¿Descansará en paz el ex presidente Alfonsín, como no lo pudo hacer el ex presidente Perón?

CAPÍTULO 4

Santificarás a tus muertos

Los santos populares no son modelos de virtud.

Todos los muertos hacen milagros.

De la antropóloga ELOÍSA MARTÍN

*Son ángeles que se los llevó Dios
porque los necesitaba en el cielo.*

De uno de los padres de las víctimas de Cromañón

Aquí está Rodrigo, está aquí con nosotros.

De la madre del bailarero *Potro* Rodrigo
en el momento en que se cayó un cuadro en su casa

Las devociones por los santos paganos se construyen a partir de la muerte trágica de una figura popular. Se suele decir que los elegidos de los dioses mueren jóvenes y de forma violenta. Y en todos los héroes populares

prevalece una figura de ángel o duende, hasta en la muerte.

Un santo popular que resulta la esencia misma de la argentinidad es, sin duda, Carlos Gardel. Comenzó en los bajos fondos, que representaban a los pobres y a los inmigrantes, y conquistó Nueva York y París. Todo un ideario de la idiosincrasia nacional, vigente hasta nuestros días. Gardel representaba un símbolo para aquellos años y aún preserva esas cualidades distintivas para el imaginario colectivo. En esto se diferencia totalmente de los santos paganos surgidos y puestos en el altar de la devoción religiosa por los más pobres.

Carlitos fue entronizado como santo y mito gracias a su trágica muerte ocurrida el 24 de junio de 1935, y enseguida pasó a formar parte importante de la cultura necrómana argentina. Todavía hoy se discute cómo sucedió esa fatalidad. En pleno auge de su popularidad, su avión se estrelló en Colombia y él murió carbonizado junto a casi todos sus acompañantes. Increíble, para aquellos años. El fuego apagó para siempre una de las voces más queridas que hasta entonces había dado la música popular. Fue una catástrofe que los titulares de los diarios de la época y la radio transformaron en un drama social. Ya en vida, Carlitos era un ídolo que se encaminaba a ser una gloria imperecedera. Como en tantos otros casos descritos en este libro, su condición de muerto inesperado fue la clave para que la gente lo llevara a la categoría de mito, santo, milagroso y eterno, y quedara inmortalizado en la memoria y las emociones de millones de personas. Por eso el recuerdo de la gente se congeló en el preciso momento en que pasó de estrella a muerto y víctima. El reconocido poeta Ulyses Petit de Murat lo explicó así: “La muerte, al fijarlo inamoviblemente en una imagen sonriente, feliz, entradora, clara, varonil, porteña, de una juventud arrasadora, sellaba un destino que explican sus fotografías en los taxis de México, en los tabucos de Panamá, en los bares de Tucumán o Lima, o los afiches de sus películas siempre repetidas desde Santiago de Cuba a Tacuarembó: estaba en el pueblo y ahí se quedó”.

La Argentina de los años treinta se estremeció al saber de su trágica

desaparición. A diferencia de lo que ocurre hoy —cuando un cantante fallece es despedido en el cementerio cantando su música—, dos días después de la muerte de Gardel se estableció por decreto la prohibición de cantar durante veinticuatro horas. Tuvieron que pasar ocho meses hasta que sus restos llegaran al país, recorriendo un largo periplo en barco que los llevó por Cartagena, Nueva York, Montevideo y Buenos Aires. Aquí, una multitud rodeó y acompañó al ataúd. La creencia popular estaba convencida de que allí dentro estaba el cuerpo del Zorzal Criollo cuando, en realidad, sólo había un puñado de cenizas que era imposible determinar científicamente si pertenecían a él. Al pueblo eso no le interesaba. Había que llorar a Gardel muerto. Para el imaginario colectivo, en ese sarcófago estaba el que había desaparecido trágicamente después de ser un ídolo mundial.

Fue velado en el Luna Park el 5 de febrero de 1936. Un espectáculo multitudinario inimaginable para la época y sólo comparable hasta esos años con el de Hipólito Yrigoyen en 1933. A las nueve de la mañana del día siguiente, una carroza tirada por caballos partió desde la entonces calle Corrientes hasta el cementerio de la Chacarita, donde más de treinta mil personas asistieron a su entierro. El poeta Raúl González Tuñón escribió sobre el impresionante evento: “Un pueblo lo lloraba, y cuando el pueblo llora, que nadie diga nada, porque está todo dicho”.

Provisoriamente se lo instaló en el Panteón de los Artistas, y un año y medio después se construyó el mausoleo con la imponente estatua de bronce que recrea las formas de un Gardel vivo, eterno.

Desde entonces, su tumba es un santuario popular adonde acuden sus admiradores en cada aniversario, lógicamente, de su trágica muerte. La gente deja toda clase de testimonios: un clavel colocado en la solapa izquierda del saco, un cigarrillo encendido en su boca, placas recordándolo y rindiéndole homenajes —eso sí, homenajes centrados en el día en que se convirtió en cenizas—. El lugar está sembrado de mensajes y exvotos que le atribuyen

milagros provenientes de los más remotos lugares: México, Colombia, Puerto Rico, Ecuador, Uruguay, Brasil, los Estados Unidos y Japón. Abundan leyendas ingenuas y sentimentales: “Carlitos, tu mina inspiradora, Rosa”; “Carlos Gardel: Por los Favores Recibidos, Elena de Corrientes”. De las cerca de trescientas placas colocadas en su tumba, más de la mitad se refiere a los “milagros” de Carlitos: angustias de amores que fueron aliviadas, enfermedades curadas, nuevos y prometedores trabajos, la casa que siempre se soñó y es una realidad, todo gracias a la intermediación de San Gardel. En su tumba se encienden velas, se hacen pedidos y se toma mate a los pies de su estatua. Incluso varios escritos literarios intentaron resucitarlo, difundiendo historias de un Gardel que se había salvado en el accidente y que andaba errante por la vida sin que lo reconocieran. Es la fuerza del fantasma. La antropóloga Eloísa Martín tiene una explicación de por qué se producen estas transformaciones en la gente que son ajenas a las religiones clásicas: “Hay gente que dice que no es santa, aunque sí hace milagros, ya que desde cierta visión todos los muertos hacen milagros”.

A pesar del lugar de mito en la historia, los restos de Gardel seguirían siendo obsesión de muchos vivos. Su trágica muerte, las causas del accidente, si hubo o no una pelea en el avión que estaba por despegar, y si con motivo de esa pelea el piloto recibió un tiro en la cabeza forman parte de versiones y especulaciones tan extensas que sólo pueden ser comparadas con el misterio del verdadero lugar de su nacimiento. Aún se discute si fue en Francia, Uruguay o la Argentina. Los uruguayos dicen que los padres biológicos del cantante fueron, en realidad, Carlos Escayola y María Leila Oliva. Según esta versión, Gardel habría sido hijo ilegítimo, y fue Berta Gardés quien se encargó de su crianza. Esta teoría se basa en un trámite realizado ante el consulado de Uruguay en Buenos Aires en octubre de 1920, donde constaría que Gardel habría nacido en Tacuarembó. El Centro de Estudios Gardelianos explicó que, en verdad, el Zorzal habría conseguido documentos uruguayos

con el fin de presentarlos en Francia para eludir el servicio militar durante la Primera Guerra Mundial. Y se recuerda que en el testamento del año 1933 afirmaba que había nacido en Francia. Otra versión cuenta que el ex embajador venezolano en Uruguay, Juan Moreno Gómez, entregó a la Fundación Carlos Gardel, de Tacuarembó, una copia de una cédula de identidad emitida en Nueva York donde constaría que Gardel habría nacido en Uruguay y que después se habría nacionalizado argentino.

Como ocurre con San Martín, el origen de Carlos Gardel también es un tema casi tabú, una cuestión de Estado con pasiones nacionalistas. ¿Cómo resolver el enigma? ¿Dónde buscar la supuesta y la deseada verdad? En lo que quede de él. Entonces, ¿qué mejor que echar mano del muerto? Esto es, revolver su tumba para satisfacer esa necesidad egocéntrica de algunos seres vivos que en su intimidad querrán decir: ¿viste?, yo tenía razón.

Pero en 2004 la jueza argentina Fabiana Schafrik calmó los ánimos necrómanos y denegó la exhumación del cadáver, aunque dictaminó por su cuenta que Gardel había nacido en Toulouse, Francia, el 11 de diciembre de 1890.

Sin embargo, unas fotografías del pequeño Carlitos en Uruguay reactivaron las tentaciones de remover su paz eterna. El Congreso uruguayo se ocupó del caso tras conocerse las imágenes de Gardel cuando era niño en un colegio de Montevideo. La revelación había sido hecha por la investigadora argentina Martina Iñiguez, y las fotos fueron presentadas como evidencia al Parlamento de Uruguay. Fue entonces cuando, en julio de 2008, la diputada uruguaya Beatriz Argimón pidió otra vez la exhumación de sus restos para efectuar estudios genéticos. Se sigue esperando que alguien autorice la apertura de la tumba de Gardel para saciar la curiosidad, no exenta de morbosidad. “¡Pobre Carlitos!”, bien podría rezar una nueva placa de bronce en el lugar de su último descanso. ¿Último?

Héroes y muertos

Los llamados santos populares suelen ser adorados por los pobres, pero también los ricos acuden a ellos cuando la necesidad los apremia. El rito siempre es el mismo para todos: pedirle o agradecerle algo al muerto y usarlo como intermediario con lo divino. Hay categorías de estos muertos santos y paganos. Están, por ejemplo, los llamados bandidos justicieros, que se distinguen como una clase bien definida: en vida cometieron fechorías a favor de los más necesitados, solían robar a los ricos para ayudar a los pobres y murieron de manera trágica a manos de la represión policial. El historiador Hugo Chumbita ha dedicado muchos años al estudio de estos personajes consagrados en el altar. Para él, su santificación está fuertemente ligada al lugar donde vivieron y a las circunstancias crueles o injustas en las que los mataron. Y esa tragedia se expresa en la tumba del difunto. Al muerto santo se le atribuye la capacidad de hacer milagros, y sus seguidores se reúnen en los lugares immaculados a consagrarlo siempre en los aniversarios de su muerte. Para el investigador en esta dimensión, estrechamente vinculada con el pensamiento mágico, el sacrificado, es decir, el asesinado, se convierte inmediatamente en mediador con los poderes superiores que rigen el bien y el mal. O sea, interceden por los vivos ante Dios.

El caso más apasionante y popular de estos santos paganos que empezaron a ser seguidos después de sus trágicas muertes es el del Gauchito Gil. Su verdadero nombre era Antonio Mamerto Gil Núñez y vivió entre 1830 y 1870. Eran tiempos difíciles del país, marcados por sangrientas luchas políticas. Muchos ven en él una especie de Cristo criollo crucificado, un santo que no fue canonizado y ni siquiera está en proceso de serlo. Igual, la Iglesia reconoce la fe popular que hay hacia él y le rinde homenaje como fiel difunto de “cristiano ejecutado”, acompaña las peregrinaciones y celebra misas en su memoria. Tal es el fervor popular que el rector emérito del Santuario de la

Virgen de Itatí, padre Pánfilo Ortega, llegó a decir que el Gauchito Gil “es en definitiva sólo transmisor de nuestras oraciones a Dios. Para con los santos o con la Virgen. Ellos llevan nuestro ruego al Señor. Por eso la Iglesia no avala la santificación del gauchito pero acompaña de alguna manera”. Los seguidores de este santo pagano quieren que su imagen sea cobijada por todas las iglesias de Corrientes.

El Gauchito Gil fue un desertor y un matrero. Se sabe que no quería matar a nadie. Su lugar de acción era Corrientes, y dicen que, por negarse a pelear en el bando de los liberales, los soldados de una partida lo localizaron, lo degollaron y lo colgaron cabeza abajo porque no soportaban la mirada del muerto. Otras historias cuentan que lo asesinó la policía en una emboscada, también que perdió la vida en un duelo entre gauchos, y hasta existe una versión que sostiene que, como desertó del Ejército, se vieron obligados a fusilarlo. Su crimen fue en el paraje de Mercedes, donde más tarde se construyó el santuario al que acuden todos los años cientos de miles de personas. Su popularidad *post mortem* no se origina en una santidad divina sino en que la gente se identificó con él como una víctima de la injusticia del sistema. De hecho, muchas de las súplicas y los pedidos que hacen sus fieles seguidores son en reclamo de justicia terrenal. Encarnó a esa clase social sin derechos ni justicia, marginal. Fue una especie de vengador solitario que impuso justicia a su manera, y eso lo llevó a ser amado por la gente del campo, de los pueblos y, finalmente, de todo el país. Y como todo santo popular, es milagrero. El primer milagro lo hizo para ayudar a su propio asesino, un sargento de la policía. Cuenta la leyenda que, antes de que lo mataran, el Gauchito Gil le dijo a su verdugo: “Tu hijo está enfermo y yo voy a pedir que se cure”. Dice el relato oral que cuando el policía llegó a su casa se enteró de que su hijo había estado a punto de morir, y que estaba empezando a recuperarse. El milagro había ocurrido, y comenzó la fama de curador y salvador. “Vengo a agradecer todos los años por la salud de mi hija, que

estuvo en lista de espera diez años para un trasplante de riñón. Después que le pedí, se hizo el milagro y mi hija está bien”, comentó una formoseña. Otra mujer, llamada Claudia, dijo tener una nieta a la que le diagnosticaron leucemia a los tres años y que gracias al Gauchito Gil se sanó.

Impresiona ver la cantidad de personas que recorren kilómetros y kilómetros desde todas partes del país para reunirse en el lugar donde murió, que es su santuario, para venerarlo y hacerle pedidos de ayuda o agradecerle los milagros realizados. Con calores que promedian los 40 grados, muchos días antes de la fecha en que el Gauchito Gil fuera asesinado, la ruta 123 se llena de autos, camiones, ómnibus, motos y caballos. Para recordarlo, los santuarios y los altares se fueron multiplicando a lo largo y a lo ancho del país. En las rutas, en las entradas a los pueblos y hasta en la misma ciudad de Buenos Aires sus pequeños templos son rápidamente identificables por las banderas, las cintas, los crespones y los estandartes de color rojo que son imposibles de eludir a los ojos. Los fieles embanderan miles y miles de árboles, pilares y paredones con ese color rojo, que identifica lo federal pero también la sangre. Esta devoción popular se expresa en los acoplados de los camiones y hasta en el subterráneo de Buenos Aires. Comenzó siendo venerado en el campo y se instaló luego en las ciudades. Con una gran fiesta, bailes y salvas de bombas, su muerte es “celebrada” con fervor popular y necrómano todos los 8 de enero.

El bandolero milagroso

Otro santo popular de origen rural es el bandolero Juan Bautista Bairoletto. Hijo de inmigrantes piemonteses, nació en 1894 en la provincia de Santa Fe. Siendo niño quedó huérfano, y de grande arrendó una chacra en el entonces territorio nacional de La Pampa Central, donde los campos eran administrados por compañías colonizadoras. Fue una especie de Robin Hood de la época,

que se movía en las casas de juego y los prostíbulos. Asaltante de caminos, se lo consideraba un vengador de los sufrimientos de sus amigos y un justiciero fuera de la ley. Así se convirtió en un personaje muy popular entre los paisanos y los marginales de los pueblos por los que solía pasar.

Cuenta su biógrafo Hugo Chumbita que Bairoletto era rubio y delgado, y que aprendió a jinetear acompañando los arreos de su padrino tropero. En 1919 mató a un gendarme de la policía que lo había vejado, disputando los amores de una prostituta. El caudillo yrigoyenista del pueblo lo convenció de entregarse bajo su protección, y fue absuelto por la Justicia tras pasar un año y medio preso. Allí se vinculó con dirigentes anarquistas que por aquellos años lideraban las huelgas. Sirvió de matón para el comité radical, siguió teniendo problemas con la policía y estuvo preso otros dos años por una riña. Volvió a ser detenido por robo, hasta que en 1925 se escondió en el monte y comenzó a asaltar empresas y campos. Fue protegido por hacheros, colonos, puesteros y paisanos indígenas que encubrieron sus andanzas, y siempre le agradecían sus servicios con regalos y favores especiales. En 1930 se involucró en los movimientos revolucionarios, y se le inició una causa por asociación ilícita. Anduvo por Río Negro y Neuquén y, por medio de sus relaciones con los anarquistas, en 1937 se unió con Mate Cosido —otro posterior santo rural— y juntos asaltaron a mano armada La Forestal del Chaco, una compañía monopólica extranjera odiada por los pobres.

Aunque la policía lo perseguía, era un fantasma al que era imposible descubrir, y menos atrapar. Cansado de llevar esa vida errante e ilegal, en los años cuarenta y con el nombre falso de Francisco Bravo se retiró y formó familia con Telma Ceballos, radicándose en el departamento de Alvear, Mendoza.

Pero la policía pampeana se la tenía jurada y hasta allí lo siguió. Lo encontraron en su casa. Dicen que se resistió a ser arrestado y que murió en el encontronazo armado. En realidad, él mismo se disparó un tiro en la cabeza al

verse rodeado y sin salida. Con su muerte nacieron el mito y un nuevo santo al que venerar. Su popularidad era tal que lo tuvieron que velar en el comité del Partido Demócrata. Había sido asesinado un justiciero de los pobres. A su funeral asistieron miles de personas llegadas de distintas partes, especialmente desde La Pampa. Sus restos descansan en el cementerio de Alvear, en un pequeño mausoleo levantado con las contribuciones de sus fieles. Una comisión popular de homenaje remodeló su tumba y reconstruyó como ámbito de celebración el rancho en el que vivió sus últimos días. Bairoletto es un símbolo para mucha gente del país, pero para los paisanos de Mendoza, además, es un intercesor con la divinidad. Su violenta muerte desarrolló un culto que se manifiesta todos los 2 y 11 de noviembre, cuando sus devotos encienden velas en su tumba. Le piden trabajo, salud, solución a problemas de amor. Concurren hombres y mujeres que ofrendan flores, crucifijos, placas y objetos diversos para pedirle, como a la mayoría de los santos populares, que proteja a sus familias y sus trabajos. Algunos, incluso, recorren de rodillas la distancia que hay entre la entrada del cementerio y su sepulcro. Recuerda Chumbita que aún hoy muchos pampeanos se ufanan de que sus abuelos “protegieron” al bandolero Bairoletto y continúan relatando historias fantásticas de su derrotero. Fue el último “gaucho alzado”, que marcó el fin de una época y que también tiene la categoría de santo y milagrero.

José Dolores Córdoba fue un ladrón muy querido por los pobres que cayó en una celada de la policía. Se cree que nació en 1805, y lo mataron el 2 de noviembre de 1858 cuando iba al rancho de su compañera, en un paraje del departamento de Pocitos, hoy parte de la localidad de Rawson, provincia de Chubut. En el viejo “callejón de Dolores”, ahora una calle asfaltada que lleva su nombre por disposición municipal, se levantó un templo profusamente adornado que es el centro del peregrinaje. La “Unión Promesantes de José Dolores”, con su imagen a caballo, es una postal que expresa que “sacrificó su vida en aras de los humildes”, y transcribe una oración en la que se suplica a

Dios que “le concedas un lugar en compañía de tus santos”. Y hasta los estudiantes lo veneran y le piden ayuda en vísperas de exámenes.

En el antiguo cementerio municipal de Las Heras, Mendoza, para llegar hasta la tumba del gaucho de origen chileno Juan Francisco Cubillos hay que atravesar las veredas flanqueadas por imponentes monumentos funerarios de granito lustrado con los apellidos de las familias más aristócratas. Comenta Juan Draghi Lucero que la gente pasa de largo por las tumbas de los ricos y maldice lo gastado allí porque cree que con ese dinero se podrían haber construido muchas casas para los pobres; es la gente que rodea con sus demostraciones de cariño y respeto la sencilla tumba de Cubillos. Unos versos anónimos que se entregaban a los visitantes hacían referencia a esta paradoja: “Yo soy el gaucho Cubillos, trenza de santo y ladrón, pues no soy mejor que nadie ni ‘nadie’ es mejor que yo”.

Nacido en 1868 en la provincia chilena de Curicó, tenía apenas dieciocho años cuando empezaron sus desventuras. Era un joven moreno, más bien alto y de buen aspecto. En 1887 vivía en Tunuyán y, luego de una excursión con un grupo de muchachos por San Luis, volvió montando el caballo robado a un comisario. Arrestado en el cuartel de policía, se escapó y se alzó con más caballos ajenos para refugiarse en casa de otro chileno en la zona de Maipú. Lo detuvieron y se escapó varias veces más. En septiembre de 1889, acusado del robo de unas prendas en una tienda de Godoy Cruz, resistió a balazos a un agente que intentó detenerlo y huyó, pero luego fue arrestado. Tras un año en la cárcel, se fugó nuevamente y le perdieron el rastro. Cuentan que en esa época sus amores clandestinos con la esposa del patrón acarrearón una tragedia: cuando Cubillos ya se había marchado del lugar, el marido se enteró del engaño de su mujer y le entregó un arma, con la que ella se pegó un tiro. Durante un tiempo anduvo por la ciudad de Mendoza, burlando la persecución policial gracias a la simpatía de la gente pobre y sin que nadie se atreviera a denunciarlo. Pero en noviembre de 1894 lo descubrieron en la zona de Las

Heras, fue perseguido y finalmente rodeado por el comisario Videla y otros agentes. Tras vaciar las armas de fuego, *Pancho* Cubillos y el comisario se desafiaron a pelear mano a mano; el gaucho se defendió a cuchillo y boleadoras, pero al final los cinco hombres que acompañaban al comisario lo redujeron aplicándole una tunda de talerazos, tajos y golpes. En abril de 1895 huyó nuevamente de la penitenciaría, con otro preso y con un centinela que los ayudó. Un par de meses más tarde, al trascender que andaba por las minas de Paramillo, en Uspallata, una comisión policial fue enviada para traerlo “vivo o muerto”. El cabo Juan Carrizo y el agente Quinteros se infiltraron en el lugar haciéndose pasar por mineros. Lo encontraron por la madrugada en un rancho y lo ultimaron de varios tiros y puñaladas. Según el parte, el prófugo los agredió o se resistió y, como siempre ocurre, la otra versión contó que lo sorprendieron mientras dormía. Los obreros de las minas se opusieron a que los policías se llevaran el cadáver, querían velarlo en el lugar. Pero no pudieron cambiar la decisión oficial. Trasladaron el cuerpo en tren y una muchedumbre fue a esperar su llegada a la estación del Ferrocarril Trasandino. Desde entonces los paisanos acuden a su tumba, especialmente los lunes, “día de ánimas”, para colocar velas, rendirle homenaje y solicitar gracias. Al principio eran una modesta cruz y su retrato, que muestra un rostro barbado. Luego, una comisión popular reunió fondos para adquirir un lote y construir una sepultura digna de su memoria, a la cual trasladaron sus restos en 1925. Entre las coloridas ofrendas florales y los exvotos de toda clase que la cubren, numerosísimas placas de metal o simples textos escritos a mano muestran la gratitud por sus milagros. Las láminas con su imagen, a veces borrosa pero inconfundible, se pueden ver en cualquier rancho o casa humilde de Mendoza, en esos pequeños altares domésticos donde arden las velas invocando su protección. Dicen que al santo gaucho Cubillos no se le pueden pedir lujos, sino que debe tratarse de “algo serio”, y que “es muy cobrador”, pues si alguien olvida lo que prometió se le aparece para recordárselo. No

quiere plata, sólo pide que se acuerden de él y que la policía no se acerque a su tumba.

También está el caso de Andrés Bazán Frías, alias el Manco o también el Zurdo, otro bandido criollo que robaba y repartía su botín entre los pobres y que su muerte lo santificó. Su deseo más profundo era asaltar la cárcel para liberar a todos los presos. Después de una vida sinuosa, de detenciones y períodos de prisión, en 1923 una partida policial lo localizó y logró pegarle un tiro en la cabeza cuando saltaba, en su huida, el muro del cementerio del Oeste de la ciudad de Tucumán. Consiguió traspasar el muro y cayó muerto entre las tumbas. Otra víctima de la policía que los más pobres comenzaron a venerar. La particularidad de este santo es que sus seguidores rezan, dejan flores y velas tanto en el paredón del cementerio donde le pegaron el tiro como en su tumba, que está a metros de allí.

Félix Coluccio cuenta en su libro, *Cultos y canonizaciones populares de la Argentina*, la increíble historia de una santa: María Antonia Deolinda Correa, popularmente conocida como la Difunta Correa. Ubica su vida a mediados del siglo XIX, en la provincia de San Juan, cuando la Argentina se debatía en las luchas entre federales y unitarios. El gobernador de la provincia por esos tiempos era Juan Plácido Fernández Maradona, muy amigo de Pedro Correa, el padre de Deolinda. Al morir el gobernador, la familia Correa quedó desamparada y sin apoyo, y don Pedro se transformó casi en un perseguido político, tanto que tuvo que irse al exilio.

La historia oficial difundida por la página web de la Difunta Correa narra que Deolinda era una hermosa mujer de quien un comisario de la zona se enamoró perdidamente. Con el fin de conquistarla, pergeñó la siguiente estrategia: reclutó para las fuerzas montoneras al esposo de Deolinda, Baudilio Bustos, y de esa manera ella se quedó sola con su pequeño hijo y a merced de quien la pretendía. Pero ella no soportó la separación y emprendió con la criatura la huida, siguiendo las tropas de su esposo que se dirigían a La

Rioja.

El largo camino, la sed, el calor y el cansancio minaron sus fuerzas. Deolinda cayó rendida en la cima de un pequeño cerro. Unos arrieros de la zona vieron unos caranchos sobre dicho cerro, se acercaron y hallaron a la joven muerta y al niño mamando de uno de sus pechos. La criatura se salvó y Deolinda fue sepultada en la zona del Vallecito, en la cuesta de la sierra Pie de Palo. Al conocerse la noticia de la tragedia vivida, la gente comenzó a visitar el lugar donde fue enterrada y a llevar flores y distintas ofrendas. Con el tiempo se construyó allí un oratorio. Así, Deolinda pasó a ser la mujer que por amor a su esposo se transformó en la santa Difunta Correa, venerada por sus milagros y curaciones. Sus devotos hicieron del lugar donde cayó muerta en la montaña un paraje adornado con los regalos más impensados. Además de las clásicas flores, las placas, los mensajes y las hileras interminables de botellas con velas, se pueden encontrar muletas, trajes de novia, camisetas de fútbol de clubes de primera división, partes de autos, bicicletas enteras, retratos y cuanto elemento represente el agradecimiento de la gente por el milagro cumplido. Hay infinidad de relatos de sus milagros, todos transmitidos oralmente y venerados por la gente que la sigue. La devoción popular fue invadiendo las ciudades y compitiendo en importancia con otros santos paganos. La difusión de la santidad de la Difunta Correa se extendió por todo el país. Poetas y cantores le dedican coplas y canciones, los hombres de campo le piden protección para sus cosechas y agua para sus siembras, los que tienen una deuda la consideran su protectora, y las madres que no pueden amamantar a sus hijos le elevan oraciones para que ella les dé la leche de la que carecen. De alguna manera la Difunta, es decir, la muerta, continúa viviendo para la gente, que le sigue dejando agua para que nunca más tenga esa sed que la llevó al final.

El mito de la Difunta Correa resulta interesante porque es ancestral, con raíces tanto en los más pobres cristianos como entre los indígenas. La Iglesia

Católica no pudo apropiarse enteramente de él porque no hay mito equivalente en la cultura occidental cristiana que pueda ser reformulado y cooptado: mamar de un cadáver y tomar vida de la muerte ubicaron a la pobre Deolinda como santa pagana. Como ocurre con el Gauchito Gil, es curioso comprobar cómo el catolicismo tomó a esta santa popular y le agregó elementos que la acercan a la ritualidad cristiana, tales como la cruz, aunque se venere en altares propios y fuera de los templos. Resalta la importancia de fidelidad marital de Deolinda, que huyó al desierto para no ser mancillada por quien la pretendía pues era una mujer casada. Un ejemplo de fuerte simbolismo de fidelidad cristiana.

Un caso de fidelidad cristiana con un santo popular es el del indio Ceferino Namuncurá, fallecido en Roma el 11 de mayo de 1905 y beatificado por la Iglesia en noviembre de 2007. Sus restos fueron repatriados en 1923 en el vapor *Ardito* y depositados en el Fortín Mercedes, en la localidad bonaerense de Pedro Luro. Durante un tiempo sus restos estuvieron casi al aire libre; incluso era posible ver sus huesitos a través de una ranura en la parte superior de la urna. Desde entonces el lugar se convirtió en un centro de peregrinaje de devotos, que le atribuyeron al indio santo toda clase de milagros. Con el objeto de cumplir con los pasos de su beatificación hubo que exhumarlo para el reconocimiento oficial del Vaticano. Fue así como se abrió una urna mayor y se extrajo del interior una más antigua, se leyeron diversas actas que estaban depositadas en un tubo metálico y los médicos procedieron a reconocer los huesos verificando que se encontraban en buen estado de conservación. Y se volvieron a guardar. Pero el lío se armó en el pueblo cuando descendientes mapuches solicitaron a la Iglesia la devolución de los restos de Ceferino a su lugar de origen, pedido al que accedió el papa Benedicto XVI disponiendo que se los trasladara. Los vecinos de Pedro Luro se movilizaron para impedirlo argumentando que hacía ochenta y cinco años que estaban allí, que el lugar había sido declarado patrimonio histórico y cultural de la provincia

de Buenos Aires y también que la comunidad vivía del turismo que el santito milagroso aportaba. Sin embargo, por más oposición y gestiones ante las autoridades que hicieron, el poder del Vaticano fue mayor. Finalmente, y enojadas por lo que sentían como un despojo injustificado, más de un millar de personas despidieron en Fortín Mercedes lo que quedaba del indio al tiempo que sus seguidores se quejaron porque querían más tiempo para hacerle una gran fiesta de despedida. Se tuvieron que conformar con una misa. Entre cantos, llantos de familias enteras y cámaras de televisión, la urna salió del templo, fue subida rápidamente a un auto que partió a toda velocidad con custodia policial para recorrer 850 kilómetros hasta la comunidad mapuche de San Ignacio, en Junín de los Andes. La gente quedó indignada porque no pudo acompañar por última vez a Namuncurá, que había sido el gran personaje del lugar por varias generaciones, a su nuevo lugar de descanso, y entró en un duelo que no se detuvo. “Huyeron como ladrones”, exclamaron, y tuvieron que conformarse con venerar simbólicamente la urna de madera que contuvo a la original.

Morir en la ruta

Otra mujer trágicamente fallecida y santificada después de muerta es la cantante Gilda. Encontró su fin en 1996 cuando el ómnibus que la llevaba chocó de frente contra un camión. En el accidente ocurrido en la localidad de Chajarí fallecieron también su hija, su madre y uno de sus músicos. No había cumplido los treinta y cinco años y estaba en el mejor momento de su carrera como cantante popular. Su nombre verdadero era Miriam Alejandra Bianchi y fue su madre quien empezó a llamarla Gilda en homenaje a la película del mismo nombre que protagonizó Rita Hayworth. Su vida fue como la de cualquier muchacha de clase media argentina. Estudió para maestra y luego empezó a aprender teatro hasta que se dedicó a la música tropical. Su

velatorio fue muy sencillo, pero cuando el cortejo llegó a la Chacarita había una multitud que la esperaba y la lloraba al tiempo que se escuchaban sus temas más exitosos. En la galería 24, su lápida lleva el número 3535. Nunca está en calma. Siempre hay fanáticos que pegan pósters en los nichos, sacuden el polvo de las flores y despliegan trapos con inscripciones de su amor declarado eternamente. Los deudos principales son miembros de su club de fans “No me arrepiento de este amor”. El presidente del grupo, Gastón Alarcón, sostiene directamente que Gilda es el ángel de la movida tropical. Su muerte inesperada generó el culto por su alma bondadosa. Dicen que el primer milagro lo hizo a los pocos días de su trágica muerte. Doña María, una mujer de rasgos indígenas, no podía caminar y después de ir dos veces a rezarle, obviamente donde Gilda había muerto en la ruta, volvió a mover sus piernas. “Estuve enfermo, tenía esclerosis múltiple, plomo en la sangre, y estuve cuatro meses sin caminar”, contó Marcelo Coria, un morocho aferrado a dos bastones quebradizos que viajó desde Moreno. “Ahora camino gracias a ella.”

Silvia Corazón Valiente quiere ser una estrella musical como Gilda; es autora y cantante. Un día se hicieron una promesa, entre santa y devota, y se la cumplieron mutuamente. “Me salió un juicio bien, y ahora yo le cumplo la promesa de grabar un CD con todas sus canciones. Gilda es una intercesora entre nosotros y Dios. Pero yo también voy a la iglesia. Creo en los santos católicos”, explicó mientras costureras, heladeros, ex policías y amas de casa le piden “¡Cantale algo, Silvia!”. Los fanáticos de Gilda suelen llevar la bandera con el mensaje “La leyenda continúa”. Mientras Silvia se acomoda para cantar, otros seguidores de la bailantera besan un rosario, lloran y entonan sus melodías mirando al cielo.

La socióloga Eloísa Martín se ha dedicado a estudiar este ritual pagano. Se recibió de socióloga en la Universidad de Buenos Aires. Luego hizo una maestría en Antropología Social en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, en Brasil, donde empezó a investigar temas de religiosidad popular. Su

tesis doctoral fue, precisamente, el caso de “Santa Gilda”. Trabajó durante dos años conviviendo con los devotos de la cantante muerta. Según los testimonios que recogió, hay gente que dice que Gilda en realidad no es santa, pero hace milagros. “Descubrí una mirada según la cual el milagro es algo cotidiano, normal.”

La especialista detectó que el grupo más cerrado que sigue a Gilda todos los fines de semana es el de los pibes de la hinchada de San Lorenzo. Marcan claramente la diferencia con las expresiones femeninas, porque las mujeres suelen llorar en la tumba. A los travestis los echan, no los quieren. Hay gays, pero con ellos la relación es distante. Martín sostiene que una persona puede ser católica practicante y al mismo tiempo explorar el mundo de los curanderos para sanarse, y si es necesario rezarle y hacerle promesas a Gilda. El estudio de la especialista descubre que los hombres expresan su devoción por ella con el esfuerzo físico y con dinero. “Son dos pilares básicos de masculinidad en los sectores populares. Hacen grandes donaciones, alquilan un colectivo para ir al santuario o van en bicicleta. Para ellos, esta devoción los hace más hombres”, explica la especialista.

Con los años, la devoción popular colocó a Gilda en un lugar intocable. Dicha devoción continúa siendo construida por sus seguidores y también por los medios de comunicación, que en cada aniversario explotan marketineraamente su trágica muerte con ediciones o programas especiales de televisión con los clásicos testimonios lacrimógenos de amigos y familiares, y repiten sus videos cantando a las multitudes. Eso sí, nunca van a faltar las imágenes impactantes de la muerte, del ómnibus destruido, sus objetos personales en medio de los hierros retorcidos, el llanto de sus fans mezclado con sus recitales y el dolor de toda su gente. Es como si cada año se repitiera su muerte y velatorio, pero mediático, así sus seguidores pueden mantener el ritual cotidiano de su santificación en tanto la prensa exalta y difunde los milagros atribuidos a su persona.

Muchos de sus fanáticos navegan en las aguas de la indignación y el morbo. Se quejan porque el periodismo utiliza la tragedia de Gilda y su condición de milagrera, se sienten usados por las entrevistas que les hacen y las fotos que les prometen mandar de ellos en su tumba y nunca llegan. Pero al mismo tiempo saben que la función del club de fans es mantener vivo el recuerdo, y para eso el periodismo es un aliado esencial. Hay un uso mutuo que permite mantener a la muerta en su condición de santa.

La gente que venera a “Santa Gilda” está convencida de sus milagros. Cree que pasó por este mundo para dar alegría, y protección desde el más allá. Y la superstición encontró su lugar. La clave de su santidad está en el misterioso número 7. Murió el 7 de septiembre, en el accidente fallecieron 7 personas y a los 7 meses, esto, es el 7 de abril de 1997, todas las radios emitieron en forma conjunta su póstumo tema “No es mi despedida”, que formaba parte del disco que pensaba grabar con el sugestivo nombre *Entre el cielo y la tierra*. Una señal y un primer milagro de Gilda. La única grabación original de esos temas musicales fue encontrada intacta en el mismo lugar del accidente pocos días después. Para el músico Leo García, ella es milagrosa, es puro amor, y murió en el momento justo, como John Lennon. Hubo gestiones para ponerle su nombre a una calle, organizar un museo itinerante con todas sus cosas e, incluso, se hizo un recital en el teatro Astral como tributo a la muerta. Un proyecto de película, para contar su vida “inspirada en su muerte”, está en su fase de definición, y la actriz que la interpretaría sería Natalia Oreiro.

Como no podía ser de otra manera, en el mismo lugar donde se mató se construyó un santuario con el objeto de recordar para siempre el preciso, el exacto lugar físico donde la joven y bella cantante popular sintió ese instante inmedible entre el dolor y la exhalación final. Con la presencia del santuario siempre se recordará que allí fue donde sufrió y murió.

Tres años después de la tragedia de Gilda, otro bailanero pasó a integrar la galería de los íconos de la necromanía argentina contemporánea. La

madrugada del 24 de junio de 2000, el cantante Rodrigo Alejandro Bueno, popularmente conocido como el Potro Rodrigo, volcó con su camioneta y murió instantáneamente sobre el asfalto de la autopista Buenos Aires-La Plata. Como figura mediática que era, su trágica muerte fue utilizada sin prejuicios por los medios, en especial por la televisión, que lo había explotado como una de las nuevas atracciones populares que subía el rating de cualquier programa donde se presentaba, o también cuando llenó de público trece estadios Luna Park. Como “Santa Gilda”, Rodrigo también murió joven y en su mejor momento. Tenía veintisiete años, era reconocido y querido por los más pobres y empezaba a ser aceptado por la gente de la clase acomodada. Poco tiempo antes de su muerte, quiso el destino unirlo con Maradona en Cuba, donde el futbolista estaba recuperándose de sus adicciones, que lo habían tenido al borde de la muerte, y cierto morbo social esperaba su fatídico final. Rodrigo le dedicó y cantó el tema “La mano de Dios”, que ya es un ícono “maradoniano”, y construyó un puente imaginario entre el santo y la mano de Dios. El velatorio del Potro fue popular, con todo lo que eso significa, desde la multitud de fanáticos que desfiló frente a su ataúd hasta los medios, que presentaron e hicieron notas a cada uno de los famosos que fueron a ver al muerto.

Allí fueron corriendo sus seguidores, hasta el mismo lugar donde se mató: ¡había que hacer rápidamente algo para seguir llorándolo de por vida, allí donde precisamente había encontrado la muerte! Claro, no fue posible hacer un santuario en medio de la autopista, pero a los efectos simbólicos alcanzó con construirlo sobre la banquina, un poco más adelante. La muerte, una vez más, era la convocante de energías dispuestas a levantar un monumento con espíritu de altar, a ir hasta ese lugar descampado e imaginar junto a la ruta cómo fue su final y, de paso, improvisar bailantas al borde de la autopista. La necromanía argentina despertada por esta nueva tragedia disparó las ventas de sus discos y las disputas por los derechos de autor. Se consumieron cientos de horas de

programas especiales de televisión y radio. Miles y miles de jóvenes lo recuerdan, aún hoy, en las bailantas de cada fin de semana. Tuvo más fama de muerto que cuando movía su delgada figura en los escenarios del país. Su canonización popular fue instantánea. Como para agregarle más condimento a esta advocación, el santuario que lo recuerda fue víctima del vandalismo, que despertó la furia de Yoly, la autoproclamada cuidadora oficial de su templo. El féretro con su cuerpo estuvo meses en la morgue a la espera de que se determinara si había muerto por un accidente o como consecuencia de un atentado. La opinión pública siguió de cerca lo que ocurría con su cadáver. Cuando finalmente le dieron sepultura, se sintió como un nuevo velatorio y se ahondó aun más esa costumbre del dolor permanente.

Hasta nuestros días, Rodrigo sigue siendo adorado y venerado como otro de los tantos santos populares argentinos. A partir de su fallecimiento comenzó a desarrollarse la mitificación de su persona. Le piden ayuda para estudiar o conseguir trabajo, dicen sentir sus milagros, que la buena onda del Potro es protectora y que desde el más allá banca a los pibes que son felices con unas latas de “birra”, un porro de marihuana y que saltan al compás de sus melodías pegajosas. Como Gilda, también su santidad tiene una clave: falleció un 24 de junio, el mismo día de la trágica muerte de Gardel, sesenta y cinco años antes. Los dos, en distintas épocas, vieron truncadas sus carreras en plena popularidad y con todo un futuro por delante.

Las santificaciones sólo pueden ser entendibles por las desmedidas adoraciones a los muertos. Y eso pasó con Rodrigo. Sara Saavedra contó que en una época estaba muy deprimida y que pasaba los días sin dormir. Su situación era desesperante y estaba perdiendo las ganas de vivir. Un día, llorando a mares, tomó una foto de Rodrigo y le pidió que la ayudara. Dijo después que esa noche durmió hasta casi el mediodía siguiente. Sus familiares, asustados, creyeron que le había pasado algo, hasta que su hermana la zamarreó y la despertó. Sara no podía creer lo que le había sucedido. Se sintió

liberada de su trauma y se le fue la depresión. Sintió que ya contaba con la protección del Potro. Hizo una bata de boxeador igual a la que usó Rodrigo en sus recitales del Luna Park y la llevó hasta la tumba en el cementerio cordobés Las Praderas para presentársela a su ídolo sanador. La mujer contó que cuando intentó ponerla sobre los vidrios que cubren el féretro “de repente un viento la levantó y sentí que Rodrigo se la estaba poniendo”. No por casualidad un letrero dice “San Rodrigo”, y por todos lados se pueden ver fotos, recuerdos y pósters del cantante.

Otro testimonio da cuenta de los milagros del Potro. María Fernández trabajaba en una clínica y dijo que un día vio una remera con una foto impresa de Gilda y que cuando la miró vio que su figura salía de la tela y llorando le decía: “Algo le va a pasar a Rodrigo”. Eran las siete de la tarde. Esa madrugada el Potro se mató en la autopista. Cuando María se enteró, no lo podía creer. Un día se quedó sin trabajo. Estaba separada con cuatro hijos y su situación era desesperada. El último recurso que utilizó fue pedirle a Rodrigo que la ayudara a salir de ese estado. Al día siguiente recibió dos propuestas de trabajo en clínicas diferentes, y en una se empleó por muchos años. Desde entonces, lleva siempre su foto en la billetera y le pide que la cuide. Sus hijas están convencidas de que están protegidas por el muerto.

El propio Rodrigo decía que él era San Rodrigo. Su representante José Luis Gozalo contó que después de su muerte su empresa se fundió. Un día apareció la mamá del cantante y le dijo que Rodrigo le pidió que se amigase con Gozalo y que lo ayudase. En ese instante se cayó un cuadro y ella dijo: “Ahí está Rodrigo, está aquí con nosotros”. Según Gozalo, a partir de ese momento su situación mejoró cada día hasta que se recuperó definitivamente.

El Pichu y el Frente

Muchos de estos santos populares han surgido de los sectores más humildes de

la sociedad, cuando no de la marginalidad. Primero fueron canonizados en el campo; después el fenómeno se trasladó a los pueblos y ciudades; y más tarde se instaló en las villas de emergencia, donde la muerte es algo cotidiano y cuenta con códigos especiales. Allí existen santos propios, con particularidades que sólo se encuentran en esos barrios sembrados de chapas y cartón, con calles polvorientas que simulan laberintos y cloacas a cielo abierto. En las villas existen rituales que también expresan una parte de la necromanía argentina. Cuando la policía mata a un delincuente y retiene su cadáver para hacerle la autopsia, la recuperación del muerto es una bandera de lucha para la familia y los amigos de la víctima. Es que, para ellos, en el cadáver están las claves y las verdades ocultas para saber si fue asesinado. Se quiere conocer cuanto antes qué dice ese cuerpo, cómo falleció, si las huellas de un crimen inconfesable fueron borradas por el bisturí de los forenses. Es muy común que en un velatorio realizado en una villa, luego de que la policía entrega el cadáver, sean sus propios deudos quienes destapen por su cuenta el ataúd para ver al finado y comprobar qué le hicieron, registrar con fotos su estado, si tuvo golpes, dónde están los tiros recibidos. Para ellos, la autopsia es directamente una profanación, representa la manipulación del cadáver de alguien que se supone es inocente, y esperan encontrar la prueba en el cuerpo sin vida.

Un santo villero que comenzó a ser adorado a fines de los años ochenta fue Héctor Hugo Cequeira. Vivía en Ciudad Oculta y se convirtió en líder de la villa cuando los habitantes de ese lugar gigante, pegado al barrio de Mataderos, luchaban por ser dueños de un pedazo de esas tierras que habitaban. Había nacido en 1960, era un chico de pelo oscuro y enrulado, de carácter afectuoso, inquieto, alegre a pesar de lo difícil que era vivir allí. Todo lo aprendió en la calle. Lo apodaron Pichichus por el nombre del perro, pero finalmente le quedó el sobrenombre de Pichu. Un día se le ocurrió asaltar el ferrocarril que pasaba por el medio del barrio rumbo a los mataderos de

Liniers. Se subió al tren en marcha, soltó las trabas de los vagones de carga y los cerdos que transportaban saltaron y empezaron a correr. La gente tomó lo que tenía a mano y se hizo una gigantesca cacería de animales en medio de las casillas, los pasillos angostos de barro, perros, caballos y chicos que se divertían viendo el dantesco espectáculo. Fue como una especie de San Fermín pero al revés. Balazos, cuchillazos, palazos y zancadillas eran algunas de las técnicas usadas para agarrarlos. Cuando la cacería concluyó, la escena era patética. Chanchos muertos y con sangre por todos lados eran llevados a las casas como botín de guerra.

El liderazgo de Pichu había comenzado a fines de la dictadura militar, cuando aún era un adolescente. Fue uno de los que participaron de la organización barrial. Con la democracia se vinculó con el peronismo, militó en los grupos de izquierda y se enfrentó con el aparato del sindicato metalúrgico.

En 1986 la policía mató a su hermano, y eso lo llevó a trabajar con las entidades defensoras de los derechos humanos. Todos lo conocían y lo encubrían. Había logrado cierta protección de los políticos. Estuvo en la cárcel varias veces, y en 1987 lo hirieron en un ataque en el que murió uno de sus compinches.

En la madrugada del 22 de mayo de 1989 unos paraguayos lo mataron a puñalada limpia cerca de su casilla. Se sospechó que habían sido enviados por la policía. El Pichu tenía veintinueve años. En el lugar en que cayó muerto se hizo un altar y una pequeña plaza de la villa, donde solía reunirse con sus compañeros a tomar cerveza, fue bautizada con su nombre. Allí dejaron un desvencijado sillón de tela al cual supuestamente su espíritu acude errante por siempre, cuidando a los pibes de la villa que le rezan y le piden protección.

El cuerpo de Víctor Manuel *el Frente Vidal* todavía estaba debajo de la mesa después de haber escapado de la persecución policial. Nadie se animaba

a tocarlo. En el ambiente se sentía la sospecha de que lo habían matado sin piedad. La presencia de la policía armada coartaba cualquier intentona de acercarse y saber si, al menos, respiraba. El tecleo de la máquina de escribir era el peor indicio. Su madre apretó el cuello de una mujer policía para saber qué había sucedido con su hijo. Sólo su grito desesperado alcanzó para que estallara el dolor y despertara del letargo a los vecinos de la villa de San Fernando.

El Frente había sido un ídolo de ese mundo marginal. Lo habían matado, indefenso, cuando sólo contaba diecisiete años, cuatro de los cuales lo había vivido robando. Fueron cuatro balazos 9 milímetros que cerraron el grito de “No tiren que nos entregamos”. Inmediatamente después de su muerte se volvió santo e ídolo pagano porque en vida todo lo que robaba lo repartía entre la gente más necesitada. Pagaba las fiestas de fin de semana o los remedios y los pañales de los hijos de los pibes chorros. Todavía hoy se recuerda en la villa el día en que robó un camión de La Serenísima. Lo vaciaron en carros tirados por caballos y repartieron su carga entre los vecinos del barrio. Nunca hubo tanta leche, tantos quesos, tanto yogur y hasta tantos caramelos en las humildes casas. A los presos de las cárceles también les llegaron los productos. Si eso fue en vida, de muerto sería mucho más: un santo que siempre les dará cosas a los pobres. O, mejor dicho, a los pibes chorros que sobreviven a la miseria y a la marginación poniendo a diario sus vidas en juego. Pero el Frente está allí para que no los maten como a él.

El día de su “canonización” era lluvioso, el barro invadía todo. A pesar de ello, cientos de personas de distintos barrios humildes y villas de la zona, tales como la de San Francisco, 25 de Mayo y La Esperanza, comenzaron a rodear el lugar del crimen buscando una verdad que se ocultaba. Arremetieron contra la policía para recuperar su cuerpo, pero no pudieron. Se armó una batahola increíble que presagió más muertes entre piedras, insultos y trompadas. La “yuta” se llevó el cadáver para realizarle la autopsia. Sus

amigos y vecinos montaron guardia en la casa de su mamá a la espera del momento de su devolución. Esperaron cinco horas en la seccional, y más y más horas. En realidad pasaron tres días para que lo devolvieran y la policía quiso imponer, sin éxito, que el cadáver fuera velado sólo dos horas.

Al cadáver del Frente lo esperaron todo el tiempo necesario para poder despedirlo con honores villeros. A la mañana sacaron el ataúd de la cocina y lo subieron al auto fúnebre. La caravana para su entierro era propia de una película de Fellini: dos ómnibus, un camión con acoplado, los remises de la zona, las motos, las bicicletas y los autos que en los últimos días habían sido robados por pibes del barrio. Todos dieron la vuelta completa a la Villa 25. Pasaron por los lugares donde el Frente había estado o vivido. Lo homenajearon y lo despidieron de la única manera que lo podían hacer: con tiros al aire que se prolongaron por un largo tiempo. Parecía Navidad o Año Nuevo por la cantidad de explosiones que se oían. De golpe habían aparecido todas las armas que fueron escondidas por los amigos del Frente por si volvía la policía. Fue una fiesta de balas y pólvora. Lo enterraron en una tumba del sector más pobre del cementerio de San Fernando, donde son protagonistas excluyentes las flores de plástico. Ese lugar se convirtió de inmediato en santuario. Las ofrendas no eran banderas o cintas rojas como las del Gauchito Gil. No. En este caso era la muerte líquida: “birra”, Pronto Shake —la bebida preferida del muerto— y marihuana. Antes de ir a robar, los pibes chorros le dan un beso a su foto. Van hasta su tumba y le piden protección. Y lo consiguen. El Frente les cumple, los ayuda y los protege, como todo santo popular que se precie de tal.

Un día a Javier lo persiguió la policía y escapando se metió en el cementerio, corrió entre las tumbas y se pertrechó detrás de una de ellas para disparar con un revólver que, encima, se le trababa. Las balas de la policía silbaban o repicaban en los mármoles de las tumbas y él hacía el gesto de esquivarlas. Pero Javier no estaba en cualquier lugar. Se dio cuenta de que se

había escondido en la tumba del Frente. Vio un alambrado y una bicicleta del otro lado. Saltó, corrió con todas sus fuerzas, se subió y escapó en un santiamén. Para él, su amigo santo había realizado el milagro, fue quien lo protegió y le salvó la vida. Desde entonces es su Dios.

Otro amigo del Frente tuvo los beneficios de sus milagros. A Simón la policía le acertó con dos tiros, uno en el brazo y el otro debajo del esternón. Y zafó. También ayudó a Daniel, que debió ser operado con el riesgo de quedar discapacitado. Todos en la villa rezaron por él, otros fueron a la tumba del Frente a pedir por su vida y a dejar ofrendas para que el milagro se produjera. Se salvó. También salvó a Guillermo, que recibió un balazo en la mejilla izquierda que le cruzó toda la cara. El médico que lo atendió vio las radiografías y no podía creer lo que estaba ante sus ojos. El proyectil había quedado a un milímetro del cerebro. Los pibes chorros están convencidos de que todos estos “milagros” son porque el Frente los cuida siempre, y los seguirá protegiendo de la policía y de la muerte. Sólo hay que ir a pedirle al cementerio. Aquí, santuario y tumba están en el mismo espacio de veneración. La muerte, más muerte que nunca cuando se está en un camposanto, opera en este caso a través del Frente Vidal a favor de los pibes marginales de las villas de la zona, quizá la única esperanza de vida que pueden construir.

“Son ángeles que se los llevó Dios porque los necesitaba en el cielo”, se convencen los padres de las 194 víctimas fatales de la tragedia de Cromañón. Ocurrió el viernes 30 de diciembre de 2004 cuando una bengala transformó en un infierno el bolicheailable República de Cromañón. Había más de tres mil personas, la mayoría adolescentes, y hasta niños, que asistieron al lugar para ver el recital del grupo Callejeros. Fue una trampa letal de fuego y, especialmente, de humo tóxico que terminó asfixiando de muerte. Dominado el incendio y retiradas las víctimas del lugar, la policía cercó la zona para evitar

a los curiosos y que la Justicia pudiera realizar su trabajo con tranquilidad. En las horas siguientes, los familiares recorrieron hospitales, comisarías y medios de comunicación pidiendo por sus seres queridos, que, en medio de la confusión vivida, no sabían dónde estaban, si habían sobrevivido.

En la esquina de la calle Bartolomé Mitre, justo a la entrada de la Plaza Miserere, a unos setenta metros del local bailable destruido, se instalaron vallas para impedir el paso de la gente y de la prensa. Hasta allí llegaron los familiares desesperados con las fotos de los chicos que estaban desaparecidos porque no se sabía su paradero. Los ponían frente a las cámaras de televisión para que alguien pudiera darles alguna noticia, aunque más no fuera la de la propia muerte. Ese lugar de encuentro y reclamo, legitimado por la presencia de los medios, se fue convirtiendo con los días en un santuario-museo que, desde entonces, ha dejado clausurada esta calle que es clave para acceder a uno de los puntos más estratégicos de la ciudad.

Fui hasta allí una tarde de otoño de 2008. El lugar es impactante. Es imposible ser indiferente a lo que se ve, al dolor presente aunque no haya personas, a los olores del humo impregnado que lo meten a uno de “prepo” en el corazón de esa noche trágica. Es como ingresar en una bóveda a cielo abierto pero sin ataúdes ni urnas funerarias ni candelabros. Sin embargo, otras cosas remiten a la muerte de todos esos jóvenes. Objetos que fueron sacados de Cromañón y llevados hasta esa esquina devenida ahora en altar público. Cientos de zapatillas de los chicos muertos fueron colgadas junto a mochilas, rosarios, cruces, velas, fundas de guitarras, pancartas, un pedazo de pan endurecido, ropa, remeras y hasta una consola de audio semiquemada. Son símbolos de lo que los muertos dejaron en el lugar de la tragedia y también de lo que sus seres queridos llevaron para mantener su testimonio de que todavía están allí. Impresiona ver las fotos con las caras de los jóvenes fallecidos, frescas, alegres, esperanzadas con el futuro. Pero físicamente ellos ya no están, aunque sí sus cosas. Padres y amigos bautizaron el lugar como un

santuario que recordará por siempre sus memorias.

El lugar comenzó a ser místico e intocable. Al principio hasta fue motivo de disputas internas entre los grupos de familiares que empezaron a liderar el movimiento que reclama justicia. Allí, donde estaría lo más sagrado y santo de los chicos, se supo que hubo personas que se habían adueñado del lugar y, aprovechando la cantidad de gente que circulaba a todas horas, habían abierto un espacio para el negocio de la prostitución. Muerte y sexo en una combinación siniestra que también caracteriza a parte de nuestra necromanía.

El santuario quiso ser desarmado varias veces por las autoridades de la ciudad de Buenos Aires, pero es imposible echarle mano. Sería una violación, un sacrilegio. Padres, amigos, ciudadanos, militantes de derechos humanos y gran parte de la opinión pública son solidarios en cuanto a que ese lugar es intocable, con toda la carga mortuoria impresionante que tiene. Se buscó una salida alternativa: su traslado al terreno lindante que había pertenecido al ferrocarril. Allí se construyó el Memorial Cromañón bajo la dirección del matrimonio Magnoli, arquitectos y padres de Sofía, una de las víctimas. Es un rectángulo delimitado por paredes. En una de ellas, en su lado exterior, se apoya uno de los extremos del santuario de la calle Mitre. El lugar es parecido a los panteones de nichos de cualquier cementerio pero bajo, con pequeños altares que identifican fotos y nombres de las víctimas, flores secas y mensajes recordatorios. En un mismo espacio de la ciudad, finalmente, quedaron constituidos dos santuarios que buscan mantener vivos a los jóvenes muertos y de paso recordarle a la sociedad la responsabilidad colectiva por la tragedia ocurrida.

La madre de Nicolás Colnaghi, muerto en Cromañón a los diecisiete años, todavía mantiene intacto el living donde dormía su hijo, con su computadora, su televisor y el equipo de música. En el baño siguen estando su cepillo de dientes y su máquina de afeitar. El cuarto de María Laura Bello, que tenía catorce años la noche del desastre, sigue como lo dejó. Sobre su cama reposa

el libro *Harry Potter y la Orden del Fénix*, con el señalador en la página 221. Están sus perfumes, sus esmaltes de uñas y sus lápices de labios. En un cajón se ven una taza con monedas, una liga azul que sacó en un casamiento y el rosario de su comunión. En el placard sigue toda su ropa. La idea de su mamá, María Ester, es que todo quede así para siempre. Y una forma de reencontrarse con su hija es acostarse en su cama para sentir sus olores.

Los padres están decididos a no dejar la calle conquistada. Es su derecho al dolor. Creen que sus hijos muertos son santos y que guían la lucha de sus familias para que haya justicia y condena a los culpables. En la intimidad de las familias se soporta el recuerdo de los seres perdidos imaginando que en algún momento volverán. En las casas hay pequeños altares con fotos y cosas del hijo, la hija, el hermano o la esposa que ya no están; y todo sigue igual que en aquella fatídica noche de 2004, cuando los chicos salieron de sus hogares para no volver más. Como si nada hubiese ocurrido. Son 194 muertos a los que sus seres queridos pusieron en la categoría de santos para ser amados, protegidos y desagraviados por siempre.

CAPÍTULO 5

Requiescat in pace

Hermosa es la serenidad de las tumbas. La conjunción del mármol y de la flor y de las plazuelas con frescura de patio y el aislamiento y las individuaciones eternas.

Cada cual fue contemplador de su muerte, única y personal como un recuerdo.

JORGE LUIS BORGES

La palabra cementerio viene del griego *koimetirion*, que en español significa dormitorio y que fue un término introducido por los cristianos. En la creencia social, éstos tienen la fuerte convicción de que los muertos están durmiendo a la espera del momento de la resurrección. Por eso, tanto en las catacumbas romanas como en las tumbas el mensaje es *Requiescat in pace*, que quiere decir “duerme en paz” o “descansa en paz”. No siempre ese deseo se puede cumplir en la Argentina. Para muchos difuntos, la anhelada paz eterna puede terminar siendo un insomnio eterno o un calvario *post mortem*.

Se supone que en los cementerios está la muerte, por eso son el último lugar

y los naturales escenarios de la necromanía argentina. Allí se desplazan las fantasías de lo profano, se tiene contacto con el precipicio de la vida y se reconoce como un espejo el destino propio. Los vivos pueden hacer que los muertos sean protagonistas involuntarios de sus deseos inconfesables y de historias que a veces llegan a ser desopilantes.

Antiguamente, los finados de la fe católica eran enterrados en las iglesias. En general, debajo del piso de la iglesia y, como en los templos no había bancos, los feligreses llevaban una manta que colocaban en el suelo, y los familiares y amigos se sentaban en el lugar donde descansaba su ser querido. Las criptas, debajo del altar mayor, eran lugares de privilegio para la gente que representaba el poder, tales como los funcionarios públicos, los religiosos o los vecinos adinerados. Al morir un obispo o un fraile, había un período de tres horas para que un escribano constatará, en la misma cama donde había fallecido, que quien allí yacía era efectivamente el religioso. Luego se lavaba el cuerpo, un barbero lo dejaba prolijo y un cirujano le quitaba el corazón, que sería sepultado por separado. El cuerpo era sometido a un proceso de embalsamamiento. El ataúd era decorado de forma especial con abundante ornamentación, y se colocaban decenas de velas y candelabros. El cuerpo era retirado y se realizaba una procesión, luego de la cual el muerto era enterrado frente al altar.

Las iglesias de Buenos Aires están llenas de muertos. En San Telmo, por ejemplo, la de San Francisco tiene más de doscientos cuerpos en su cripta. En la basílica de Nuestra Señora del Rosario y convento de Santo Domingo, el cuerpo del general Manuel Belgrano fue enterrado, vestido con hábitos dominicos —como se dijo anteriormente—, en el atrio de ese convento, y las ceremonias fúnebres se realizaron recién una semana después. El 20 de junio de 1906 sus restos fueron trasladados al mausoleo ubicado en el atrio del templo. Cuando Bernardino Rivadavia fue ministro del gobierno de Martín Rodríguez llevó adelante una serie de reformas en la ciudad de Buenos Aires

que llevó a expropiar muchas propiedades y sus camposantos a las congregaciones religiosas, entre ellas a los dominicos. Al convento se le quitaron cinco hectáreas, y sobre una parte del cementerio se hizo el pasaje 5 de Julio, paralelo a las calles Balcarce y Defensa y entre la avenida Belgrano y Venezuela. Dice la tradición oral que Rivadavia lo hizo para poder llegar más directamente a la casa de su amante.

La iglesia de San Juan, en Alsina y Piedras, fue hospital de sangre durante la reconquista de la ciudad por las Invasiones Inglesas. En el patio de la casa parroquial, llamado de la Reconquista, están enterrados los combatientes de las Invasiones de 1806 y 1807, tanto patriotas como ingleses. La tradición señaló que en sus terrenos lindantes fueron enterrados todos los virreyes que supo tener el Río de la Plata pero que, con las sucesivas cesiones de espacio y construcciones que se realizaron, nadie sabe explicar hoy dónde quedaron las osamentas de aquellos representantes de la Corona española.

La conquista española significó el traslado de su cultura e instituciones a nuestro continente, y con ellas llegaron las concepciones católicas acerca de la muerte y los rituales asociados. En consecuencia, la Iglesia Católica tomó el control de las prácticas funerarias, que sólo comprendían a la población de esa religión. Los primeros enterratorios coloniales estaban alrededor de la Plaza Mayor —hoy Plaza de Mayo— y en las iglesias cercanas. En Plaza de Mayo está enterrado sin conocerse el lugar exacto Pedro de Ventura y Mujica, quien en 1641 fue gobernador de las Provincias del Río de la Plata, y también lo está Azucena Villafior, una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo.

Cuando el templo no alcanzaba, se disponía de un terreno aledaño, denominado “camposanto”. Hay que tener presente que los entierros tenían una estratificación social marcada. Los pudientes eran inhumados cerca del altar de la iglesia; los pobres, los esclavos y los indígenas, por su parte, no tenían lugar en ella y eran dejados en los llamados “huecos” o baldíos, a merced de los perros cimarrones, en zanjones o en los bajos del Río de la Plata. Con el

fin de evitar esto, a partir del siglo XVIII las autoridades reglamentaron los entierros de los pobres y establecieron lugares para dar sepultura a quienes no podían costearse un entierro. Los que no profesaban la religión católica, como los protestantes o los judíos, no tenían lugar de enterratorio; sus inhumaciones eran ilegales y generalmente se realizaban cerca de la costa del río.

Es curioso, pero los lugares donde hubo enterratorios populares luego se transformaron en plazas públicas. Es como si nadie hubiese querido construir allí porque se sabía que debajo de la tierra había restos humanos. Eduardo Hurry realizó un extenso trabajo de investigación sobre iglesias y cementerios de la ciudad de Buenos Aires, desde la época de la colonia hasta nuestros días, que tituló *Aquí se termina la vanidad del mundo*. En su obra relata que uno de los cementerios convertidos luego en espacio público fue donde hoy está la plaza Primero de Mayo, ubicada entre las calles Pasco, Adolfo Alsina, Pichincha e Hipólito Yrigoyen. Se llamaba cementerio Victoria en alusión a la calle Victoria, cuyo nombre fue reemplazado después por el de Yrigoyen. Era un cementerio de la colectividad británica donde se supone que también fueron depositados los restos de combatientes de las Invasiones Inglesas. Más tarde se incorporaron al lugar alemanes, escoceses y norteamericanos. En 1868 se decidió trasladarlo, pero tardaron más de veinte años en adjudicar los terrenos de la Chacarita, que fueron negados a la comunidad judía, donde se construyeron luego los cementerios Británico y Alemán. De esta plaza no pudieron levantarse todos los restos que había y, de acuerdo con la tradición oral, allí quedaron los de la esposa del almirante Brown y los de la abuela de Carlos Pellegrini.

También fue cementerio la Plaza Roberto Arlt, de Esmeralda y Rivadavia. Por mucho tiempo en esa manzana funcionó la Asistencia Pública. Pobres, ajusticiados, suicidas y esclavos tenían un lugar para ser enterrados. La Plaza Marcos Sastre, ubicada en avenida Monroe y Miller, se llama así porque allí estuvieron los restos del escritor uruguayo; y en la Plaza Alférez José María

Sobral, delimitada por Scalabrini Ortiz, avenida Las Heras, Salguero y Cabello, fueron dejadas las cenizas de Raúl Lastiri, yerno de López Rega que en 1973 ocupó temporariamente la presidencia del país después de la renuncia de Héctor Cámpora y la asunción de Juan Perón.

La parte más antigua de la Catedral de Buenos Aires es la cripta ubicada debajo del altar mayor. Allí descansan los obispos; en las naves laterales, los arzobispos de Buenos Aires, y al costado de la edificación hacia la calle Reconquista había un cementerio. En la década de los noventa del siglo pasado se realizaron importantes obras de mantenimiento del edificio. Se decidió reparar los pisos, y testigos contaron que cuando fueron levantados aparecieron los restos de personas que habían sido enterradas allí. El problema se planteó cuando se olvidaron de identificarlos; entonces se decidió ponerlos todos juntos, como NN, en una misma tumba dentro de la cripta.

Los enterratorios públicos

Prohibidos los entierros en las iglesias por razones de higiene pública, en 1822 se consagró como camposanto el enterratorio de Miserere o del Norte, y desde 1949 llamado de la Recoleta, según un proyecto de Catelín, quien también fue el autor de la fachada actual de la Catedral. Este enterratorio funcionó como camposanto hasta 1863, cuando pasó a ser un cementerio. Al prohibirse que en él se enterraran muertos por la epidemia de fiebre amarilla de 1870, se abrieron otros enterratorios en la ciudad. En la Nochebuena de 1867 fue inaugurado el cementerio del Sud —hoy Parque Ameghino— en avenida Caseros al 2300, que reemplazó el que se encontraba en Plaza España (Baigorri, avenida Caseros y Ameghino), en Barracas, insuficiente para atender la demanda de los muertos por la epidemia de cólera de 1867 y 1868. El cementerio del Sud, por su parte, cerró sus puertas en 1871, desbordado

por la epidemia de fiebre amarilla que asoló Buenos Aires desde 1870. Esta epidemia cambió de raíz el sistema fúnebre de Buenos Aires. La muerte de miles de personas saturó los cementerios de la ciudad. La emergencia obligó a crear otro más grande y que habilitó un nuevo espacio para enterrar los cuerpos sin vida que iba dejando la maldita peste en un terreno fiscal en la Chacarita de los Colegiales (en el actual Parque Los Andes, en la avenida Corrientes y Dorrego), de manera provisoria. Así, en una superficie de apenas seis hectáreas, nació el cementerio del Oeste, hoy de la Chacarita. Para llegar hasta ahí funcionaba el “Tren de los Muertos”, que salía de la estación Bermejo, en las avenidas Corrientes y Ecuador. Allí se cargaban los ataúdes y el convoy, impulsado por la locomotora La Porteña, hacía paradas intermedias. El encuentro con el dolor más profundo era en la esquina de Corrientes y Medrano, a pocos metros del cementerio, en el almacén de campaña La Rapera, donde se reunían a llorar los deudos después de los entierros.

Cementerios y clases sociales

Con el paso del tiempo los cementerios se fueron transformando en expresiones culturales a las que se les definieron sus lugares geográficos, coincidentes con los niveles sociales. La Recoleta se constituyó como el de la aristocracia y la clase alta argentina. En la Chacarita descansan los muertos de clase media. El de Flores, el más popular de todos, nació junto a la iglesia de San José de Flores en 1807, cuando esta localidad era un pueblo bonaerense. Con el tiempo sufrió otros traslados, hasta que a fines del siglo XIX se instaló en el lugar actual. El cementerio de Avellaneda, hoy cerrado al público, era el lugar donde se enterraba a las prostitutas y los rufianes de la Asociación de Trata de Blancas.

Muchas instituciones que administraban los cementerios de algunas

colectividades se convirtieron en mutuales. Un ejemplo es la AMIA, que continúa siendo la propietaria de los cementerios “asquenazíes”, diferentes de los sefardíes y los marroquíes. Mientras que los musulmanes son enterrados en el Cementerio Islámico de La Tablada, los judíos lo hacen en otros lugares, tales como los parques privados, siempre que la tumba esté identificada como judía. El principal cementerio judío comunitario de la ciudad de Buenos Aires es el de Liniers, y en la provincia de Buenos Aires, el de La Tablada. Generalmente, estos cementerios son noticia por las reiteradas profanaciones que cometen grupos neonazis, constantemente dispuestos a hacer recordar que existen y que la sombra del Holocausto está al acecho. Sin embargo, no siempre los móviles son ideológicos. Muchas veces responden a las distintas internas de las fuerzas policiales. Lo explica bien el periodista Raúl Kollmann en su libro *Sombras de Hitler. Vidas secretas de las bandas de neonazis en la Argentina*, donde sostiene que agentes de inteligencia, integrantes de partidos neonazis, desocupados sin ideología o ladrones de poca monta participan de las profanaciones que son armadas por las fuerzas policiales. Explica en su investigación que “lo hacen por peleas de poder, por retener o conseguir más espacio en el manejo de la corrupción y en el arreglo con los delincuentes que trafican drogas, roban camiones o bancos, extorsionan y recaudan con la prostitución y el juego clandestino. Las profanaciones son operaciones que se realizan en el marco de una guerra por dinero, pero revelan la trama y el ambiente nazi en el que conviven policías y admiradores de Hitler con y sin uniforme. Estos sujetos no destrozan tumbas en cementerios católicos o islámicos porque dentro de su cabeza se ha enquistado el odio a los judíos, así como el desprecio a los bolivianos, paraguayos y homosexuales”. Es decir, usan a la muerte para sus pujas en el poder policial y político.

Mitos y leyendas

Alrededor de los cementerios siempre se construyen historias fantásticas. Por ejemplo, la puerta del club Argentino Juniors fue parte de un cementerio que nunca se hizo. En el cementerio de Flores se dice que con las ampliaciones realizadas no se habían trasladado todos los muertos y que, por esa razón, por las noches se los veía correr hacia el nuevo cementerio para descansar en paz. Otra historia fantástica cuenta que unos chicos que iban al cementerio de Flores, generalmente en fechas especiales como el Día del Padre o de Todos los Santos, se desafiaron a ir una noche fría de invierno; por ese entonces no había muro perimetral. Uno había llevado un clavo y un martillo para incrustarlo en una cruz. Al alejarse de la tumba sintió un tirón fuerte, por la impresión se quedó paralizado y falleció al creer que uno de los muertos lo había tironeado, cuando en realidad él mismo se había clavado el abrigo a la madera.

En Olivos, en agosto de 2009, se conoció la noticia de que los empleados y ex trabajadores del cementerio municipal habían organizado un negocio alrededor de las cremaciones. El partido de Vicente López no tiene crematorio, así que los cuerpos deben ser llevados al de San Martín. Esta organización cobraba el servicio pero nunca lo hacía, y escondían los cuerpos de forma clandestina en bóvedas abandonadas. Por supuesto que a los familiares les entregaban las cenizas de sus muertos, pero eran de cualquier difunto. Las investigaciones realizadas determinaron que había cerca de una centena de cadáveres que nunca fueron cremados.

Era una tibia mañana de invierno. El sol calentaba únicamente la parte superior del hombre que estaba sentado en una silla sin preocupación alguna. Junto a él, un carrito con café, té, mate cocido, galletitas, alfajores, caramelos y medialunas. El lugar donde se encontraba estacionado era la puerta de la bóveda de Luis Ceccetti y Familia, que data de 1912. En su interior, el quiosquero ambulante había instalado su estratégico depósito de mercadería. De esta manera se podía abastecer cada vez que necesitaba reponer lo que

vendía después de las rondas diarias hacía ya cuarenta años, recorriendo las calles de la Chacarita para ganarse unos pesos.

La Chacarita es el cementerio más grande de todos. Tiene un diseño de diagonales convergentes con un eje en la avenida principal. Son 116 hectáreas distribuidas en 242 manzanas, de las cuales se destinan a bóvedas familiares solamente 36 hectáreas. Otras 12 hectáreas son ocupadas por las galerías de los nichos con subsuelos y tres pisos. Hay catorce puertas de acceso al público. Más de un centenar de trabajadores pasan muchas horas por día transitando este lugar espacioso y tranquilo; los serenos se encargan de ponerle candado a cada puerta exterior. Un camposanto popular que convoca a cientos de miles de personas que recrean todos los años el ritual de recordar y venerar a sus muertos.

Este cementerio es un mundo con vida propia; resulta casi imposible conocer por dentro su organización. Allí se desarrollan historias fantásticas protagonizadas por fantasmas de difícil comprobación pero de eficaz permanencia. Funcionan organizaciones ilegales que manejan vida y muerte de vivos y muertos. También existen florecientes negocios clandestinos alrededor de las decenas de miles de cadáveres que ingresan por año.

La Chacarita nunca fue un lugar seguro. Se supone que es un sitio intocable, una especie de santuario público con especial protección. No es así. Los robos han sido una constante. Hay saqueos a tumbas y bóvedas. El robo de las manos del ex presidente Juan Perón es un buen ejemplo de la impunidad que existe. Incluso hay relatos que dan cuenta de la destrucción de ataúdes para robarles a los muertos sus dientes de oro, cadenas, rosarios y anillos, como también placas de bronce, candelabros o manijas de féretros. De hecho, funciona una economía negra alrededor de la muerte, con dádivas, coimas, trabajos de mantenimiento por fuera de la administración, reventa de féretros, portacoronas y hasta parcelas de tierra. Por medio de los mismos empleados se pueden conseguir nichos que, obviamente, son vendidos de manera

clandestina. El negocio de la recuperación y venta de ataúdes corresponde históricamente a quienes manejan el sector del crematorio. Cuando llega el momento de la incineración, el féretro desaparece. Lo mismo ocurre con las coronas que quedan de los entierros. Todo este negocio diario se hace en combinación con las casas fúnebres, que son las que se encargan de tramitar la obtención de un nicho o parcela de tierra, comprar los féretros para revenderlos después y recuperar las coronas de PVC, el elemento más caro de la ofrenda floral, para reciclarlas y volver a venderlas como si fueran nuevas.

Otro negocio próspero es el entierro sin papeles, una práctica que se da entre los muertos de origen asiático. Cuando fallece alguien de esa comunidad, representantes de ella se ponen de acuerdo con la cochería y ésta con las autoridades del cementerio para no dejar registro de la persona que murió y utilizar sus documentos para otros inmigrantes que quieren ingresar legalmente en el país. También es exitoso el negocio de la reventa de bóvedas que suelen operar los estudios de arquitectura, generalmente vinculados con su reparación. Averiguan la situación legal de una de las construcciones abandonadas o de las cuales se desconocen sus titulares y, si no hay registro, se realiza un trámite para que se las declare sin dueño legal y luego se las vende. Incluso hasta se dice que de noche se corren picadas de autos dentro de la Chacarita.

Las actividades irregulares nunca son investigadas porque forman parte de ese submundo que se niega pero que existe. Un sistema aceptado y consentido por las distintas administraciones de turno, de imposible desmantelamiento. De hecho, en los primeros años de la década de los noventa, el entonces intendente de la ciudad de Buenos Aires, Saúl Bouer, reconoció públicamente que por mes se robaban en los cementerios porteños alrededor de treinta cadáveres.

Por distintas disposiciones oficiales, la Facultad de Medicina de Buenos Aires debe recibir de los hospitales públicos los cuerpos de las personas

fallecidas y sin identificación. El objetivo es que se utilicen como material de estudio. Pero profesionales y autoridades de la universidad dicen que cada vez reciben menos cuerpos, y creen que se desvían a institutos que dan clases de apoyo a las universidades privadas. Y para ello se paga, es decir, funciona un mercado negro que trafica muertos y partes de ellos, y los proveedores merodean los hospitales y cementerios.

Desde 1991, Jorge Pra decidió llevar consigo la placa de fundición que recuerda la memoria de su desafortunada mujer muerta en 1986 y cuyo cuerpo desapareció del cementerio de la Chacarita en 1990. Encarnación Simón Marcial de Pra tenía al morir cuarenta y seis años. Su fallecimiento fue tan confuso como el destino final de su cuerpo. La pareja tenía una panadería, y Jorge trabajaba toda la noche elaborando el pan que su mujer repartía a la madrugada. Una mañana ambos comenzaron a vivir un calvario. En la avenida Rivadavia, a pocos metros de la estación Liniers, la policía mató a Encarnación. Oficialmente se dijo que se estaba en persecución de delincuentes y que la mujer había quedado en medio del tiroteo. El argumento no convenció, y las dudas surgieron cuando la policía negó tener el cuerpo de la mujer a pesar de la insistencia de su familia. Durante el primer año después de su muerte, los Pra iban casi todos los días al cementerio a visitar la tumba. Sus cuatro hijos y Jorge nunca faltaban a esa íntima ceremonia. A cinco años del fallecimiento de Encarnación, su marido debía renovar la sepultura y decidir si reduciría sus restos. Pero el cuerpo estaba intacto, y el marido se impresionó de tal manera que por tres meses no pudo volver al lugar. Al tiempo acudió uno de sus hijos y descubrió que la tierra estaba removida y que el ataúd había desaparecido. La administración del cementerio le informó oficialmente que el cuerpo había sido enviado a la fosa común. “Confórmese con una pala de cenizas”, le contestaron a secas. Y ahí empezaron las contradicciones y los enfrentamientos. Pra, que casualmente había trabajado en el cementerio, logró reunirse con los directivos y le dieron otra versión de lo

que había ocurrido: los restos de su esposa habían sido puestos en el nicho de su padre. La sorpresa no resultó menor cuando fue a constatar lo que le habían dicho. Con la presencia de un escribano comprobó que, en realidad, no estaban los restos de su mujer ni los de su padre. Inmediatamente inició un juicio contra la Municipalidad y comenzó a investigar las desapariciones, a pesar de los laberintos de la burocracia municipal. Su casa fue baleada y a los seis meses, para que se callara y desistiera de la investigación, le ofrecieron dinero a cambio de su silencio. Jorge había podido comprobar por medio de trabajadores del cementerio que los nichos y las tumbas eran vendidos de forma clandestina. La sospecha se confirmó cuando un día, mientras pasaba frente a uno de los negocios fúnebres de los alrededores de la Chacarita, vio la placa de la tumba de su esposa exhibida en la vidriera. Con toda la furia a cuestas, Jorge entró en el local.

—Usted mismo me la encargó y nunca vino a buscarla —lo frenó el comerciante al tiempo que le mostraba una factura... que después resultó ser falsa porque Pra tenía la original, que no coincidía con las fechas de emisión.

Finalmente, y tras la intervención de la Justicia, diecisiete meses después le devolvieron la placa, que a partir de ese momento llevó consigo. El negocio estuvo sólo un día cerrado. Los restos de la esposa de Pra, secuestrados y desaparecidos, siguieron siendo un misterio sin más explicación que la de que habían sido robados por las mafias que operan dentro del cementerio. Entre los secretos que circulan en la Chacarita de casos tenebrosos como el sufrido por la familia Pra, uno dice que durante la última dictadura fueron tantos los cuerpos de desaparecidos que se incineraron allí que un día se vino abajo la chimenea del crematorio.

El Panteón de los Ciudadanos Ilustres

Hay un espacio muy especial en la Chacarita donde se reunió a un grupo de

muertos famosos. Al lugar se lo denomina Panteón de los Ciudadanos Ilustres. Es una especie de jardín necrómano donde están enterrados artistas, deportistas y músicos que marcaron una época y fueron muy populares y continúan vivos en la memoria de la gente. Al espacio se lo identifica como “Sección 7 E”, y una placa grande tiene la lista de todos los muertos ilustres que se encuentran allí. El lugar siempre tiene flores y recuerdos que deja la gente a pesar de los años que han pasado desde que esos personajes fallecieron. Para estar allí no hace falta más que haber sido popular y que la familia del muerto muestre su voluntad y construya el sepulcro. Entre otros se destaca la tumba de Aníbal Troilo, con una escultura de él que lo muestra en su clásica posición sentado en una silla tocando el bandoneón. A otro tanguero, Osvaldo Pugliese, se le ha construido un pequeño escenario donde se lo puede ver tocando el piano como si fuera en una de sus mejores actuaciones. El corredor de autos Oscar *Aguilucho* Gálvez tiene un sepulcro con un águila de mármol en su centro y una foto que lo presenta en sus tiempos de ganador de carreras. La tumba de una de las glorias de River, Adolfo Pedernera, es moderna y está hecha de una estructura de vidrio que es recorrida por un baño de agua. Para que esa especie de catarata acotada fluya todo el día se instaló un panel solar que suministra energía a la bomba eléctrica que hace funcionar el sistema. Como se sabe, Alfonsina Storni se suicidó ahogándose en Mar del Plata, y sus restos también están guardados en este jardín de famosos. Es una estructura en cuyo extremo aparece la figura de una mujer en posición similar al mascarón de proa de un barco. Es decir, en las formas se recuerda alegóricamente el lugar de su trágica muerte. El féretro de José Amalfitani, ex presidente del club Vélez Sarsfield, se puede ver completo tras un rectángulo vidriado, quizá con la intención de decir “Aquí está Amalfitani”. También en ese predio, que los jardineros cuidan con especial atención, tienen sus tumbas-homenaje Agustín Magaldi, Waldo de los Ríos, Luis Sandrini y Malvina Pastorino, José y Francisco De Caro, Carlos Di Sarli, Tucho Méndez y

Antonio Liberti. Eso sí, siempre tienen flores, y es permanente el desfile de curiosos que se sacan fotos con las imágenes de los muertos, hechos estatuas como si fueran ellos mismos.

Otros personajes populares son adorados en el cementerio de la Chacarita. El más famoso es, sin duda, Carlos Gardel, una de las grandes estrellas de la necromanía, visitada por miles de argentinos y extranjeros. Se puede encontrar su tumba en la zona de bóvedas cercana al Panteón de los Famosos. Es pequeña y, como se explicó en otro capítulo de este libro, siempre es visitada por fanáticos del tango y de su figura. Dejan flores, cigarrillos entre los dedos o en la boca de su estatua, y agradecimientos por los milagros realizados: “Gracias, Carlitos, por la pensión” o “Gracias, Carlitos, por tu ayuda” son algunas de las comprobaciones de las cualidades milagrosas del Zorzal. Más cerca de la entrada principal están las tumbas de José Ignacio Rucci y Augusto Vandor, dos líderes sindicales del gremio metalúrgico que resultaron víctimas de la necromanía política argentina al ser asesinados en los años setenta, en medio de la violencia que se vivió en aquellos tiempos. Todos los años reciben homenajes de sus partidarios y hasta de sus vengadores.

A menos de cien metros de la administración está la bóveda violada de la familia Perón, de donde se llevaron las manos del General, todavía hoy desaparecidas. También se ha explicado en este libro el paradigmático caso necrómano nacional de las tres profanaciones del cadáver de Perón; desde aquella primera vez por el corte de sus extremidades hasta la violenta y tumultuosa llegada de su cadáver mutilado al mausoleo de San Vicente. Desde siempre hubo invocaciones y movimientos con el fin de perpetuar los nombres de Perón y Evita en un monumento que pudiera contener sus restos. De una u otra manera todos, seguramente con las mejores intenciones, tuvieron el objetivo de homenajearlos, aunque en el fondo de ese deseo se escondió la no siempre declarada voluntad de manipular políticamente a los muertos y sus memorias. En la Chacarita hay testimonio de ello. En diciembre de 1993 una

ordenanza municipal, aprobada por el Concejo Deliberante, estableció que frente a la capilla donde se realizan los responsos debía levantarse el mausoleo para albergar a los dos muertos más ilustres del peronismo. “En este predio se construirá el mausoleo que queremos los argentinos para el teniente general Juan Domingo Perón, tres veces presidente constitucional de la Nación, y la abanderada de los humildes María Eva Duarte de Perón.” Firman la placa, que está en una pared de ladrillos a la vista, el Partido Justicialista Metropolitano y la Comisión Pro Mausoleo al General Perón. Junto a ella hay otra que dice: “La Comisión Pro Mausoleo a 20 años de la muerte de Perón. Rinde Homenaje”. Es decir, no habían llegado los muertos que ya habían comenzado los homenajes y recordatorios. La realidad es que el mausoleo nunca se hizo y Perón ya no está más en la Chacarita. Las placas siguen allí como mudos testigos de nuestra necromanía y también de nuestra desidia. No sería extraño ver en cualquier momento una nueva placa colocada en la misma pared que recuerde el aniversario de la instalación de las otras dos.

Comida, sexo y muertos

En la Edad Media las fiestas sociales se hacían alrededor de los cementerios, donde había fosas abiertas y se podían ver cuerpos putrefactos y esqueletos desarmados. En el cementerio de la Recoleta no hay fosas, pero el ritual de fiesta y muerte se repite con una similitud asombrosa. Es la necrópolis de la clase aristócrata argentina, cuyos muros están abrazados por restaurantes, bares, boliches bailables y prostíbulos de lujo. Muros afuera, conviven familias, prostitutas y *dealers* de drogas. Muros adentro están los muertos más importantes de la historia argentina, motivo de excursiones escolares y turísticas, también de polémicas y de manipulaciones políticas. La Recoleta es la historia misma del poder del país con los mejores muertos de las familias patricias y de aquellos nuevos ricos que se pudieron comprar una bóveda o un

nicho, que es lo mismo que adquirir un espacio en el cuadro de honor de los mejores argentinos. En el imaginario de la sociedad sigue fuerte la idea de guardar a sus muertos junto a las grandes figuras de la historia nacional, tales como los generales Richieri, Lavalle, Dorrego o Rosas, Domingo Faustino Sarmiento, Nicolás Avellaneda, Marcelo T. de Alvear, Raúl Alfonsín, Adolfo Alsina, Guillermo Brown, Bartolomé Mitre, Mariano Moreno, Julio Roca, Cornelio Saavedra y Raúl Scalabrini Ortiz, entre otros, casualmente muchos de ellos víctimas de las prácticas necrómanas nacionales. El 31 de enero de 1946 el gobierno del general Edelmiro J. Farrell declaró monumento histórico nacional a los sepulcros donde se encuentran los restos de los más importantes personajes del país.

Al cementerio de la Recoleta se lo compara con el francés Père-Lachaise por la calidad y cantidad de personajes que alberga. Creado el 13 de diciembre de 1821, allí reposan 25 ex presidentes constitucionales, 200 héroes de la independencia y 100 gobernadores provinciales. Tiene una extensión de 5,5 hectáreas. Se destaca la escultura de la entrada, “Cristo Muerto”, realizada por Giulio Monteverde, maestro de Lola Mora, también víctima de las manipulaciones necrómanas. En la iglesia del Pilar yace la madre del general Lavalle, y una placa bajo el altar de la Virgen del Carmen recuerda a la llamada Virreina Vieja. Se trata de (a respirar hondo) Ana Rafaela de Vera y Mujica de Del Pino, quien falleció en 1816. Había sido la esposa del coronel español Joaquín del Pino y Rosas, gobernador político y militar de Montevideo, que luego comandó Chile y finalmente fue nombrado virrey de Buenos Aires, donde falleció en abril de 1804. La hija de ambos se había casado con Rivadavia. Para muchos investigadores es una incógnita el verdadero destino de sus restos. Unos sostienen que, en realidad, su cuerpo momificado fue puesto en la cripta subterránea de la iglesia de San Francisco, en Defensa y Alsina, cerca del altar mayor, y que con motivo del incendio del templo en 1955 fue trasladado a la Recoleta. Pero otra leyenda dice que,

después de que alguno de sus descendientes ayudara económicamente a restaurar el Pilar, a cambio se puso la placa para homenajearla. Ésta dice: “La iglesia del Pilar guarda los restos de la virreina criolla”. Pero no indica dónde están. Es la única placa de un fallecido no religioso y está en uno de los retablos del templo, y la finada tiene, incluso, un busto en el patio de entrada. En un texto se informa que el retablo de la Virgen del Carmen fue restaurado en 2001 gracias a la iniciativa de uno de sus descendientes, Rafael del Pino Moreno.

El historiador y novelista José María Martínez Vivot contó que en España conoció a Rafael, quien tiempo después viajó a Buenos Aires para aclarar dónde estaban enterrados el Virrey y su esposa la Virreina Vieja. Cuando llegó a Buenos Aires, junto con otros descendientes, pidió que se restituyera la placa del Virrey en la Catedral, donde se suponía que estaban los restos, y le explicaron que había dudas sobre si realmente era así. Además, no existían constancias porque se habían quemado los archivos de la Curia. Vivot dijo que un día, cuando ordenaba parte de la biblioteca de su abuelo, encontró un boletín de la Biblioteca Nacional de la década del treinta donde se publicaba parte de las memorias del historiador Juan Manuel Beruti, y allí pudo leer que los restos que había en la Catedral pertenecían al Virrey.

Entonces, ¿dónde estaban los restos de la Virreina Vieja? Según el testimonio de Vivot, Rafael del Pino tenía documentación y creía que yacían en la iglesia de San Francisco, donde hizo poner una placa en la cripta. “Entonces, ocurre otro hecho curioso: comienzan a llegar a mis manos documentos que afirmaban que la viuda del Virrey estaba enterrada en la iglesia del Pilar. Finalmente, en el Socorro aparecen las actas de defunción que registraban el fallecimiento y el entierro en el Pilar”, explicó el escritor. Lo cierto es que la Virreina cuenta con dos tumbas, y ambos lugares se atribuyen tenerla.

El cementerio de la Recoleta perdió su condición de camposanto en 1863,

cuando el presidente Bartolomé Mitre ordenó el entierro del doctor Blas Agüero, un francmasón a quien el arzobispo de Buenos Aires le había negado cristiana sepultura. El gobierno permitió el entierro, y el arzobispo retiró la bendición del lugar y, por lo tanto, su condición de santidad. En 1946 fue decretado monumento nacional. Tres años más tarde pasó a denominarse cementerio de la Recoleta. El primer enterrado allí fue un hijo de esclavos, y la tumba más antigua data de 1823: es la de Remedios de Escalada, “esposa y amiga del general San Martín”, como se puede leer en su lápida. Su padre, Antonio José de Escalada, hizo varios pedidos especiales en su testamento: dejó expresa instrucción de ser enterrado en la Catedral, que se colocaran en el velatorio sólo cuatro velas, que su entierro fuera austero y que durante éste se rezara, que se hicieran misas en su recuerdo... y dejó mil quinientos pesos para repartir como limosna durante sus exequias.

Este lugar está impregnado de hechos que expresan bien la cultura necrómana argentina. Además de muertos escondidos y de las continuas disputas por llevarse a otros cementerios del país los restos de próceres que están allí desde siempre, también se pueden escuchar historias insólitas en las que se mezclan fábulas, pasiones, amores no correspondidos o despechados, odios que perduran después de la muerte. El primer secuestro de un cadáver fue el de Inés Indart de Dorrego, cuñada del coronel Manuel Dorrego. Al poco tiempo de fallecer, una noche de 1881, su hija Felisa recibió un mensaje de los llamados “Caballeros de la Noche”, que le solicitaban una fortuna para devolver el cuerpo de su madre. El grupo estaba liderado por un noble belga de veintisiete años, Alfonso Kerchowen de Peñarada. En veinticuatro horas debía hacer un pago de cinco millones de pesos. De lo contrario, “la justa crítica de una nación os cubrirá de vergüenza y el ilustre apellido quedará manchado para siempre”, según rezaba el escrito. Felisa avisó a la policía, pero antes su mayordomo le comentó que era “imposible retirar del cementerio un féretro tan pesado sin que nadie lo hubiera percibido”, según le

había dicho quien había cargado el ataúd durante las exequias. Y tenía razón. El ataúd con el cuerpo apareció en el panteón de la familia Requijo. Pero la policía decidió continuar con el operativo y seguir los pedidos de los secuestradores. Instruyó a la familia para que pagara el rescate, se dejó el dinero en fajos de billetes falsos dentro de una caja en el arroyo de Maldonado y, al final, la trampa funcionó y pudieron detener a la banda. Sin embargo, los “Caballeros de la Noche” tuvieron que ser exonerados porque la ley nada decía sobre el robo de cadáveres. A partir de este caso se legisló instaurándose la pena de dos a seis años de reclusión al que “sustrajera un cuerpo para hacerse pagar su devolución”.

Otro caso necrómano nacional es el de Rufina de Cambaceres. Era hija del escritor Eugenio Cambaceres, un hombre rico que falleció joven y que había sido repudiado por la clase alta por haberse casado con la bailarina italiana Luisa Baccichi. Cuando murió Eugenio, Luisa y la joven Rufina quedaron solas y millonarias. El día en que Rufina cumplió diecinueve años, el 31 de mayo de 1902, su madre le organizó una gran fiesta. Cuando ésta finalizaba, oyó el grito desgarrador de una de las mucamas. Al llegar al lugar vio que Rufina estaba tirada en el suelo, rígida, muerta. Un médico confirmó lo peor: había fallecido de un síncope. Otra versión dijo que ese día, mientras se arreglaba para asistir a una función del teatro Colón, su amiga íntima le reveló un secreto que había tenido guardado durante mucho tiempo: el novio de la niña era también el amante de su bella madre. ¿Quién era ese hombre que amaba a las dos? El mismo Hipólito Yrigoyen, quien tiempo después sería presidente y padre de un hijo que tendría con la viuda de Cambaceres. Al día siguiente, Luisa e Hipólito sepultaron a la joven en una bóveda de la Recoleta. Pero tiempo después el cuidador descubrió un macabro hecho: el ataúd estaba abierto y la tapa rota. Se pensó en un robo porque ella había sido enterrada con sus mejores joyas. La leyenda cuenta que, en realidad, había tenido catalepsia y que al despertar fue ganada por un ataque de desesperación, que

con esfuerzo logró salir del ataúd y, al estar la puerta de la bóveda cerrada, se murió del corazón, pero esta vez en serio. No obstante, el relato más confiable es que el cuerpo fue retirado de la tumba con rastros de arañazos que la propia Rufina, presa del pánico, se habría hecho en su cara y en las paredes del ataúd al despertar de su catalepsia, para luego morir asfixiada. La cultura necrómana se nota en la estatua que se construyó en la puerta de la bóveda después de esta trágica historia. Está ella con una mano aferrada al picaporte de la puerta, intentando abrirla inútilmente.

También el terror por ser enterrado vivo lo sufrió Alfredo Gath, uno de los dueños de la famosa tienda Gath & Chaves. Preparó un féretro con un mecanismo que le permitía abrirlo desde adentro y activar una campana externa que serviría para avisar que estaba vivo. Lo probó varias veces, pero no tuvo necesidad de usarlo porque quedó bien muerto en 1936. La bóveda con forma de gruta del general Tomás Guido fue construida con sus propias manos por su hijo, el poeta Carlos Guido Spano, con la noble intención de homenajearlo. Pero eso no importó: había que sacar sus restos del recuerdo familiar y ponerlos junto a los de San Martín en la Catedral, y la tumba vacía quedó como testimonio del amor de un hijo por su padre.

Historia de amos y sirvientes marcados por las diferencias sociales. La familia Sáenz Valiente tuvo a Catalina Dogan—quien había sido esclava de la familia Pueyrredón— como una fiel servidora. En premio a su fidelidad se le concedió un privilegio: que de muerta pudiera reposar junto a ellos pero, eso sí, no en el mismo lugar. ¡No! Su cuerpo debía estar enterrado en una tumba, pero pegada a la bóveda de sus patrones.

Salvador María del Carril fue gobernador de San Juan y vicepresidente del general Justo José de Urquiza. El hombre tenía una personalidad dura que marcó sus actos políticos y también familiares. Su mujer, Tiburcia Domínguez, había comenzado a gastar sin control el dinero de su marido, y éste, ya cansado de la situación, publicó una carta en los diarios diciendo a los

acreedores de su mujer que no pensaba pagar sus deudas. Se armó flor de escándalo. Ella enfureció y no le habló por más de veinte años, hasta que Salvador murió. Como era costumbre de familia de la alta sociedad, Tiburcia construyó un monumento para recordar a Salvador; hoy es una de las mejores obras de arte de la Recoleta. Allí se lo puede ver sentado cómodamente en un sillón mirando hacia el sur en pose de prócer. Pero el odio de su mujer era tan grande que no se detuvo con la muerte de su esposo. La última voluntad de Tiburcia fue que cuando ella falleciera se le hiciera un busto de mármol y que fuera colocado de espaldas a su marido en protesta por el escarnio público al que había sido sometida. “Eso sí, para perpetuar mi odio, debe estar de espaldas a Salvador, porque jamás lo perdonaré”, escribió en su testamento. Y así se hizo.

Otro cuento fantástico que se convirtió en una de las leyendas urbanas más populares es el conocido como la historia de la Dama de Blanco. Se cuenta que un día un muchacho conoció a una bella y joven mujer con la que fue a bailar. Al salir del lugar, la joven sintió frío y entonces él se quitó el saco, la cubrió y la acompañó hasta la puerta de su casa. El muchacho quedó tan impactado por la belleza de la mujer que, con la excusa de recuperar su prenda, al día siguiente regresó al lugar donde la había dejado. Cuando preguntó por ella, le dijeron que la joven había muerto y que su cuerpo estaba en la Recoleta. El cuento termina cuando él fue hasta la tumba y encontró sobre ella el saco con que la había cubierto. La chica se llamaba Luz María García Velloso y había sido hija del dramaturgo Enrique García Velloso. Cuando falleció de leucemia en 1925 tenía sólo quince años. Su madre entró en un proceso depresivo tal que el cementerio le otorgó un permiso especial para permanecer por las noches junto a la bóveda, que está a la derecha de la avenida principal. Allí se puede ver una estatua de una criatura muy hermosa, muerta en su lecho. La madre, desesperada, durmió durante meses a los pies de la imagen, en un pequeño espacio detrás de las rejas. En esa bóveda

también descansa el cuerpo de la actriz Blanca Podestá.

Liliana Crociati fue hija de un conocido pintor y poeta italiano. En 1970 murió a los veintiséis años en Innsbruck, justo cuando estaba de viaje de bodas. Fue por un accidente: un alud arrasó el hotel donde estaba y falleció asfixiada, tapada por su propia ropa y la nieve. Ese mismo día, a catorce mil kilómetros de distancia, también moría Sabú, su amado perro. Inmortalizando esas coincidencias de destinos a la distancia, en la bóveda de la Recoleta hay una escultura realizada en bronce con la joven vestida con su traje de novia, anillo de compromiso, y acompañada por su querida mascota. Su madre decoró el interior de la tumba igual que la habitación que ella había tenido en vida. Se puede reconocer su féretro desde la entrada, ya que está semicubierto por un *tsari* rojo que ella adquirió en un viaje a la India. Y en las paredes están colocados los retratos pintados de la propia Liliana. Nadie supo explicar qué sucedió con el viudo, como tampoco la suerte de un misterioso hombre que solía dejarle flores en la puerta y lograba escapar antes de que alguien pudiera acercársele.

Algo extraño también ocurrió en la tumba de Mariquita Sánchez de Thompson, de donde dicen que se puede oír el llanto de un bebé. Al poco tiempo de que se negociara el fin del bloqueo francés a las aguas del río de la Plata y al puerto de Buenos Aires, la mujer del conde Alexandre Walewski — hijo de una amante del emperador Napoleón— dio a luz una niña a la que llamaron Isabel, pero a los pocos días murió y su cuerpo fue depositado en la Recoleta. Con las reformas que se hicieron en 1880 se temió que el cuerpo se hubiera perdido pero, finalmente, se descubrió que la bebé había sido depositada en la bóveda de su madrina, Mariquita. La leyenda necrómana cuenta que en determinadas noches se puede oír el llanto de la pequeña Isabel y que, incluso, si se espía con discreción por la puerta, se puede ver a la niña llorando en brazos de Mariquita.

Rey de Francia en la Recoleta

Otro relato de franceses relacionados con la Recoleta tiene hace ya décadas como protagonista a un muerto que supuestamente pudo ser el rey de Francia. Habría sido ni más ni menos que Luis XVII, hijo y descendiente de los guillotinado Luis XVI y María Antonieta. La historia oficial francesa cuenta que el joven monarca jamás disfrutó de su corona y que el 8 de junio de 1795, a los diez años, falleció como consecuencia de una tuberculosis. La muerte lo encontró detrás de los barrotes de Temple, un monasterio fortificado convertido en prisión por los revolucionarios. Sin embargo, el relato argentino dice que en realidad el pequeño Luis no murió de niño sino que fue raptado de su prisión y liberado, y que el supuesto heredero del trono de Francia habría llegado a Buenos Aires en 1818 con el nombre de Pierre Benoît. Entonces se presentó como ex oficial de la Marina Imperial francesa y rápidamente se vinculó con la alta sociedad porteña, aprovechando su historia de lazos con la nobleza. Se casó con una argentina, María Josefa de las Mercedes Leyes, y desarrolló una prestigiosa carrera como arquitecto y artista. Incluso el propio Bernardino Rivadavia le había dado la oportunidad de ocupar cargos públicos.

En agosto de 1852, Benoît estaba muy enfermo y postrado cuando fue visitado por un médico amigo de su juventud, quien le recetó unos sellos. Cuando los tomó, murió. Ocurrió el día 22 de ese mes. El médico desapareció y tiempo después se dijo que habría sido asesinado en la guillotina en Francia. Pierre fue sepultado en la Recoleta, pero un siglo más tarde sus restos se esfumaron de la bóveda, y el muerto que pudo ser el rey de Francia resultó motivo de disputas y enigmas que duraron más de un siglo y medio.

Una rama de sus descendientes en la Argentina es la familia Zapiola, que desde la década de 1940 comenzó a reclamar el reconocimiento del derecho real de Benoît y los suyos como herederos naturales. En 1941 Federico

Zapiola, bisnieto de Benoît, escribió esta fantástica historia en un libro que tituló *¿Luis XVII murió en Buenos Aires?* La familia intentó por todos los medios llegar a los restos de Pierre, y guardaba como prueba irrefutable un extenso mechón de pelo que, según los Zapiola, habría pertenecido a María Antonieta. Incluso en 1991 se presentó una segunda edición del libro en el Salón Dorado del teatro Colón, con la exhibición de la trenza de la ex reina francesa. Varias veces los Zapiola quisieron que las autoridades de la Recoleta les permitieran acceder a bóvedas donde supuestamente podrían estar los restos de Benoît. Pero no los dejaron.

Finalmente, la historia oficial francesa resultó ser la verdadera. Un grupo de expertos de la Universidad de Louvain comparó el ADN de un tejido extraído del corazón del niño enterrado en la prisión del Temple con muestras del cabello de María Antonieta y dos de sus hermanas. La serie resultó ser exactamente la misma. Dicho resultado fue confirmado también por un equipo de científicos de la universidad alemana de Münster. Así se puso fin a uno de los mayores enigmas de la historia francesa, que había originado más de 800 libros con las versiones de 43 supuestos descendientes de María Antonieta, entre ellos el franco-argentino de los Zapiola.

Pero quizás el caso más paradigmático de la necromanía en los cementerios sea la historia de David Alleno. De origen humilde, fue uno de los primeros cuidadores de la Recoleta. Era un enamorado del arte. Se dice que vivía fascinado con las maravillosas obras del cementerio, y por eso su sueño eterno fue que sus restos mortales descansaran allí. Su hermano, que había sido administrador del cementerio, ganó un premio en la lotería y compartieron el dinero. Entonces David pudo concretar su anhelo: compró una pequeña parcela, edificó su bóveda, fue a Génova y le encargó al artista Achille Canessa una escultura de su persona, con su vestimenta y sus elementos de trabajo. Se encuentra en el interior de esta pequeña bóveda. En la base el escultor puso con relación a Alleno: “Fue cuidador del cementerio

desde 1881 hasta 1910”. Tal fue su emoción al ver la obra terminada con esa frase que terminó suicidándose para estrenar su última morada. Se dice que David es uno de los personajes más queridos en el cementerio y también uno de los fantasmas que andan por las estrechas callejuelas; él va haciendo tintinear las llaves de cuidador. Una historia relata que un día un grupo de jóvenes fue a la Recoleta para filmar un video y fotografiar las bellezas culturales del lugar. Mientras registraban imágenes de unos gatos se oyó el sonido de unas llaves, y apareció una tirada entre dos bóvedas. No había nadie. Probaron la llave en ambas bóvedas, y en una se abrió la puerta. De repente apareció un hombre que les preguntó si trataban de abrir la bóveda. Ellos le contaron que habían encontrado la llave. El hombre desapareció y al rato regresó para tomarse a golpes con uno de los integrantes del grupo, a quien tiró al piso. Lo llamativo del caso estribó en que todo fue filmado y fotografiado, pero cuando llegaron a sus casas nada había quedado registrado. Sólo se podían ver blancos. ¿Habría sido el fantasma de David, indignado porque invadieron su territorio?

Muertos a escena

Quizá para aprovechar todas estas historias fantásticas y la presencia de los muertos más famosos del país surgió la idea de hacer un espectáculo en el cementerio. “¿Y si producimos una obra teatral de luz y sonido entre las bóvedas de la Recoleta, haciendo revivir a los fantasmas de los muertos de nuestra historia?”, se entusiasmó un funcionario de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Bastó que se conociera la idea para que los vecinos nucleados en la Asociación de Amigos del Cementerio de la Recoleta salieran a defender a los pobres muertos o lo que queda de ellos. El espectáculo en cuestión se presentó con el nombre de *Tertulia* y pretendía rescatar la historia mediante archivos sonoros de personalidades tales como

Eva Duarte o el luchador de catch Martín Karadagian. Se propuso establecer cuarenta puntos de sonido, ubicados en los árboles o escondidos en los rincones del cementerio, y que los espectadores ingresaran en grupos de no más de cincuenta personas para poder seguir las voces de los muertos ahora vivos. De inmediato los vecinos presentaron un amparo judicial para impedir que se realizara la obra. Según Horacio Humberto Savoia, integrante de la Asociación, se trataba de una violación del espacio sagrado, y se protestaba porque además se ponían en riesgo los monumentos históricos. “La preparación del espectáculo demanda de cinco a seis días de trabajo. Habrá que instalar parlantes, cajas lumínicas y probablemente tengan que tender cables por encima de las bóvedas. Sólo gente especializada puede tratar estos monumentos. Nadie nos garantiza la idoneidad de las personas que trabajarán los días previos”, se quejó.

Desde el Museo Histórico Nacional también dispararon munición gruesa. Se dijo que el show alteraba la paz de los muertos y ponía en riesgo las obras de arte. “La Recoleta es un espacio de descanso eterno, no hay derecho de alterar la paz de los que allí reposan. Es un cementerio, no un teatro. Constituye una falta de respeto y de sentido común”, protestó Juan José Cresto, por entonces titular del Museo. Diego Herrera Vegas fue otro de los firmantes del amparo. Para él, “los muertos deben descansar en paz, nadie tiene derecho a romper la tranquilidad de un cementerio. No es justo que armen un festival ahí, tengo familiares enterrados en ese cementerio”.

La polémica se instaló rápidamente en la opinión pública y en el barrio de la Recoleta; fue un tema de discusión en bares, en restaurantes y en las tertulias en la iglesia del Pilar. Las autoridades de la Secretaría de Cultura junto a los organizadores del espectáculo ofrecieron una conferencia de prensa para dar detalles del proyecto y de la apelación que se haría a la Justicia. Los artistas explicaron que se trataba de un recorrido histórico en el que se iban a usar imágenes y audios de archivo de personajes de la cultura, la política y la

historia argentinas. Y se preguntaron ante los medios: ¿de quién son los muertos? ¿Hay espacio público en el cementerio? ¿El territorio de lo sagrado es intransitable? ¿Un cementerio es sólo un escenario del dolor? ¿Preservar un sitio histórico es cerrarlo? Luego se presentó un fragmento de doce minutos de la obra con la voz de Jorge Luis Borges leyendo el poema que había escrito y dedicado a sus antepasados, que descansan en el cementerio, aunque él fue enterrado por su voluntad en Ginebra. Igual ya hay necrómanos —como se dijo antes— que se mueven detrás de un proyecto de repatriarlo.

Finalmente, después de una semana de idas y venidas, de discusiones en los medios, de movilizaciones de vecinos y polémicas, siempre alrededor de los principales actores del espectáculo —los muertos—, la Justicia aceptó la apelación de las autoridades y permitió que el show se realizara. Fue así como el sábado 24 de septiembre de 2009, entre luces y sonidos, los muertos ilustres “hablaron” desde sus ultratumbas a partir de las nueve de la noche hasta las doce y para más de mil personas.

En 2002 publiqué una nota en la revista *Veintitrés* acerca del rey inca que quería imponer Manuel Belgrano, con el apoyo San Martín, Pueyrredón y Güemes, en el Congreso de Tucumán de 1816. Se trataba de Juan Bautista Tupac Amaru, hermano menor del héroe de la última rebelión inca contra los españoles. Mi escrito se basó en un libro publicado en los años setenta por el historiador Eduardo Artesano en el cual intercaló los detalles del frustrado intento monárquico con la historia de la vida del indígena que estuvo cuarenta años en España privado de su libertad. Pero el aporte más importante que había realizado en ese artículo fue la localización, junto al director de la Recoleta, Carlos Francavilla, del primer libro de entradas del cementerio donde constaba el ingreso del cuerpo del inca con fecha 3 de septiembre de 1827. A partir de esa revelación surgió un movimiento reivindicatorio de su figura que desembocó, años después, en un proyecto de ley para la construcción de un monumento en reconocimiento a su lucha por la libertad e

identidad latinoamericana, y en un documental sobre su vida. Fue así como en diciembre de 2009 representantes indigenistas, legisladores, historiadores y simpatizantes se reunieron en la Recoleta para homenajearlo, con ritos indígenas, en la avenida principal del lugar, un espacio simbólico pues nadie sabe dónde están los restos de Juan Bautista. Así los vivos intentan reinventar el mito incaico desde un muerto desaparecido.

Pescando cuerpos

Donde termina la calle principal del pueblo de Carhué sigue un camino angosto rodeado de árboles añosos. Al final, un paredón marca los contornos del cementerio. Cuando se desbordó el lago Epecuén, en 1986, distante quince kilómetros de la ciudad, las aguas siguieron avanzando y con el correr de los días llegaron hasta las mismas puertas de la necrópolis. Los vecinos comenzaron a desesperarse por la suerte que correrían sus queridos muertos, y también porque allí está la memoria afectiva de la sociedad. Cuenta el lugareño Roberto Hugo Laspiur, en su libro *La inundación de Epecuén*, que el domingo 17 de noviembre de 1986, luego de constituida la Comisión de Defensa Civil, se había encomendado a los ingenieros Juan Carlos Rodríguez Sobre y Jorge Carrizo que determinaran hasta dónde llegaría el agua en el cementerio. La conclusión del informe fue terminante: quedaría todo inundado. Entonces, ¿qué había que hacer con los féretros y los restos humanos allí enterrados o guardados en bóvedas y nichos? La respuesta fue contundente: si no se los retiraba antes de que el agua cortara el camino, después iba a ser imposible. Se diseñó de inmediato un operativo especial con el rescate funerario como misión. Una empresa proveería las bolsas de nailon para hacer una evacuación inmediata y masiva. El aeroclub y los galpones del ferrocarril eran los posibles lugares adonde llevarlos. Y si los parientes tenían lugar en sus casas, se les debía permitir que guardaran a sus muertos. Pero la propuesta

fue desechada por las autoridades municipales, creídas de que el agua empezaría a bajar en cualquier momento. Ocurrió lo contrario. Siguió creciendo más y más, y el cementerio empezó a quedar aislado: sólo se podía acceder por agua.

A los veintiséis días de iniciada la inundación, el problema ya no tenía solución. La psicosis se multiplicaba a medida que pasaba el tiempo y la gente intentaba llegar por cualquier forma al lugar para intentar llevarse a sus muertos. Defensa Civil emitió un comunicado en el que prohibía el retiro de los féretros si no se ajustaba a estrictas medidas de seguridad. No había lugares en los cementerios de los pueblos vecinos para depositar los ataúdes que, clandestinamente, ya empezaban a ser sacados durante la noche. Garajes y galpones de toda clase comenzaban a poblarse de ataúdes —muchos de ellos en pésimas condiciones—, urnas y demás envases donde se podían poner los restos humanos. Las casas se iban transformando en depósitos de cadáveres al tiempo que la desesperación aumentaba en forma proporcional a la crecida de las aguas. Si no se tenía el coraje de sacarlos rápidamente, se perderían para siempre.

En poco tiempo esto se convirtió en un negocio pujante que lucraba con el dolor y la angustia ajenos. Si se pagaba un servicio especial, había gente que se encargaba de retirar los ataúdes, aunque el problema se presentó con la identificación de los restos extraídos y entregados a sus familias, que en principio estaban convencidas de que habían sido sacados del lugar indicado en el plano.

Describió Laspiur:

Los robos se producían de noche en botes que partían desde la playa de la estación de ferrocarril Vatteone. Cuando se terminó “el curro” de los cajones, siguieron robando manijas de cobre y de bronce. Por caso, mis padres no aparecieron nunca más, por no haber retirado sus féretros en

tiempo. Creemos que fueron vendidos al mejor postor ya que estaban en los nichos más altos, donde no llegaba el agua y les resultaba sencilla su extracción. El sentimiento de pena, de congoja de no saber nunca más dónde están nos acompaña por siempre, y el nuestro no fue un caso aislado.

Las aguas subían y los ataúdes sin identificación navegaban sin rumbo. El oleaje los llevaba a las márgenes del desbordado lago Epecuén y los vecinos los encontraban en la costa y después los enviaban a los cementerios de los pueblos más cercanos. Con dos metros y medio de agua, el cementerio de Carhué se encontraba totalmente cubierto, y con la presión del agua terminaron cediendo las paredes de bóvedas y nichos. Los féretros salieron de sus escondites como pequeños botes empujados a la deriva; recorrían el lago sin rumbo hasta que los encontraban o terminaban deshaciéndose por el fuerte viento y el oleaje que provocaba la inundación. La Municipalidad compró una lancha que, conducida por un empleado municipal, todos los días recorría el lago a la pesca de un cuerpo o un ataúd. Cuando encontraba un féretro lo enlazaba y lo llevaba navegando hasta el embarcadero, donde era depositado en un osario común. Se afirmó que llegaron a ser más de ciento cincuenta los ataúdes sin identificación que fueron “pescados”. Las casas de sepelio no ponían identificaciones. Durante meses los ataúdes aparecieron de la noche a la mañana por las costas. Un día se encontró el cadáver de un hombre que había fallecido un mes antes de la inundación. Estaba tan entero que se lo confundió con alguien que pudo haber fallecido en esos días aciagos.

Ante la presión de los vecinos desesperados, la Municipalidad contrató una empresa para que extrajera los féretros del cementerio que habían quedado bajo el agua. Previamente, las autoridades habían informado por radio a la población en qué lugar del cementerio trabajarían los buzos, con el fin de que los deudos pudieran identificar los lugares. Tenían que bucear sin visibilidad

alguna entre los restos del cementerio, romper bóvedas y nichos, extraerlos, numerarlos y después llevarlos en una barcaza a la costa. Allí la gente se agolpaba para tratar de identificar a sus muertos, cuyos ataúdes habían sido precintados y numerados. La policía tuvo que contener las avalanchas de los vecinos que procuraban hacerse de su muerto. Los féretros eran trasladados a lo que sería luego el nuevo cementerio de la ciudad. Se rescataron por día unos treinta cadáveres y restos humanos, y trabajaron en el cementerio seis buzos durante unos siete meses. En total se extrajeron del fondo de las aguas alrededor de 2.100 féretros, algunos de ellos en muy mal estado. Ya al final, los buzos llegaban a tierra llevando bolsas con huesos imposibles de identificar, y nació entonces otro negocio con los muertos. En las inmersiones de los buzos se había podido encontrar el osario del cementerio, y los restos que extrajeron de allí se embolsaban y se presentaban como los pertenecientes a alguno de los muertos que intentaban rescatar. Así, cobraban 50 pesos por cada bolsa que llegaba a la costa. Se pudo determinar que habían sido 200 los casos detectados. En el mismo momento en que se detectó la maniobra se terminó el trabajo de los buzos.

Como en el cementerio de Darwin de las islas Malvinas, en el nuevo cementerio de Carhué se pueden ver las cruces blancas de los que perdieron su identidad debajo de las aguas. En el camino de entrada al viejo cementerio hay un Cristo distintivo de la ciudad. El agua no logró taparlo. Su figura se destaca, se ve como si estuviera parado sobre ella, marcando dónde se produjo la tragedia de los difuntos del lugar. Rústicas cruces de madera, ramos de flores y recuerdos familiares son las ofrendas que deja la gente en los árboles de la costa para homenajear a sus muertos desaparecidos. Es como si quisieran que continúen allí, aunque ya no estén más. Desde entonces, Carhué tiene su propia historia de fantasmas errantes y de muertos náufragos.

CAPÍTULO 6

El muerto más santo

*¡Con Sarmiento ganamos, pero con Alberdi perdimos!
¡No queremos que pase lo mismo con los restos de San Martín!*

Del ex director del Museo Histórico Nacional,
JUAN JOSÉ CRESTO

No aguantó más. Hacía tiempo que vomitaba sangre como si una maldición lejana lo hubiera condenado a la soledad y al dolor permanente. Se sentía débil. Un sudor helado le corrió como una tromba por todo el cuerpo hasta que se desmayó. Los últimos estertores marcaron el fin. El reloj se detuvo a la misma hora de su muerte, las tres de la tarde. Fue un 17 de agosto de 1850. Tenía setenta y dos años, cinco meses y veintitrés días. Su último gran deseo fue que sus restos descansaran en Buenos Aires. Pero debieron pasar treinta años para que su póstuma voluntad se cumpliera, y todavía hoy parece que el cadáver del general José de San Martín no termina de descansar en paz.

Es el Santo de la Patria. En verdad no se le atribuyen milagros, curaciones, conciliaciones amorosas o profecías cumplidas. Su santidad le viene de su

apellido. La historia oficial lo puso en el pedestal de prócer intocable y perfecto. El cine lo popularizó como *El Santo de la Espada*. Y el tiempo, que todo acomoda, permitió humanizarlo, conocer sus defectos y virtudes, su talento político y sus principios éticos. Quizá todas estas características tuvieron que ver y mucho con las tres décadas que el poder de Buenos Aires tardó en cumplir su testamento. San Martín fue cuestionado políticamente en su tierra, y Buenos Aires le había restado, muchas veces, el apoyo que necesitaba para sus campañas libertadoras. Muchos de los hombres que gobernaban estos pagos y fundaban un nuevo país habían tenido con San Martín fuertes discrepancias, en especial porque se había negado a matar compatriotas en las luchas internas que marcaron esas décadas. Y ése fue el motivo por el cual decidió en 1824, estando en Montevideo, regresar a Europa y exiliarse para siempre.

Oficialmente, su muerte fue registrada el 18 de agosto en la Municipalidad de Boulogne-sur-Mer, y fueron testigos su abogado y el dueño de la casa que habitaba, cuyo piso inferior era ocupado por él y su familia. Tres días después, y luego de embalsamar el cadáver, se lo pudo sepultar. A las seis de la mañana el carro fúnebre recibió el féretro, acompañado por un modesto cortejo que se detuvo en la catedral del pueblo. En una de sus bóvedas fue depositado el cuerpo hasta que, el 21 de noviembre de 1861, se lo trasladó al cementerio de Brunoy para dejarlo en un mausoleo comprado por su yerno, Mariano Balcarce, y donde también fue sepultada más tarde su nieta mayor, Mercedes, fallecida a los veintisiete años a raíz de un medicamento mal indicado.

La noticia de la muerte de San Martín fue transmitida al gobierno argentino por el propio Balcarce, quien se encontraba al frente de la representación nacional en Francia. Con fecha 30 de agosto de 1850 escribió:

Un suceso desgraciado me obliga a dirigirme a Vuestra Excelencia para

anunciar que la Divina Providencia acaba de privar a la Confederación Argentina de uno de sus más leales servidores. A Vuestra Excelencia de un digno e imparcial apreciador de sus eminentes servicios y a mi esposa, a mí y a mis hijas de un tierno y virtuoso padre, cuya pérdida nos deja inconsolables. Mi ilustre y venerado señor padre político, Don José de San Martín, después de una larga y penosa enfermedad expiró tranquilamente en los brazos de sus hijos, en la ciudad de Bolonia del Mar, departamento del Paso de Calais, a las tres de la tarde del día 17 del que rige, y en la mañana del 20 sus restos mortales fueron conducidos sin pompa alguna exterior a la Catedral de dicha ciudad, en cuya bóveda quedan depositados hasta que puedan ser trasladados a esa capital, según sus deseos, para que reposen en el suelo de la Patria querida. Como albacea suyo y en cumplimiento de su última voluntad, me toca el penoso deber de anunciar a Vuestra Excelencia esta dolorosa noticia y la honra de poner en conocimiento de Vuestra Excelencia la siguiente cláusula de su testamento: El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sur le será entregado al General de la República Argentina Don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino ha tenido al ver la firmeza con la que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla. Tan pronto como se presente una ocasión tendré el honor de remitir a Vuestra Excelencia esa preciosa memoria, legada al defensor de la independencia americana por un viejo soldado cuyos servicios a la Patria se ha dignado Vuestra Excelencia recordar constantemente en términos tan lisonjeros como honrosos.

La fecha en que expiró es la más importante del calendario necrómano de los argentinos. Está puesta en el altar mayor de los feriados nacionales que recuerdan la muerte de los próceres del país. Su último deseo de regresar

muerto estuvo manoseado de polémicas, rencores y súplicas que se transformaron con los años en una campaña nacional con el objeto de recaudar fondos para el traslado del cadáver y la construcción de un monumento.

San Martín escribió tres testamentos, y el definitivo fue el de enero de 1844. Dejó con total claridad su voluntad de que no le realizaran funerales, que sus restos fueran conducidos sin acompañamiento al cementerio y que su corazón fuese depositado en Buenos Aires. Su hija y su yerno serían los responsables de cumplir con ese póstumo mandato.

Lo cierto es que desde el momento de su muerte mucho se habló y escribió acerca de la repatriación del cadáver. En 1862 aparecieron las primeras manifestaciones necrómanas sobre su figura y su recuerdo: la Municipalidad de Buenos Aires decidió inaugurar un monumento. En la ceremonia oficial el entonces presidente Bartolomé Mitre dijo: “El pedazo de tierra argentina en que se asentaba el pedestal de la estatua era el único ocupado por San Martín en su país mientras llega el momento en que sus huesos ocupen un pedazo de tierra en ella”.

Dos años más tarde, el Congreso sancionó una ley para asegurar los fondos necesarios para repatriar los restos, pero no hubo avances. ¿Por qué tuvieron que pasar tantos años hasta su regreso definitivo? Según relata el historiador Enrique Mayochi en su trabajo *La repatriación de los restos de San Martín*, había sido la negativa de su hija Mercedes la causa principal, opinión que fue confirmada por otros testigos. No quiso separarse de los restos de su padre. Fallecida ella en 1875, su marido comenzó a organizar el postergado traslado del cadáver del prócer.

Desde 1870 las gestiones y los reclamos se fueron multiplicando. Por ejemplo, en nombre de la familia San Martín, Manuel Guerrico consiguió que la Municipalidad cediera un terreno en el cementerio de la Recoleta para colocarlo allí. Y, además, las autoridades se comprometieron a levantar otro monumento que, finalmente, no se hizo. A cambio, sin embargo, se construyó

un modesto mausoleo que después fue cedido a otra familia. Enrique Perisena, integrante de la Comisión Municipal, solicitó que, en virtud de la Ley Nacional de 1864, se comunicase al Poder Ejecutivo Nacional el momento en que se creía que iba a estar todo listo para disponer del traslado, y proponía designar una comisión especial para realizar todos los trámites, pedido que fue aprobado el 4 de febrero de 1871.

No obstante, la propia Comisión Municipal dio marcha atrás con lo que ella misma había firmado. A pesar de que San Martín había sido masón y que la masonería estaba por aquellos tiempos muy enfrentada a la Iglesia Católica, decidió que sería preferible depositar su cadáver en la Catedral Metropolitana, y entonces el 12 de abril se solicitó al arzobispo León Federico Aneiros que intercediera para poner a disposición la antigua capilla bautismal. La nota de petición decía, también, que la comisión se proponía levantar en el frente oeste de la capilla un altar dedicado a Santa Rosa de Lima, patrona de la América del Sud, y colocar junto a la pared que da hacia el sur el sarcófago que encerraría “los restos del campeón de nuestra independencia”. El arzobispo transmitió el pedido a los canónigos, y éstos aprobaron la propuesta en una nota remitida al prelado: “Mirando como una de las preeminencias y de las glorias de la Iglesia Metropolitana ser la depositaria de los restos de tan ilustre varón”. En virtud de este acuerdo dado por el Cabildo Eclesiástico, monseñor Aneiros dirigió el 19 de abril una comunicación a la Municipalidad en la que se dijo: “Consideraremos siempre como una gloria tener y custodiar el depósito de los restos del brigadier general don José de San Martín”.

Los representantes oficiales propusieron el cambio de capilla porque entendieron que el monumento-mausoleo iba a necesitar más espacio que el ofrecido por el antiguo bautisterio. Así, monseñor Aneiros presentó una nueva solicitud a los canónigos, y éstos decidieron que el mausoleo sería levantado en la capilla dedicada a Nuestra Señora de la Paz. Poco después, el presidente

Nicolás Avellaneda realizó la convocatoria al pueblo y, como era de esperar, enseguida se formaron más y más comisiones con el objeto de reunir el dinero necesario para la “operación traslado” y la creación del monumento. Se tomaron como modelo los diseños y los planos de un mausoleo creado en Italia por el escultor Tantardini. Y aquí también se dio marcha atrás porque después se eligió el presentado por el escultor francés Albert Carrier-Belleuse, cuya propuesta obligó a modificar aun más la capilla. Se le dio forma octogonal y se la extendió unos metros fuera del edificio central de la Catedral, tal cual quedó hasta nuestros días. También se sostiene que el mausoleo quedó fuera del límite de la Catedral porque la Iglesia no podía aceptar poner en una de sus naves a un masón.

Las polémicas no tardaron en surgir. Cada vez más gente se metía en el intrincado y demorado traslado del cadáver, a pesar de que todos parecían estar de acuerdo. El 1º de abril de 1875, el diario *La Nación* se hizo eco de la evidente situación de disgusto que había en la sociedad. Publicó una carta de lectores, sin firma pero con dirección postal, que decía:

He leído un suelto en el diario de ayer en el cual, hablando de una carta del general Alvear sobre la muerte del general San Martín, se hace presente que habiendo pasado veinticinco años desde la muerte de este ilustre guerrero, sus restos descansan olvidados todavía en el suelo extranjero. Me parece, señor, que a pesar de lo muy justo de su patriótico recuerdo, convendría hacer conocer ciertos hechos que darán alguna luz sobre este punto. Bajo la administración del general Mitre se tomaron serias medidas para el transporte al seno de la patria de las cenizas de San Martín. Un caballero francés hizo arreglos con el gobierno y se le confió esa importante comisión. Pero se dice que encontró dificultades insuperables para llevarla a cabo. Según nos ha informado una persona muy versada y competente en materia de Historia Nacional, y conocida

ilustración en todo lo referente a ella, esas dificultades consistieron en negativa que opuso la señora de Balcarce, única hija del general San Martín, a la realización de los deseos del presidente Mitre. La Sra. de Balcarce, fundada en un sentimiento natural y piadoso, dijo que por nada consentiría en separarse de los restos de su glorioso padre, y que mientras ella viviera en el suelo de Francia, allí permanecerían esos restos, para poderles tributar siempre el homenaje del amor filial. Esta versión debe ser cierta pues, de otra manera, no se explicaría cómo la administración Sarmiento no ha dado ningún paso en ese sentido. Pero hoy, señor, las circunstancias han cambiado. La Sra. Balcarce ha, desgraciadamente, fallecido, según lo anunciaron todos los periódicos de esta capital, hace un mes poco más o menos. Por consiguiente, ha llegado el momento de la reparación. Los restos de San Martín deben ser transportados cuanto antes a Buenos Aires para que reciban la unánime oración que merece en el pueblo del que se alejó para siempre en 1829, por las miserias y las infames calumnias de sus enemigos políticos. Si el Sr. Balcarce persiste en las mismas ideas que dominaban a su esposa, recuerde que en los restos de este ilustre muerto tendrá derecho a todo, pero no al corazón, que San Martín legó a Buenos Aires. Es de esperar, por consiguiente, que el Gobierno Nacional, inspirándose en los sentimientos de verdadero patriotismo, satisfaga cuanto antes los legítimos derechos del pueblo argentino.

¿Quién habría escrito esas afirmaciones anónimas que no fueron desmentidas ni refutadas pero que, evidentemente, tenían buena y detallada información? Muchos pudieron descubrir la fina pluma del mismísimo general Mitre, que había dejado la presidencia del país en 1868 pero que aún mantenía influencia en el poder. Esa carta expresaba lo que muchos pensaban en privado.

Muerta Mercedes, la burocracia pública pareció sumarse a la máquina de impedir. Habían pasado veinticinco años y el único logro conseguido hasta ese momento había sido una pila de cartas y expedientes que expresaban la impotencia o incapacidad de sacar el cadáver de Francia. Finalmente, algo pareció moverse. El 5 de abril de 1877, día del aniversario de la batalla de Chacabuco, se decidió terminar con los problemas y trabas generados por comisiones que nunca funcionaron. El presidente Nicolás Avellaneda aprovechó el momento y anunció al pueblo la decisión política de trasladar el cadáver de San Martín, costara lo que costara:

En nombre de nuestra gloria como Nación, invocando la gratitud que la posteridad debe a sus benefactores, invito a mis conciudadanos, desde el Plata hasta Bolivia y hasta los Andes, a reunirse en asociaciones patrióticas, recoger fondos, y promover la traslación de los restos mortales de don José de San Martín. Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de sus destinos, y los que se apoyan sobre sus tumbas gloriosas son los que mejor preparan el porvenir.

Después de tantos intentos, de idas y venidas, de gestiones que no llegaban a nada, de polémicas públicas y de funcionarios inoperantes, Avellaneda pareció tener una idea superadora de todo lo hecho: redobló la apuesta y creó una “supercomisión” (por si faltaban comisiones), pero de notables, que se encargaría de hacer realidad aquello de que el cuerpo del muerto pudiera cruzar el océano y llegar a estas tierras. Quedó constituida el 24 de abril, a las cuatro de la tarde, en el Senado de la Nación. Como titular fue designado el vicepresidente de la Nación, Mariano Acosta. Lo acompañaban el presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, Salvador María del Carril; el intendente municipal de Buenos Aires, Enrique Perisena; el general Julio de Vedia; Antonio Malaver; el secretario del Senado, Carlos Saravia, y el

secretario de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires, Aurelio Prado y Rojas. El grupo no dejó detalle por planificar.

La revista francesa *Correo de Ultramar* reproduciría el malestar que reinaba por las demoras en repatriar los restos de San Martín, y en el número del 1º de mayo de 1880 publicó una extensa crónica acerca de la partida del cadáver desde Francia. Confirmaba las trabas que había puesto la hija del Libertador para que el cuerpo no saliera del país:

Todos los gobiernos que han venido acreditándose en la República Argentina habían deseado verificar la traslación de los restos del ilustre general que reposaban en la tierra hospitalaria de la Francia desde el año de 1850 en que murió. Mientras vivió la digna hija del general, la distinguida señora doña Mercedes San Martín, esposa del ministro argentino en París, don Mariano Balcarce, fueron vanos estos deseos; la amante hija no quiso separarse en vida de los restos de aquel a quien debía el ser. Pero la muerte vino también a arrebatarla, y todo un pueblo, y en su nombre su gobierno, a reclamar nuevamente las cenizas del Patricio, que no podía ni debía resistir a los deseos de toda una nación que reclamaba para ella la honra de poseer los restos de uno de sus más esclarecidos hijos.

En tres años la “supercomisión” disciplinó voluntades y destrabó la situación. Finalmente, el día tan esperado del regreso del cadáver embalsamado de San Martín era una realidad. El recién botado buque *Villarino*, de la Armada, llegó al puerto de Le Havre, en Francia, en 1880 con la misión de trasladar los restos a Buenos Aires. Las autoridades francesas le rindieron honores en una misa realizada en la catedral de la ciudad. Soldados de ese país custodiaron el ataúd, que era llevado por las estrechas calles mientras una multitud se agolpaba al paso del cortejo fúnebre. En el barco se

dispuso una guardia de honor permanente en la capilla ardiente a cargo de cadetes del Ejército y de la Marina argentinos. El 17 de mayo el *Villarino* llegó al puerto de Montevideo. La Armada había enviado más naves para recibir los restos, acompañando a las autoridades uruguayas. Se escucharon salvas de honor que dispararon los barcos de escolta y también el fuerte del cerro de Montevideo.

La pequeña flota zarpó hacia su destino final, el puerto de Buenos Aires. El acorazado *El Plata* y las cañoneras *Bermejo*, *Paraná* y *Constitución* escoltaron el barco fúnebre. El 23 de mayo las naves fondearon a la altura de Puerto Nuevo y fueron recibidas por las salvas de artillería de la costa.

En persona, Bartolomé Mitre se encargó de convocar a la prensa para el acto central. El jueves 27 de mayo a las dos de la tarde reunió en el diario *La Nación* a directores y redactores de diarios nacionales y extranjeros. Se convocó asimismo a los trabajadores gráficos de la Sociedad Tipográfica Bonaerense a integrar un solo grupo con los periodistas. Todos debían vestir traje negro y llevar en el brazo izquierdo un lazo con los colores de su respectiva nacionalidad. Los hombres de la prensa desfilaron a la cabeza de una columna integrada por estudiantes universitarios, la Sociedad Rural Argentina, el Club Industrial, escribanos y procuradores, sociedades del barrio de La Boca, alumnos del Colegio Nacional y hasta clubes africanos. Todo estaba listo para el gran funeral.

Ese 28 de mayo de 1880, por fin, bajó a tierra el cadáver de don José de San Martín dentro de cuatro féretros superpuestos que, como si fuera una *mamushka* rusa, se habían colocado en cada escala de su viaje para proteger al que tenía en su interior el cuerpo momificado. El cortejo salió del muelle de Catalinas hasta la Plaza del Retiro, hoy Plaza San Martín. La idea fue que San Martín pasara por el lugar donde había entrenado y conducido a sus Granaderos a Caballo. Una especie de *revival* de su vida militar, pero con él muerto. Autoridades nacionales y fuerzas militares formaban una fila que

rodeaba el féretro, cubierto con la bandera de los Andes y llevado en una carroza tirada por ocho caballos conducidos por miembros de Caballería. La columna avanzó por la calle Florida hasta la Catedral al compás de pomposos redoblantes que marcaban el paso marcial de la ceremonia. En total silencio, el cadáver de San Martín y sus cuatro ataúdes ingresaron en la Catedral con el objeto de ser ubicados en el mausoleo. Pero el lugar había sido diseñado para el tamaño de un féretro normal. Entonces tuvieron que ponerlo de forma oblicua, de modo que pudiera entrar dentro de la estructura de mármol. Cuando le tocó hablar, el presidente Avellaneda destacó el valor de “la conmemoración de los héroes” y declaró completa la “obra de glorificación”. Exaltó las enseñanzas perdurables de San Martín, que no debían permitir convertir “una espada en cetro”. Fue una clara referencia a los difíciles momentos políticos que se vivían por esos meses. La repatriación se produjo en medio de una fuerte crisis del gobierno de Avellaneda y de violentos enfrentamientos. Poco antes del acto oficial, el 11 de abril, se habían realizado elecciones en todo el país para designar electores que elegirían al nuevo presidente de la Nación. El gobernador bonaerense Carlos Tejedor había realizado violentos ataques políticos al gobierno que originaron, el 10 de mayo, una concentración de treinta mil personas en Plaza de la Victoria, hoy Plaza de Mayo, a favor de la paz. Volvía a surgir el fantasma de las guerras civiles que desgarraron durante muchos años a la sociedad de aquellos tiempos. El día en que el cadáver de San Martín llegaba a Buenos Aires, cargamentos de armas revolucionarias navegaban por el mismo río que acunaba al Libertador. La crisis llegó a su máxima tensión cuando el 2 de junio Avellaneda decidió dejar la sede del gobierno y se replegó al barrio de Belgrano, donde estableció la capital provisoria de la Nación. La lucha armada fue imparable y costó, en pocos días, la vida de muchos argentinos. Se había recibido al prócer muerto con otros muertos en las calles.

A pesar de los conflictos políticos y los tiros, la “supercomisión de

notables” terminó su trabajo con envidiable prolijidad. Envío las notas de agradecimiento a quienes habían colaborado y dispuso el destino final de los elementos utilizados durante las ceremonias oficiales. Por ejemplo, donó a la Catedral los terciopelos y los enseres que sirvieron para la decoración del carro fúnebre, el que, por decisión del gobierno, fue a su vez entregado a la Municipalidad de Buenos Aires. A los cordones del féretro se los llevaron de recuerdo Mariano Acosta, Eustaquio Frías, Arístides Villanueva, José María Moreno, Manuel Quintana, Ceferino Araujo, José Benjamín Gorostiaga, Sixto Villegas, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, Manuel María Escalada, José Prudencio de Guerrico, Carlos Pellegrini y Gerónimo Espejo.

También se hizo una rendición de cuentas de lo recaudado y gastado. Se había reunido 1.400.000 pesos de moneda corriente. Más de la mitad de esta suma fue aportada por una colecta popular. Hubo donaciones de oro, plata, cobre, libras esterlinas, napoleones, monedas brasileñas y plata fuerte. Gran parte de los envíos hechos desde el noroeste del país se efectuaron en moneda boliviana (¿Malvinas? No).

Para que los argentinos no se olviden jamás del gran San Martín se estableció que el 17 de agosto, día de su muerte, fuera feriado nacional, aunque ahora sirva para llenar las rutas de autos que se van de vacaciones.

Su cuerpo descansa en relativa paz. Las mentes necrómanas de los argentinos, que parecen nunca descansar, se pusieron a funcionar para poder apropiárselo. El cadáver ya está aquí, ¿qué podemos hacer con él? Quienes tuvieron una respuesta a esa pregunta fueron los correntinos, que siempre acariciaron el sueño de llevar su cuerpo al lugar donde había nacido: Yapeyú. Y empezaron a moverse. El primer paso de ese proyecto fue la “repatriación” de los restos de los padres históricos del Libertador. Regresaron de Málaga, España, a mediados del siglo pasado con motivo de cumplirse los cien años de la muerte de San Martín. Los depositaron en un templete ubicado muy cerca de la entrada principal del cementerio de la Recoleta, junto con los de la

esposa del general, Remedios de Escalada. Pero en la década de los noventa una ola de traslados de cadáveres de famosos y próceres invadió el país. Fue en ese contexto que en 1997 alguien se dio cuenta de que era el momento ideal para remover la tumba y llevarse a San Martín a tierras correntinas. Uno de los tantos decretos firmados por el presidente Carlos Menem bastó para que los restos de los padres históricos del prócer, el capitán Juan de San Martín y Gregoria Matorras, fueran sacados del lugar donde descansaban. Esto se llevó a cabo una mañana en que funcionarios de la gobernación se presentaron en la Recoleta para cargar los dos cofres labrados. Y así lo hicieron. Fueron retirados y puestos en custodia en el Regimiento de Granaderos a la espera de ser trasladados a Corrientes. La operación de retiro de las cenizas se hizo con total discreción, pero un ocasional visitante del cementerio advirtió a la prensa sobre lo que estaba pasando. Al enterarse de la movida política, la Asociación de Amigos del Cementerio de la Recoleta interpuso un amparo judicial para evitar lo que, seguramente, consideraba un robo a la historia y a la cultura del país. Los defensores de los padres de San Martín se agruparon en una “comisión antitraslado” que protestó en vano ante la Justicia, pues el gobernador se hizo el desentendido y siguió adelante con sus planes. Tanto temía el gobierno correntino la pérdida de las reliquias que las tuvo varios días escondidas, a salvo de la furia de los antitrasladistas. Alcanzó que el periodismo informara sobre la posibilidad de que se dictara una medida de no innovar para que el gobierno correntino se apurase en trasladar los restos antes de que hubiera fallo, y durante ese tiempo se instaló un misterio: nadie había podido dar testimonio de haber visto la urna con los huesitos. Se dijo, incluso, que para protegerlos habían sido llevados hasta Paso de los Libres, a sesenta kilómetros de Yapeyú, custodiados por el jefe de la policía provincial. Otra versión señaló que también estuvieron en la Catedral de Corrientes. De esta manera, los codiciados restos históricos se dieron a la fuga, en una alocada carrera por las rutas argentinas, sin paradero cierto y a la espera de

que apareciera algo de cordura. El gobernador Braillard Pocard pareció interpretar uno de los capítulos de la serie televisiva *Misión imposible* y justificó su decisión: “Mire, yo no tengo el fallo que dispone la medida; parece que habla del traspaso definitivo de las urnas, y esto me parece un error conceptual, porque no estamos hablando de una propiedad. Los restos no son de nadie, ni del gobierno nacional. El problema es, nada más, la custodia del lugar donde se encuentran”. El mandatario contó que, enterado del posible fallo de no innovar, inmediatamente se comunicó con el Ministerio del Interior, donde le dijeron que desconocían la medida cautelar y que en caso de que se produjera sí iban a apelar. Al apresurarse con el traslado, el gobernador buscó sacar provecho de uno de los argumentos utilizados por el juez al hacer lugar al amparo. “Devolver al cementerio de la Recoleta las urnas [que ya iban camino a Yapeyú] tropezaría con la expresión del propio magistrado, para quien una eventual sentencia en favor de los demandantes podría tornarse de imposible ejecución si se hubiese concretado la entrega oficial de los restos.”

Finalmente, y como era de esperar, la Justicia decidió “liberarlos” con la argumentación de que los restos ya no estaban en la Recoleta. Algo así como que se había reclamado que no se los llevaran de la Recoleta, cuando en los hechos ya no estaban más allí. Es decir, no había lugar para tal reclamo o, en otras palabras, ¿de qué restos me hablan?, pareció interpretar el juez. En términos más diplomáticos, y tal como sostuvo el magistrado en su fallo: “Serían injustamente lesionados (la dignidad y el respeto que merecen el pueblo de la provincia y de Yapeyú) en caso de que luego de haberse realizado una ceremonia pública de entrega y recepción de los restos tuvieran que volver a su estado anterior”.

La sorprendente travesía hasta Corrientes fue ideada por las Asociaciones Culturales Sanmartinianas de las ciudades de Posadas, en Misiones, y Gobernador Virasoro y Yapeyú, en Corrientes, y fue aplaudida por sus respectivas autoridades municipales y provinciales.

Además, el traslado de los restos de los padres del Libertador despertó dudas acerca de su autenticidad, en especial los de la madre. Don Juan había fallecido en Málaga, donde la familia estaba radicada, y allí tuvo lugar su entierro. Y doña Gregoria, viuda, se fue a vivir luego con su hija María Elena a Orense, donde murió. Su cuerpo fue depositado en el cementerio local, que años después se levantó, por lo que sus restos, se dijo, fueron derivados a una fosa común. Por eso, a la hora de buscar más reparos al traslado, algunos historiadores echaron sombra sobre si se trataba de los verdaderos restos.

No obstante ello, a los pocos días de haberlos sacado de la Recoleta, los correntinos regresaron al cementerio e intentaron desarmar el templete para llevárselo, pero no pudieron porque es un monumento histórico nacional. Hasta hoy se puede leer la placa original en ese lugar que dice: “Aquí yacen los padres...”, y al lado otra aclaratoria con la leyenda: “Aquí descansaron...”. Y en lugar de los cofres se puso una réplica de la bandera original de los Andes bordada en Mendoza para San Martín antes de cruzar la cordillera.

La apropiación de los padres de San Martín generó una nueva polémica entre historiadores e instituciones patrióticas. Se sabía que el hecho escondía una ambición mayor. “¡Ahora vamos por el cadáver del general San Martín!”, habrán dicho con esa arrogancia que muchas veces caracteriza a los argentinos. Gracias a la decisión política de Menem y del entonces gobernador correntino, estaba más cerca que nunca la etapa final del gran proyecto: convertir la ciudad de Yapeyú en un gran santuario sanmartiniano que ocuparía todo el territorio, abarcando incluso las antiguas misiones jesuíticas. Así, visitantes del mundo irían hasta allí para rendir homenaje al general y a sus padres, todos juntos, lo que convertiría la zona en un polo turístico, histórico y cultural, eso sí, teniendo a los muertos como principales figuras. Ese plan tiene nombre propio: Proyecto Yapeyú. Adolfo Navajas Artaza, poderoso empresario yerbatero, por aquellos años presidente de la Asociación

Sanmartiniana de Gobernador Virasoro y uno de los firmantes del acta que permitió sacar los restos de la Recoleta, reconoció la intención. “Es todavía una mala palabra para muchos, pero ése es el objetivo final”, dijo acerca del traslado del cuerpo del Libertador. Y en otra de sus definiciones afirmó: “Las asociaciones que estuvimos empeñadas en el traslado de los restos de los padres de San Martín nos hemos propuesto el objetivo de afianzar todas las tratativas para ir convirtiendo poco a poco a Yapeyú en el santuario sanmartiniano que anhelamos”. El presidente de la Asociación de Guerreros y Próceres de la Independencia, José Matías Zapiola, se mostró sorprendido y salió al cruce en defensa del muerto: “José de San Martín está bien donde está, y no veo cuál es el sentido de trasladar los restos de sus padres”.

Para la ceremonia de arribo de lo que quedaba de Juan de San Martín y Gregoria Matorras a Yapeyú se movilizaron camiones repletos de militares. Los soldados se alistaron para el desfile mientras los funcionarios entraban en la Municipalidad con el objeto de concertar los últimos detalles del evento. Hasta ese momento nadie había preguntado dónde estaban los restos. Las respuestas invocaban razones de seguridad para no revelar el secreto bien guardado y que pudiera embestir nuevamente la columna de los “antitraslado”. Dijeron que ni el mismo intendente sabía dónde habían escondido semejante tesoro.

Los despojos de los padres de San Martín pudieron salir de la Recoleta, pero en realidad no tenían un lugar específico donde ser colocados, ya que el decreto presidencial sólo había establecido que debían ser depositados en un mausoleo. En forma provisional se los ubicó en la casa natal del prócer hasta tanto se hiciera una construcción para albergarlos.

La polémica por la suerte de los huesos o las cenizas no tardó en dispararse desde los organismos oficiales de la historia y la cultura. La Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos tiró la primera piedra al decir que era “absolutamente inconveniente” que el destino final

fuera dentro del monumento histórico nacional (por Yapeyú), y solicitó que se consultara a la Academia Nacional de la Historia. La respuesta fue contundente. Consideró “prudente no innovar en la situación actual”.

Para los correntinos, la apropiación de los padres de San Martín había sido un paso clave en su proyecto de traer la pieza más deseada: el cuerpo embalsamado del Libertador. “Se ha logrado el objetivo de atracción histórico y cultural. En Yapeyú, el público se siente más motivado que el que iba a la Recoleta, donde los restos de los padres del Libertador estaban prácticamente olvidados, y se ha atrapado la atención de los jóvenes”, sostuvo con alegría el entonces intendente de Yapeyú, Norberto Zulpo. El ex jefe comunal, Juan Barbagallo, no se quedó atrás: “Ahora, la gente tiene un motivo especial para visitar Yapeyú: los restos de los padres de San Martín y la casa donde el prócer vivió los primeros años”. Bingo.

Así se había dado un fuerte impulso al Proyecto Yapeyú que le permitiría a la gente del pueblo soñar con reencontrar la grandeza de su pasado colonial, cuando desde allí se gobernaba un vasto territorio que se extendía hasta el litoral de Uruguay.

Al poco tiempo del traslado hubo una selección de personal para la nueva Oficina de Turismo de Yapeyú. Ahora los guías debían mostrar la Plaza de Armas, el Museo Sanmartiniano, la iglesia, el Museo Jesuita y la urna con los padres muertos del Libertador. Un centro de documentación con toda la información sobre el prócer completaría la propuesta. Un nuevo progreso ya se vislumbraba, miles de turistas inundarían el pueblo para ver a la familia San Martín muerta.

“¡Con Sarmiento ganamos, pero con Alberdi perdimos! ¡No queremos que pase lo mismo con San Martín! Si llevamos sus restos a Yapeyú, el Padre de la Patria se convertiría en un prócer más”, se sinceró el entonces director del Museo Histórico Nacional, Juan José Cresto, al fundamentar su rechazo a la pretensión de que el cuerpo del general fuera llevado a Yapeyú.

La embestida contra el cadáver no es sólo patrimonio del Proyecto Yapeyú. Como ya se afirmó en este libro, la presidencia de Carlos Menem supo alimentar con especial dedicación la necromanía argentina al autorizar a puro decretazo el traslado de muertos ilustres a distintos lugares del país, casi siempre con intencionalidad política. Con esa vocación aparentemente reparadora, algún necrómano con posgrado en perversión imaginó una nueva tropelía contra el cadáver de San Martín. Y la fecha indicada, casi como un designio divino, era la llegada del nuevo milenio, que coincidía con los ciento cincuenta años de su muerte. ¡Perfecto! ¿Por qué San Martín estaría ausente en esa fecha trascendental para la humanidad? ¿Acaso los argentinos no tenían ya su propia convocatoria? “El año 2000 nos encontrará unidos o dominados”, había dicho décadas antes el presidente Perón. ¿Qué se podía hacer, entonces, con el cadáver del Libertador?

El historiador Eduardo Lázari obtuvo detallada información de un plan para sacar el cadáver de su sarcófago y exhibirlo al público, algo parecido a lo que había ocurrido con Evita casi medio siglo antes. La intentona fue en el contexto de importantes trabajos de restauración de la Catedral de Buenos Aires, iniciados en el segundo lustro de los años noventa. Durante un largo tiempo el mausoleo estuvo clausurado, aunque no así para esos “maquiavelitos” sueltos, siempre dispuestos a manipular muertos. La primera justificación fue que había que averiguar en qué estado de conservación se hallaba el cuerpo momificado. Algunos hasta creían que en la enorme urna de mármol que está en la parte superior sólo había restos óseos. Como era de esperar, todo parecía estar igual que en aquel mes de mayo de 1880. Finalmente la cultura necrómana pudo más que cualquier negativa racional. Se abrió el sarcófago y se encontró un enorme ataúd puesto en diagonal. Lograron sacarlo y con mucho cuidado fueron destapando cada uno de los féretros hasta que apareció el cuerpo de San Martín, el mismo de las heroicas historias de colegio. Allí estaba expuesto a los ojos de un pequeño grupo de argentinos de

finis del siglo XX que, con asombro y morbosidad, no quitaban su mirada de él. Vestía traje negro y su rostro era fácilmente descriptible. Habían pasado más de ciento cuarenta y cinco años desde que en Francia cerraron el ataúd, creyendo que era para siempre.

Asimismo, otro mito de las confabulaciones nacionales se había derrumbado. Era el referido a la posición del féretro/cuerpo, uno de los grandes misterios ocultos de la historia nacional. Hubo un antecedente que lo alimentó. En el libro *La masonería argentina a través de sus hombres* se relató que el féretro de San Martín había sido puesto en diagonal pero con la cabeza hacia abajo, y que eso se había hecho por su condición de masón. Supuestamente, ese rito resguardaba su identidad masónica ya que el cuerpo había quedado en territorio de la Iglesia Católica. Sin embargo, la exhumación del cadáver demostró que había sido sepultado con los pies hacia abajo, y por eso sus dedos habían quedado aplastados por la posición casi vertical. Se documentó la secreta ceremonia y hasta se sacaron fotos de la inspección, del cadáver, del rostro de San Martín y, especialmente, del estado de sus pies. Ante semejante revelación, es decir, el asombroso estado de conservación del cuerpo, apareció la idea más jugada y necrómana pergeñada contra San Martín: realizarle al cuerpo una restauración completa, lo que implicaría su manoseo, para después exhibirlo al pueblo a través de un vidrio, lo que sería un evento nacional de pura argentinidad. Quizá porque las personas ahí reunidas habían satisfecho su obscena morbosidad y tomaron conciencia de lo irracional de la propuesta, finalmente se decidió abortar el plan y todo regresó a su lugar. Se puso especial cuidado en que las puntas de los dedos de sus pies sufrieran lo menos posible.

Pero ¿quién es el dueño del cadáver de San Martín como para someterlo a semejante manipulación? ¿El Estado Nacional? ¿La ciudad de Buenos Aires donde yace? ¿La iglesia que lo custodia, habiendo cedido parte de su camposanto para construir el mausoleo? Se sabe que cuando un cadáver no

tiene descendientes directos que puedan reclamarlo pasa a ser propiedad del Estado, como ocurre con muchos muertos indigentes que son llevados a la morgue de la Facultad de Medicina. También sucede lo mismo con los cuerpos de los próceres sin descendencia que pueda interponer su derecho, como en el caso de Juan Bautista Alberdi, cuyo cadáver fue llevado a su Tucumán natal. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con los restos de Domingo Faustino Sarmiento, cuyos herederos se negaron a entregarlo para ser llevado a San Juan.

El cadáver de San Martín resistió en silencio las batallas de los necrofilicos y quedó atrincherado en su mausoleo a la espera de nuevas intentonas. Pocos años después, el muerto volvería a ocupar el centro de la escena pública y política. El historiador Hugo Chumbita pidió que se le hiciera un ADN para determinar científicamente su origen. El escritor está convencido —de hecho escribió un libro sobre el tema— de que el Libertador no era hijo del matrimonio del capitán Juan de San Martín y Gregoria Matorras, sino que había nacido de una relación extramatrimonial entre el capitán Diego de Alvear y una indígena guaraní llamada Rosa Guarú, a quien la historia consagró como su nodriza hasta los seis años, cuando José emprendió viaje a España. La investigación se basa en una carta escrita por Joaquina de Alvear, nieta de Diego de Alvear, en la que revela el secreto guardado por la familia hacía ya más de un siglo. Incluso, Chumbita recogió en Yapeyú testimonios orales de viejos pobladores transmitidos de generación en generación que decían lo mismo, y hasta realizó investigaciones complementarias en España. Otro historiador, José Ignacio García Hamilton, también dio credibilidad a esa versión al publicarla en su libro *Don José*.

La sola posibilidad de que San Martín hubiera sido hijo de una india provocó la inmediata reacción de instituciones sanmartinianas tales como la Academia Nacional de la Historia y el Instituto Nacional Sanmartiniano, que desestiman, aún hoy, dicha posibilidad. Prácticamente la consideran un

sacrilegio.

No obstante ello, el debate público se instaló y quienes creen que San Martín era hijo de una india promovieron acciones en distintos niveles del Estado con el objeto de que se certifique la verdad. Ante la Cámara de Diputados se hizo un pedido de resolución para que se impulse una investigación a fondo o se pida al Poder Ejecutivo que facilite las medidas “para establecer el origen mestizo de San Martín”. Y se agregó en el escrito: “El origen de San Martín es un tema de interés público y el Senado debe facilitar los elementos para un debate exhaustivo. Si está en duda la identidad de San Martín, está en duda la identidad de la Patria. El ADN sería una última instancia si no son suficientes los documentos y testimonios que acreditan esta postura”. En cualquier caso, para realizar el examen genético a un muerto sería necesaria la autorización de los familiares directos, que son legalmente los “propietarios” del cuerpo. Y en este caso volvió a surgir el enigma de quién es el propietario del cadáver. Si es del Estado, ¿a que área le corresponde intervenir? ¿El Ministerio de Educación? ¿La Secretaría de Cultura? ¿La Dirección de Monumentos Históricos? Según Chumbita, si el Poder Ejecutivo o el Congreso no terminan ordenando el ADN, entonces habrá que recurrir a la Justicia. Antes de llegar a esa instancia, el historiador pidió la intervención de la Defensoría del Pueblo de la Nación, que hasta 2008 había solicitado una serie de medidas y documentación para descifrar la verdadera identidad del prócer. ¿Seccionarán en partes el cadáver de San Martín, como pasó con Perón por el reclamo de paternidad de Susana Holgado?

Increíblemente, la necromanía nacional empecinada con San Martín siguió buscando la forma de remover su tumba. Y volvió a arremeter contra el muerto. En agosto de 2008, el diputado socialista Roy Cortina presentó un proyecto de ley para exhumarlo, sacarlo de la Catedral y ponerlo en un gran monumento construido especialmente en la Recoleta. ¿Será un rescate histórico de la masonería, que supo tener en el socialismo a importantes

militantes de su causa? Lo cierto es que el tema está en el Congreso. “Es un proyecto polémico, un aporte al debate. Si no es en el Congreso donde reflexionamos acerca del pasado y de la historia, ¿dónde lo hacemos? Si el proyecto sirve para debatir, bienvenido sea”, explicó el legislador en una nota publicada por el diario *La Nación*. “Sin negar la calidad de la escultura y el mausoleo, se lo termina ocultando a un costado de la Catedral Metropolitana, en un espacio físico no acorde con la grandeza e importancia que tiene para el conjunto de los argentinos, aquel a quien el consenso histórico de nuestro país lo reconoce como el Padre de la Patria. No es la visibilidad que se merece San Martín”, agregó.

El proyecto pasó a ser tratado por las comisiones de Legislación General, Cultura y Presupuesto y Hacienda de la Cámara baja. El texto propuso que se levantara un nuevo monumento en la entrada principal del histórico cementerio, cerca de la tumba de su esposa Remedios de Escalada de San Martín, y que para su construcción y realización se llamara a concurso público de artistas nacionales. Como sucedió con la intentona de exhibirlo públicamente para el comienzo del nuevo milenio, ahora la excusa elegida fue el bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810, aunque se propone hacerlo para el 9 de julio, el Día de la Independencia.

El debate no se hizo esperar. En el mismo artículo periodístico José Ignacio García Hamilton dijo: “Los argentinos tenemos una morbosa vocación necrofílica. Hay un culto a los muertos y a los cadáveres que parece no extinguirse. No le veo sentido. A mí me gusta ocuparme de la memoria, de los grandes personajes y presentarlos vivos en mis libros; no me interesa demasiado lo que pasa con los cadáveres. Nunca entendí por qué un conocido masón y anticlerical fue enterrado en la Catedral, pero de ahí a hacer nuevos traslados hay una distancia grande”, agregó. Para Diego Alejandro Soria, presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, “no es conveniente desplazar a San Martín de donde está. En 1880 se hizo el mausoleo, que es muy lindo y

está muy bien. ¿Qué finalidad tiene trasladarlo a la Recoleta? Además, todos los que conocen Buenos Aires visitan la Catedral. En Recoleta va a ser uno más entre tantas personalidades”. La Iglesia no tardó en terciar en la polémica. “Si el Congreso Nacional lo decide, será una decisión institucional que yo respeto. Pero deberían prever el tema del soldado desconocido, de los restos de Las Heras. Creo que hay ciertas cosas históricas que hay que respetar”, opinó el rector de la Catedral, el sacerdote Jorge Junor. Y agregó que nadie duda de que la tumba de San Martín sea la gran atracción de la Catedral porteña, tal como otros sostuvieron. “Para la gente es importante. Muchos vienen por San Martín. Los extranjeros creen que es un santo. Le vienen a rezar. Ayer vi a una persona arrodillada, rezando. ¿Quizá piensan que es San Martín de Tours! El testamento dice que quiere descansar en el cementerio de Buenos Aires, y se olvidan de que la Catedral fue un cementerio”, explicó. Hasta los visitantes del mausoleo tuvieron su voz en la prensa: “Este lugar es alucinante, pero no sé por qué está acá, si no es un santo”, dijo Natalia, una correntina que visitaba la iglesia por primera vez. “Si quieren trasladarlo, ¿por qué no lo llevan a Yapeyú en lugar de llevarlo a la Recoleta?”

A esta altura del relato al lector no le quedan dudas de que los restos mortales del general José de San Martín, lejos de descansar en paz, fueron y son sometidos a toda clase de intentos de manipulación. Su cadáver sigue alimentando la obsesión argentina de jugar con los muertos. ¿Era hijo de una india? ¿Su santuario definitivo será su casa natal de Yapeyú? ¿Debe ser sacado de la Catedral para depositarlo en el aristocrático cementerio de la Recoleta? ¿Será en el futuro el excluyente protagonista de un supermonumento nacional donde estarían todos los próceres muertos, una especie de altar permanente de la necromanía argentina? No parece tan complicado cumplir su póstumo deseo, ideado en el final de sus días. Lo único que quiso San Martín fue ser recordado y respetado por sus compatriotas.

En el caso hipotético de que hoy su cadáver momificado fuera exhumado o

trasladado, no es difícil imaginar, de acuerdo con nuestros penosos antecedentes, lo patética que sería la situación. Por lo pronto, los medios intentarían tener la primicia de las imágenes de su rostro —y el detalle de los pies aplastados (“Igual que Evita”, titularían)— como si se tratara del nacimiento de un nuevo hijo de la modelo Valeria Mazza, para ponerlo en cadena nacional y seguir minuto a minuto las oscilaciones del rating. Los expertos en cortar muertos les darían duro a las sierras eléctricas y a los bisturís para llevarse partes del cuerpo del general, que pasaría de mano en mano como un souvenir. Los correntinos lanzarían desesperados *sapucay* para apropiarse del muerto, llevarlo junto a sus padres (o supuestos padres) y terminar de una vez por todas el proyecto turístico y cultural de Yapeyú. Y quizá, por qué no, hasta grupos de choque de algunos gremios peronistas, con *Madonna* Quiroz a la cabeza, entrarían en la Catedral a tiro limpio y al grito de San Martín-Rosas-Perón, intentando llevarse el cadáver a San Vicente para unirlo al otro General, con quien compartiría el podio de las manipulaciones.

Desde ya éstas son sólo ideas alocadas, barbaridades absolutas, pero que en esta Argentina impredecible pueden tener la fuerza incontrastable de la realidad.

CAPÍTULO 7

Ritos. Sálvese quien muera

En promedio se producen tres muertes por competencia en el Rally París-Dakar. No quiero ser morboso, pero ojalá que alguno de esos accidentes fatales ocurra acá, así se conoce más La Pampa en el mundo.

De OSCAR FOLMER, coordinador argentino del Rally París-Dakar

(El 7 de enero de 2007 apareció muerto en La Pampa el motociclista francés PASCAL TERRY.)

Alfredo Péculo fue el primer showman del mundo de las pompas fúnebres, el enterrador oficial de políticos y entre ellos, especialmente, los del peronismo. Con su empresa Cochería Paraná, que llegó a ser la más grande del país, y a fuerza de militancia —fue varias veces candidato a intendente de San Isidro por el Partido Justicialista—, se constituyó en el referente obligado de toda movilización necrómana que haya realizado el peronismo en las últimas décadas. Su último gran trabajo profesional fue el escandaloso traslado de los

restos del general Perón a la quinta de San Vicente. También se lo recuerda como pionero mediático al presentar sin pudores las bondades de su oficio, su condición de ser el mejor enterrador de todos, el inaugurador de la ingesta de comida en los velatorios, con azafatas y hasta música. Llegó a producir avisos publicitarios por televisión ofreciendo las ventajas de sus servicios exclusivos. Casi una convocatoria abierta a morirse para disfrutar de los entierros de Péculo.

Pero a él también le tocó la Parca. En febrero de 2008 falleció como consecuencia de un tumor en el cerebro y, como era de esperar, habrá disfrutado como pocos de la organización de su propio funeral. Lo planificó con el debido tiempo. Dispuso que su cuerpo fuera vestido de gaucho y que el velatorio se realizara en la sede de la Agrupación Tradicionalista “El Lazo” de San Isidro. También que el féretro fuera trasladado en una carreta del siglo XIX tirada por bueyes. Y así se hizo, con la presencia una multitud dominada por paisanos. Toda la ceremonia fue especialmente filmada hasta el mismo instante en que el ataúd ingresó en la bóveda familiar, donde ya se había ubicado con precisión de sepulturero un busto que lo eterniza.

Con su hermano Ricardo supieron construir todo un mito alrededor de los Péculo, que siempre se presentaron como tanatólogos y especialistas en ritos funerarios y ceremoniales. Para ellos, hay distintas etapas en estas costumbres de relacionarse con la muerte. En tiempos históricos, el temor marcó las ceremonias por la creencia de que si algo no le agradaba al muerto su espíritu quedaba errante entre los vivos y eso era peligroso. Por eso en los cortejos fúnebres la gente se pintaba o se tapaba la cara, para que los espíritus no reconocieran a los familiares del fallecido y tomaran venganza. Sobre las sepulturas se colocaban las lápidas con la idea de que el muerto no se escapara. Los cementerios se encontraban lejos y se llegaba a ellos por difíciles caminos escarpados para confundir a los espíritus, que supuestamente tenían la intención de volver al lugar donde estaban los vivos. Los primeros

ataúdes no se usaron para cuidar el cuerpo del muerto, como se cree, sino para impedir que éste se fuera.

Entre las culturas que creían en la vida después de la muerte se difundió el embalsamamiento de los cuerpos con la intención de conservarlos como el lugar donde moraría el alma del muerto una vez que hubiera pasado el Juicio Final. Se construían sarcófagos y tumbas, en algunos casos mullidos por dentro, y a los muertos se los enterraba acompañados de comida, agua y objetos valiosos para que los ayudaran en el largo viaje hasta regresar al cuerpo, y con objetos que recordaran cuál había sido la actividad de ese muerto mientras vivió. En estos casos, la preparación del cadáver se relacionaba con la idea de conservarlo para la vida eterna.

Para otras culturas, como la nuestra, la preparación de un cadáver, dejarlo lindo y presentable, es una forma de elaborar el duelo. Los especialistas dicen que un cadáver en malas condiciones deja un mal recuerdo; de ahí la necesidad de prepararlo bien.

El velatorio es una parte muy importante para empezar a procesar el duelo; no se trata sólo de una cuestión social. Es un rito que comenzó a practicarse después de la Edad Media debido a los numerosos casos de catalepsia, enfermedad en la que una persona pierde todos los signos vitales detectables pero continúa con vida. Se buscaba evitar la posibilidad de enterrar viva a una persona dada por muerta.

En las últimas décadas, los ritos de la muerte fueron cambiando. Lejos quedaron los días en que las veladas de toda la noche eran el paso obligado para despedir al ser querido y se guardaba un riguroso luto durante meses. Hoy muchos ya eligen no hacer velatorio, o lo hacen corto, o cierran la sala a la noche y todos se van a dormir. Incluso, ni siquiera se acompaña al difunto hasta el cementerio. En la ciudad de Buenos Aires, el 70 por ciento de las contrataciones de servicios omite el velorio y se opta por el traslado directo al cementerio. Todo esto es lo que se llama “despedida exprés”. El envío de

coronas y otros presentes florales se está convirtiendo en una práctica en desuso, y el que de igual manera lo quiere hacer hoy hasta lo puede llevar a cabo por internet. Ya no circulan fastuosos cortejos fúnebres con ornamentos florales y coronas de lujo. Y el número de cremaciones ya supera el de las sepulturas.

En Japón se creó el cementerio más moderno y tecnológico del mundo, y fue para ahorrar espacio. Allí los ataúdes están bajo tierra en cámaras. Cuando algún familiar quiere visitar a su difunto utiliza una tarjeta especial para que el féretro vaya automáticamente a un lugar donde se ora. Entonces, la gente hace fila para introducir su tarjeta y acceder al ataúd deseado.

La necromanía argentina se extiende por todos lados y atraviesa tiempos y geografías. En muchos países, la gente suele elegir en qué ataúd quiere que la entierren. Los fanáticos de los autos pueden comprar uno con forma de automóvil con ruedas que puede ser llevado por las calles. También hay ataúdes con distintas formas: de botellas de Coca-Cola y cerveza, de zapato, de pez, de cigarrillo, de frutas o verduras. Estas costumbres no sólo son excentricidades de algunas culturas. Por ejemplo en África, más precisamente en Ghana, la tribu Ga considera que los funerales son tiempo de luto y celebración. Ellos creen que cuando alguien muere pasa a otra vida, y que hay que dar ese paso con ataúdes divertidos para recordar la vida del difunto.

Los denominados cementerios parque aparecieron en los años ochenta y vinieron a solucionar el problema de que nadie quería ocuparse del muerto o de mantener la costumbre de rendirle culto. Estos cementerios verdes ayudan a no pensar en la muerte, a no tener que ocuparse de ella; son los jardines que han despersonalizado el rito funerario tradicional. Allí se iguala todo, ya no hay necesidad de poner placas o mantener sepulcros o bóvedas. Ni siquiera es necesario ir. Pero este fenómeno se verifica en los sectores sociales de mayores ingresos. Para los más pobres todavía los cementerios, la tierra y los nichos siguen siendo ritos religiosos.

Entre las nuevas formas de despedir a los muertos viene creciendo la tendencia a las cremaciones. En Buenos Aires aumentaron un 40 por ciento, en la misma medida en que bajó la cantidad de sepulturas. Indicio de que, además, se está abandonando la costumbre de visitar los cementerios.

También tiende a desaparecer el cortejo fúnebre. Hasta la década de los cincuenta se podían ver carruajes tirados por caballos; hoy son autos que se desplazan como si formaran orugas. También cada vez tiene menos vigencia el cuidador de la bóveda, que antes era un símbolo de prestigio. A pesar del aparente alejamiento de los ritos tradicionales, nada aún pudo reemplazar el sentimiento del duelo, que significa que uno debe aceptar la pérdida del otro.

Además, la necromanía tiene costumbres tan diversas que se adaptan a las necesidades de quienes la practican. Hasta 1969, la Iglesia Católica prohibía la cremación y castigaba a los fieles que la practicaban privándolos de cristiana sepultura, pero a partir de entonces cambió. Hoy se acepta y se entierra cristianamente a quienes eligen esa opción. La razón argumentada por la Iglesia Católica residía en que consideraba que quienes eran cremados negaban la existencia de la vida eterna y la resurrección de los muertos. Desde 2006, la Iglesia Católica argentina recomendó instalar cinerarios en las parroquias para recibir lo que quedaba de los difuntos.

El crematorio de la Chacarita es un lugar lúgubre, misterioso, donde sí se siente la muerte. Es una especie de gran galpón, a cuyos costados se alinean los hornos gigantes que están a la espera de devorarse lo que entre. En cada uno monta guardia una rara clase de verdugo *post mortem* en absoluto silencio, con ojos desorbitados que explican el autismo social vivido por esos seres que empujan los cuerpos a verdaderos infiernos terrenales.

Un mito popular muy arraigado dice que las cenizas que se entregan en el crematorio no son las del muerto querido sino una especie de rejunte de lo que quedó en la bandeja, pero quienes trabajan en ese duro oficio de quemar a otros sostienen que son todas fábulas. Explican que, con el calor, lo que entra

en el horno se pulveriza sobre la bandeja de metal quedando sólo los huesos, y que después una trituradora los aplasta y los deja como arena gruesa de color gris. Luego se los identifica y se los pone en una urna provisoria hasta que son retirados. Pero se sabe que los crematorios, finalmente, están llenos de cenizas que la gente deja abandonadas.

Piñata de cenizas

Los argentinos parecemos tener una peculiar atracción por la manipulación de cenizas. Las hemos transformado en instrumentos funerarios con una fuerte carga simbólica. Una artista plástica presentó en una de las muestras de ArteBA un cuadro compuesto por un collage en cuyo centro había puesto una parte de las cenizas de su abuela. Tenía la habilidad de explicar su obra desde el arte y solía soltar una sonrisa cuando exhibía el estado en que había quedado su abuela. En el lago interno del hipódromo de Palermo en una época quedaron flotando las cenizas del gran jockey Irineo Leguizamo. El almirante Isaac Rojas hizo tirar las propias, con ceremonia oficial, en las aguas del Atlántico Sur donde se hundió el crucero *General Belgrano* durante la Guerra de las Malvinas. En junio de 2008, la Justicia tuvo que clausurar el Jardín Botánico de la ciudad de Buenos Aires porque recibió una denuncia de que allí se enterraban restos humanos y cenizas, y que algunos empleados cobraban por ese privilegio. La jueza que intervino indagó a dos empleados y una pareja, y pudo determinar que se alquilaba el Jardín para hacer filmaciones y que además se pedía dinero para realizar entierros. Es decir, eran inhumaciones clandestinas que se pudieron comprobar con una cámara oculta que registró imágenes en el momento de los entierros. La denuncia fue realizada por dos ex jardineros que habían sido desplazados por la dirección del lugar. El director del Botánico sostuvo que esa acusación era una maniobra en su contra, y que había sido víctima de una interna gremial. La policía

científica hizo un rastrillaje y no pudo encontrar huesos en el Jardín, pero sí dos urnas con restos humanos.

La necromanía criolla reconoce en el fútbol una especial atracción. Lo más común es verla aparecer por los hechos de violencia que se registran todas las semanas en los estadios y que ya han dejado una larga lista de víctimas. También la cultura futbolera es muy necrómana, y esto aflora como música desde la masa en las tribunas del país con toda clase de calificativos contra los jugadores, técnicos y dirigentes: “Andá... morite” o “Te vamos a matar...” o “Sos un muerto hijo de puta” o “Doná los órganos, muerto” o “Son once muertos...”, entre otras.

En marzo de 2009, con motivo de una pésima campaña de Racing, el club había contratado como nuevo entrenador a Ricardo Caruso Lombardi. El equipo estaba al borde del descenso de la máxima categoría. Hinchas de la barra brava entraron en el club y pintaron en la cancha auxiliar, donde entrenaba el plantel, la siguiente leyenda: “Basta de papelones, hay balas para todos. No es joda. Ganen o van al cajón. Permanencia o muerte”. El entrenador salió a respaldar a sus jugadores con la misma cultura: “Al plantel lo voy a bancar a muerte”. Más y más muerte.

Como en muchas cosas de la vida argentina, en este tema de las costumbres necrómanas que supimos macerar Boca no podía pasar inadvertido. El sábado 2 de agosto de 2008 falleció el gran pintor Pérez Celis. Su última voluntad fue que su velatorio se hiciera en la Bombonera. El féretro estaba en el hall principal del club, debajo del mural pintado por su admirado Quinquela, presidido por un autorretrato gigante que mostraba la imagen de cómo se miraba a sí mismo pero muerto, vestido de traje oscuro y con sus manos descubiertas para que la gente pudiera tocarlas. Su mujer, la rumana Tamara Toma, desmintió que las cenizas fueran a ser esparcidas en la cancha, como se había anunciado. “Las tendré en casa”, declaró y cerró el tema. La cancha de fútbol es uno de los lugares preferidos donde fanáticosfinados suelen dejar sus

cenizas para eternizarse en ese templo del deporte. Se ha visto incluso cómo los hinchas tiran las cenizas de sus seres queridos desde la misma tribuna popular o la platea. De hecho, Boca tiene su propio cementerio para alegría de sus simpatizantes, que en vez de poner una cruz en sus tumbas ahora pueden colocar el escudo del club con los colores azul y amarillo.

Pablo Cerolini es un reconocido fotógrafo profesional. Ha realizado coberturas de toda clase: policiales, políticas, culturales... y los deportes no faltaron a la hora de poner su ojo para dejar retratada una imagen. Una noche de 1997 le tocó trabajar en un partido entre River y Platense en la cancha del primero. Cuando terminó el encuentro y todos se estaban yendo, alguien lo llamó desde la platea baja: “Flaco, tirá esto en el medio de la cancha”, y le mostró una bolsita de plástico. Pablo se negó y trató de salir del lugar, pero la persona se la arrojó a propósito para que se hiciera cargo del tema. “Pensé que tenía arena o algo parecido que quería dejar en el pasto para darle suerte al equipo. Como para cumplir, esparcí en un costado algo de lo que había adentro. Y enseguida me gritó: ‘No, flaco, tirá todo dentro de la cancha, son las cenizas de mi hermano’”, contó Pablo, y tuvo que cumplir con el ritual fúnebre del hincha de River.

Cenizas famosas son las del Loco Fierro, barrabrava y mito viviente de los hinchas de Gimnasia y Esgrima de La Plata. Se convirtió en líder una tarde en que enfrentó solo a la barra de Vélez en la cancha de Boca. Los de Vélez fueron a provocar a la tribuna de Gimnasia, y un hombre de estatura media y de anteojos oscuros trepó el alambrado, les hizo frente y los obligó a retroceder. Ése fue el Loco Fierro o Marcelo Amuchástegui, como era su verdadero nombre. A partir de ese momento se creó su fama y también la Banda del Loco Fierro, que él lideraba y desde la cual construyó su historia de guerrero. Un día la banda fue cercada por la policía, que le secuestró marihuana, cocaína, bombas molotov, cuchillos y diez armas de fuego. También los hinchas lo siguen recordando por la epopeya que lideró el

domingo 8 de febrero de 1987. Era un clásico con su eterno rival, Estudiantes de La Plata. Ese día no hubo entradas de favor y se había montado un espectacular operativo de seguridad con el fin de evitar que ingresaran. La orden del Loco era entrar sí o sí. Para ello hubo que enfrentar a la policía. Aprovecharon el entretiem po y el jefe había recibido información, desde dentro del estadio, de que los agentes ya habían aflojado con la guardia. Entonces se decidió a penetrar por la fuerza. El Loco Fierro encabezó la avanzada con el torso desnudo, abriéndose paso a trompada limpia. Fue una batalla descomunal. El cordón policial tuvo que retroceder y quedó contra el alambrado. La barra de Gimnasia ingresó al final, pero su líder quedó rodeado de una cincuentena de efectivos. El Loco siguió resistiendo para que entraran todos, hasta que lo doblegaron a los golpes. Un día, a comienzos de los años noventa, Marcelo Amuchástegui dejó de ser inmortal y fue asesinado en Rosario tras un confuso robo a una joyería. Dicen que le dispararon de atrás. Su cuerpo tenía diecinueve tiros. Cuenta la leyenda que en su velorio se formó una interminable fila de fanáticos que lo despidieron con un beso en la frente. Ese día, la hinchada de Gimnasia fue acompañada en su dolor por la barra brava de Estudiantes. El cuerpo fue cremado y sus cenizas esparcidas, con honores de los dirigentes del club y miles de hinchas, detrás del arco del Paseo del Bosque, donde todos los domingos se escucha el grito de los seguidores invocando para siempre al Loco Fierro, que está ahí nomás para recordarles la estirpe barrabrava.

Mercedes Sosa murió en la madrugada del domingo 4 de octubre de 2009. Tenía setenta y cuatro años y también su funeral constituyó un acontecimiento emotivo con alta conmoción pública. Sus restos fueron velados en el Congreso Nacional ante una multitud que se acercó para despedirla en la capilla ardiente instalada en el Salón de los Pasos Perdidos, donde se repitieron muchas de sus

canciones. Escoltado por la policía, el ataúd recorrió después las calles de Buenos Aires, en cuyas esquinas se amontonaban las personas que querían despedirla y tiraban flores, enarbolaban banderas argentinas, intentaban tocar el féretro como si a través de él se pudiera llegar al cuerpo de la artista. En cartulinas blancas la gente escribió con lápiz o birome: “Negra, gracias por tu humanidad”, “Gracias por darnos tu voz y tus ansias de libertad”, “No morirás nunca para la música autóctona, sos eterna en los oídos de todos”.

Una imagen que recorrió el país fue la de la presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner, junto a su esposo Néstor Kirchner, quienes compungidos miraban el rostro de Mercedes Sosa en el ataúd mientras la gente entonaba la canción *Lunita tucumana*. Otra, más emotiva, mostró a Cristina despidiéndose de la cantante con un beso en la frente. La televisión oficial había cortado la transmisión del fútbol, en su pico de audiencia, para mostrar en vivo esas imágenes de pesar junto a los deudos de la difunta. Mercedes Sosa había acompañado en varias oportunidades al matrimonio presidencial en actos reivindicatorios de la política de derechos humanos del Gobierno. Incluso había cantado en el Salón Blanco de la Casa Rosada. Los había unido una visión progresista de la política en sintonía con el sector de la clase media que venía apoyando a los Kirchner. Sin embargo, cuando murió Sandro la historia fue diferente. La presidenta no fue al multitudinario velorio y funeral. Se interpretó que su actitud había sido una discriminación política hacia el muerto porque poco tiempo antes Sandro se había alineado con las críticas formuladas hacia el gobierno por Susana Giménez y Mirtha Legrand a raíz del problema de la inseguridad. Otros, con malicia, sostuvieron que no asistió porque no estaban las cámaras de televisión para registrar su presencia ya que la familia había prohibido el ingreso de los medios. Unos y otros parecieron usar a los muertos para explicar los prejuicios de los vivos. Cualquiera sea la interpretación, se impone una pregunta aún sin respuesta oficial: ¿por qué la presidenta de todos los argentinos tuvo una especial dedicación para

mostrarse en las exequias de Mercedes Sosa y no hizo mismo en las de Sandro?

El deseo póstumo de Mercedes Sosa fue ser cremada y que sus cenizas fueran esparcidas en tres lugares muy importantes en su vida: Tucumán, Mendoza y Buenos Aires. Y así se hizo. Miles de personas desfilaron por el señorial edificio de la Secretaría de Hacienda, frente a la plaza principal de San Miguel de Tucumán, para ver sólo la urna donde estaban las cenizas de Mercedes. La gente le llevó flores y le cantó en la calle durante más de siete horas. Luego, una parte de las cenizas flotó sobre la ladera del cerro San Javier, desde donde se podía ver la ciudad. Se realizó desde un mirador, y testigos que estuvieron allí observaron cómo esos restos de la cantante volaban y se desparramaban al caer sobre la ladera, donde se podían ver latas de gaseosas, cigarrillos y bolsitas de plástico que suelen tirar los turistas. Su hijo, sus hermanos y sus sobrinos se abrazaron eternamente.

Días más tarde se repitió la ceremonia, pero a muchos kilómetros al sur de esa provincia. Sucedió cuando el segundo puñado de sus cenizas fue arrojado en las aguas del canal de riego Cacique Guaymallén, en Mendoza, mientras desde los parlantes se escuchaba su voz irremplazable. Había más de cuatro mil personas, familiares, funcionarios, artistas, y hasta el gobernador de la provincia. Desde ya no faltaron guitarras y cantantes improvisados entonando sus mejores temas. “La Negra no se va... la Negra no se va...”, gritaba la gente. Pero la Negra se fue.

El resto fue depositado en algún lugar de Buenos Aires que sólo sus seres queridos conocen.

A toda velocidad

Otra historia de cenizas y homenajes se recuerda todavía hoy en Balcarce. Tras padecer un cáncer fulminante, Hugo Batocletti falleció el último día de

2007. Había nacido en Coronel Vidal, pero hacía ya muchos años vivía con su familia en Mar del Plata, distante sesenta kilómetros. Su pasión eran los autos, y en sus últimos años fue uno de los editores de la revista *Amigos del Chevrolet* de su ciudad. Su deseo final había sido que sus cenizas fueran esparcidas en la pista del Autódromo de Balcarce, muy próximo a la casa de su hermano Diego, a quien visitaba con frecuencia. Poco antes de morir, mirando desde la planta alta de la casa las sinuosidades del autódromo, consciente de un final que estaba cerca, le dijo a su cuñada a modo de despedida: “No te preocupes porque desde acá, cada vez que veas el autódromo, vas a saber que yo estoy ahí”. El sábado 5 de enero fue el día de la cita para cumplir su deseo póstumo. Desde distintas partes del país y de Uruguay llegaron hasta la entrada de Balcarce en la ruta 55. Eran más de cincuenta autos que llevaban a los padres, a los hijos y a la esposa de Hugo, a sus hermanos, primos, sobrinos, tíos y amigos. Muchos de ellos habían compartido carreras, exposiciones de autos y, en especial, la consagración del marplatense Christian Ledesma como campeón de Turismo Carretera, que se había producido, al volante de un Chevrolet, apenas tres meses antes de aquella ceremonia en Balcarce. La caravana fue encabezada por un auto de carrera en el que iba su hijo con las cenizas de Hugo. Ingresó en el autódromo y empezó a recorrer el circuito, en una especie de cortejo fúnebre a toda velocidad, al tiempo que las iba arrojando y el viento de los vehículos terminaba de esparcirlas en el pavimento. Dio tres vueltas y quienes se quedaron de a pie corrían, entre lágrimas, de un lado al otro de la pista tratando de no perderse el momento en que los restos de Hugo ganaban el aire para luego caer en ese camposanto de los fierros que él había elegido para siempre. Y allí dicen que está, como lo prometió.

Al costado de la ruta 205, en Lobos, todo está dispuesto para pasar un lindo día de picnic en familia. Un par de mesas y bancos de cemento se despliegan sobre el pasto de la banquina, desde donde se pueden ver los camiones y autos

que pasan rumbo a la laguna de Lobos, a sólo cuatro kilómetros. A pocos metros, el alambrado marca el límite de los campos sembrados de soja. Todo sería normal si no fuera porque en ese mismo lugar se mató en 1993 el corredor de Turismo Carretera Roberto Mouras. Los asientos para poder pasar un día apacible con sándwiches y gaseosas o un vino son parte del decorado del monolito que se construyó para recordar que allí el popular corredor encontró su muerte en el apogeo de su vida. La construcción es similar a la de un quincho con tejas españolas. Mirándolo de frente y desde la ruta se pueden ver a los costados dos rectángulos de cemento con el rostro pintado de Mouras. En el lugar hay toda clase de objetos y mensajes que lo recuerdan, siempre vinculados con la marca Chevrolet. Partes de motores, bielas, árboles de levas, volantes, ruedas y tasas simulan prolijamente ser sus cruces mortuorias. Clavado en uno de los postes, un letrero del Plan Nacional de Seguridad Vial: “Use cinturón de seguridad”, aunque Mouras lo llevaba puesto en el momento del accidente. Contra el alambrado y a lo largo de cincuenta metros están colgados de alambres una puerta de Renault 4, espejos, más bielas, bujías, un capot de Fiat 600 y otro con un agujero en el medio que semeja el escudo de Chevrolet.

El monolito de Mouras está a unos quince metros de la ruta. Como en todo santuario popular, hay cruces, rosarios y una Virgen de Luján. Algunos con picardía aprovechan ese espacio público para hacer publicidad. “Francisco Delía vendía Chevrolet como los que manejó Mouras, y hoy sigue vendiendo los que hubiese manejado”, dice un aviso con la firma de la concesionaria Deliauto S.A. “Polarizado 973”, reza un cartel prolijamente puesto, como el de Gráfica Adhesivos Color. Con la firma de Francisco García de la Vega, un texto hace las veces de epitafio al sitio: “Cuidemos este lugar. Cuesta mucho mantenerlo. Es sin dinero. Solamente con pasión. Su alma late aquí. Depende de ustedes”. Así los fanáticos veneran a Mouras, al muerto.

La muerte es parte inseparable de la historia del Rally París-Dakar, una de

las competencias más exigentes en el mundo, que unía la capital francesa con la de Senegal. En el verano de 2009, la carrera cambió de lugar y se hizo por primera vez entre la Argentina y Chile. Y también tuvo su víctima. Se trató del motociclista francés Pascal Terry, quien, tras extraviarse en el tramo Santa Rosa-Puerto Madryn, fue encontrado muerto fuera del camino programado para la competición. Se cree que Terry sufrió un ataque cardíaco minutos después de activar el GPS que brindó las verdaderas coordenadas de su ubicación. Antes de esta muerte, que resultó una de las principales noticias, el coordinador argentino del rally, Oscar Folmer, tuvo un deseo poco feliz que delató su condición de legítimo necrómano argentino: “En promedio se producen tres muertes por competencia en el Rally París-Dakar. No quiero ser morboso, pero ojalá que alguno de esos accidentes fatales ocurra acá, así se conoce más La Pampa en el mundo”.

La última cena

En la Semana Santa de 1996, una fuga fallida terminó en uno de los motines más sangrientos de la historia carcelaria argentina. Fueron ocho días de máxima tensión en el penal de Sierra Chica: diecisiete rehenes, ocho muertos y una jueza que, al tratar de buscar una solución, quedó secuestrada por los reclusos, situación que dio lugar a toda clase de leyendas y relatos fabulosos y morbosos sobre lo que le tocó vivir. Rápidamente los amotinados tomaron rehenes, entre los que se contaban trece guardias y dos pastores evangélicos. Más de mil presos se plegaron después al levantamiento. En poco tiempo, cerca de diez mil reclusos de los penales de Sierra Chica, Olmos, Azul, La Plata, Dolores, Batán, Los Hornos, Bahía Blanca y San Nicolás se sumaron a la protesta. El motín fue liderado por doce presos que se hicieron famosos con el nombre de “Los 12 Apóstoles”. Durante esos días mantuvieron a la opinión pública pendiente de un desenlace que se temía sería con una imparable

represión de las fuerzas de seguridad. Con el paso de las horas se habían acabado los alimentos. Finalmente, luego de más de una semana, hubo un acuerdo con las autoridades y los Apóstoles fueron trasladados a la cárcel de Caseros. Pero los cuerpos de siete reclusos nunca aparecieron.

—¿Comiste la empanada, guacho? —preguntó el gigante Chiquito Acevedo.

—Sí —contestó el rehén.

—¿Estaba rica? —se volvió a interesar.

—Sí, estaba dulce... —reconoció el otro.

—Porque te comiste un preso; ahora vas a ir adelante, te comiste un rocho —le dijo riéndose.

El guardia Oscar Iturralde fue testigo directo de ese diálogo. Otros contaron que durante el motín se llevaban los cadáveres de los asesinados en carritos para los hornos, que se vio salir humo de la panadería del penal y que se incineraban los cuerpos descuartizados. Se sentía olor a carne humana. Un guardia que había sido tomado como rehén le preguntó a otro si había comido alguna de las empanadas que repartieron, y le confesó que sí y que un preso se había descompuesto al enterarse de que estaban hechas con carne humana. Otro testigo describió cómo varios presos llevaron al Pabellón 12, que estaba vacío porque era el de castigo, unas mantas con algo dentro. En Sierra Chica se contaba con un sistema de vías por las que circulaban carros que se usaban para transportar mercaderías hacia distintos sectores del penal. Una noche los amotinados llevaron un carrito gris con dos frazadas totalmente cubiertas de sangre. Eran restos humanos. Se pudo ver un torso sin cabeza y sin extremidades. Otro testigo dijo que una noche sintió un olor muy fuerte, nauseabundo, que lo descompuso y lo obligó a taparse la nariz con un pulóver. “Hasta el día de hoy siento ese olor”, contó. Y dijo que actualmente sufre claustrofobia y que no puede comer nada que tenga carne picada. La investigación de la Justicia se centró en que los amotinados descuartizaron a sus víctimas en ese pabellón y que las incineraron en el horno principal de la

panadería, que llegó a tener una temperatura de 600 grados. Los peritos encontraron allí restos óseos y piezas dentales. Después del motín, Chiquito Acevedo fue apodado el Panadero.

No tan barón

Un caso distinto de necromanía fue el protagonizado por Raúl Barón Biza. Era uno de los siete hijos del matrimonio de millonarios cordobeses integrado por Wilfrid Barón y Catalina Biza. Heredó una gran fortuna que usó para recorrer el mundo. En 1928 conoció en Venecia a Rosa Martha Rossi Hoffmann, una actriz austríaca de veinticinco años, conocida con el seudónimo de Myriam Stefford. Dos años más tarde se casaron, y la impresionante boda ocupó las páginas sociales de los diarios de la época.

De regreso en el país, vivieron de forma alternada en Buenos Aires y en las sierras de Córdoba, cerca de Alta Gracia, donde Barón Biza tenía una estancia. A Myriam le gustaban los aviones y en su vuelo de bautismo, con un raid por catorce provincias, tuvo un accidente en San Juan y murió. Los necrómanos de siempre le atribuyeron a su viudo haber provocado el accidente. Sin verse afectado, Barón Biza mandó construir en su estancia de Alta Gracia un monumento para recordar a su amada muerta: un obelisco de granito y mármol de 82 metros de altura, con una escalera de caracol interna de 237 escalones. Fue diseñado por el ingeniero Fausto Newton. La base es una cripta abovedada. Se descienden treinta escalones hasta llegar al sepulcro, en el que descansan los restos de Myriam. Sobre el granito, Barón Biza grabó la siguiente inscripción: “Viajero, rinde homenaje con tu silencio a la mujer que, en su audacia, quiso llegar hasta las águilas”. El sitio tiene reminiscencias faraónicas y una leyenda en la losa del sepulcro que dice: “La maldición caerá sobre quien ose profanar esta tumba”. Barón Biza colocó la advertencia para ahuyentar a posibles ladrones, ya que junto con los restos de

su mujer depositó joyas, entre ellas el famoso diamante Cruz del Sur.

Mito, creencia popular o exageración —nadie lo sabe—, lo cierto es que Barón Biza ha escrito un capítulo destacado de la necromanía nacional. En 1937 se casó en secreto con Clotilde, hija del caudillo radical cordobés Amadeo Sabattini. Era veinte años menor que él, y el matrimonio terminó de manera trágica. Las disputas entre ellos llegaron a tal punto que Barón Biza se batió a duelo con el hermano de su esposa. Cuando los abogados estaban por acordar la separación en presencia de Clotilde, Barón Biza les ofreció un vaso de whisky y, repentinamente, lo arrojó al rostro de la mujer. En realidad no tenía whisky sino ácido clorhídrico, que le produjo gravísimas quemaduras. El hombre huyó del lugar mientras los abogados trasladaban a la mujer al Hospital del Quemado, donde debió ser intervenida en la cara, el pecho y las manos. La policía lo buscó y al allanar su casa al día siguiente lo encontró muerto en su dormitorio. Se había disparado un tiro en la sien. El cuerpo de Barón Biza está debajo de un olivo, a pocos metros del obelisco donde él mismo puso los restos mortales de Myriam Stefford. Y para cerrar la historia trágica de esta familia, presa de una profunda depresión, Clotilde se suicidó arrojándose del balcón de su casa en 1978.

Otro millonario fue víctima de la cultura necrómana. La muerte del estanciero José Alberto Reggiardo, ocurrida en 1998 cuando se estrelló su helicóptero cerca de Paraná, en Entre Ríos, desató una serie de litigios judiciales por una herencia de 35 millones de dólares y diversas manipulaciones de su cadáver. Vivía en concubinato con Luisa Etelvina Arrúa y no tenía hijos reconocidos. Tras su muerte, sus primos y su pareja se constituyeron en únicos herederos directos. Sin embargo, poco después apareció un hijo llamado Mario Calderón, que inició los trámites legales para la exhumación del cuerpo con el objeto de realizar un ADN. Luego se presentó en escena María Angélica Godoy con una partida de nacimiento del registro civil de Nogoyá con la que aseguraba que era su hija. La Justicia le dio la

razón en primera instancia y puso en manos de Godoy la fortuna en cuestión. Ante esta situación, Calderón entabló un juicio por impugnación de paternidad contra la mujer. Entonces comenzó una investigación para determinar cuál era el verdadero descendiente. En medio de estas disputas legales, alguien se llevó el cadáver de Reggiardo del cementerio de Victoria, Entre Ríos, con la intención de que no se pudiera hacer un segundo estudio genético. Tamaña fue la sorpresa cuando media docena de abogados, tres jueces y varios policías se presentaron en la bóveda con el fin de realizar una nueva exhumación y el finado no estaba. Notaron que no había olor y que la tapa estaba corrida. De todos modos, se pudo hacer el ADN porque había muestras de sangre guardadas. Dio positivo para Mario y dejó al descubierto la maniobra montada por María Angélica, que fue llevada a juicio por falsificar documentación. Todavía el cuerpo está desaparecido.

El muerto vivo

La noche del 19 de marzo de 2005 el cuidador Juan Carlos Díaz manejaba en el country un carro de golf cuando se cruzó el niño Nicolás Juan, de sólo cuatro años, y lo atropelló causándole graves heridas. Dos años más tarde la causa por lesiones culposas llegó a juicio oral y cuando lo iban a juzgar apareció su abogado diciendo que se había suicidado y que, por lo tanto, se debía suspender el juicio. Al parecer, se había tirado de un tren el 20 de enero de 2008, su cuerpo quedó desfigurado y no hubo testigos. Sus familiares reconocieron el cadáver sin que se lo mostraran, y la autopsia no tenía fotos ni huellas ni piezas dentales. La prueba para suspender el juicio fue un certificado de defunción de un NN que el entonces juez de San Isidro Fernando Ochoa tomó como válida. Ante las dudas que planteaba el caso, se pidió un examen de ADN. Fue llamativo el informe del estudio: era positivo a pesar de que lo habían contrastado con un hermano político del custodio, que no tenía

ningún lazo de sangre con él. Surgieron muchas sospechas de que algo raro había detrás del supuesto muerto. Entonces se solicitó la exhumación del cadáver de Díaz, pero no estaba en la tumba que llevaba su nombre. En su lugar se encontró el cuerpo de una anciana. Una segunda excavación se llevó a cabo en la tumba de otra persona que había fallecido en la misma fecha y también arrollada por un tren. Tampoco era Díaz. El cadáver del vigilador no aparecía por ningún lado... hasta que, a tres meses de que prescribiera la causa, el muerto se presentó vivo y pidió que lo eximieran de prisión. Había simulado su muerte y manipulado cadáveres para no ir preso.

Robarse el mito

Desde los años cuarenta, la figura de Vito Dumas fue una de las más hostigadas por el antiperonismo y el llamado *establishment* del deporte náutico. Sin haberse proclamado públicamente como seguidor del general Perón, lo cierto es que debido a sus hazañas Dumas fue tomado por el peronismo de aquellos años cuarenta y cincuenta como un símbolo de nacionalismo y heroísmo, y por ello contó con el explícito respaldo del gobierno. Pasó a la historia por haber dado la vuelta al mundo entre los años 1942 y 1943 navegando solo en su velero de nueve metros de largo, y siguiendo la ruta que marca el paralelo 40 de oeste a este. Es decir, circunvaló el mundo en el sentido contrario a los vientos y las mareas. Su aventura quedó eternizada en su libro *Los cuarenta bramadores. La vuelta al mundo por la ruta imposible*. Cuando regresó a Buenos Aires después de recorrer 22.000 millas náuticas en 272 días de navegación, más de cien mil personas lo estaban esperando como a un héroe. Fue arquetipo de habilidad, de coraje increíble, de tenacidad y de idealismo. Se lo considera uno de los más grandes navegantes de todos los tiempos, reconocido incluso por naciones de tradición marinera tales como Portugal, Noruega, Suecia, Inglaterra y los Estados

Unidos.

Después, con la caída del peronismo, el pobre Vito Dumas fue perseguido y denostado, especialmente por la Armada, que lo vio siempre como un loco aventurero y popular que estaba en las antípodas de la formalidad institucional. Para desacreditarlo y tratar de ubicarlo en el olvido, se le puso el mote de “mufa”, una definición para algunos aún vigente.

A pesar de las veces que con sus hazañas arriesgó la vida, su muerte en 1965 resultó consecuencia de un derrame cerebral. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de la Chacarita. Al cumplirse el tiempo que marca la ley para ser exhumado y reducir sus restos, algo cambió la historia. Antes de ingresar en el crematorio, los empleados del cementerio supieron que ese cuerpo era el de Vito Dumas y entonces decidieron no hacerlo. Lo dejaron en un costado y se comunicaron con la familia para hacerle una propuesta. Le encontrarían un espacio digno en el cementerio de Olivos para que descansara allí. Y así fue.

Los enfrentamientos entre quienes lo defendían y los que decían que era “mufa” o “el innombrable” que traía mala suerte a los navegantes se dieron por décadas. En ambos bandos se encolumnaron militantes políticos, clubes náuticos y fanáticos del deporte de aventura. Con los años de alta crispación política se convirtió en un ícono del peronismo y se generaron movimientos de navegantes y militantes que impulsaron su reivindicación, que recién se consiguió con el regreso de la democracia a partir de 1983. Hoy hay museos, bustos, calles, avenidas, una caleta marítima, placas de bronce, libros y ensayos. Al cumplirse en 2000 el centenario de su natalicio, el Congreso Nacional lo homenajeó e instauró el 26 de septiembre como “Día Nacional de la Tradición Náutica Argentina”. Finalmente, el personaje y mito se ganó su lugar grande en la historia deportiva del país. Pero pronto se haría presente la necromanía argentina y pondría en el olvido aquel gesto humano de los empleados del crematorio que se negaron a destruir su cuerpo. A pesar de las descalificaciones del pasado, la Armada Argentina, el Centro Naval y el Yacht

Club Argentino echaron mano del muerto y lograron que los restos de Vito Dumas dejaran el apacible cementerio de Olivos para llevarlo al Panteón Naval de la Chacarita como un gesto de reivindicación de su figura, según se justificó.

Ahora sí, don Vito tuvo los honores que le fueron negados en el pasado. El féretro con sus restos fue envuelto en la bandera argentina y llevado al puerto de Olivos, donde fue recibido en el barco *Cormorán* por uniformados que lo depositaron en la cubierta. De allí salió una nutrida caravana fúnebre de embarcaciones que acompañaron al gran navegante hasta el Yacht Club Argentino, en Dársena Norte. Emocionados, todos creyeron ser testigos del último viaje de Vito Dumas en barco. Como ocurre siempre, se pronunciaron discursos, se hablaron maravillas del muerto, se descubrió una placa y se hizo un responso en la iglesia Stella Maris de la Armada. Luego la caravana siguió por tierra hasta la Chacarita. Que la Armada se haya quedado con el cuerpo de Dumas fue para muchos de sus seguidores una derrota. Una carta crítica dirigida al muerto, que circuló por internet entre navegantes, decía:

Parece un hecho recurrente en este país: a los verdaderos próceres en vida se les impide, se los exilia, se los difama y luego, después de tenerlos 50 o 100 años en el congelador del tiempo, cuando nadie recuerda ya sus banderas, los mismos que los condenaron los exhuman y los integran a la galería de símbolos *light*, generalmente junto a personajes de siniestra trayectoria. Por eso, sabiendo de sus dotes humanas, yo dudo de que usted, don Vito, se pueda sentir cómodo en el Panteón Naval, ocupando un lugar junto al almirante Chamorro, adonde, seguramente, irán a parar cuando mueran (con los honores correspondientes a su grado) Massera, Astiz, Rolón, Pernías y otros tantos que integraban los tristemente célebres Grupos de Tareas de la ESMA, todos ellos asesinos y torturadores confesos.

Nuevamente el muerto había sido manipulado.

Mejor en la caja fuerte

Andrés Núñez fue secuestrado el 28 de septiembre de 1990 por personal de la Brigada de Investigaciones de La Plata. Era un albañil de treinta y dos años que vivía en Ensenada con su mujer y su pequeña hija Leila, que por entonces tenía sólo un año. Estaba acusado del robo de una bicicleta que nunca pudo comprobarse. Varios testigos vieron allí a Núñez y también oyeron sus lamentos mientras era torturado hasta la muerte. Cinco años después, su cuerpo apareció incinerado en un campo que era propiedad de uno de los policías acusados de su desaparición. Hace más de quince años que sus restos, guardados en una bolsa de nailon, están escondidos en la caja fuerte de un juzgado de transición sin que sus familiares puedan inhumarlo. “Los pedí varias veces para darle sepultura, pero me respondieron que hasta que no se realice el juicio podrían ser necesitados para la investigación”, contó su pareja Mirna Gómez. La Justicia los recibió en 1998, y la causa recién llegó a manos del juez dos años después. Los reiterados recursos presentados por los abogados defensores de los imputados demoraron la investigación. Uno de esos defensores solicitó la realización de un ADN que nunca se hizo porque faltaban los insumos necesarios. Mirna nunca logró que le restituyeran los restos de su amado. La causa ya tiene más de cinco mil fojas, tres prófugos y ningún detenido. Pasó por todas las instancias de la Justicia hasta la Suprema Corte de Buenos Aires y la Corte Suprema de la Nación. Desesperada, envió cartas al presidente para que la ayudara. Mientras tanto la bolsita seguía bajo llave. Durante años, su hija Leila —que ya es una mujer— fue una vez por mes a ponerse frente a la caja de seguridad para honrar la memoria del padre.

CAPÍTULO 8

Una sombra por siempre serás...

Los desaparecidos no existen, son una entelequia.

Del dictador JORGE RAFAEL VIDELA

Como se dijo anteriormente, la necromanía argentina presenta una vasta práctica de manipulaciones y castigos a cadáveres. Algunos ya son clásicos de la historia nacional, la gente los reconoce como una obviedad y los acepta como si fueran un designio del destino. Con mayor o menor precisión, la sociedad tiene en su memoria el recuerdo de lo que sucedió con los cadáveres de Lavalle, Gardel, Evita y Perón; las muertes trágicas de Gardel, el Potro Rodrigo, Gilda, Olmedo y Pappo; la suerte de las cenizas de desconocidos mortales que terminan convirtiéndose en adornos en las casas, y la explotación que de todo esto hace la prensa, que ha transformado a los muertos en parte del espectáculo mediático.

Pero hay una manipulación de la muerte que representa, probablemente, la máxima perversión y morbosidad a la que se haya llegado en la Argentina. Es la figura del cadáver desaparecido, ocultado, ignorado, negado a sus seres

queridos y a su espiritualidad. Y casi siempre por razones políticas, ideológicas y religiosas. Se le impone con violencia al muerto que no ejerza ese derecho intangible pero divino de descansar en paz, y además se le niega su identidad.

Uno de los primeros desaparecidos políticos fue el dirigente gremial Felipe Vallese. El hecho ocurrió en 1962, después de que el presidente Arturo Frondizi fuera destituido y las fuerzas policiales comenzaran a perseguir a los militantes políticos y sociales. La noche del jueves 23 de agosto de ese año, Vallese salió de su casa en Flores y fue interceptado por varios hombres. Se agarró con toda su fuerza a un árbol pero no pudo resistir; lo golpearon y lo metieron en una camioneta Estanciera. Se lo llevaron para siempre. El principal sospechoso de la muerte-desaparición fue el oficial subinspector Juan Fiorillo, que aparecería años más tarde, en 1974, como integrante de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) y luego, durante la última dictadura, formaría parte del aparato represivo del general Ramón Camps, jefe de la policía de Buenos Aires. Para no olvidar al muerto-desaparecido, el auditorio de la CGT lleva el nombre de Vallese.

La Triple A también dispuso de los cadáveres como instrumento de venganza. A sus víctimas se las podía reconocer porque habían sido torturadas, cosidas a balazos, y sus cuerpos muertos perversamente violentados. Todo se hacía como advertencia a sus enemigos; no por casualidad la mayoría de los integrantes de este grupo paramilitar se sumó después con entusiasmo al sistema de odio y muerte de la dictadura.

La política de la muerte

En los años previos al retorno de la democracia en 1983, muerte y venganza fueron conceptos determinantes de todas las fuerzas militares que actuaron, fueran éstas legales, como las fuerzas armadas, o ilegales, como los grupos

guerrilleros. Ambos practicaron, con sus estilos y métodos, la cultura de la muerte. Lo hicieron desde lo conceptual y esencialmente en los hechos. En 1970, los montoneros se presentaron en sociedad con el secuestro y asesinato del ex presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu. Dijeron que lo hicieron para vengar el secuestro y la desaparición del cadáver de Evita, y aplicaron justicia por sus propias manos, precisamente, secuestrando y asesinando. Antes de su ajusticiamiento hubo un intento de canjear al militar por el cadáver momificado de Evita que, por entonces, seguía escondido. El 17 de julio de 1970 la policía de Buenos Aires encontró el cuerpo de Aramburu en el sótano de un campo ubicado en la localidad de Timote. Según contó la propia organización, lo ultimaron con tres tiros en el cráneo y uno en el pecho. Los investigadores del caso llegaron a la conclusión de que, presumiblemente, fueron varios los tiradores y que lo hicieron con distintas clases de armas. Se halló el cuerpo en una caja de madera común. Vestía una camisa blanca, corbata a cuadritos chicos, sin cinturón, medias de color oscuro y zapatos negros. Tenía los ojos hundidos, los párpados pegados, la boca abierta con una media enrollada a su alrededor y una cinta adhesiva de sesenta centímetros. Eran fáciles de reconocer sus prótesis dentales, según describió el informe policial.

De acuerdo con lo que escribieron los peritos, el cadáver presentaba un estado de putrefacción atípico. La piel estaba seca y tensa; había zonas del tórax salpicadas de una sustancia calcárea, y otras con aspecto de musgos. Después se supo que esa atipicidad se debió a que el cadáver había sido cubierto con cal para acelerar su descomposición y evitar que tuvieran éxito las pruebas químicas en piel y órganos. El director de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, inspector general Vicente Caparelli, propuso cortarle las manos para analizar sus huellas en los laboratorios de La Plata. No lo dejaron, y por razones de seguridad la autopsia se realizó en el regimiento de Granaderos a Caballo.

De todas maneras, la suerte del cadáver de Aramburu estuvo marcada por un manto de sospechas. Otra versión, basada en una investigación paralela que hizo el capitán de la Marina Luis Molinari —quien fuera jefe de la Policía Federal en el gobierno de Aramburu—, contó otra historia. Su verdad fue que, en realidad, los montoneros secuestraron al militar en complicidad con un sector interno del Ejército que tenía la información de que Aramburu iba a encabezar un golpe de Estado contra el entonces presidente de facto, el general Juan Carlos Onganía. Esto explicaría por qué los guerrilleros hicieron el operativo vistiendo uniforme militar e invocando que representaban al Ejército. Su hipótesis sostiene, en su conclusión, que después los montoneros entregaron a Aramburu a ese grupo militar, al que, finalmente, se les muere, según su versión, en el Hospital Militar; existirían incluso testigos del traslado del cadáver en un auto particular. De acuerdo con la conclusión de Molinari, el cadáver fue entregado a Montoneros, que preparó la escena del supuesto “ajusticiamiento popular” en Timote. Como se comprobará, una vez más la cultura necrómana se coló en el asesinato. Páginas y ríos de tinta sirvieron a ambas versiones, cuyas argumentaciones discurrieron sobre los motivos de la muerte y la suerte del cadáver. Simbólicamente se tiraban el muerto entre los que defendían una y otra posición. Su asesinato fue festejado por muchos peronistas: representó la venganza de lo que el régimen militar había hecho en 1955 con el cadáver de Evita. Había sido una venganza justa. Roberto Cirilo Perdía, uno de los líderes de la cúpula montonera, contó en su libro *La otra historia* una visita que le hicieran a Perón en 1972 los oficiales montoneros Carlos Hobert y Alberto Molinas. Al terminar la reunión, el General les mostró el cadáver de Evita, que hacía poco tiempo le habían devuelto. “Allí frente al cuerpo de Evita, un Perón emocionado, con lágrimas en los ojos, tomándolos del brazo les dijo: ‘¡Cómo podrían pensar que yo iba a estar en contra de la ejecución de Aramburu!’”, escribió Perdía.

La principal consigna de Montoneros era “Perón o muerte”, y la historia

demonstró que esta última fue el principal instrumento de acción política que utilizó el grupo. Un alto dirigente de la organización confesó para este libro que la violencia estaba determinada por la idea de dar la vida por algo superior, que era entrega, uniendo lo que se decía con el hecho de poner el cuerpo, y que esa entrega se nutría tanto del pensamiento cristiano como del marxista. El montonero aceptó que la muerte era un instrumento político y explicó que cuando se elegía una víctima se trataba de una decisión racional y política, no impulsiva. Es decir, la muerte era el objetivo político. Así, y como si de méritos se tratara, la muerte física de sus enemigos era el camino obligado del ascenso dentro de la organización político-militar. En función de los atentados o los asesinatos que se cometieran, se subía en la escala burocrática del grupo.

En general, para los grupos guerrilleros de los años sesenta y setenta, la toma del poder debía realizarse por medio del uso de armas, es decir, produciendo muertes. Y los militares respondieron con la misma lógica de pensamiento, con el agravante de que lo hicieron desde el Estado. En lo conceptual, se debía matar al “enemigo de la patria” que había osado atacar a las fuerzas armadas, el “reservorio moral de la patria”, y justificaron el accionar invocando una guerra que nunca existió como tal. En la práctica, las fuerzas armadas se vengaron del enemigo guerrillero utilizando el gigantesco aparato estatal y aplicando sus mismas estrategias violentas e ilegales. O sea, se combatió a la muerte con mucha más muerte. Con distintas proporciones y responsabilidades históricas, los dos grupos de la muerte ejercieron el macabro regocijo de disfrutar del dolor producido en el otro.

Bestias

La última dictadura militar entronizó esa cultura de la muerte en la cúspide del Estado, sofisticando los mecanismos necrómanos conocidos hasta entonces. Es

la primera *tanatocracia*, es decir, el gobierno de la muerte, que registra la historia del país. El componente tanatocrático supone que siempre hay muertos que parecen más importantes que otros; unos son ejemplificadores y otros demonizantes. A pesar de que la mayoría de los militares y sus cómplices civiles se declaraban occidentales y cristianos y decían defender valores humanos, la realidad mostró cómo sus odios políticos y religiosos estuvieron marcados por vengarse de sus víctimas asesinadas castigando sus propios cadáveres. Cuerpos mutilados, quemados y decapitados, otros tirados al agua con peso para que se hundieran en la inmensidad del río o del mar y fueran devorados por los peces, exhibición pública de guerrilleros muertos como trofeos de caza. La dictadura no sólo usurpó la legalidad institucional del país, esto es, de la vida terrenal, sino que creyó que eso le daba también derecho sobre los muertos; quería ocupar el lugar de un Dios supremo que decidía quiénes debían vivir, quiénes debían morir, y qué castigo a los cuerpos merecían sus víctimas. Para la dictadura, el mensaje de los muertos desaparecidos fue el siguiente: no hay cuerpo, por lo tanto no hay evidencia.

Todos saben que las personas fueron asesinadas y que están muertas de toda mortandad, pero nadie pudo ver al muerto, el cadáver, nadie puede dar testimonio de ello excepto sus asesinos, que guardan silencio con dos significados. El primero, hacia el muerto, en el sentido de que fue bien castigado por lo que hizo en vida, y que ni siquiera mereció el derecho al sagrado entierro. Y el segundo, hacia los vivos, utilizando al muerto como mensaje para la sociedad argentina: los cadáveres son nuestros, ustedes no tienen derecho a enterrar a sus muertos, y además cuidense porque les puede pasar lo mismo. La definición del dictador Jorge Rafael Videla, cuando dijo en una conferencia de prensa que “los desaparecidos no existen, son una entelequia”, no fue más que la confesión de la enfermedad terminal que portaba el sistema represor.

Laura Bonaparte es madre de desaparecidos. Su hija, Aída Leonora

Bruschtein, fue secuestrada y asesinada luego de una de las *razzias* que las fuerzas militares hicieron en las villas de emergencia vecinas al Batallón de Depósito de Arsenales Domingo Viejobueno, de Monte Chingolo, atacado en diciembre de 1975 por el grupo guerrillero ERP. Radicó la denuncia del asesinato en el Juzgado Penal N° 8 de La Plata con la intención de poder recuperar el cadáver. En enero de 1976 le dijeron que, debido al secreto militar, sólo podían devolverle las manos de su hija, conservadas en un frasco rotulado con el número 24. No aceptó. Entonces le ofrecieron entregarle el cuerpo, pero a cajón cerrado. Tampoco aceptó. Recién en 1984 pudo obtener una orden judicial para abrir una fosa común del cementerio de Avellaneda, donde habían sido enterrados muchos cadáveres “no identificados”, más conocidos como “NN”. Allí fue imposible encontrar un solo esqueleto completo. Estaban todos trozados y no coincidía la cantidad de piezas halladas. Encontraron doce fémures y sólo dos cráneos. De acuerdo con lo que relataron los sepultureros —que habían recibido constantes amenazas de los militares durante los años de plomo—, en aquellos tiempos llegaban camiones del Ejército cargados de muertos y prisioneros aún vivos. A ellos los remataban ahí mismo mientras los militares cavaban las sepulturas. Todos los cadáveres eran sometidos a mutilaciones. Como consecuencia de estos casos, el Equipo Argentino de Antropología Forense excavó en varias fosas y pudo probar que la mayoría de los cuerpos tenía las manos seccionadas. Los cortes fueron hechos con sierras quirúrgicas, como las que se usaron para mutilar después el cadáver de Perón.

En medio de una polémica pública acerca del modo en que habían sido asesinados los líderes guerrilleros del ERP, Mario Santucho y Benito Urteaga, por parte de patrullas del Ejército, el suboficial Víctor Ibáñez declaró ante el Juzgado N° 2 de San Martín que los había visto vivos en Campo de Mayo. Un testigo reservado detalló cómo los generales Santiago Omar Riveros, Antonio Domingo Bussi y Fernando Verplaetsen habían concurrido al lugar para tratar

de interrogar a los guerrilleros, sin tener éxito. Finalmente los mataron y sus cuerpos fueron guardados en una cámara frigorífica del regimiento, para luego ser exhibidos en el llamado “Museo de la Subversión”. Los cadáveres de Santucho y Urteaga eran mostrados para el regodeo de los militares, que comprobaban cuán muertos estaban sus enemigos. Y después les propinaron un último castigo: los hicieron desaparecer y, según la declaración de Ibáñez y del testigo de entidad reservada, habrían sido sepultados cerca de la Puerta 4 de la entrada a Campo de Mayo.

Morbosidad uniformada

La vigencia de la figura del desaparecido es un punto central del drama argentino que no cesará hasta que se sinceren la verdad y el destino final de esos cuerpos. Como director del Registro de Personas Desaparecidas del Ministerio de Seguridad bonaerense, Alejandro Incháurregui declaró en el juicio contra el ex comisario Miguel Etchecolatz. Para él, la lógica de los militares era que la persona desaparecida no estaba en ningún lado y, por lo tanto, no se podía hacer lugar a los *habeas corpus* y no había qué informar a la prensa; así, las averiguaciones de los familiares se perdían.

Según el experto, la desaparición de personas es un mecanismo sofisticado desde el punto de vista psicológico y, a la vez, es superador del crimen político convencional ya que los allegados a las víctimas no pueden dar por muertos a quienes no vieron morir. “No hay muerte registrada, los familiares oscilan aún hoy entre la realidad de la desaparición y la irrealdad de la muerte. Esto origina conflictos psicológicos porque son muertes sin sepulcro desde el punto de vista antropológico, los familiares siguen siendo torturados psicológicamente porque la espera no es un duelo.”

El doctor Miguel Maldonado es médico legista y psiquiatra. Fue titular en Medicina Legal en la Universidad Nacional de La Plata. Hoy estudia

cadáveres como soporte técnico de la Justicia. Debe descifrar la causa y el tiempo de una muerte, y procesa la información que pueda servir a la resolución de una investigación. Para este médico psiquiatra, uno de los sentimientos más perturbadores del ser humano en relación con la muerte es la incertidumbre, que trae a su vez angustia, desasosiego, inquietud y ansiedad. Todo junto se transforma en algo insoportable para cualquier persona.

Entre los años 1977 y 1978, mientras estudiaba la especialidad de médico legista en la Universidad de Buenos Aires, Maldonado solía ir a la morgue. Todavía hoy recuerda la impresión que le causaba ver cuerpos quemados en una camilla, cadáveres que, se decía, habían sido encontrados en basurales envueltos en cubiertas y prendidos fuego, otros sin cabeza o con manos amputadas, todos imposibles de reconocer. Con el tiempo, supo que esos cuerpos desmembrados, amputados y castigados pertenecían a desaparecidos.

Los verdugos de los desaparecidos tenían una perversión especial para con los muertos. Se vengaron de ellos contrariando las convicciones que impone la sociedad, venciendo la propia repugnancia que podría producirles. Algunos se suicidaron o terminaron con graves afecciones psiquiátricas porque no podían resistir la presión que significa siempre haber decidido violar la paz de los muertos. Pero hubo gente que lo hizo por satisfacción, personas que practicaron el sadismo, que gozaban con el sufrimiento ajeno, que no sentían ni sienten aún hoy remordimiento, culpa, y menos aún arrepentimiento.

Maldonado está convencido de que trabajar la angustia de la incertidumbre fue uno de los principales objetivos de la dictadura. Y, para ello, primero dispuso de los cuerpos de sus víctimas en condición de secuestrados, después como muertos y al final con la negación de su identidad y de sus cuerpos. Así, según el especialista, el mensaje era: usted no existe y por más que lo busquen

no lo encontrarán. El médico entiende que esto generó en parte de la sociedad argentina el sentimiento de no saber qué iba a ocurrir con los demás. Por eso, para él, la manipulación de los cadáveres tiene como objetivo final instalar el dolor de la incertidumbre imponiendo el terror. No sólo hay desaparecidos, que son muertos, sino que hay que convivir con ellos desde la incertidumbre y quizá para siempre. Al manipular los cadáveres, la dictadura mantiene en el tiempo la sensación de miedo, la vigencia de una “muerte viva”, así como la cultura de la represión de aquellos años y la manera en que esa maquinaria de muerte pudo destruir cadáveres.

Otra interpretación de la utilización de los muertos por parte de la dictadura la ofrece el antropólogo Carlos Somigliana, integrante del Equipo Argentino de Antropología Forense que fue clave para identificar los restos de los desaparecidos. Recordó que en 1977 una chica apareció colgada en un puente con un cartel que decía “Soy montonera”. “Era la utilización macabra del muerto como mensaje, un odio muy grande que no se detenía, ni se detiene, ante la muerte del otro.”

Para este antropólogo, lo normal es que el enemigo deje de serlo cuando muere porque ya no es persona, y se supone que cuando muere pierde esa categoría de enemistad. Pero muchas veces el odio supera el límite de la muerte y sigue vigente la condición de enemigo. En la Inquisición, cuando descubrían una supuesta herejía cometida por una persona que ya había muerto, en lugar de llegar el perdón en el juicio, la quemaban. Somigliana cree que la dictadura manipuló cadáveres como forma de exposición, sea pública —como el caso de la mujer colgada del puente— o encubierta —por supuestos enfrentamientos, donde se hablaba de un gran número de muertos—. Se refiere a la masacre de Fátima, en agosto de 1976, cuando treinta personas fueron sacadas de la Superintendencia de la Policía Federal para ser asesinadas. Dice que allí comenzó un cambio importante, la idea de exhibir a los muertos para probar que las fuerzas armadas estaban venciendo al enemigo

y justificar la excusa del asalto al poder. “Pero después esa estrategia cambió y la desaparición de los cadáveres se impuso como un mensaje subliminal a la sociedad en el sentido de que la represión seguiría vigente.”

Ser la nada

La desaparición de los cuerpos de las víctimas de la represión militar representaba la escisión del cuerpo de su identidad. La incorporación de una persona al circuito de la desaparición física marcaba el comienzo de la separación de esos dos componentes. En la mayoría de los centros clandestinos, los detenidos no tenían nombre: eran cuerpos, los trataban como paquetes, como cosas que tienen una denominación no humana. El trabajo posterior que tuvieron que hacer la Justicia y los especialistas fue, precisamente, juntar lo separado desde un mundo de ultratumba, sin tiempo, y que todos los días produce efectos perniciosos sobre el cuerpo social.

La desaparición deliberada de alguien busca socavar la psiquis de las personas vivas. En la desaparición está el mensaje siniestro. Con el paso del tiempo, la “víctima viva” empieza a comprender que el mensaje final es la muerte y, entonces, deja de lado la esperanza y la búsqueda se encamina a encontrar la evidencia, es decir, el cadáver. Comienza a tratar a ese ausente como muerto, lo que genera culpa y dolor, una situación que no tiene fecha de principio ni de final. Los asesinos de la dictadura todavía operan en la psiquis social con la figura del desaparecido. Antes decían: “No preguntes más por fulano porque está muerto”, y alentaban la falsa esperanza cuando le decían a un familiar: “Señora, quédese tranquila, su hijo está bien”. Pero estaba muerto, y su cuerpo, escondido. Y entonces todavía no existe ese hito mental de la muerte que genera una serie de rituales con el cuerpo muerto como el velatorio y el entierro, que permite afianzar el paso de una persona querida de un estado a otro. “Se engendró un monstruo, el de la desaparición. Los militares

entendieron que no podían matar legalmente y entonces inventaron la rueda, decían matamos pero decimos que no matamos”, explica Somigliana.

¿Qué hacían con los cuerpos? A las víctimas que provenían de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) se las llevaba a un sector del Aeroparque para después subirlas a aviones y arrojarlas al río o al mar. Eran los llamados “vuelos de la muerte”. Todas las fuerzas armadas participaron de estos ritos macabros, morbosos e inhumanos. Operaron también desde los aeropuertos de Ezeiza, Campo de Mayo, Punta Alta y Fisherton, en Rosario. La ceremonia era siempre la misma y se repetía todos los viernes a la noche: un camión se acercaba a uno de los aviones, se bajaba a las personas secuestradas en estado de semiinconsciencia, encapuchadas o con los ojos tapados, se les inyectaba Pentonaval, caían al suelo y en menos de un minuto estaban moribundas o muertas. En algunos casos se las remataba a golpes de hierro en la cabeza y hasta se les abría la panza o se les ponía peso para que se hundieran más rápidamente. Las desnudaban con el objetivo de que no quedaran elementos que pudieran servir para identificarlas. “Tenía miedo de no animarme a empujar gente al vacío. Me sentía Dios, estaban en mi mano la vida y la muerte. Podía sentir la vibración de los cuerpos por los temblores que causa el miedo”, confesó sin remordimientos el suboficial de la Marina Juan Lorenzo Barrionuevo, quien dijo que lo hizo porque estaba cansado de inyectar somníferos.

Los cuerpos que no tenían el destino de ser arrojados desde el aire eran depositados en comisarías, llevados a la morgue judicial y después al cementerio, donde alguien se encargaba de enterrarlos como NN. El sistema represivo sabía perfectamente quiénes eran esos muertos, pero los ocultaba. Así cerraba el circuito de la desaparición y si nadie pagaba la sepultura o los reclamaba, algo que era obvio, a los cinco años vencía su estadía en tierra y pasaban al osario común. Entonces se perdía la oportunidad de identificarlos. En el cementerio de Avellaneda se exhumaron en cuatro años 350 esqueletos,

de los cuales 280 eran muy jóvenes con causas violentas de muerte.

El regreso

Los llamados “vuelos de la muerte” fueron una operación sistematizada de desaparición de cadáveres. Sintetizaban, en un solo acto, el momento del crimen político y el ocultamiento de la prueba. Al principio los cuerpos eran arrojados al Río de la Plata, y muchos de ellos fueron devueltos por el río a la costa de Buenos Aires. La evidencia de los crímenes estaba demasiado cerca. Entonces perfeccionaron sus técnicas y comenzaron a arrojarlos en los límites con el mar.

En el documental *Historias de aparecidos* se muestra la suerte que corrieron los cadáveres de personas asesinadas entre diciembre de 1977 y enero de 1978. Fueron arrojados al mar para que nunca se los pudiera encontrar... y el propio mar se encargó de devolverlos a tierra. Los primeros testigos que pudieron acercarse, tales como los jefes de Defensa Civil y de Bomberos, se refirieron a ellos como “despojos humanos” con agujeros de bala en la cabeza. Los organismos defensores de los derechos humanos consideran que fueron alrededor de tres mil las personas tiradas desde el aire durante los primeros años de la dictadura.

Muchos cadáveres aparecieron misteriosamente en las playas de la costa bonaerense. En Santa Teresita se descubrieron 33, en Mar de Ajó, 14, y otros tantos dispersos en el Partido de la Costa. La mayoría de los cuerpos tenía amputaciones y huellas de fusilamiento.

Uno de esos cuerpos llevados por las aguas hasta la costa fue el de Azucena Villaflor, una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo. Había nacido en Valentín Alsina en 1924, completó sólo la escuela primaria y de joven tuvo que trabajar para ayudar a sus padres. Lo hizo como telefonista en la metalúrgica Siam, donde conoció a quien sería su marido, Pedro De Vincenti.

Se casaron en 1949 y un año después ella renunció para dedicarse al hogar. Intentaron vivir de un pequeño almacén, pero no funcionó. Tuvieron cuatro hijos. El 30 de noviembre de 1976 un grupo de tareas de la dictadura secuestró a Néstor, su segundo hijo, y a su novia Raquel Mangin. Azucena los buscó sin suerte por comisarías, regimientos y oficinas públicas. Un día conoció a otras madres que vivían la misma angustia. “Tenemos que ir a la Plaza de Mayo, porque allí se produjeron las más grandes concentraciones y los hechos políticos y sociales significativos”, cuentan que dijo a un pequeño grupo de mujeres, con quienes luego impulsó el nacimiento de la organización Madres de Plaza de Mayo. Fue un sábado 30 de abril a las cuatro y media de la tarde. Eran sólo catorce mujeres en una plaza desolada. Así, Azucena pasó de ser ama de casa común a líder natural del incipiente movimiento de madres que sólo querían saber qué había sucedido y dónde estaban sus hijos.

Azucena fue secuestrada en diciembre de 1977 por un grupo operativo de la ESMA gracias al trabajo de inteligencia del joven capitán de la Marina Alfredo Astiz. Se había infiltrado entre las mujeres cuando se reunían en la iglesia de la Santa Cruz. El marino las entregó; Azucena fue salvajemente torturada y quebrada anímicamente. Estuvo en la ESMA una semana y, en uno de los vuelos de la muerte, su cuerpo fue arrojado aún vivo. Su cadáver apareció el 22 de diciembre en la costa de Santa Teresita, a la mañana temprano, cuando se produce la pleamar y llegan los vientos del sudeste. En esos días el agua trajo hasta la costa otros diez cadáveres. El misterio se centraba en quiénes eran y de dónde provenían esos cuerpos. Los primeros médicos que los vieron certificaron que no habían muerto por ahogo y que tampoco eran producto de un naufragio. Sí encontraron signos de tortura y politraumatismos “por caída en altura”, según escribieron.

Todos los cuerpos, entre ellos el de Azucena, fueron depositados en una morgue precaria del pueblo. Por la propia acción del mar y la falta de refrigeración del lugar se había acelerado el proceso de descomposición.

Quienes tuvieron contacto directo con los cadáveres recordaron tiempo después que debieron padecer la persecución insoportable de los olores más indeseados que se conozcan. Sus familias debieron inventar preparados especiales para neutralizar el olor nauseabundo que no se iba por nada del mundo, a tal punto que los bomberos, finalmente, montaron un operativo de emergencia para evacuar a los turistas del pueblo. Luego se sumó la protesta de los vecinos y, entonces, debieron sacar el mal a otra parte: los cadáveres fueron llevados al cementerio de General Lavalle, a cincuenta kilómetros. Un lugar lúgubre en medio del campo, con tumbas y cajones abiertos y restos humanos a simple vista. Muchos recuerdan todavía los casos de profanaciones que allí se denunciaron, como ocurrió con la tumba de un ex intendente del lugar.

Una cuadrilla especial de empleados del municipio de la dictadura los sepultó, siempre bajo la denominación de NN. En aquellos años, los encargados del cementerio eran los hermanos Montenegro, que fueron echados del lugar para que no vieran lo que pasaba.

—Ustedes no tienen que hacer nada. Abran las puertas y nosotros entramos con los camiones municipales que vienen con los cuerpos y los enterramos — les dijeron.

—Ustedes no toquen ni una parte, ni una pala de tierra —desafiaron los hermanos.

A pesar de la resistencia, los Montenegro fueron obligados, bajo presión y amenazas, a dejar el lugar, pero tuvieron la picardía de esconderse entre las tumbas y ver el operativo. Se dieron cuenta de que eran los muertos que habían aparecido en la costa y de los cuales todo el mundo hablaba por lo bajo. Una vez terminados los entierros, y después de que se habían retirado los empleados del municipio, marcaron el lugar con una cruz de hierro para saber dónde habían sido enterrados esos cadáveres.

Cuando regresó la democracia, el testimonio de los Montenegro fue clave

para revelar el lugar exacto de esos cuerpos sin nombre —dónde los antropólogos deberían hacer las excavaciones— y para determinar en las actas del cementerio el lugar de los NN.

Pero la democracia todavía no estaba preparada para la exhumación e identificación de cadáveres. Carecía de técnicas e instrumentos. Por ejemplo, en una de las fosas comunes, 21 cuerpos fueron mal exhumados; se pusieron los huesos todos juntos, sin clasificar, en bolsas, y otros fueron mal identificados. A los dos años tuvieron que ser devueltos sin resultados de sus identidades ocultas.

Gracias a las nuevas tecnologías, años después se comenzó a develar el misterio de aquellos NN del cementerio de General Lavalle. En un pozo de tres metros cuadrados comenzaron a aparecer un montón de restos óseos, todos mezclados, que se intentaron unir sin éxito. Llevó tiempo descubrir que uno de esos cuerpos era el de Azucena Villaflor. Y en gran parte fue gracias al documental *Playas del silencio*, que, precisamente, develó a fines de 2003 la incógnita de los cadáveres aparecidos en la costa. Al ver la película, la hija de Azucena se contactó con los antropólogos forenses para saber si alguno de esos huesos podría ser de su madre. Se exhumaron siete tumbas más y se logró saber de quiénes eran cinco cuerpos, entre ellos el de Azucena, cuyos restos fueron, por fin, identificados públicamente el 9 de julio de 2005. A fines de ese año, sus familiares decidieron que parte de sus cenizas estuvieran junto a las de su marido, que murió sin saber qué había ocurrido con el cadáver de su esposa, aquella telefonista de Siam a la que amó. El resto fue enterrado en Plaza de Mayo, en el mismo lugar donde se inició una historia que la condujo al mundo necrómano de la dictadura. Una placa al pie de un árbol que todavía busca crecer, en la vereda de la avenida San Juan casi esquina Urquiza, a pocas cuadras de la iglesia Santa Cruz, recuerda el nombre de Azucena Villaflor. También lleva su nombre la continuación de la avenida Belgrano en Puerto Madero.

El documento filmico había mostrado el calvario de los cuerpos asesinados por la dictadura, la suerte que tuvieron muchos de los “desaparecidos que no existen”, al decir de Videla, el derrotero de los cuerpos en estado de putrefacción y las parvas de huesos escondidos en los cementerios que pusieron en evidencia la perversión de los militares. Fue la prueba de que esas personas habían existido. Se trataba de imágenes de los desaparecidos que habían, finalmente, aparecido.

Para Estela de Carlotto, el interés macabro de la dictadura se centró en matar las ideas, y para eso debió apoderarse de las personas, de sus cuerpos vivos y muertos también. Las convirtieron en esclavas. En los centros clandestinos de detención no tenían nombre sino un número, y les hacían saber que no existían para los demás porque nadie sabía absolutamente nada de ellos, se habían evaporado. Cuenta Carlotto que un día se entrevistó con un militar para pedirle por su hija Laura, que había sido secuestrada. La mujer le dijo que si había cometido algún delito que la juzgaran y la condenaran, que sus padres iban esperar el tiempo que fuera necesario para su liberación. Pero el militar enfureció y a los gritos argumentó por qué no se abrían juicios. “En Uruguay están los tupamaros en las cárceles y lo que se logró fue fortalecer sus convicciones, hasta convencen a los guardiacárceles de su ideología. En vez de castigarlos mandándolos a prisión, finalmente la cárcel fue para reafirmar sus ideales. Acá eso no se permitirá”, sostuvo el uniformado.

Vuelo eterno

La necromanía argentina de los desaparecidos sigue viva y gozando del dolor ajeno. Todavía hoy existen familias que reciben mensajes de que sus parientes muertos están con vida. Hay madres y padres que van al lugar donde les dicen que pueden encontrarlos. De esta manera se usa a los muertos para mantener el miedo en personas que hace más de treinta años viven en la incertidumbre.

Cuando el ex capitán de la Marina Adolfo Scilingo contó públicamente en 1995 su participación en el asesinato de treinta personas que fueron arrojadas al Río de la Plata, muchos familiares de desaparecidos tuvieron la esperanza de que por medio de él se enterarían de qué había sucedido con sus parientes. Pero el círculo de silencio volvió a cerrarse cuando el marino fue detenido y condenado en España a 640 años de prisión por haber participado de esos crímenes. Precisamente en ese país cayó otro ex marino que se jactaba de haber tirado prisioneros al mar.

En 2009 fue detenido en Valencia el ex teniente de la Armada y aviador Julio Alberto Poch, que se había radicado en Holanda en los años ochenta. Trabajaba como piloto de la aerolínea Transavia, propiedad de las compañías KLM-Air France, y cuando bajó del avión fue arrestado por la policía y por pedido de la Justicia. Según varios testimonios de sus compañeros de trabajo, el ex marino les había contado en reiteradas oportunidades cómo había participado de los vuelos de la muerte y que no sentía ningún arrepentimiento. También por esos días la prensa argentina detectó a dos de los aviones que se usaron en esos fatídicos vuelos. Eran del tipo Lockheed L188 AF Electra. Uno fue hallado en el predio de una empresa privada en Camino de Cintura, en la localidad bonaerense de Esteban Echeverría. Con ese aparato se había proyectado un negocio gastronómico, una confitería con asientos enfrentados delante de un parque de recreación, con lago artificial para actividades náuticas y el avión de la muerte dándole el marco ideal para el show. El segundo estaba en el museo de la base Comandante Espora, en Bahía Blanca. Las huellas de la muerte fueron cuidadas y guardadas como símbolos macabros del mensaje que quiso dejar la dictadura.

El espacio donde funcionó la ESMA, en cuyas verjas exteriores se pueden ver las siluetas que simbolizan a las víctimas que estuvieron en ese lugar, se ha transformado en un complejo histórico-cultural donde se encuentra el Museo de la Memoria con visitas guiadas, cursos de artes, letras, teatro y

música, archivos con material histórico y hasta recitales y murgas. “Nos vemos en la ESMA para el festival”, bien podría decir algún ex prisionero que salvó su vida y que ahora cree que conquistó el espacio de sus torturadores, o cualquier joven con sus ganas intactas de pasar un momento de felicidad donde la muerte sigue dando vueltas en cada habitación, en cada sótano, en cada rincón porque, finalmente, en la memoria social nunca dejará de ser la ESMA.

Misterios

Se dice que existirían listas ocultas, incluso fuera del país, con los nombres de los muertos desaparecidos. Controlar esa información también es una manipulación de la muerte, de la misma manera que la cantidad de versiones, algunas increíbles, sobre la suerte de los cuerpos asesinados y escondidos. Una dice que los cadáveres habrían sido mezclados con el cemento utilizado para construir la Autopista 25 de Mayo o en las obras de mejoramiento de los estadios de fútbol del Mundial 78, lo que supone la desaparición para siempre. También se ha dicho que muchos cuerpos habrían pasado a formar parte del relleno de la Reserva Ecológica de la Costanera Sur, y otros habrían sido arrojados a los basurales del CEAMSE. Verdad o mentira, no dejan de ser destinos macabros de ocultamiento de cadáveres que sólo mentes enfermas pudieron imaginar. En muchos centros clandestinos de detención se han encontrado restos humanos. Por ejemplo, en Pozo de Arana, en La Plata, se hallaron diez mil fragmentos óseos cremados y un viejo paredón con más de doscientos impactos de balas. Los represores crearon sus propios santuarios de la venganza al esconder en los centros de tortura los cuerpos de sus víctimas. Y esos lugares en los que reinó la muerte fueron transformados por la democracia en museos de la muerte.

Con las desapariciones la dictadura buscó eludir sus responsabilidades sobre las muertes producidas. Elaboró mentiras como justificación: todas sus

víctimas eran subversivos y guerrilleros y muchos de los desaparecidos, en realidad, estaban viviendo cómodamente fuera del país. Hubo abuelos que, ante la posibilidad de que algunos secuestrados aparecieran, criaron a sus nietos con mentiras, obligados a explicarles que sus padres se habían ido de viaje y que regresarían pronto. Era una maquinaria perversa de manipulación de muertos.

El peso simbólico del desaparecido ha dejado una huella profunda en la sociedad que la democracia no ha podido, hasta ahora, superar. Cuando el gobierno de Raúl Alfonsín elaboró el informe de la Conadep y sometió a juicio a las juntas militares, el horror de aquellos años pasados instaló nuevamente a la muerte en el centro de la escena pública, y millones de argentinos conocieron los detalles escabrosos del sistema represivo.

Años después, la locura de la muerte vino de la mano del grupo guerrillero Movimiento Todos por la Patria, que el 23 de enero de 1989 tomó a fuerza de tiros y asesinatos el cuartel militar de La Tablada, so pretexto de un supuesto golpe de Estado. Se volvió a matar como acción política. Los guerrilleros asesinaron a inocentes para tomar el lugar y los militares ejercieron una vez más la venganza, esta vez en democracia. En una reacción desmedida, los comandos de las fuerzas militares destruyeron el cuartel a fuerza de tanques, bombas, granadas y balas. Mataron a cincuenta guerrilleros marginales, la mayoría de ellos jóvenes, cuyos cuerpos despedazados y calcinados fueron exhibidos sin pudor al periodismo como una lección de represión y, de paso, enviaron un mensaje al gobierno alfonsinista, sospechado de haber tenido alguna relación con el ataque, que se había atrevido a exhumar el pasado de muerte de la dictadura. Organismos de derechos humanos denunciaron tiempo después la desaparición de guerrilleros que habían sobrevivido y otros que fueron rematados cuando aún estaban vivos. Una vez más, la muerte como escenario de pulseadas políticas y las víctimas, cualesquiera sean, un número en el tablero del poder.

El dolor del silencio

Como en esas películas de ciencia ficción donde extraños invertebrados pegajosos se las ingenian para atravesar todo lo que esté a su paso, la necromanía también sabe encontrar los espacios para avanzar y reproducirse. La democracia pudo por su propia dinámica superar esta manía social, pero todo indica que ésta tiene la habilidad de adaptarse a cualquier sistema. El 17 de agosto de 1993 (precisamente el día del aniversario de la muerte de San Martín), el estudiante de periodismo Miguel Bru fue secuestrado por policías en La Plata y su cuerpo jamás apareció. De acuerdo con lo que pudo reconstruir la Justicia, el joven fue llevado a la comisaría novena de La Plata, donde lo torturaron y asesinaron. ¿Dónde está Miguel? Una pregunta que pronto se convirtió en consigna y que se repetiría en pintadas callejeras, volantes, banderas y comunicados de prensa. Miles de personas siguen aún hoy marchando por las calles en busca de su cuerpo. Este caso constituye otra trama oscura de impunidad. Según se lee en www.ambru.org.ar, en las oficinas del juzgado se escuchó: “Mirá lo que parece en esta foto. Seguro que era homosexual y drogadicto”. El juez de la causa, Amílcar Vara, le dijo a la madre del joven desaparecido: “Sospecho que se ha ido con alguna chica a Brasil”. El magistrado mantenía la carátula de la causa como averiguación de paradero y no le permitía a la familia Bru intervenir en calidad de particular damnificado, alegando que “si no hay cuerpo, no hay delito”. Algo así como “traigan al muerto y cambiamos la carátula”.

Gracias a las declaraciones de seis detenidos que se hallaban en la comisaría la noche en que estuvo Miguel se pudo saber que ingresó en el lugar entre las once y las doce de la noche. Los presos, al escuchar sus gritos, espionaron por las ventanas de sus celdas y vieron cómo era torturado hasta la muerte con la práctica denominada submarino seco, esto es, golpes en el estómago con una bolsa de nailon en la cabeza para producirle asfixia. Uno de

los detenidos, Horacio Suazo, enfrentó a los policías por el castigo al que sometían a Bru y amenazó con denunciarlos. Meses después, una vez liberado, fue asesinado. Pero antes le había contado a su hermana lo que había visto y escuchado. La madre de Miguel la localizó y con un grabador escondido en su cartera registró la conversación que luego fue reproducida por un diario. Al juez no le quedó otro camino que detener a los policías y excusarse de la causa para ser sometido a juicio. Finalmente, en 1999, los policías fueron condenados a prisión perpetua, acusados de tortura seguida de muerte, privación ilegal de la libertad y falta a los deberes de funcionario público. Se los condenó por un asesinato pese a que no estaba la prueba fundamental: el muerto. Todos los 17 de agosto, familiares y amigos montan vigilia en la comisaría entre las siete de la tarde y la una de la madrugada. En el lugar donde lo mataron una placa recuerda esa historia: “En esta comisaría se torturó hasta la muerte y luego se desapareció a Miguel Bru”. Ellos esperan que el muerto querido aparezca, y sus asesinos juegan a las escondidas. De vez en cuando surge misteriosamente un dato de dónde podría estar enterrado su cuerpo. Y así se van recorriendo lugares, descampados o la casa del ex comisario Juan Domingo Ojeda, quien fuera titular de la comisaría y condenado por la muerte del estudiante. Otra falsa pista. Lo cierto es que desde 1993 el cuerpo muerto de Miguel Bru sigue sin ser encontrado.

Un caso similar ocurrido en esta democracia es el del albañil Jorge Julio López. En septiembre de 2006 salió de su casa para presenciar una de las últimas audiencias del juicio por violación a los derechos humanos contra el ex policía Miguel Etchecolatz. Nunca llegó al tribunal, nada más se supo de él. Había sido un testigo clave en el juicio. Relató con detalles y precisiones que la dictadura lo había secuestrado y torturado. Reconoció, incluso, al mismo Etchecolatz como a uno de sus torturadores. Hasta el presente nada más se ha sabido de él. La dualidad ronda el caso. La familia tiene la esperanza de que esté vivo en algún lado. Otros creen que está muerto, como lo dijo

públicamente el ex ministro de Seguridad bonaerense, León Arslanián. Un testigo, que indicó a la investigación dónde estaba un auto que se habría utilizado para secuestrarlo, dijo que el albañil estaba muerto y que su cuerpo había sido ocultado en las afueras de Mar del Plata. El caso llama la atención de los lectores de los diarios virtuales, que debaten acerca de si está muerto o no, y sobre quiénes son los responsables de su desaparición y del fracaso de su búsqueda. Tan fuerte es la percepción de que López estaría muerto que a los pies de la Pirámide de Mayo se colocó una placa invocando la aparición con vida del albañil. Más que una placa parece una lápida.

El secuestro de López encierra el mismo mensaje subliminal que utilizó la dictadura: está desaparecido, puede estar vivo pero todos saben que está muerto y nunca nadie lo comprobará. Es un mensaje político que usa la memoria de la muerte de la sociedad para introducir miedo y amedrentar a quienes insisten en que haya justicia por los crímenes de la dictadura.

La cultura política de la muerte desarrollada con insania, básicamente, durante las décadas de los sesenta y los setenta es una de las peores herencias arraigadas en la sociedad argentina. La tragedia humana de aquellos años violentos probablemente haya dejado una sensación permanente de duelo y frustración. La muerte y los muertos que quedaron en el pasado suelen volver con inusitada vigencia. Es el país de los muertos vivos. Aunque no se los registre están allí en las calles, en las conversaciones, en la información diaria o en una lectura. Son espejo y recuerdo continuo de quienes vivieron aquella época, escaparon del horror o lo consintieron. ¿Por qué ellos y no yo? ¿Qué hice cuando toda esta locura sucedía? ¿Para qué sirvió haber matado a tanta gente? ¿Por qué callé? ¿Por qué no hablo? Éstos son algunos de los interrogantes que rondan las mentes invadidas por la cultura necrómata.

En la Argentina los muertos parecen ser estandartes y pequeños campos de batalla acotados donde se puja por la verdad, cualquiera sea ésta y su valor subjetivo. Los familiares de los asesinados por la subversión defienden a sus

muertos, enarbolan sus nombres, llevan sus fotos a los actos públicos. En nombre de los miles y miles de desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado, familiares y amigos tienen en las víctimas la razón suficiente para reclamar y buscar justicia por lo que ocurrió con sus seres queridos. Sus muertos están siempre presentes en las pancartas, en los rostros que encabezan las manifestaciones, en los nombres de los pañuelos de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, en las placas que hay en todo el país que dicen aquí vivió, aquí estudió, aquí trabajó, aquí militó tal persona que fue secuestrada, asesinada y su cuerpo escondido.

Como sociedad debemos cargar con ese pasado de muerte que cada tanto vuelve para recordarnos este capítulo negro de la historia. Son los resabios de la enfermedad que soporta la psiquis social. En un mismo tiempo y espacio se pueden cruzar las imágenes de los asesinados y desaparecidos por la dictadura con los rostros de los muertos por la subversión, con las caras de los fallecidos en la tragedia de Cromañón y de los muertos por los atentados a la embajada de Israel y a la AMIA, de los soldados caídos en la Guerra de Malvinas, de las víctimas de accidentes de tránsito, de la delincuencia, de José Luis Cabezas y Miguel Bru, y de Julio López, como una premonición indeseable.

Homenaje, memoria, verdad, justicia, compromiso son palabras que le dan sentido histórico a la expresión y a la queja social. Pero inexorablemente la realidad nos muestra que todo empieza y termina en la misma muerte y sus principales protagonistas, los muertos. Y todo indica que no puede haber entierro o cremación social e histórica de estos recuerdos que siguen torturando la memoria colectiva. Buenos Aires se ve como una gran casa mortuoria con salas repletas de dolor, tumbas sin cuerpos que se descubren en cada placa e imagen que recuerdan que alguien, injustamente, fue sacado de esta vida, violentado hasta en su propia muerte.

EPITAFIO

El epitafio es la leyenda que se suele poner en una tumba. Se trata del mensaje póstumo que se deja cuando alguien muere, la reproducción de un pensamiento que lo define o una cualidad del difunto. Es, en esencia, el deseo de cómo alguien quiere ser recordado, y lo es siempre desde una valoración, una cualidad personal, nunca desde una descalificación. Algo curioso ocurrió mientras escribía este libro. Pregunté a muchos de mis interlocutores qué actitud tomarían si algunos de los hechos necrómanos que aquí se relataron hubiesen sucedido con un ser querido o ellos mismos. Todos se indignaron y reprobaron la posibilidad. Sin embargo, no expresaron lo mismo cuando las profanaciones fueron con otras personas. Es decir, hay conciencia de lo inadmisibile que resulta la manipulación de la muerte propia pero, en cambio, existe aceptación si ocurre en otro, aunque sea un prócer del país. Un primer síntoma, entonces, parece ser la existencia de una débil memoria afectiva, solidaria y de pertenencia a una comunidad que se permite deshonrar su pasado.

Las sociedades cumplen etapas históricas, tiempos, proyectos e idealizaciones que se van sucediendo en una suerte de renacimientos y muertes permanentes. Sería injusto reconocer que sólo los argentinos padecemos la

mala práctica de manipular la muerte. En realidad es una costumbre común a la especie humana que se puede comprobar a lo largo de los tiempos y en todo lugar. Como ya dije en el prólogo, es el conflictivo abordaje de la finitud humana lo que explica cómo se enfrenta ese hecho tan indeseable e inevitable como es el fin.

Las profanaciones de sepulcros fueron reiteradas en el antiguo Egipto. Los recaudos tomados para asegurar la paz de los faraones difuntos no lograron impedir que la mayoría de esas tumbas fuera violada y saqueada. Manipulación por excelencia de un cuerpo sin vida es la momificación, que se practicó como un ritual en aquellos tiempos. Se creía que el espíritu del muerto volvería al cuerpo y por eso había que conservarlo. Había un especial cuidado en no tocar el corazón, lugar donde se suponía que residía el alma de la persona. Los ojos eran reemplazados con cebollas coloreadas, y el cerebro sacado totalmente con un gancho que se introducía por la nariz. Un grupo de especialistas removía los órganos y otro trabajaba con compuestos especiales para conservar el cadáver. En el siglo XV de nuestra cultura, Europa fue invadida por lienzos de momias egipcias que se utilizaban para la curación de cualquier herida o úlcera cutánea. Y hasta decían que tenían propiedades desinfectantes. Durante muchos años se usó el polvo de esos lienzos porque se sostenía que aseguraba una pronta curación de toda clase de enfermedad. Pero las momias egipcias comenzaron a terminarse, y entonces surgió la idea de fabricarlas para seguir con el negocio.

Así como nosotros manipulamos el cadáver del general Lavalle, los soldados de Alejandro Magno sumergieron su cuerpo en miel para llevarlo a su Macedonia natal, donde tenían la costumbre de quemar a los muertos. El capitán Nelson, en cambio, luego de morir en la batalla de Trafalgar fue enviado de regreso en una barrica de ron para que no se pudriera y así recibir en tierra los homenajes póstumos. Santa Teresa de Ávila murió de gangrena en 1582. Del lugar donde estaba enterrada comenzó a salir olor a flores. Al

exhumar el cadáver se comprobó que estaba intacto y que la gangrena se había curado. Se creyó en un milagro. Le sacaron el corazón y lo pusieron en un recipiente de vidrio. El pie derecho, una costilla y otras partes de su cuerpo fueron separados como reliquias.

En la Inglaterra de los siglos XVI y XVII se realizaron profanaciones como venganzas políticas. En 1536 fue abierta la tumba de Santo Tomás Beckett y se desparramaron sus cenizas. Al morir, el filósofo británico Jeremy Bentham donó todas sus posesiones al University College Hospital de Londres con una extraña condición: que su cuerpo fuera embalsamado para poder presidir todas las reuniones de la dirección del hospital. Su fortuna debió de ser importante ya que se aceptó la imposición y se construyó una urna de cristal donde se ubicó el esqueleto vestido con sus ropas y sujetando su bastón preferido. La cabeza fue sustituida por una réplica de cera, y de este modo estuvo al frente de las reuniones durante noventa y dos años. ¡Sí, casi un siglo! Y la Francia revolucionaria destruyó la tumba del cardenal Richelieu.

El Día de Muertos se festeja en México con costumbres prehispánicas. Hay registro de celebraciones en las etnias mexica, maya, purépecha, nahua y totonaca, en las que los rituales recuerdan a los ancestros con ceremonias que datan de tres mil años atrás. En aquellos tiempos era común conservar los cráneos como trofeos y exhibirlos durante los rituales que simbolizaban la muerte y el renacimiento. Así, el festival del Día de Muertos se hacía conmemorando el noveno mes del calendario solar mexicano, cerca del inicio de agosto, y se celebraba durante un mes completo. La festividad era encabezada por la diosa Mictecacíhuatl, conocida como la Dama de la Muerte y esposa del señor de la tierra de los muertos. Estas celebraciones eran dedicadas a los niños y las vidas de parientes fallecidos. En México quedó como costumbre llevar a las tumbas las comidas predilectas de los difuntos, y se los recuerda comiéndolas en el cementerio.

El siglo XX conoció múltiples profanaciones de sepulcros, como sucedió

durante la Guerra Civil española. Todavía están revolviendo fosas comunes en busca de restos humanos, entre ellos los del poeta Federico García Lorca. El cuerpo muerto de Benito Mussolini fue castigado colgándolo cabeza abajo en la plaza pública. Luego sus restos fueron robados, al igual que los del mariscal Henri Pétain en la Francia de 1973. La nómina continúa con el robo de la urna con las cenizas de Maria Callas y con la desaparición, en Suiza, del cadáver de Charles Chaplin. El cuerpo de Lenin estuvo por décadas expuesto al público en una urna de cristal, en el interior de un mausoleo de mármol rojo y granito construido por órdenes de Josef Stalin. El espectacular funeral del papa Juan Pablo II, en 2005, terminó de santificarlo ante la opinión pública mundial gracias a la televisión. Fue el sepelio más mediático que se haya registrado en estos primeros años del siglo. Más de mil millones de personas siguieron por las pantallas las exequias realizadas en el Vaticano con la presencia de las principales personalidades del poder mundial, que asistieron a una puesta en escena imponente. Allí estuvo por días el cuerpo muerto del Papa Viajero a la vista de todos, especialmente de los televidentes del mundo, que miraron con curiosidad necrómana cómo era el paso directo al reino de Dios de su representante en la Tierra.

Tiempo después el Vaticano revolvería, por primera vez, los restos de San Pablo, decapitado en Roma en el año 67. En 2006 se abrió su sepulcro para hacer un estudio genético, y fue el propio papa Benedicto XVI quien años más tarde daría su interpretación de por qué serían del apóstol. Explicó que se había practicado una minúscula perforación para introducir una sonda especial con el objetivo de quitar pequeños fragmentos de huesos, cuyo examen de carbono-14 probó que habían pertenecido a una persona que vivió entre los siglos I y II de la era cristiana. Entonces, se trataba de alguien de la época que pudo no haber sido el mismo San Pablo. La investigación reveló también que había rastros de una tela preciosa de lino color púrpura con oro laminado y de otra azul con filamentos de lino y granos de incienso rojo. Ahora bajo el altar

principal de la basílica los fieles pueden observar el sepulcro.

El cerebro de Albert Einstein resultó manipulado como si fuera un animal de laboratorio. Dicen que la noche en que se diseccionó su cadáver decenas de personas acudieron para ver el cuerpo del genio y, según contó su oftalmólogo, “cada uno agarró lo que pudo”. Él mismo se llevó los ojos, que guardó en una caja fuerte. Con el cuerpo aún caliente, el patólogo Thomas Harvey extrajo el hígado y los intestinos, y halló casi tres litros de sangre en la cavidad peritoneal. Después abrió el cráneo con una sierra circular, extrajo el cerebro y se lo llevó a su casa. Albert terminó seccionado en 240 pedazos que se repartieron entre varios científicos de todo el mundo. El destino del cerebro de Einstein se convertiría con el tiempo en una leyenda, al igual que el patólogo Harvey. Después de muchos años, en 1996, un periodista encontró al profesional trabajando en una fábrica de plásticos de Kansas. Todavía conservaba parte del cerebro de Einstein en un frasco de cristal guardado en su cocina. Lo había convertido en su obsesión, lo tenía como un objeto de culto, sagrado. Lo mantuvo allí durante más de cuatro décadas y se consideraba su salvador y custodio. Un documentalista japonés mostró cómo Harvey pescaba un trozo de cerebro y cortaba una franja sobre la mesa de la cocina.

La muerte del cantante pop Michael Jackson tuvo una exhibición mundial tan impresionante como la de Juan Pablo II. En un principio por la inmediatez de la noticia, y luego porque los medios se constituyeron en cadena internacional para alimentar el duelo planetario. La única imagen que se había conseguido de él se tomó cuando la ambulancia cargaba al cantante moribundo con una máscara de oxígeno en su rostro. Pero el impacto negativo de su muerte fue cediendo a medida que la televisión presentaba sus más memorables videos y conciertos. Y llegó el momento del velatorio. Fue en el estadio Staples Center, en Los Ángeles, ante una multitud. Por internet se sortearon 17.500 entradas para evitar un desborde de público. Su féretro cerrado y de oro estaba debajo

del escenario rodeado de flores. En la primera fila se encontraban su familia y sus amigos íntimos. El funeral-homenaje fue un respetuoso recordatorio de su figura y contó con la presencia de los más importantes intérpretes, que cantaron los mejores temas de Jackson al tiempo que en una pantalla gigante se reproducían imágenes de su vida. El público se mantuvo todo el tiempo en un profundo y sentido silencio. Los momentos más emotivos se dieron cuando hablaron sus hermanos y cuando su hija rompió en llanto frente al micrófono. Después un grupo de personas tomó cada una de las manijas del ataúd para sacarlo del lugar en absoluto orden por una puerta lateral.

Más allá de las informaciones posteriores acerca de la autopsia, de cómo habrían dejado su nariz, y los motivos de su fallecimiento, lo cierto es que las exequias representaron un homenaje póstumo de sus admiradores, que lo recordaron como a un ídolo. De haberse hecho este funeral en la Argentina, con nuestra característica costumbre necrómana, seguramente el pretendido homenaje se habría convertido en un caos con gente cantando y gritando desde las tribunas como si el difunto siguiera vivo: “¡Aguante, Michael! ¡No te mueras nunca! ¡Ídolo!”. Grupos de jóvenes habrían imitado sus volteretas frente a las cámaras de televisión. Habría habido latas y botellas de cerveza por todos los rincones del estadio, decenas de oportunistas vendiendo pósters, vinchas, banderas y copias ilegales de CD y videos. Los canales habrían transmitido en vivo la llegada de los famosos seguramente dolidos y también dispuestos a ser protagonistas del show, a contar relaciones escabrosas y amores clandestinos nunca comprobados. En los estudios de televisión se habrían presentado programas especiales en vivo reconstruyendo su vida y, obviamente, capítulos completos sobre su adicción a las drogas, la pedofilia y sus costumbres delirantes, así como el testimonio en directo de alguna mujer diciendo ser madre de un hijo no reconocido. Si un medio hubiese podido conseguir la filmación de la autopsia, inmediatamente la habría puesto al aire como primicia mundial. Y al final de la movida funeraria, los fans se habrían

abalanzado sobre el escenario para robarse una flor del ataúd, los cordones que lo demarcaban, alguna vela si la hubiere, un pedazo de cualquier cosa que permitiera eternizar el momento, y para conseguir autógrafos y besos de los personajes de la farándula. En fin, un show del vale todo para terminar degradando al ídolo muerto. Si no, vale la pena recordar esas imágenes del cuerpo de Sandro dentro del féretro, demacrado por la enfermedad, que recorrieron el mundo gracias a la cámara de un teléfono celular y a la avidez de un canal de televisión por mostrar el lado más sombrío y triste del ídolo popular. Y todo por tener rating. Ningún derecho para el muerto.

Los casos mundiales aquí descriptos confirman que es común a la especie humana desarrollar relaciones tortuosas con la muerte más allá de los ritos aceptados. También se ha podido detectar que cuanto menor grado de educación tiene una sociedad, existe una mayor propensión a sobrepasar los límites de la muerte. ¿Qué diferencia el comportamiento en otros países del comprobado en la Argentina? Esencialmente, la aceptación social de que la muerte, en todos sus términos, puede ser violentada, profanada con impunidad o manipulada para satisfacer las necesidades de los vivos. Y no hay condena social a ese comportamiento. Difícilmente en los Estados Unidos se tomarían revancha con los cadáveres de John Kennedy o Martin Luther King; tampoco se utilizarían los restos mortales de Napoleón para pasearlos por Champs-Élysées reivindicando el sentimiento nacional; menos aún se secuestraría el cadáver de Lady Di por desprecio al príncipe Carlos; tampoco se pintarían los murales del monasterio El Escorial, lugar de sepultura de los reyes de España, a favor del equipo del Real Madrid. Y si algo de ello ocurriese, habría reacción social e institucional, se acotaría el exceso como se separa un tumor. Pero en la Argentina todo es posible porque el sistema se empecina en permitir estos abusos, consentirlos y hasta indultarlos.

Nuestra necromanía se despliega con soltura en el campo del imaginario social. Con la manipulación de la muerte y de nuestros muertos, la sociedad

proyecta inconscientemente rencores, deseos ocultos, aspiraciones, fantasías y frustraciones. Entonces los muertos, en calidad de protagonistas excluyentes de esa proyección, cobran una inesperada vigencia y son instrumentos catalizadores de esas patologías cada vez que los vivos los sacan de sus lugares de paz.

Desde el punto de vista de la psicología, cualquier mutilación de un cuerpo muerto es un intento de volverlo humano. La profanación en sí misma lleva implícita la violación de los ritos mortuorios transmitidos por la herencia cultural. Al profanarse un cementerio judío, por ejemplo, se hace vigente el horror del Holocausto y aquellos muertos tampoco pueden descansar en paz porque en cada profanación se mantienen vigentes los motivos por los cuales murieron. De alguna manera todos se apropian de él, cada uno se queda con una parte toda vez que éste ya no puede contestar, y la gente concentra su obsesión en cada momento en que se recuerda el Holocausto, es decir, la muerte. Los desaparecidos argentinos tampoco descansan en paz porque el sistema que los borró de la Tierra se encarga de mantener vivo el horror de sus trágicos destinos.

Un cadáver representa un montón de nudos sociales que se deshacen al momento del fallecimiento de la persona. Cuando alguien muere, la sociedad tiene la necesidad imperiosa de recrearse inmediatamente porque ha quedado desarmado un complejo entramado de vínculos afectivos, de historias y memorias comunes. Mantener el contacto con el muerto puede ser un camino hacia la negación de esa realidad y, por lo tanto, se busca reconstruirla, conservarla con vida como una forma de no aceptación de que todo terminó, de que se cerró un capítulo.

El ser humano necesita representar la muerte y por eso existen ritos como el velatorio, el entierro o la cremación y el luto. Sabe que con esa representación se pone un punto final al difunto como ser vivo y con él, a la muerte misma. Pero si no se cumple con ese ritual, el deudo puede creer que no pierde nada,

que aún posee eso que dejó de existir y que ahí está para su deseo y necesidad. En este sentido el valor de lo simbólico es cerrar o no una etapa, es tener o no tener a la muerte.

En la Argentina los cadáveres se desplazan, circulan por el país, suelen ser utilizados como armas políticas, instrumentos de poder, objetos de satisfacción personal. Así como el poder manipula los cuerpos de los ciudadanos, también se ocupa de hacerlo con los muertos. Erich Fromm sostuvo que la carencia de amor en la sociedad occidental es lo que lleva a la necrofilia, que es la violación de un muerto, a la que identificaba como uno de los mayores males de la humanidad. Si efectivamente tenía razón, los argentinos estamos en problemas porque en el culto exagerado a la muerte, y en la manipulación de los muertos, está latente e imperturbable en algún rincón del inconsciente social ese mal, al que se refería Fromm, que suele reaparecer con singular vigencia cuando todos lo creían olvidado.

A lo largo de este ensayo se ha podido describir una particular cultura que se expresa bajo distintas formas. Se manifiesta en venganzas políticas; en la santificación de personajes populares —quizá como una reacción ante el desencanto con las religiones—; en la perversión de manosear a los próceres, piezas centrales en la construcción del imaginario de la identidad nacional; en mutilaciones de cadáveres; en la utilización de cenizas como si fueran un souvenir; en la crueldad de negarle a un muerto su condición de tal, como es el caso de los desaparecidos. En síntesis, una historia y un presente marcados profundamente por la presencia activa de la muerte y también por una adoración desproporcionada hacia ella.

Este ADN cultural que es la necromanía argentina estaría expresando, asimismo, una patente incapacidad de la sociedad de dejar atrás un pasado cargado de frustraciones, negándose a sí misma la posibilidad de realizar los naturales procesos de madurez de toda comunidad que, como cuerpo social, nace y muere a cada instante. Estas prácticas necrómanas no serían más que la

manifestación inconsciente de una negación social: asumir el riesgo y la incertidumbre que conlleva la superación de los traumas que se arrastran del pasado para avanzar en dirección de lo nuevo. Por eso se resucita lo muerto, para que vuelva a tener vigencia como un mecanismo defensivo; se resignifica el pasado instalándolo en el presente.

Según la interpretación psicológica, la muerte sólo se puede explicar desde la realización del duelo. Dicen los especialistas que éste permite rehacer la pérdida sufrida y aceptar la realidad que imponen esa desaparición o ese final. Quienes completan el duelo lo hacen desde un lugar de idealización, en lo individual, de una persona, y en lo social en una época o situación determinadas. En ese proceso de idealización de lo muerto, lo vivo se queda con algo de lo muerto, y en esa situación de identificación mutua se da lugar después a otra etapa superadora.

Una sociedad también tiene sus duelos y los completa cuando consigue cerrar la idealización de lo que murió, terminó. Todo indica que aquí continuamos viviendo duelos permanentes, etapas que no han cerrado debidamente porque los motivos que las impulsaron continúan vigentes. Por lo tanto no se produce el duelo y así no hay fin de lo que se quiere enterrar, es decir, con lo que se quiere terminar. Convivimos con duelos fallidos y como tal la muerte, el pasado, sigue presente con toda su carga, prevalece con una vigencia asombrosa. Se intenta sustituir lo que murió pero no se puede, y por eso se necesita mantener vivo lo que fue.

A modo de ejemplo, vale recordar la vigencia de esta característica en la política argentina. El duelo fallido sigue vivo en el peronismo y en el radicalismo, los cuales, recurrentemente y en especial en tiempos electorales, suelen echar mano de sus muertos para reafirmar una identidad política que se ha desdibujado, que ha perdido su razón histórica. Porque sus seguidores y herederos ya no hablan más de las ideologías partidarias que les dieron identidad y que implican, en sí mismas, la definición de un ideal de país.

Entonces cada caudillo político pretende legitimarse haciendo uso de la historia, la memoria y el valor simbólico de los muertos, tales como Perón y Evita para los peronistas, Yrigoyen, Illia y Alfonsín para los radicales, y Julio Roca para los conservadores. Con sus particularidades, los políticos de hoy se niegan a aceptar que todos ellos están bien muertos, así como sus épocas, que ya no tienen vigencia como figuras políticas aunque se los exhume permanentemente. Esa negación —y limitación al mismo tiempo— explica por qué se los quiere seguir manteniendo vivos, vigentes, presentes.

Esta tradición necrómata de la política argentina ya es un signo de identidad nacional. Una manera de no hacer el duelo es negar que la persona o ese tiempo histórico hayan terminado. Los duelos fallidos que acumula la sociedad argentina se manifiestan claramente en las definiciones populares que están en el discurso de los principales actores sociales: “Perón vive”, “Gardel canta cada día mejor”, “Cabezas, presente”, “La Negra Sosa vive”, “Rodrigo, no te mueras nunca”. En estas negaciones de que, en realidad, están muertos de toda mortandad y no vivos se puede reconocer un mecanismo típicamente criollo: aquí los muertos y el pasado gozan de buena salud, hacen gala de una gran omnipresencia y se transforman en actores clave del tiempo actual. Mantenerlos vivos desde el discurso es la negación misma de lo muerto y lo que representa. Esto no es bueno ni malo en sí mismo. Se trata de una realidad incontrastable, forma parte de ese pasado que construye la memoria social, mientras que el presente es una elaboración de los vivos; en esa dualidad parece que seguimos debatiéndonos los argentinos.

El mito se construye sobre proyecciones de la gente acerca del muerto. Con la muerte se beatifica el personaje. Por eso, mitos populares como Carlos Gardel, el Gauchito Gil, Gilda, y el Potro Rodrigo son resucitados de sus muertes violentas bajo una dimensión mágica. La necromanía permite simular que lo muerto está vivo.

Los argentinos convivimos con esta patología todos los días sin darnos

cuenta. En Plaza San Martín está el cenotafio con los nombres de todos los muertos en la Guerra de las Malvinas. En la Costanera Norte, enormes paredones tienen los nombres de los asesinados por la dictadura, y miran hacia el mismo río al que muchos de ellos fueron arrojados. En las veredas del país se incrustan los apellidos de muchos desaparecidos. A un costado de la Casa Rosada, una escultura de cabezas y manos recuerda a las víctimas de los bombardeos de Plaza de Mayo de 1955. En Plaza Lavalle, frente a los Tribunales de la ciudad de Buenos Aires, se puede leer la lista de los abogados asesinados por la represión militar. En la sede de la AMIA están también los nombres de los muertos del atentado que destruyó el antiguo edificio. Y la Policía Federal realiza un permanente homenaje a sus muertos en el monumento de la avenida Figueroa Alcorta y Monroe, y en cada comisaría donde están las fotos enmarcadas de los policías caídos. Muertos por todos lados recordándonos que están allí más presentes que nunca para que no olvidemos nuestras culpas como sociedad.

Muchas veces el luto fallido está íntimamente relacionado con el sentimiento de la propia culpa. Hay que estar en paz con el hecho histórico cerrado o con la persona que falleció y lo que representa. Si se tiene culpa, no hay paz, y porque no se siente paz es que permanecen el miedo y la persecución. Así la culpa social lleva a construir la cultura necrómana de mantener vigente el duelo no realizado, con los muertos como únicos protagonistas. Una forma de autocondena. Un círculo virtuoso y vicioso que se proyecta a la sociedad.

Lo importante de estas situaciones sociales es la dosis de los distintos duelos que tenemos como país y que arrastramos del pasado. Cuando es excesiva se transforma en algo patológico, en enfermedad. Y en la Argentina todo indica, de acuerdo con la cultura necrómana instalada, que la dosis de muerte con duelos fallidos es altísima. Por lo tanto, termina siendo persecutoria. Vuelvo a recordar a Tomás Eloy Martínez, que también se dio

cuenta de esta patología nacional:

Nunca nada en la Argentina es residencia definitiva de los muertos. No conozco casos similares en otros lugares del mundo. La necrofilia es una enfermedad típicamente argentina, como el dulce de leche, la birome o las huellas digitales. Pareciera que en la Argentina hubiera como una especie de instinto fatal de destrucción, de devoración de las propias entrañas. Una veneración a la muerte. Y la veneración de ese residuo es una especie de ancla al pasado y por eso los argentinos somos incapaces de construirnos un futuro, puesto que estamos anclados en un cuerpo.

La necromanía argentina muestra continuamente el intento de mantener en la realidad esa idealización de alguien que ya no está o de una época histórica o social que concluyó y no volverá. Es evidente que nos cuesta elaborar las frustraciones y los fracasos, y que por eso tendemos a quedarnos en ellos revolviendo aquello que murió, que se supone fue mejor y que se impone mantener vigente, porque de lo contrario sería aceptar la frustración como una realidad. En el imaginario colectivo todavía es muy fuerte la herencia del gran país que fuimos; persiste sin embargo una resistencia inconsciente a enterrar esa idealización. Así se mantiene vivo el deseo de volver a serlo.

Los especialistas consultados para este libro coinciden en que la sociedad argentina ha desarrollado una cultura de manipulación de la muerte que demuestra su impotencia para salir de lo peor de su pasado y atreverse a mirar libremente el futuro despojado de la carga negativa. Y se repiten situaciones que describen, en el fondo, falta de madurez social. Muchas veces este comportamiento se reconoce con claridad en la estructura psicológica de un adolescente que vive en medio de las lógicas perturbaciones, por demás traumáticas, que plantea dejar de adolecer para convertirse en adulto responsable de sus actos. Pareciera que la sociedad, al volver reiteradamente

sobre sus prácticas necrómanas, hace prevalecer en su inconsciente la idea de no poder o no querer superar ese pasado, de que cuesta perdonar, cerrar etapas dolorosas, aceptar que las cosas y los procesos históricos, como los seres vivos, tienen un final.

Por eso nuestra necromanía no reconoce límites de categorías, clases sociales, generaciones, credos religiosos o políticos. Se mete, juega y manipula lo que siempre se consideró algo sagrado. Una práctica enfermiza en extremo que, en esencia, habla de la calidad de los argentinos vivos, de cómo es la sociedad, de cómo se comporta, si se respeta o no. Cómo nos relacionamos con la finitud y cómo tratamos a quienes estuvieron antes que nosotros muestra el grado de autovaloración que tenemos en cuanto sociedad, que bien puede ser interpretada como una faceta más del retroceso que como país experimentamos en las últimas décadas. Manosear —y aceptar que así se haga— a los muertos, sus espacios y memorias sin que la vergüenza asome también da cuenta de un desprecio no reconocido como comunidad, con escaso respeto por la historia y por quienes la hicieron con sus virtudes y sus errores, sean éstos de la vida pública o de la particular.

Todos debemos atravesar por la mala noticia de saber que un día lo que conocemos se terminará. Y se puede entender por qué muchas veces la gente prefiere la tragedia del Apocalipsis: porque pone fin de forma instantánea a todo lo existente y a todo lo humano, eliminando la sensación de soledad ante la muerte. Una sociedad como la argentina, que mantiene vivos y vigentes a sus muertos, no remite a un signo de identidad sino que pone en evidencia su incapacidad de asumir el desafío de construir algo nuevo dejando atrás, en un honroso lugar, lo vivido con alegrías y frustraciones.

Este libro intentó realizar un corte de una característica cultural nacional. No fue ni es mi intención describirla, ni en su proceso ni en sus ritos, sino mostrar qué nos ocurre a los argentinos alrededor de ella. Y no caben dudas de que en estas cuestiones hemos desarrollado una cultura propia caracterizada

por excesos injustificados, cuando no incomprensibles. Una práctica que es aceptada con normalidad por la sociedad, donde una parte la ejerce y el resto la consiente con natural omisión o militante morbosidad.

“Camposanto” y “la paz de los muertos” son definiciones simbólicas que representan esa idea de que algo está en un más allá divino e insondable. Pero muchas veces donde el espacio del muerto debería ser intocable y respetado se puede encontrar el lugar más procaz de su persecución. Esto parece querer decir que antes de estar en manos de Dios es posible que deba pasar primero por las de un ser vivo, en este caso un argentino, que se resiste a aceptar el fin. “Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de sus destinos, y aquellos que se apoyan sobre tumbas gloriosas son los que mejor preparan el porvenir”, dice el antiguo refrán.

La necromanía también habla de la sociedad que hemos construido y, probablemente, toda esta cultura no haga más que recordarnos las recurrentes crisis que incorporamos como un designio fatal del destino argentino. Nos impiden encontrar la razón por la que vapuleamos la memoria social y afectiva. Y una baja autoestima como sociedad inevitablemente conduce a un proceso de autoagresión y a refugiarnos en la muerte, que siempre es pasado.

Si la sociedad argentina mantiene esperanzas de construir un futuro mejor, entonces podrá haber curación a la nostalgia y el dolor del pasado. Será, en esencia, el triunfo de la vida sobre la muerte. Y éste es un desafío que deberíamos tomar para los tiempos por venir. Cerrar etapas con la debida justicia y el debido respeto, preservando la memoria. Para ello habrá que quitarles protagonismo a las zonas más oscuras del pasado y abrirse a la luz, que siempre tiene propiedad curativa.

Las creencias religiosas impusieron la convicción de que la paz espiritual absoluta está reservada para los tiempos de la infinitud, y como nadie quiere ser maltratado en vida tampoco lo desea de muerto. En la condición de futuros cuerpos sin vida no estaría mal repasar las páginas de este libro para tomar

conciencia del maltrato que solemos darles a los que ya no están, sean próceres, personajes históricos, gente de poder o ciudadanos comunes. Si es la expresión de cómo todavía el pasado prevalece sobre un presente que por momentos se muestra condicionado, es obvio que sólo las próximas generaciones y otras formas de organización social podrán presentar un camino nuevo y superar nuestra enfermedad de necrómanos.

La necromanía argentina tiene algo en común que se repite en todas sus formas de expresión: un anclaje en el pasado. Se alimenta de recuerdos que son idealizados. En esencia, y más allá de las prácticas que desarrolla, se podría reconocer en su magma espiritual un fuerte componente de idealismo y utopía nostálgica. Se añora la representación de una época mejor y perdida. La necromanía no hace más que recordar lo que se perdió, y allí se depositan la ilusión y la creencia de que aquello fue mejor. Se anhela su regreso. Los que quieren ver, y si fuera posible tocar, los restos de San Martín tratan de vivenciar, de reencontrar aquella idea épica de un país que supo tener héroes y proyectos de gran nación. Y los familiares que siguen buscando la verdad sobre sus seres queridos desaparecidos quieren, en el fondo, mantener viva la memoria de que murieron por algún ideal justo.

Cualquiera sea el caso, todo indicaría que nuestra cultura necrómana lleva por oposición un intento inconsciente de rescate de idealismos y utopías perdidas, que si bien anclan en el pasado subyacen en el deseo de que se puedan repetir. Y la forma de hacerlo evidente es usar como bandera a la muerte y lo que ella representa simbólicamente. Parece haber un núcleo energético, una materia prima en estado puro que probablemente espera ser encauzada hacia otras dimensiones que la ubiquen en el campo de lo que está por venir. En palabras más simples, en cuanto sociedad practicamos la necromanía como una forma de aferramiento a ideales que se han perdido y que permanecen embebidos de añoranza; sin embargo, en el subconsciente colectivo subyace la esperanza de que algún día volverán, resucitarán. La

forma de mantener vivo este deseo es recordando aquello que fue, y se hace desde el extremo más violento para la psiquis humana: la muerte.

Tal vez, como sociedad, deberíamos tratar de salir de este círculo vicioso y redireccionar esa energía hacia el presente, a la construcción de un país de esperanzas. Tendríamos que comenzar un proceso que permita bajar la intensidad de la necromanía que venimos practicando hace mucho tiempo para que cada cosa pueda recuperar el lugar que le corresponde. Sólo el hecho de respetar y aceptar lo bueno y lo malo de lo que supimos ser —sin querer manipular la historia y los muertos— nos puede conducir a valorar lo que somos tras doscientos años del primer intento de querer ser una nación independiente. Pararnos en lo que está vivo y recoger los ideales construidos por quienes ya no están, puede ser la llave que nos abra la posibilidad de disfrutar de lo que somos como país y comunidad.

Los adultos tenemos la responsabilidad de frenar la espiral de la cultura necrómana nacional para permitirles a las nuevas generaciones construir el porvenir desde lo que está vivo en lugar de lo que murió. Entonces el mensaje final del Himno Nacional, “¡...o juremos con gloria morir!” podrá ser superado, sin perder su sentido épico, por un “¡...o juremos con gloria vivir!”.

FUENTES Y REFERENCIAS

PRÓLOGO

Antropología de la muerte, Louis-Vincent Thomas, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

“Denuncias cruzadas por la utilización de los cuerpos”, *La Nación*, 15 de agosto de 2007.

“Los cadáveres que abren el debate”, *La Nación*, 15 de agosto de 2007.

Entrevista a Germán García, psicoanalista.

Entrevista a Maruca Cabrera, docente de Teología en la Universidad Católica Argentina (UCA).

Entrevista al rabino Sergio Bergman.

CAPÍTULO 1: Profanar el bronce

Viaje a América del Sur, H. M. Brackenridge, tomos 1 y 2, Colección Biblioteca Argentina de Historia y Política, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

Estampas del pasado, J. Busaniche, Colección Biblioteca Argentina de

- Historia y Política, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
- Viaje al país de los araucanos*, Estanislao Zeballos, Hyspamérica, Buenos Aires, 1987.
- Viaje a caballo por las provincias argentinas*, William Mac Cann, traducción y nota preliminar de José Luis Busaniche, Hyspamérica, Buenos Aires, 1987.
- Colección Biblioteca Argentina de Historia y Política, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
- Memorias póstumas*, José María Paz, tomos 1 al 5, Colección Biblioteca Argentina de Historia y Política, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
- Semanario *Amanecer*, 23 de diciembre de 1972 (sobre la muerte de Dorrego).
- Vida de don Juan Manuel de Rosas*, Manuel Gálvez, Tor, Buenos Aires, 1949.
- “La Mazorca y la Obediencia Debida”, Ricardo Canaletti, *Clarín*, 23 de marzo de 2006.
- “La vuelta de Facundo Quiroga”, *Página/12*, 12 de febrero de 2005.
- “San Juan: ¿traen los restos de Sarmiento?”, *Diario de Cuyo*, 29 de diciembre de 2007.
- “Enfermedad y muerte de Domingo F. Sarmiento”, web *Todo Argentina*.
- “El Museo de La Plata les devuelve sus momias a los pueblos originarios”, *Clarín.com*, 4 de diciembre de 2007.
- “El Museo de Ciencias que colecciona restos indígenas”, *La Capital* de Rosario, 11 de octubre de 2009.
- “Restituyen restos de un cacique ranquel. Estuvieron expuestos durante más de un siglo en La Plata”, *La Nación*, 21 de junio de 2001.
- “Quieren sacar de exhibición las momias del Museo de Ciencias Naturales de La Plata”, diario *Hoy*, 20 de julio de 2006.
- “Llegó al país para quedarse el corazón de Don Orión”, *La Nación*, 30 de agosto de 2000.
- “Polémica por el traslado de los restos de Ceferino Namuncurá a Neuquén”,

Clarín, 10 de agosto de 2009.

“Huellas de la Semana Trágica”, *Clarín*, 7 de enero de 1999.

“Tal cual su último anhelo, Alberdi descansa desde ayer en su tierra natal”, *La Gaceta de Tucumán*, 29 de agosto de 1991.

“Silencioso traslado de los restos de Alberdi”, *La Gaceta de Tucumán*, 28 de mayo de 1997.

“Lola Mora ya descansa en un mausoleo”, *La Gaceta de Tucumán*, 7 de agosto de 2001.

“Investigan la causa de la muerte de Angelelli”, *La Nación*, 22 de abril de 2009.

“Caso Angelelli: para la Iglesia su muerte aún es un enigma”, *Clarín*, 27 de abril de 2009.

“Investigan la extraña muerte de un cura”, *Crítica de la Argentina*, 10 de mayo de 2009.

“Recordando a Carlos Mugica”, *Página/12*, 12 de mayo de 2009.

“La Argentina espera una explicación británica y que envíen los restos del piloto”, *Clarín*, 22 de mayo de 2008.

“Restos de un piloto, a Malvinas”, *Clarín*, 7 de marzo de 2009.

“Malvinas: un nuevo pedido oficial por los restos del piloto”, *Clarín*, 30 de mayo de 2008.

Entrevista a la periodista Fernanda Balatti.

Entrevista a Carlos Francavilla, director del cementerio de la Recoleta.

Entrevista al historiador Gabriel Di Meglio.

CAPÍTULO 2: Medios morbos

“Chau Peña”, *Crítica de la Argentina*, 18 de junio de 2009.

“Ojalá que te vaya bonito y acabe tu pena”, *Crítica de la Argentina*, 19 de junio de 2009.

- “Adiós al tucumano alborotador”, *Crítica de la Argentina*, 19 de junio de 2009.
- “Gripe A: 43 muertos”, *Crónica*, 1º de julio de 2009.
- “Descuartizan a 2 hombres y les prenden fuego”, *Crónica*, 8 de marzo de 2008.
- “Asesinada de 10 puñaladas”, *Crónica*, 2 de diciembre de 2008.
- “Hallaron muerta a la remisera de Mardel”, *Crónica*, 2 de enero de 2009.
- “Registros de la ausencia”, *Página/12*, 24 de agosto de 2008.
- “Aniversario de la muerte de Perón”, *Crónica*, edición especial, 1º de julio de 2009.
- Junior. Vida y muerte de Carlos Saúl Menem (h)*, Alejandro Margulis, Planeta, Buenos Aires, 1996.
- Don Alfredo*, Miguel Bonasso, Planeta, Buenos Aires.
- “Qué modo de empezar la primavera”, *Caras y Caretas*, enero de 2009.
- “Escándalo en los Premios Carlos”, *Perfil*, 17 de febrero de 2009.
- “Secretos de su última nota”, *Noticias*, 18 de julio de 2009.
- “Música de Sandro y champán, en el entierro de ‘Pepita la pistolera’”, *Clarín*, 2 de octubre de 2009; noticieros de la TV.
- “Crimen en un country: estrangulan a una mujer con la cinta de su bata”, *Clarín*, 28 de noviembre de 2006.
- “Al policía Garrido lo mataron de tres tiros en la espalda”, *Perfil*, 18 de febrero de 2009.
- “El 10 de marzo se inaugurará el monumento a Pappo en La Paternal”, *Perfil*, 25 de febrero de 2007.
- “Soy un payaso, pero no como vidrio: a Guinzburg lo usaron”, *Semanario*, 25 de febrero de 2009.
- “Jorge Guinzburg: de cáncer no se habla”, *Noticias*, 15 de marzo de 2008.
- “La ‘Señora de los velorios’, de la Chacarita a New York”, *Perfil*, 16 de marzo de 2008.
- La noticia deseada*, Miguel Wiñazki, Marea, Buenos Aires, 2004.

“El Malevo Ferreyra se mató por TV”, *Crítica de la Argentina*, 22 de noviembre de 2009.

“Dos creadores con mundos muy diferentes”, Pablo Sirvén, *La Nación*, 21 de junio de 2009.

“Belsunce: un médico dijo que la familia no lo dejó ver el cadáver”, *Clarín*, 4 de abril de 2007.

“Sorpresiva y dura condena a Carrascosa”, *La Nación*, 19 de junio de 2009.

“Emotivo adiós a ‘La Negra’ Sosa en el Congreso”, *Clarín*, 4 de octubre de 2009.

“Sandro (1945-2009). El fuego inolvidable”, *Clarín*, suplemento especial no publicado del 21 de noviembre de 2009.

“Adelanto exclusivo: el emotivo adiós a Ernestina Herrera de Noble (1925-2009)”, *Barcelona*, 4 de diciembre de 2009.

“Conmoción popular por la muerte de Sandro”, *La Nación*, 5 de enero de 2010.

“El adiós a Sandro”, *Gente*, 11 de enero de 2010.

“El tortuoso final de Sandro”, revista *Noticias*, 8 de enero de 2010.

www.atodosandro.com.ar

Sandro: coberturas de C5N, Crónica TV y América 24.

“Murió Pepita la Pistolera”, *La Nación*, 30 de septiembre de 2009.

“A los 61 años muere Pepita la Pistolera”, *Clarín*, 30 de septiembre de 2009.

CAPÍTULO 3: Cadáveres políticos

Eva Perón. La verdadera historia contada por el médico que preservó su cuerpo, Pedro Ara, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

“Esa mujer”, cuento de Rodolfo Walsh.

“Evita en la Patria”, *Así*, nº 961, 19 de noviembre de 1974.

“La muerte de Perón”, *Siete Días*, 5 de julio de 1974.

“Perón”, *Crónica*, 3 de julio de 1974.

Perón. Testimonios médicos y vivencias (1973-1974), Pedro Ramón Cossio y Carlos A. Seara, Lumen, Buenos Aires, 2006.

Perón, Joseph Page, tomos I y II, Círculo de Lectores, Buenos Aires, 1984.

La profanación. El robo de las manos de Perón, Claudio Negrete y Juan Carlos Iglesias, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.

Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política, León Rozitchner, tomo I, Catálogos, Buenos Aires, 1998.

La vida por Perón, film de Sergio Bellotti en base al libro de Daniel Guebel, 2004.

“Un tiempo después”, *Telefé*.

“Tras el exilio y la muerte, el ‘Tío’ Cámpora reposa en la Argentina”, *Página/12*, 10 de diciembre de 1991.

Revista *Barcelona*, nº 94, 27 de octubre de 2006.

Entrevista al dramaturgo venezolano Gustavo Ott, *El Argentino*, 11 de marzo de 2009.

“Borges, de Ginebra a Recoleta”, *Perfil*, 8 de febrero de 2009.

Por la muerte de Raúl Alfonsín: *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero*, *Página/12*, *Crítica de la Argentina*, revista *Noticias*, noticieros televisivos y canales de noticias de cable.

“Fantasma merodea bóveda de Perón en la Chacarita”, *Diario Popular*, 8 de julio de 2009.

“El último adiós a los grandes líderes”, *Clarín*, 5 de abril de 2009.

“El recuerdo pudo más que las internas”, *Página/12*, 31 de octubre de 2009.

“Cobos hizo un llamado a la unidad de la UCR en el homenaje a Alfonsín”, *Clarín*, 31 de octubre de 2009.

Entrevista a Luis Montesano, reparador de bóvedas.

Entrevista a Atilio Neira (abogado de Isabel Perón en la causa del robo de las manos).

Entrevista al tanatólogo Ricardo Péculo.

CAPÍTULO 4: Santificarás a tus muertos

“Fervor popular por el Gauchito Gil reunió a más de 200.000 personas”,
Clarín, 9 de enero de 2009.

“El santo del aguante”, *Clarín*, 4 de febrero de 2007.

Jinetes rebeldes. Historia del bandolerismo social en la Argentina, Hugo Chumbita, Vergara, Buenos Aires, 2000.

“Devoción y santuarios: al borde del camino”, *Perfil*, 6 de abril de 2008.

“La Difunta Correa”, *El Federal*, 1º de mayo de 2008.

“La santidad como negocio”, *Panorama*, 10 de enero de 1972.

“Ceferino Namuncurá, cada vez más cerca de la beatificación”, *Clarín*, 16 de diciembre de 2006.

“El culto a San La Muerte cada vez suma más adeptos”, *Perfil*, 29 de julio de 2007.

Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros, Cristian Alarcón, Norma, Buenos Aires, 2007.

“El local de Cromañón seguirá cerrado y la Ciudad confirmó que no abrirá la calle Mitre”, *Clarín*, 21 de agosto de 2009.

“Con el cuarto del hijo intacto”, *Clarín*, 31 de diciembre de 2008.

“Pensar en Cromañón”, compilación de Diego Rozengardt, Buenos Aires, 2008.

Entrevista a la antropóloga Eloísa Martín, *Veintitrés*, 11 de enero de 2007.

Entrevista a Cristian Alarcón, periodista y escritor especializado en temas de marginalidad.

Entrevista a Hugo Chumbita, historiador y docente.

CAPÍTULO 5: *Requiescat in pace*

“La ciudad de los muertos”, Julio Cacciatore y Daniel Schávelzon, conferencia en el Instituto de Historia de la Ciudad de Buenos Aires, mayo de 2008.

Historias ocultas de la Recoleta, María Rosa Lojo, Alfaguara, Buenos Aires, 2000.

“Las iglesias reciben cenizas de difuntos”, *La Nación*, Cultura, 30 de junio de 2008.

“Velorios en la web”, CECO, 25 de mayo de 2008.

“Afirman que existe un tráfico de cadáveres que son usados con fines científicos privados”, *Perfil*, 19 de noviembre de 2006.

Decreto 3038/46 por el que se declara Monumento Histórico Nacional a los sepulcros de las personalidades argentinas.

“Entierros, velatorios y cementerios de la vieja ciudad”, Omar López Mato, *Todo es Historia*, nº 424, noviembre de 2002.

Sombras de Hitler. La vida secreta de las bandas neonazis argentinas, Raúl Kollmann, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

“La Recoleta: panteón histórico de la Argentina”, investigación de Roberto Quiroga, 1996.

“A veces el personaje se impone al autor”, entrevista a José María Martínez Vivot, *La Nación*, 21 de diciembre de 2003.

“Insólitas historias que guarda el cementerio de la Recoleta”, *La Nación*, 8 de enero de 2004.

Luis XVII ¿murió en Buenos Aires?, Federico Zapiola, Buenos Aires, 1991, Reedición propia.

“Ponen fin a un enigma histórico: Luis XVII murió en Francia”, *La Nación*, 20 de abril de 2000.

Portal San Telmo y sus alrededores.

La profanación. El robo de las manos de Perón, Claudio Negrete y Juan Carlos Iglesias, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.

“Vicente López: cobraban por cremaciones que no se hacían”, *Clarín*, 25 de agosto de 2009.

“El inca que Belgrano quería para reinar en el Río de la Plata yace en Recoleta”, *Clarín*, 4 de junio de 2005.

“Argentina. Singular homenaje a Tupac Amaru”, *Prensa Indígena*, 2 de diciembre de 2009.

La inundación de Epecuén. Crónica de una criminal inacción, Roberto Hugo Laspiur, Dunken, Buenos Aires, 2005.

Después del entierro, Omar López Mato, Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

Bajo las aguas. Inundaciones en la región pampeana. Caso lago Epecuén de Carhué, Julio Alberto Fernández Badie, Dunken, Buenos Aires, 2001.

“Filman a empleados de un cementerio mientras jugaban con un cuerpo”, *Perfil*, 21 de septiembre de 2008.

“Recoleta: sigue el debate por *Tertulia* en el cementerio”, *Clarín*, 17 de septiembre de 2009.

“Pese a las protestas, *Tertulia* se realizó ayer en la Recoleta”, *Clarín*, 25 de septiembre de 2009.

Aquí se terminan las vanidades del mundo, Eduardo Hurry (inédito).

Entrevista al tanatólogo Ricardo Péculo.

Entrevista a Carlos Francavilla, director del cementerio de la Recoleta.

CAPÍTULO 6: El muerto más santo

Hijos del país. San Martín, Yrigoyen y Perón, Hugo Chumbita, Emecé, Buenos Aires, 2004.

“San Martín no descansa en paz”, *La Nación*, 24 de agosto de 2008.

“De la Catedral a Recoleta”, *Página/12*, 24 de agosto de 2008.

“Piden un ADN de los restos del Libertador”, *La Nación*, 3 de agosto de 2000.

“Masonería argentina a través de sus hombres”, Buenos Aires, edición del autor, 1966.

“Evocan hoy a San Martín, a 222 años de su nacimiento”, *La Nación*, 25 de febrero de 2000.

“¿Dónde nació San Martín?”, *La Nación*, 28 de febrero de 2005.

“¿San Martín mestizo?”, *Todo es Historia*, agosto de 2008.

“Yapeyú aspira a crear un santuario sanmartiniano”, *La Nación*, 25 de febrero de 1999.

“Confusión por el traslado de las cenizas a Yapeyú”, *La Nación*, 25 de febrero de 1998.

Entrevista al historiador Hugo Chumbita.

Entrevista al historiador Eduardo Lázzari.

CAPÍTULO 7: Ritos. Sálvese quien muera

“Tendencia creciente”, *La Nación*, suplemento Cultura, 30 de junio de 2008.

“Incompany”, *Clarín*, suplemento iEco, 25 de mayo de 2008.

“Policías pidieron mejoras en las condiciones de trabajo”, *Diario Popular*, 19 de marzo de 2009.

“Cambio de hábitos: sólo 3 de cada 10 porteños velan a sus muertos”, *Clarín*, 16 de marzo de 2009.

“Una multitud despidió a la Negra Sosa”, *Clarín*, 5 de octubre de 2009.

“El adiós a Mercedes Sosa en Tucumán”, *Clarín*, 14 de octubre de 2009.

“Los mendocinos despidieron a Mercedes Sosa con el eco de las guitarras y una lluvia de flores”, *Clarín*, 19 de octubre de 2009.

“Declaraciones de Oscar Folmer”, Rally Dakar, *La Nación*, 7 de enero de 2009.

“Condenan a una falsa heredera de un estanciero”, *Clarín*, 9 de abril de 2008.

“Mientras pelean por una herencia, roban el cadáver de un millonario”, *Clarín*, 24 de marzo de 2008.

“La hija trucha del multimillonario Beto Reggiardo entre rejas”, *Diario Victoria*, 5 de marzo de 2009.

“Simuló su muerte para zafar de un juicio y ahora apareció”, *Clarín*, 13 de noviembre de 2009.

“Un cuerpo espera sepultura desde hace 14 años”, *La Nación*, 27 de junio de 2004.

“Clausuraron el Botánico y echaron al director del área”, *La Nación*, 28 de junio de 2008.

“Un adiós xeneize para Pérez Celis”, *Crítica de la Argentina*, 4 de agosto de 2008.

“Acorralados”, *Clarín*, 10 de marzo de 2009.

“La barra apretó al plantel y profundizó la crisis”, *Diario Popular*, 10 de marzo de 2009.

XII apóstoles. La masacre del penal de Sierra Chica, Gustavo Mura, Planeta, Buenos Aires, 2009.

Costumbres fúnebres presentadas por la revista *Caras y Caretas* de 1902.

Entrevista al tanatólogo Ricardo Péculo.

Entrevista a Carlos Francavilla, director del cementerio de la Recoleta.

Testimonio del fotógrafo Pablo Cerolini.

Testimonio de la periodista Fernanda Balatti.

CAPÍTULO 8: Una sombra por siempre serás...

Causa 2251/06, “Etchecolatz, Miguel Osvaldo s/privación ilegal de la libertad, aplicación de tormentos y homicidio calificado”. Declaración testimonial que prestó Alejandro Incháurregui ante el Tribunal Oral

Federal N° 1 de La Plata. Lo hizo en su carácter de director del Registro de Personas Desaparecidas del Ministerio de Seguridad bonaerense.

¿Quién mató a Aramburu?, Juan Alonso, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

Aramburu, la verdad sobre su muerte, capitán Aldo Luis Molinari, edición propia, junio de 1993.

“Mutilaron y mataron al suboficial Mario Reduto”, *Mayoría*, marzo de 1974.

“Hallaron asesinado en Zárate a un suboficial de marina secuestrado”, *La Prensa*, marzo de 1974.

Nadie fue, Juan B. Yofre, Sudamericana, Buenos Aires, 2006.

De la guerrilla peronista al gobierno popular. Documentos (1970-1973), Roberto Baschetti (comp.), De la Campana, Buenos Aires, 1995.

La otra historia, Roberto Cirilo Perdía, Grupo Ágora, Buenos Aires, febrero de 1997.

“Fuimos todos”, *Página/12*, 6 de septiembre de 2009.

“Se conmemoró el Día de la Memoria”, *La Prensa*, 25 de marzo de 2009.

“Aviones de la muerte”, *Página/12*, 6 de septiembre de 2009.

“Acorralados”, *Clarín*, 10 de marzo de 2009.

“ESMA. Un futuro que sigue en suspenso”, *Noticias*, 22 de agosto de 2009.

Web de la Asociación Miguel Bru.

“Caso Bru: arrestan a un ex policía acusado de asesinar a un testigo”, *Clarín*, 6 de julio de 2007.

“Confusas versiones sobre la búsqueda de López en la Costa”, *Clarín*, 16 de enero de 2009.

Entrevista a Miguel Maldonado, médico legista y psiquiatra. Ex titular en Medicina Legal en la Universidad Nacional de La Plata. Entrevistador: Jorge Jaunarena.

Entrevista a Gustavo Larrondo, periodista del diario *La Nación* que cubrió la tragedia de Cromañón.

Entrevista a Estela de Carlotto, realizada por Jorge Jaunarena.

Entrevista a la doctora Victoria Villarroel, de la Asociación Víctimas de la
Violencia Argentina.

EPITAFIO

Antropología de la muerte, Louis-Vincent Thomas, Fondo de Cultura
Económica, México, 1993.

Trayectos póstumos, Omar López Mato, Ediciones López Mato, Buenos Aires,
2004.

Después del entierro, Omar López Mato, Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

Entrevista al rabino Sergio Bergman.

Entrevista a Joaquín Pichon-Rivière.

Entrevista al doctor Eduardo Padilla.

Conversaciones con el psicólogo Eduardo Glug.

ÍNDICE TEMÁTICO

PRÓLOGO

Qué es la necromanía argentina - Una relación de excesos con la muerte y todo lo que la rodea - El empecinamiento en remover las tumbas de los próceres - Una práctica que no reconoce clases sociales, credos o ideologías -La muerte homenajeadada con feriados nacionales - El desafío de enfrentar la finitud. La curiosidad por la muerte - Historias que avalan esta cultura nacional

CAPÍTULO 1: Profanar el bronce

La muerte en los tiempos de la Revolución de Mayo - Cabezas cortadas, picas, empalamientos y venganzas políticas - Cómo se tiraron muertos entre unitarios y federales - Matar a Dorrego y cortarle la cabeza - Ahorcar a los mazorqueros de Rosas en la Plaza de Mayo - El viaje de los huesitos de Rosas a Buenos Aires - Escapar con el cadáver podrido del general Lavalle - Traigan la cabeza del Chacho Peñaloza - La tristeza de Sarmiento en la Recoleta - Perito Moreno: coleccionista de restos de indios - El robo de los dientes de Belgrano - Ataúdes en el piso - El festival de traslado de muertos

ilustres - Tirar el corazón de fray Mamerto Esquiú a la basura - Padre Mugica: de la Recoleta a la Villa 31 - Malvinas: la soberanía de los muertos

CAPÍTULO 2: Medios morbos

El morbo de los medios para vender más o tener rating - *Crónica* hace escuela y los demás la imitan - Historias para TV de las muertes más trágicas ¿Dónde está la cabeza de Carlos Menem hijo? - El Malevo Ferreyra se suicida en cámara - El asesinato de José Luis Cabezas, el más mediático - A María Marta García Belsunce y a Norita Dalmasso las mataron varias veces en la prensa - Los mejores consejos por TV para organizar el propio velatorio y entierro - Los funerales de la Negra Sosa y Sandro

CAPÍTULO 3: Cadáveres políticos

Cómo embalsamaron a Evita - Los manoseos de su cadáver - Su ocultamiento, exilio y sus venganzas - Su cadáver como factor de poder político - Secuestro del cadáver de Aramburu. Lo escondieron en una casa - Operación canje de féretros: Aramburu por Evita - A cuidar el cuerpo de Perón - Las dos profanaciones: el robo de las manos y su traslado a San Vicente - La desaparición de los huesos de su primo - Pasearse con la cabeza de Juancito Duarte -El padre de Perón tenía la calavera de Juan Moreira - Hay que resucitar a Perón - La hija que no fue quería el cuerpo - Se rematan las cosas de dos muertos ilustres: Evita y Perón - El Tío Cámpora volvió al Congreso pero para ser velado - El peronismo quiere echar mano de los restos de Jorge Luis Borges - El cadáver de Hipólito Yrigoyen en medio de las luchas con los conservadores - Las muertes de Balbín e Illia sirvieron para protestar contra la dictadura - El sepelio de Alfonsín resucitó a la UCR y definió candidaturas

CAPÍTULO 4: Santificarás a tus muertos

Por qué Gardel sigue sin descansar en paz - Gauchito Gil: milagroso en el campo y en la ciudad - Bairoletto: bandolero y justiciero - El misterio del “callejón de Dolores” - Obreros defienden el cadáver del Gaucho Cubillos - Al Manco Farías lo adoran dentro y fuera del cementerio - Difunta Correa: por amor es amada - Llorar a Ceferino Namuncurá - Gilda: es santa por un misterioso número 7 - Rodrigo: salva de la quiebra a su representante - Pichu y el Frente: protectores de los pobres de pizza, birra y faso - Cromañón: en cada casa un altar y en la calle también

CAPÍTULO 5: *Riquiescat in pace*

Cementerios: el escenario natural de la necromanía - Los muertos pobres, fuera de la iglesia - Recoleta para la aristocracia, Chacarita para el pueblo - El cementerio que no se hizo en Argentinos Juniors - Negociados, mafias, prostitución, robo de cadáveres - Sacarse fotos con Troilo, Pugliese, Alfonsina, Pedernera y Gálvez - Al final, Rucci y Vandor se quedaron juntos - El mausoleo de Perón y Evita que nunca se hizo - Historias fantásticas de la Recoleta - El primer secuestro de un cadáver - La amante de Yrigoyen fue enterrada viva - La mujer de Salvador María del Carril lo odió hasta la tumba - La Dama de Blanco que enamora a jóvenes de noche - Las misteriosas flores en la tumba de Liliana Crociatti - El extraño llanto de un bebé que sale de la bóveda de Mariquita Sánchez de Thompson - Un rey de Francia en la Recoleta - Polémica por los muertos que hablan - El acto homenaje en Recoleta a Tupac Amaru - Pescando muertos en el lago de Carhué

CAPÍTULO 6: El muerto más santo

Las peleas para traer los restos de San Martín - Por qué se opuso su hija Merceditas - Después de treinta años se lo trajo con honores - Vino en barco y llegó dentro de varios ataúdes - Paseó por la ciudad rodeado de una multitud - El mausoleo quedó chico y tuvieron que ponerlo en diagonal - Quiénes se quedaron con la ornamentación fúnebre - Feriado nacional el día de su muerte. Hoy un negocio turístico - Menem lo hizo. Los restos de los padres de San Martín llevados a Yapeyú - Proyecto Yapeyú: toda la familia San Martín junta como atractivo turístico - Hay que sacarle un pedazo al cadáver para hacer un ADN - Por qué hay que sacarlo de la Catedral y llevarlo a la Recoleta - El día en que abrieron el féretro para saber cómo estaba el finado

CAPÍTULO 7: Ritos. Sálvense quien muera

Cómo desparramar las cenizas de Leguizamo, el almirante Rojas y Mercedes Sosa - Canchas de fútbol sembradas de cenizas de fanáticos - Sandro y los Kirchner - Hacer picnic donde se mató el corredor Roberto Mouras -Sierra Chica: el sabor de una empanada hecha con carne humana - Barón Biza no tiene nada que ver con el Taj Mahal - Cómo la Armada argentina se quedó con el cadáver de su despreciado Vito Dumas - Rezarle a la caja fuerte de un juez

CAPÍTULO 8: Una sombra por siempre serás...

¿Quién se acuerda de Felipe Vallese? - Los mensajes de la Triple A en los cuerpos de quienes asesinaba - Aramburu: taparlo con cal para quemar el cuerpo - Montoneros: ¡Perón o muerte! - Un museo con los cuerpos de guerrilleros - La máxima perversión con la desaparición de personas - Los aviones de los vuelos de la muerte - Festivales en la ESMA - El mar devuelve los cuerpos de las víctimas - El calvario del cadáver de Azucena Villaflor. La

partición de sus restos - Las leyendas de que los cuerpos están en el cemento de las autopistas o en los basurales del CEAMSE - La Tablada: un festín de muertos para los militares - ¿Dónde están Miguel Bru y Jorge Julio López? - Buenos Aires en luto permanente

EPITAFIO

La necromanía habla de cómo son los vivos - El porqué de los abusos argentinos - La muerte rompe nudos sociales y que hay que reconstruir - Aquí los muertos son instrumentos de la lucha por el poder - Los santificados reemplazan la baja fe en las religiones - La sociedad argentina padece de duelos irresueltos - Hay una incapacidad de cerrar etapas del pasado - Existe un comportamiento adolescente con baja autoestima social - La esperanza de dejar la muerte, que es el pasado, para mirar un futuro de vida

Negrete, Claudio
Necromanía. - 1a ed. - Buenos Aires
: Sudamericana, 2012
(Investigación periodística)
EBook.

ISBN 978-950-07-3769-2

1. Investigación Periodística. I.
Título
CDD 070.44

Edición en formato digital: enero de 2012

© 2012, Random House Mondadori, S.A.

Humberto I 555, Buenos Aires.

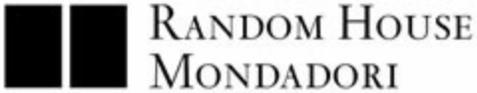
Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-3769-2

Conversión a formato digital: Carla Blanco, Luis Parravicini.

www.megustaleer.com.ar



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:

Humberto Primo 555, BUENOS AIRES

Teléfono: 5235-4400

E-mail: info@rhm.com.ar

www.megustaleer.com.ar



Collins

DEBATE

DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen



Montena

PLAZA JANÉS



ROSADELSVENTS

Editorial Sudamericana